NINA VARELA

CORAZÓN DE HIERRO



Separar sus caminos es la
única forma de salvar su amor

CROSS BOOKS

Nina Varela

CORAZÓN DE HIERRO

CROSS BOOKS

ÍNDICE

Invierno
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20

Verano

Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Para todas las personas que necesiten
un poquito de esperanza.


REINO DE ZULA
N
MAR STEORRAN
EL LEJANO NORTE
Delan
El palacio del Soberano
YANNA
Río Tarr
RABU
Elderell
Río Merra
Las fincas del Sur
Lago Thea
THALEN
REINADO DE VARN
LAS ISLAS DORADAS
TIERRAS MINERAS
JUNGLAS DE TARREEN
2019

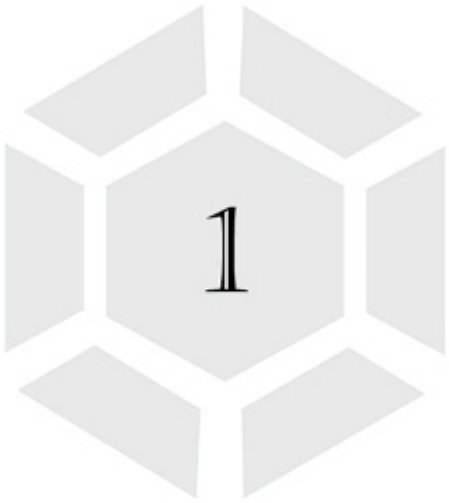


Es imposible que un árbol crezca sin raíces. Esta ley aplica también a la civilización. No existe una sociedad que haya surgido de la nada. La naturaleza de las sociedades es crecer, orgánicamente, a partir de lo que existió antes. Rechazar toda forma de sociedad humana es rechazar siglos de conocimiento, de reflexiones acumuladas, de triunfos de los cuales podríamos aprender y de derrotas que podríamos evitar. Sí, hemos tocado las estrellas, pero aún estamos profundamente conectados con la Tierra. No debemos olvidarlo. No debemos negar que nuestras raíces se encuentran en la existencia de la humanidad. En cambio, debemos tomar esa existencia y mejorarla. ¿No fue para eso que nos hicieron? ¿No fue para eso que nos crearon?

De *Los tradicionalistas*,
POR RONAN DE LA ESTIRPE DE TERRA,
2263120905, AÑO 17 EA

INVIERNO

AÑO 47 EA



1

Apenas era mediodía y Ayla ya había esquivado la muerte en dos ocasiones.

Quizá sea una exageración. Para ser exactos, estuvo *así* de cerca de que la atraparan dos elementos de la guardia real; pero, claro, a fin de cuentas, el resultado es el mismo, ¿no? Ayla era una polizona humana. Cualquier crimen que cometiera tenía altas probabilidades de ganarle la pena de muerte.

Thalen, la capital de Varn, era una ciudad blanca y brillante rodeada de una alta muralla también blanca. Al igual que el palacio del rey Hesod, en Rabu, de donde era originaria Ayla, Thalen se encontraba en la costa, a orillas del mar Steorran. Pero dicha ciudad estaba a varias leguas al sur del palacio. Allí el mar no era un paraje oscuro y helado; no había riscos de rocas negras y afiladas, cubiertas de hielo a la espera de que alguien dé un paso en falso, caiga al vacío y sea tragado por el agua helada. Allí, el mar era de un verde esmeralda y casi cálido. En vez de acantilados, había una playa con arena gruesa y amarilla, cubierta por montones de algas expulsadas

del mar. Más allá, unos pequeños riscos formaban una media luna alrededor del puerto por el que Ayla y su mejor amigo, Benjy, entraron a escondidas luego de escapar del palacio del rey. Huyeron de Rabu, su único hogar, en un buque de carga, escondidos entre unos barriles de cereal. El viaje fue terrible: Benjy se sentía constantemente mareado y Ayla, que al principio estuvo bien, se puso muy mal cuando cambiaron el cereal por barricas de sardinas echadas a perder. Recordaba aquella semana y media en el mar como una mezcla borrosa de sudor, náusea y mareos.

Pero lo lograron.

Este puerto era el más grande en la costa de Varn. Los enormes muelles estaban siempre llenos de pescadores, comerciantes y todo tipo de marineros, aunque únicamente humanos, porque allí el trabajo era duro y sucio, por tanto, indigno para los automas. En el lugar atracaban cientos de barcos, algunos eran posadas y tabernas flotantes, y muchos llevaban los colores reales: verde y blanco. Por todas partes podía verse la insignia de la reina Junn: un fénix verde brillante sosteniendo una espada con una garra y un zapapico con la otra. Varn era un país minero. Una nación de colinas y canteras de hierro, carbón, metales preciosos y gemas escondidas en las profundidades de la Tierra.

El aire olía a sal, a pescado y a sudor humano. El sol brillaba como nunca en aquel frío mes de invierno. Ayla no había sentido esa tibieza en mucho tiempo. No lo había sentido desde...

Desde...

Media noche. Luz de luna. Cama suave, sábanas aún más suaves. Cabello oscuro sobre la almohada. Un cuerpo junto al suyo, respirando demasiado despacio para tratarse de un ser humano.

Pero, en este momento Ayla no pensaba en *aquello*, ni en ella.

Salió del estrecho callejón que sirvió de escondite con dirección al

centro del pueblo costero, segura de haber perdido al segundo guardia que la iba siguiendo. No había dado ningún motivo de sospechas; solo pagó los pasteles de carne que traía en el morral. Pero en un pueblo de obreros toscos, una muchachita con mirada nerviosa siempre llama la atención y despierta sospechas tanto en humanos como en automas.

El pueblo no era mucho más que una colección de posadas y tabernas que se aferraban como lapas a la orilla del mar. Uno de cada tres edificios tenía el escudo de una compañía de barcos o de un comerciante exitoso. Un poco más allá, en el mar, se veían unas cuantas embarcaciones que hacían de casas y viviendas sobre andamios que flotaban como insectos de patas largas sobre la superficie del agua; allí vivían los estibadores. Y eso era todo. Las cosas importantes se hacían en la capital. Tanto desde el pueblo como desde el puerto podía verse el monolito de muros que era Thalen, sobresaliendo de la playa como dos peñascos blancos y demasiado perfectos. A la chica no le gustaba verlos por mucho tiempo. La ponía nerviosa la idea de una ciudad tan deliberadamente escondida. Ante la gran muralla era imposible no preguntarse: ¿quieren evitar que algo salga o entre de allí?

Benjy la esperaba afuera de La Gaviota Negra, una taberna que parecía estar llena a todas horas del día. Era un buen punto de encuentro para no llamar la atención. Ayla fue a su encuentro, protegida por las sombras que proyectaba el techo inclinado. Mantuvieron una distancia prudente entre ellos, se esquivaban la mirada y hablaban en susurros. Benjy fumaba una pipa, quizá disimulando tener un motivo para permanecer afuera de la taberna. A la chica le pareció graciosísimo: su amigo hacía un gesto de asco cada que aspiraba el humo. Era obvio que detestaba aquella experiencia.

—Llegas tarde —murmuró él, exhalando un humo azul.

—Me siguieron dos veces —dijo, con el ceño fruncido—. Tuve que esquivar a los guardias parásitos hasta perderlos. Me sentí como un maldito zorro. Entre más pronto lleguemos a la ciudad, mejor. Allí será más fácil pasar desapercibidos.

—¿Estás segura de que los perdiste?

—Segurísima. Por cierto, conseguí un par de pasteles de carne, por si tienes hambre.

Benjy la miró y ella no pudo evitar devolverle por un instante la mirada, lo suficiente para ver aquel rostro bronceado, con enormes ojos bonachones y una nariz pecosa que alcanzaba a distinguirse aun en la penumbra.

—Sabes perfectamente que siempre tengo hambre.

—No olvido que eres un barril sin fondo —dijo ella indiferente—. Bueno, vámonos. Podemos comer de camino a Thalen.

El plan era encontrar al hermano de Ayla, Storme. Era un plan difícil, pues consistía en entrar a escondidas al lugar más peligroso y con más guardias de todo Varn: el palacio de la reina Loca. En el mejor de los casos, Ayla y Benjy encontrarían milagrosamente a Storme y le dirían todo lo que saben sobre el scyre Kinok y cómo lo arriesgaron todo aquella noche para entrar al palacio del rey Hesod. La noche en que Ayla estuvo junto a la cama de lady Crier, con un cuchillo en la mano, sin poder consumar lo que había fantaseado por años y salió huyendo con Benjy. Ambos lograron sobrevivir porque prefirieron enfrentarse a los peligrosos acantilados del mar que a los guardias del rey.

Kinok era Vigilante del Corazón, miembro de la élite automa que dedicaron su vida a proteger el Corazón de Hierro. Los automas no necesitan comer como los humanos; sus cuerpos dependen de la piedra de corazón, una piedra preciosa roja infundida de poder

alquímico. El Corazón de Hierro es la mina que produce la piedra de corazón. Dado que es la única fuente del poder automa, y, por tanto, su mayor debilidad, su ubicación exacta, en algún punto de las mil leguas que componen la cordillera de las montañas Aderos, solo la conocían los Vigilantes. Y solo un Vigilante en la historia había abandonado su puesto: Kinok. Durante las últimas semanas en el palacio, el plan de Ayla había sido robar la brújula «especial» que poseía Kinok. Estaba segura de que la flecha de aquel instrumento apuntaba hacia el Corazón de Hierro. Esa fue la razón principal por la que ella, Benjy y los demás orquestaron el ataque al palacio del rey. Habían planeado colarse en el estudio de Kinok y robar la caja fuerte con sus posesiones más valiosas. Pero dentro de la caja solo encontraron un pedazo de papel con tres palabras: *Leo*. *Siena*.*Turmalina*.

Ayla necesitaba contárselo a Storme. Sobre la búsqueda desesperada de Kinok por la Turmalina, que posiblemente sería una nueva fuente de vida para la especie automa. Sobre la Solanácea, ese misterioso polvo negro que consumían los seguidores de Kinok en lugar de la piedra de corazón, y que aparentemente los arruinaba corporalmente y los volvía locos.

En el mejor de los casos, Storme pasaría esa información a la reina Junn y... Ayla no sabía qué más podría suceder. ¿La reina se encargaría de la muerte de Kinok? Y Storme al fin respondería a la pregunta que persistía en el corazón de Ayla desde que se reencontró con su hermano por unos cuantos pero hermosos días: «¿Por qué después del ataque a nuestra aldea me abandonaste? ¿Por qué me hiciste creer que habías muerto? Creí que estabas muerto; te guardé luto, nunca dejé de llorar tu muerte, ¿cómo pudiste abandonarme?». Y Storme le daría una respuesta perfectamente razonable y todo tendría sentido y lo perdonaría y se abrazarían

como hermanos; luego ella y Benjy vivirían el resto de sus vidas en el lujo de la corte de la reina. En el mejor de los casos.

En el peor de los casos, tendrían una muerte horrible y sangrienta, incluso antes de cruzar la muralla de la ciudad, llevándose los secretos de Kinok a la tumba. En el peor de los casos, Ayla no volvería a ver a Storme, y él nunca sabría que su hermana murió cerca de él; *tan, tan cerca*, que su cuerpo estaría en el fondo del mar, a unos pasos de su puerta. Él navegaría sobre la tumba de Ayla y nunca lo sabría. En el peor de los casos, la reina se enteraría de la Solanácea demasiado tarde.

Claro que había otra persona que podría contarle los planes de Kinok a la reina, y *a cualquiera*. Otra persona que Ayla no se permitía olvidar, como tampoco olvidaba la idea que daba vueltas sin parar en su cabeza y exigía que se le reconociera: «Ella lo sabe. Ella podría hacer algo».

«Crier lo sabe». Entonces Ayla lo comprendió. Después de oír el día anterior los rumores que circulaban por todos lados, y la dejaban como golpes despiadados sin aliento una y otra vez…

La fecha de la boda entre el scyre Kinok y la hija del rey de Rabu se había adelantado. «Por razones desconocidas», murmuraba la gente. «Escuché algo sobre un intento de ataque», comentó alguien más, y otro respondió: «No, no, yo escuché que eso no fue verdad. Dicen que una sirvienta se volvió loca e intentó quemar el palacio». «No, no, eso tampoco es cierto, ¿acaso crees todo lo que escuchas?».

Crier se casaría ese día.

«Hoy».

Probablemente la ceremonia ya había comenzado. Claro que Ayla no pensaba en ello. No le importaba. Ni pensaba en la forma en que Crier miraba a Kinok: con fastidio en los mejores momentos y con miedo en los peores. Tampoco pensaba en cómo la joven se pegaba a

ella cada vez que Kinok entraba en la habitación.

Ayla iba con la cabeza gacha, unos diez pasos atrás de Benjy, mientras avanzaban por el estrecho camino que conducía a la carretera, entre el puerto y la entrada a la ciudad. No pensaba más que en Storme y en la reina. Había cambiado una meta por otra. Una misión falló. «(¿En verdad habían pasado menos de dos semanas desde la última vez que vio a Crier? ¿La vez que los ojos aterrados de la automa se cruzaron por un instante con los de Ayla y esta soltara el cuchillo y se echara a correr?)». Daba igual. Ahora tenía una nueva misión. Iba a detener a Kinok, a evitar que se volviera más poderoso todavía y que apretara su puño con más fuerza sobre Rabu. Y lo haría a cualquier precio.

Para lograrlo, tendría que encontrar a Storme, y esa noche era su oportunidad. Varn celebraba el Festival del Gran Creador, una festividad anual en honor a Thomas Wren y los primeros creadores de automas. Todo Thalen era un caos en la locura de los preparativos. Las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par para dejar pasar al río de viajeros, comerciantes, vendedores y asistentes que venían de todas partes de Varn. Ayla y Benjy ni siquiera tenían la necesidad de andar a hurtadillas. Cuando el sol comenzó a ponerse y la multitud creció, simplemente cruzaron las puertas con el gentío.

Por las calles de Thalen, los faroles colgados de una cuerda alumbraban el camino que conducía al centro de la ciudad, donde se celebraba el festival. Ayla y Benjy fueron arrastrados por un mar de listones verdes, blancos y rosas, y máscaras blancas de largos picos. Había plumas verdes por todas partes: entre las largas trenzas de las mujeres o prendidas en coronas brillantes y capas iridiscentes. La chica sentía como si se hubiera colado a un festín de pájaros reales o a una ciudad de aves magníficas. Entre la gente había automas, con

su belleza poco natural y el cabello brillante caído sobre sus espaldas o recogido bajo las coronas. Cada vez que Ayla veía un automa se le detenía el corazón, pero pronto recordaba que era normal en Varn que los humanos y los parásitos compartieran un festival. Que celebraran juntos. Los humanos iban a un festival como invitados, no como sirvientes, aunque nunca como iguales; nunca estarían realmente a salvo, pero era algo mucho más cercano a eso de lo que tendrían jamás en Rabu, pese a lo mucho que hablaba el rey de «tradicionalismo» y «respeto». Ayla no podía comprenderlo. No sabía si le sorprendía más que los automas anduvieran entre humanos o que los humanos simplemente... lo permitieran.

«¿No saben lo que nos hacen?», quería gritarles. «¿No saben de lo que son capaces? ¿No saben que esperan cualquier excusa para lastimarlos? ¿No saben que algunos de ellos ni siquiera necesitan una excusa?».

Sintió un cosquilleo en la piel. Estaba sudando pese al frío invernal. Aquello no era un festín de pájaros. Era un nido de víboras.

El palacio de la reina Junn estaba al norte de la ciudad, en el punto más lejano. Ayla escuchó un estruendo de voces festivas y de inmediato vio ríos de gente que convergían hacia un lugar; reían, cantaban y vitoreaban al ritmo salvaje de lo que parecían ser cientos de laúdes, tambores y cuernos. La presencia de edificios a los lados de la calle disminuían conforme se acercaban al palacio. Silos, zapaterías y otros talleres y tienditas eran reemplazados por mansiones cada vez más grandes y lujosas. Y más automas. Aquel no era un territorio prohibido. No era como Yanna, la capital de Rabu, donde los humanos morían de hambre a la vista de todos.

Conforme avanzaban, también las mansiones fueron desapareciendo y la multitud desembocó en una plaza gigantesca, un patio de piedra blanca en el que fácilmente cabría uno de los

huertos de manzanas del rey Hesod. El lugar estaba hasta el tope de gente; faroles y hogueras alumbraban con un brillo naranja a la multitud, en cuyas cabezas ondeaban pendones con el fénix de la reina y la insignia de Thomas Wren, los símbolos alquímicos de la sal, el mercurio y el azufre: cuerpo, mente y espíritu. El humo subía en columnas hasta ocultar las estrellas del firmamento. Ayla tomó aire y se llenó los pulmones con el aroma a pescado, masa frita y algo casi repugnante de tan dulce: vino, sidra y el olor cobrizo de la piedra de corazón líquida; se colaba además el olor grasoso y ahumado de cerdo rostizado, aunque se imponía la delicada fragancia de rosas blancas que había por montones. Ayla veía algunas personas que andaban entre la gente regalando coronas de estas flores. Más allá del humo y los pendones alcanzaba a ver con dificultad el palacio al otro lado del patio. Los muros blancos, una versión más pequeña de la muralla blanca que rodeaba la ciudad. Las puertas.

Alguien le dio un empujón por detrás y hasta entonces se dio cuenta de que se había quedado inmóvil a la orilla del patio. No lo pudo evitar. Nunca había visto algo así, nada tan... *lujoso* no era la palabra correcta, *opulento* tampoco. Aquello no era una reunión de automas, ni el esplendor controlado de la fiesta de compromiso de Crier. Aquello era algo fastuoso, bello, con abundante comida y color y luz, pese a la oscuridad de la noche; además, era profundamente humano. Caótico, sin restricciones. Era como la celebración de la Cosecha de la Luna que los sirvientes del rey celebraban cada año junto al mar, en las cuevas, pero cien veces más grande.

Ayla parpadeó para salir de su trance y encontró a Benjy unos pasos más adelante. Él también estaba petrificado. Se le acercó y estiró una mano para tomarlo del brazo, pero se detuvo. La chica ya

no era capaz de tocarlo sin pensar en lo ocurrido aquella noche, cuando entraron a escondidas en el palacio. Benjy la abrazó justo antes de que cada uno tomara su camino: él hacia el estudio de Kinok y ella hacia la habitación de Crier, y la besó. Nunca hablaron de lo ocurrido. No hablaron de nada, en realidad; ni de aquella noche ni de lo que pasó después. Aún no sabía si el beso significó algo para él, o si fue solo la reacción de un chico asustado que sabía que podría morir en cualquier momento y buscaba sentir algo por primera y última vez.

No sabía cuál de ambas conjeturas era la mejor.

Tal vez era mentira.

—Benjy —dijo, en voz baja para que nadie más que su amigo la oyera entre la música y el estruendo del gentío feliz y embriagado—. Las puertas del palacio. Vamos.

Él asintió. Con la mirada clavada en el suelo, avanzaron por el centro de la plaza, donde la música era más fuerte y el humo más denso. Habría sido más fácil mantenerse en las orillas, pero allí estaban los guardias del palacio, observándolo todo detrás de sus máscaras blancas. Los jóvenes se abrieron paso entre la multitud, aplastándose contra docenas de cuerpos sudorosos, embriagados y vibrantes de carcajadas. Ayla sintió el humo en los ojos. Pese al pastel de carne, su estómago se estimuló ante tanta comida: mesas atiborradas de diferentes especies de pescados, platones de quesos y frutas y brillantes anguilas negras; pasteles de frutas, canastas de naranjas, hogazas de dulce, miel, aceite y mantequilla; vino con especias y pasteles de miel, de semillas, de jengibre... Había unos cuantos humanos con uniformes verdes de sirvientes, moviéndose de aquí para allá por las mesas, llenando platones y sirviendo copas de vino.

Tenía muchísima hambre, pues en los tres últimos días no había

comido más que pan robado y los pasteles de carne que había adquirido. La semana y media que había pasado mareada y delirando en un barco de carga, solo pudo ingerir agua sin que vomitara. Su estómago se consumía entre agudos retortijones. Ayla apretó los dientes y se obligó a despegar su mirada de los alimentos. No tenía tiempo para pensar en comer. Solo faltaba cruzar la puerta, entrar al palacio...

Aunque el festival principal se llevaba a cabo en el patio y en las calles de la ciudad, también parecía haber una pequeña y exclusiva celebración dentro del palacio. Ayla vio más faroles y pendones, más humo y el movimiento de un nuevo grupo de personas. Las puertas del palacio estaban abiertas, custodiadas por numerosos guardias. Le dio unos golpecitos a Benjy en la mano y señaló con la cabeza hacia un grupo que parecían ser actores o bailarines. Aun con las máscaras, era fácil distinguir quién era humano. Los automas se movían con menos naturalidad y parecían estatuas que de pronto cobran vida. Eran altos, angulosos, con la piel suave, nada porosa, y con movimientos corporales bien calculados. Tenían el cabello lacio y brillante, oscuro en Rabu, mientras que en Varn prevalecía el color claro. Los cuerpos humanos eran más variados: miles de formas y tamaños, pieles con pecas o cicatrices o cacarizos; cabellos de variada extensión y texturas. Ayla siempre pensaba en la gran ironía de los automas. Los crearon para ser perfectos, inhumanamente hermosos, y lo único que lograron fue que tuvieran un aspecto poco interesante.

A menos que estuvieran agazapados sobre un libro, con un mechón de cabello rizado sobre su nuca. A menos que se lanzaran a una poza de mar bajo el brillo de la luna. A menos que fueran *ella*.

«No».

Benjy exhaló, molesto.

—No quiero usar peluca. Ni quitarme la camisa.

Todos los actores eran humanos. Llevaban máscaras, igual que el resto de automas, pero no eran blancas, sino de distintos colores brillantes y bordeados de plumas verdes. Sus disfraces representaban distintos personajes, aunque Ayla no reconoció a ninguno. Una mujer con peluca de estambre azul, otra con una brillante corona plateada; tres hombres sin camisa, con llamas rojas y naranjas pintadas en el pecho. Seguramente representaban un cuento tradicional de Varn.

—Relájate. Mira, atrás hay algunos con ropa menos vistosa. No se ven muy diferentes a nosotros. Creo que podríamos camuflarnos con ellos. —Empezó a caminar, pero Benjy la tomó del brazo.

—Espera —ordenó entre dientes—. Mira sus muñecas.

Ayla giró la cabeza y vio que los actores, y todos los que esperaban cruzar las puertas del palacio, llevaban un listón verde atado en la muñeca izquierda. Algo pequeño y brillante colgaba de la cinta. Entrecerró los ojos afectados por el humo, y notó que aquello pequeño y brillante parecía... ¿una campana? No, era una moneda de oro. Los guardias revisaban el listón e inspeccionaban con detalle la moneda, alumbrándola con el fuego. No había forma de entrar al palacio sin aquella cinta, a menos que escalaran los muros. Ayla lo consideró por un momento, pero las paredes medían más de seis metros y la piedra blanca parecía completamente lisa; de cualquier forma, había guardias por todas partes. Sin duda esa no era una buena opción.

—Bueno, nuevo plan —masculló Ayla—. Todos están vestidos de verde. No será muy difícil conseguir un par de listones.

—¿Y un par de monedas de oro? No podemos andar por ahí abriendo bolsas. Además, no se parece a ninguna de las monedas de la reina que he visto hasta ahora. No son redondas. Mira la que está

revisando el guardia... ¿Ya viste? Son casi cuadradas. Seguramente es una especie de ficha especial.

Ayla exhaló, derrotada.

—Quizá podríamos... ¿cortarle el listón de la muñeca a alguien? ¿Sin que se dé cuenta? O, o...

Miró a su alrededor y observó a la multitud que esperaba entrar. Actores con disfraces, unos cuantos humanos vestidos de manera que parecían ser parte del espectáculo, un gran grupo de automas. Nobles, probablemente. Se parecían a los parásitos de Zulla que fueron a la fiesta de compromiso de lady Crier. Lucían collares y pulseras, el cabello entretejido con hilos de oro y plata, ropa de fino terciopelo con bordados de seda. Vio a una mujer con pantalones de seda verde mar y un jubón con bordados de oro; tenía los brazos descubiertos y el cabello recogido en una trenza impecable que le cubría casi toda la espalda. Se distinguía del resto porque no llevaba máscara. Cuando la mujer volteó la cabeza, Ayla notó que tenía la boca pintada de dorado.

—Ayla —dijo Benjy—. ¿Sigues aquí?

Ella se aclaró la garganta.

—Tengo una idea.

Sin esperar respuesta, se metió corriendo entre la multitud, haciendo un zigzag, hacia las mesas de comida. Tomó el platón más cercano, uno enorme y plateado que contenía pastelillos de cangrejo, echó de prisa el contenido en una canasta de naranjas antes de que alguien pudiera verla y corrió hacia Benjy con el platón en la mano.

—Y... ¿cuál es la idea? —Arqueó una ceja, intrigado.

—Tú sígueme —ordenó ella—. Y, por el amor de Dios, sé respetuoso.

—¿Qué...?

Ayla agachó la cabeza y encorvó ligeramente los hombros para

hacerse más pequeña. Para ocupar el menor espacio posible. Luego, se dirigió hacia los guardias ignorando la fila de humanos y automas que esperaban ingresar al palacio. En la entrada, tres guardias revisaban los brazaletes y otros tres vigilaban a la gente. Con el platón en las manos como si fuera una ofrenda, apuró el paso y se acercó a uno de los Vigilantes, haciendo una gran reverencia. Escuchó los pasos de Benjy detrás de ella y guardó la esperanza de que hiciera lo mismo.

—Señor —Tenía la mirada clavada en las brillantes y negras botas del guardia —. Nos mandaron por más pastelillos de cangrejo y piedra de corazón.

—¿Quieren más piedra de corazón? —preguntó el guardia—. La noche acaba de comenzar.

—Hoy todos están siendo muy indulgentes, señor.

—A este paso, para la media noche habrán vaciado las bodegas de la reina. ¿Por qué no traen el uniforme?

Ayla soltó un resoplido burlón.

—Un borracho nos tiró medio galón de vino encima, señor. Creo que actuaba «El marinero y la serpiente marina» —Hizo una pausa —. Es una vieja historia humana sobre...

—No necesito esa explicación —dijo el guardia. Ella se atrevió a echarle un vistazo. Su rostro enmascarado miraba nuevamente hacia la multitud—. Tomen lo que necesiten, dense prisa —continuó, indiferente—. Y consíganse otro uniforme. Son sirvientes de la reina y deben verse como tales.

—Sí, señor —dijo Ayla, y escuchó a su amigo repetir esas palabras. El guardia se hizo a un lado y los dejó pasar. Ya estaban adentro.

El patio interno del palacio era de la mitad en tamaño que el de afuera. Claramente esa parte del festival había sido organizada por la mismísima reina. El patio estaba rodeado por un foso de escasa

profundidad en cuyas aguas flotaban linternas por doquier y pétalos de rosas blancas. Había que cruzar un puente arqueado de piedra para llegar al lugar del festejo. Ayla escuchó a lo lejos el suave correr de una fuente y le sorprendió ver a un grupo de músicos automas. Ejecutaban una melodía suave y no la música escandalosa del festival principal. Era una canción hecha para acompañar una plática y no para el baile. El suelo estaba cubierto por abundantes pétalos de rosas y parecía una cama de nieve, tan hermoso que sentía pena de tener que pisarlos. De pronto frunció el ceño intentando descifrar lo que veía. Parecían insectos revoloteando sobre el gentío, iluminando la noche, insectos enormes o quizá diminutos pájaros; pero por la forma en que sus alas brillaban a la luz de las linternas... no era nada de aquello.

Eran creados. Mariposas de gasa dorada del tamaño de la cabeza de Ayla. Volaban de aquí para allá, como chispas flotantes en la noche. Criaturas artificiales pero independientes. Recordó los objetos creados que se trafican en el mercado de Kalla-den: relojes de bolsillo que registraban los movimientos de las estrellas y de los planetas, dagas que se doblaban hasta hacerse más pequeñas que la punta de un dedo, montoncitos de sal rosa que permitían ver el futuro si eran lanzadas al fuego o se inhalaba el humo. La mitad de los objetos eran falsos, y otros solo funcionaban a veces.

Claro que Ayla conocía un objeto creado que era muy, muy, muy real.

Después de todo, había sido suyo.

Por milésima vez desde que escaparon del palacio del rey, Ayla sintió el impulso de tocarse el esternón, el peso fantasma donde debería estar su relicario de oro. Primero había sido de su abuelo Leo, luego de su madre y después suyo. Hasta hace poco, había pensado que lo más destacable de su relicario era el sonido

inorgánico como latidos. Fue Crier quien descubrió que Leo había guardado sus recuerdos allí adentro. Solo se necesita una gota de sangre para verlos, como un observador silencioso e invisible.

Se aferró al platón con ambas manos, dejó de mirar las mariposas creadas y guio a Benjy bordeando la multitud hacia el puente de piedra.

—Deberíamos separarnos —susurró. Había parásitos por todas partes, «dioses», que le ponían los pelos de punta. Sentía que los latidos de su corazón se aceleraban peligrosamente, aunque *sabía* que había otros humanos en el lugar, que no estaba sola, que Varn no era como Rabu. Una cosa era saberlo. Otra mucho más difícil creerlo de verdad.

—¿Separarnos? —preguntó Benjy—. No. ¿Por qué?

—No hay muchos humanos aquí. Dos personas juntas podría resultar sospechoso. —Hizo una pausa y fingió que observaba la mesa con pastelillos y postres. A un lado, había una fuente con un líquido rojo oscuro: la piedra de corazón para los automas—. Nos vemos del otro lado, en las escaleras del palacio, en unos minutos. Recuerda mantener las muñecas escondidas. Que no te atrapen.

—Haré mi mejor esfuerzo —dijo él indiferente.

Permaneció allí hasta que Benjy desapareció entre la multitud; luego tomó la dirección opuesta, avanzando en paralelo a la orilla este del patio. Le daba gusto ser tan pequeña. En el puerto llamaría la atención, pero en aquel lugar festivo, una humana bajita con un platón vacío pasaba desapercibida. Los guardias supondrían que era una criada más rumbo a la cocina. Intentó no preocuparse por Benjy y concentrarse en pasar entre la multitud como una sombra. Lo único que debían hacer era cruzar el patio y llegar a las escaleras del palacio. No era tan complicado.

Pero debió suponer la ingenuidad de esta creencia.

Estaba cerca. Alcanzaba a ver los escalones y, detrás, el palacio se elevaba como una gigantesca corona de hueso. La torre más alta tenía el tamaño de la muralla que lo escoltaba, con numerosas puntas y torretas que terminaban en picos afilados. Aquella construcción recordaba a una boca mostrando los colmillos, lo cual iba muy bien con la reina que lo habitaba. Las estrechas ventanas con forma de espada brillaban con la luz amarilla y danzante de las velas. Por un momento, sintió que no podía respirar. Su hermano se encontraba detrás de esas paredes. Estaba muy cerca de él, solo a unos cientos de pasos de las puertas del palacio. Quizá para cuando llegara el alba ya estarían reunidos.

Siguió avanzando con firmeza y luego se detuvo. Había un extraño peso en su cabeza, algo sobre su cabello. No era una mano. Sus dedos rozaron algo delicado, metálico, que aleteaba. Algo *vivo*. Una de las mariposas creadas se había posado en su cabeza. Ayla contuvo sus nervios. Sabía que no era un insecto real, pero la sensación de esas patitas sobre su cráneo le causaba desconcierto. Sacudió la cabeza y la mariposa se echó a volar hacia la noche espesa de humo. Ayla la siguió con el ceño fruncido. A diferencia de otras, esta mariposa estaba... encendida. Tenía un color amarillo brillante que parecía emitir luz como una luciérnaga.

«Un momento...».

Una mano enguantada la tomó por la cintura.

—No deberías estar aquí.

Ayla ahogó un grito. Era un guardia real cuyos ojos brillaban tras la máscara. Presionó aún más el cuerpo de la chica, provocando que tirara el platón, el cual cayó escandalosamente sobre los adoquines.

—¿Quién te dejó entrar? —preguntó el guardia con tono severo.

—Soy una criada —dijo, probando suerte—. Creo que perdí mi listón. Perdón por causar problemas, me iré ahora mismo.

—Claro que no —la corrigió el guardia—. Tú vienes conmigo.

—No —Tenía los ojos desorbitados y luchaba por soltarse. Pero, aun estando vigorosa y sin hambre, jamás habría podido imponerse a la fuerza de un parásito—. No, suélteme. Me iré. Solo quería ver la fiesta, no quería hacer nada malo...

—Cierra la boca antes de que te arranque la lengua.

Sin saber qué hacer, se dejó arrastrar por el guardia. ¿Dónde estaría Benjy? ¿La estaría viendo? ¿Se enteraría de que la detuvieron? El guardia la llevó a jalones por otro puente de piedra, sobre el foso, luego junto a unas escaleras hasta las puertas reservadas para los guardias y sirvientes. Solo guardaba la esperanza de que Benjy estuviera bien y que, si acaso la vio jaloneada por el guardia, no fuera tan tonto como para intentar rescatarla.

La pesada puerta de madera se cerró y tuvo que pasar unos instantes para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Estaba en un pasillo estrecho y húmedo, iluminado apenas por una antorcha ubicada a cada veinte pasos. Parpadeó con fuerza para evitar tropezarse por el jaloneo del guardia. La apretaba con tanta fuerza que temía que su muñeca se quebrara.

El corredor terminaba en otra puerta de madera que conducía a un pasillo más ancho, con techo alto y abovedado. A diferencia del techado del palacio real, decorado con intrincadas pinturas doradas y tallas de mármol, aquí los techos estaban revestidos de coloridos mosaicos de cristal con patrones geométricos. Le pareció extraña su brillantez, hasta que se percató de que no era cristal. Eran cientos de piedras preciosas. Sintió en el estómago una mezcla de miedo y asco. Un metro cuadrado de ese techo podría alimentar a una familia por diez años. Cuatro metros cuadrados podrían alimentar a una aldea entera.

Los pasillos eran laberínticos. Intentó aprenderse el recorrido, pero era imposible. Repentinamente el guardia giraba y tomaba otro camino, aparentemente lo hacía a propósito. Atravesaron patios interiores con jardines y fuentes, por patios con estatuas metálicas; por enormes comedores y salones y pasillos más pequeños que conducían al ala de invitados y a la de sirvientes. De vez en cuando, veía a una criada o un cortesano, pero los pasillos en general estaban vacíos. Casi todos estaban afuera, disfrutando del festival.

Ella suponía que el guardia la llevaría a la mazmorra. Esperaba que abriera una puerta y que una escalera los condujera a las oscuras entrañas del palacio. Sin embargo, la llevó en círculos por un rato y luego tomó un pasillo ancho y elegante, con piso de adoquín, alfombrado de terciopelo verde. Dos guardias vigilaban la entrada, ambos con máscaras blancas. Al acercarse, el captor se quitó la máscara, y los otros se hicieron a un lado para dejarlo pasar.

—¿Adónde me lleva? —Soltó la pregunta sin esperar realmente una respuesta. El pasillo terminaba en un arco enchapado en oro puro. Allí había cuatro guardias, pero, a diferencia de los demás, eran mujeres, sin máscaras ni ropa blanca, sino con uniformes verde esmeralda. Recordó que había visto guardias de este tipo cuando visitó el palacio real, semanas atrás, en su gira diplomática. Eran las que estaban más cerca de la reina, sus guardaespaldas personales.

—Déjenme pasar —dijo el captor deteniéndose al final del pasillo. Entonces soltó la muñeca de la chica, y la tomó del cabello, obligándola a levantar la cabeza—. Miren lo que atrapé en medio del Festival del Creador. Y nada menos que en el patio de la reina. Se hacía pasar por una criada de palacio.

Ninguna de las guardias se inmutó.

—¿Qué te hace pensar que esto merezca la atención de la reina? —preguntó una de ellas.

—Su majestad nos retó a encontrar espías de Rabu —insistió el captor—. Su majestad dijo que uno de ellos sería una muchacha joven, no mucho mayor que la reina misma. Esta humana tiene la edad indicada.

«Una muchacha joven». Ayla se mordió la lengua con tal fuerza que alcanzó a probar su propia sangre. ¿La reina Junn la estaba esperando? ¿Era un plan de Storme? Quizá él le había dicho la verdad a Junn: no solo era una criada personal, sino su gemela perdida. Y si la reina sabía que ella estaba detrás del intento de asesinato de lady Crier... ¿había previsto su próximo movimiento?

Las guardias de la reina observaron a Ayla con detenimiento.

—Déjala aquí —ordenó una—. Nosotras se la llevamos a la reina.

—No —protestó el guardia—. Yo la capturé. Si es la espía de Rabu...

—Déjala. Aquí —repitió otra con severidad, sin dar lugar a discusión—. Si es la espía, me aseguraré de que la reina sepa a quién darle el crédito por su captura. Eso es lo que te importa, ¿no? ¿Tu crédito? Vete.

Tras un momento de tenso silencio, el guardia le soltó bruscamente el pelo y ella chocó sus rodillas contra el suelo adoquinado cuya alfombra no sirvió de mucha protección. Se puso de pie como pudo y se encontró con una espada apuntando a su cuello.

Dos de las cuatro guardias flanquearon a la chica; atravesaron por una robusta puerta dorada hacia una habitación enorme de altos techos. Las paredes estaban cubiertas de terciopelo verde. En la parte central había un río largo y estrecho con pétalos de rosas blancas flotando en la superficie. Había una docena de guardias en cada lado de la habitación, todas mujeres y sin máscara. Ayla recorrió con la mirada el riachuelo hasta el otro lado y sus sospechas quedaron

confirmadas. Sin duda, el lugar era el salón del trono de la reina, pues había un estrado y una silla tallada en una pieza enorme de piedra blanca. Sintió alivio de ver el trono vacío, hasta que notó, a un lado, una silueta de espaldas. Aun sin verla de frente, la chica la reconoció. Era la reina Junn. La reina Loca, la Comehuesos.

—Su majestad —dijo una de las guardias. Al entrar ambas agacharon la cabeza en señal de respeto—. Le ofrezco mis más sinceras disculpas por la interrupción, pero...

—Ahora no —dijo la reina sin darse la vuelta. El volumen de su voz no era muy alto, y aun así las palabras de la reina se escuchaban por todo el lugar—. No me importa de qué se trate, no lo voy a atender esta noche. Si es un asesino, prepárenle un plato con los cortes más finos, la fruta más dulce y el mejor vino, déjenlo comer, y después podrán llevarlo a la mazmorra. Si se trata de la guerra, llamen a un estratega; la guerra puede esperar a mañana. Si es cualquier otra cosa, váyanse.

La reina tenía la espalda desnuda. Dos damas de compañía acomodaban las cintas de su elegante vestido cubierto de plumas. Ayla intentó no pensar en aquellos movimientos que le resultaban tan conocidos, el jalar de lazos, «los dedos rozando una piel suave y tibia...».

—Sí, su majestad —respondió una guardia—. Entendido. —Se dirigió a la otra mujer y agregó—. Llévensela a la mazmorra.

«No».

Si iba a la mazmorra, podría no volver jamás.

Las guardias la tomaron por un brazo dispuestas a sacarla a rastras de la habitación. Ayla ablandó su cuerpo fingiendo un desmayo para convertirse en peso muerto. Las guardias se sobresaltaron y la soltaron un poco por un instante. Eso bastó para liberarse. Se echó a correr, sin saber qué hacía realmente, solo sabía que no podía ir a la

mazmorra, y que quizá Storme estaba cerca. En el palacio real su hermano nunca se aleja demasiado de la reina Junn, así que debía estar cerca. Apenas había avanzado unos diez pasos cuando las guardias volvieron a atraparla. Le apuntaron a la espalda con una espada y la jalaban por el cuello de la blusa hasta casi ahogarla.

—¡Storme! —gritó, y su voz hizo eco en la habitación—. Storme, ¡Estoy buscando a Storme!

—Estás muerta —siseó una de las guardias, jalando con más fuerza la blusa de la chica que resistía sosteniendo el mayor aire posible; de pronto alcanzó a ver el fondo del salón y a la reina girar hacia las guardias.

—Eya —dijo la reina—. Deidra. Acérquenmela.

—Su majestad...

—Eso fue una orden, Eya.

Las guardias la obedecieron. Ayla fue llevada hacia el trono sostenida de los brazos y con la cabeza gacha. Las guardias la soltaron a los pies de la reina como si fuera un costal de papas y, por segunda vez, sus rodillas se estrellaron contra los adoquines. Pensó en los desagradables moretones que se formarían.

—Muestra tu cara, niña —dijo la reina desde arriba.

Ella levantó la cabeza.

El rostro de Junn mantenía la expresión que Ayla recordaba: tan hermoso y frío, con su nariz afilada, pómulos marcados y labios rojos. No hubo ni una chispa de reconocimiento en sus ojos.

—Hola de nuevo, criada —continuó.

—¡No soy una espía! —dijo con desesperación—. No sé qué ha escuchado, pero le juro que no soy una espía. No estoy trabajando bajo las órdenes de nadie ni tengo nada contra usted. Solo quiero ver a Storme.

¿Cuánto sabía la reina Junn? Ella y Storme parecían ser

extrañamente cercanos para tratarse de una reina y su consejero, pero quizá él no le había confesado que Ayla era su hermana perdida. Y, entonces... era bastante probable que Junn supiera sobre el ataque al palacio y nada más. Pensaría que era solo una sirvienta traidora y asesina que intentó matar a lady Crier. La chica buscó desesperadamente la manera de demostrarle que podía confiar en ella y, de pronto... un ligero recuerdo. La cocina del palacio. Malwin, otra criada, frente a ella. «Tengo órdenes del consejero de la reina Junn. Me dio algo para ti». Luego, la posada en Elderell. Los ojos desorbitados de Crier. «Tú no viste nada, ¿entendido?».

Pero Crier y Ayla guardaban un secreto.

—Pluma verde. Storme me dio una pluma verde. Sé que significa algo para usted.

La reina permaneció en silencio. No necesitaba una máscara para verse inescrutable.

—Te vas a decepcionar —dijo al fin—. Mi consejero ya no está aquí, en Thalen. Se marchó hace dos días a la frontera norte, y volverá en quince días.

Ayla se encogió, derrotada. *Quince* días.

—Criada Rupa —agregó la reina, sin quitarle los ojos de encima.

Una sirvienta humana, joven, alta y fornida, se le acercó.

—¿Sí, su majestad?

—Llévate a esta niña al ala de huéspedes. Dale una habitación y la ropa y comida que desee. Si quiere a alguien con quien compartir la cama, dénselo también. —Sus labios rojo sangre se curvaron en una sonrisa al notar la sorpresa de la chica—. Así demostramos la hospitalidad de mi reino, criada Ayla. Bienvenida a Varn.



2

Crier permanecía en su recámara, con una docena de sirvientes y criadas corriendo de aquí para allá, mientras ella evitaba sentirse como un trozo de madera flotando en el mar a media tormenta.

Dos criadas trenzaban su cabello en forma de corona, mientras otra ensombrecía los párpados y le pintaba los labios de violeta oscuro, como la sangre automa. Otras entraban y salían del cuarto con cajas de joyas forradas de terciopelo, listones para el cabello, pasta de piedra de corazón y pintura corporal dorada para dibujar los símbolos de los creadores sobre su piel durante la ceremonia.

En unas cuantas horas estaría casada.

Ahora miraba su silueta inmóvil en el espejo mientras las criadas humanas la vestían de novia. Detrás de ella la criada Malwin movía las manos a toda prisa para atar el corsé de su vestido. Le apretaba tanto las costillas que si necesitara respirar como los humanos estaría sofocada. Con dolor recordó a alguien especial atándole los lazos del vestido. La última vez que sintió unos dedos rozando sus hombros desnudos y su nuca, el calor de un contacto que traspasaba incluso

las capas de lino y seda.

El vestido que llevaba aquella vez era plateado claro, con forma de campana. Este es de terciopelo rojo oscuro, con un corte ceñido al cuerpo y una amplia falda que cubre incluso varios adoquines del piso. El vestido no tiene mangas, y no usará bata ni sedas para poder sellar libremente las marcas ceremoniales que le harán en los brazos, la frente y el pecho por encima del escote. En la cabeza llevará una elegante tiara dorada.

Se miró en el espejo y pensó que quizá su rostro se veía distinto, no solo por el maquillaje. Su expresión solía ser neutra, controlada, y reflejaba emociones y reacciones reguladas a consciencia. Pero ese día se veía más que neutral. Se veía vacía. Muerta.

En otra parte del palacio, seguramente el scyre Kinok también se preparaba para la ceremonia. Kinok, su prometido. Y, dentro de cuatro horas, su esposo. *Para siempre*. No podía dejar de pensar en ello: el concepto *para siempre*. Los automas viven muchos años. Dentro de veinte, cincuenta u ochenta años, aún estaría casada con Kinok. Las estaciones cambiarían, su padre moriría y Kinok lo reemplazaría en el trono. Casi toda la vida había creído que siendo la única hija de Hesod, su única heredera natural, ella heredaría el trono. Pensaba que el camino que seguiría su vida sería este: en cuanto su padre decidiera que estaba lista, se sumaría al Consejo Rojo. Trabajaría durante décadas como miembro del consejo de Mano Roja, haciendo todo lo posible para proponer leyes que reafianzaran la frágil relación entre los automas y los humanos en Rabu. Había pasado los últimos diez años escribiendo ensayos políticos, definiendo sus creencias, sus valores, su legitimidad como posible miembro del consejo. Pero el día en que su padre al fin la invitó a una junta del Consejo Rojo, la obligaron a quedarse en silencio, en una esquina, y a observar cómo su padre elegía a Kinok

para reemplazar a la consejera Reyka. Ese día supo que su padre nunca permitiría que se uniera al consejo, y mucho menos que fuera reina. No era su destino ser parte del futuro de la nación. Estaba destinada a ser esposa, un adorno que su padre entregó como muestra de buena voluntad cuando quiso unir fuerzas con alguien cuyo poder le resultaba una amenaza. Kinok: scyre, Vigilante del Corazón de Hierro, líder del creciente Movimiento Antidependencia. Kinok: un hombre que la convenció de ser Defectuosa, de estar descompuesta, de que la crearon mal; un hombre que usó ese «Defecto» para manipularla. Que tenía la misión de encontrar la Turmalina, una nueva fuente de poder para su especie. Que se enteró de que los abuelos de Ayla estaban conectados con la creación de la Turmalina, y por tanto quería encontrar a la chica.

Sentía que su corsé la sofocaba realmente. Sus costillas parecían quebrarse, romperse en pedazos afilados que le perforaban los pulmones. Y el corazón.

Lo peor de todo era el evidente placer que la boda provocaba a su padre. Nunca había estado tan orgulloso de ella. Ni cuando estudiaba día y noche memorizando bibliotecas enteras, se mantuvo callada, lo obedeció, se apegó a su tradicionalismo y siguió todas sus reglas. Sin embargo, con su fidelidad no ganó más que la indiferencia de su padre. O un halago fugaz como un ligero baño de oro sobre una pila de críticas: «Esto está bien escrito, hija. Ojalá el contenido fuera tan bueno como la técnica». Durante la última semana, su padre la comenzó a tratar como un perro obediente y premiaba su buen comportamiento con regalos. Pequeñas muestras de afecto. Un libro lleno de mapas de distintos mares, creados por navegantes y viajeros. Una pluma de pavo real con su frasquito de tinta plateada. Y, la más especial de todos, la llave dorada del salón de trofeos de Hesod, una de las pocas habitaciones del palacio a la

que nadie, ni siquiera Crier, tenía permitido entrar. Tiempo atrás se habría sentido honrada. Ahora no tenía interés en ver los botines de guerra de su padre. Era una habitación llena de artefactos humanos que llevaba años coleccionando. No eran trofeos. Los había robado. Crier dejó la llave dorada en el cajón de su escritorio y no la había tocado desde entonces. Ni tenía planes de hacerlo.

—Malwin —murmuró, y sintió que los dedos de la criada se enfriaban sobre su espalda. Ninguna de las sirvientas lo había notado. Las mujeres habían terminado con el cabello y el maquillaje de Crier y el cuarto se fue vaciando. La joven sabía que los invitados habían empezado a llegar un par de horas antes. Había doscientos invitados confirmados, a pesar de que apenas una semana antes se avisó del cambio de fecha. La boda se había adelantado casi un mes y se dio aviso con ayuda de los jinetes más rápidos de Hesod, que recorrieron toda la nación para dar el anuncio. Todos los invitados necesitarían alojamiento, piedra de corazón y comida para su servidumbre. El palacio llevaba días hecho un caos. Y no ayudaba el hecho de que apenas habían pasado dos semanas desde que...

Desde que Ayla estuvo junto a la cama de Crier, en medio de la noche, con un cuchillo en la mano, lista para atacar.

—¿Sí, señora mía? —preguntó Malwin.

—Tu especie habla de «corazón roto» —Lo había leído en tantos libros humanos, en cuentos de hadas, historias de amor, comedias y tragedias. Estaba en todas partes—. Sé que no es... literal. Pero ¿qué significa?

Malwin lo pensó.

—¿Por qué me lo pregunta, señora?

Desde la noche del ataque, los sirvientes se habían comportado cautelosos con Crier, su padre, Kinok e incluso con los guardias automas. La expresión en sus rostros cuando la veían reflejaba

nervios y un evidente terror. La mayoría desconocía la historia completa de lo que ocurrió aquella noche. Al parecer Ayla y los demás sirvientes involucrados mantuvieron su plan en secreto, aunque Crier sabía que los rumores de que ella trabajaba para la reina Junn no eran ciertos. Pero entendía que los detalles no importaban. Su especie no se caracterizaba por ser misericordiosa. En el pasado, Hesod había castigado a humanos inocentes por crímenes cometidos por otros. Si ella fuera parte de la servidumbre, también estaría aterrada. Aunque hacía todo lo posible por verse lo menos amenazante, como hablar suavemente y usar expresiones delicadas, dar órdenes breves y claras, eso no ayudaba. Era la hija del rey. Podría lastimar a los sirvientes o matarlos sin una sola explicación.

Ayla le hizo ver el gran alcance de su poder, por tonto que eso sonara. Sabía que los sirvientes debían obedecerla. Sin embargo, no era la reina. No tenía influencia real. No era peligrosa, solo era Crier. ¿Por qué habrían de temerle?

Qué inocente era.

—Es pura curiosidad —le aseguró a Malwin—. No hay respuesta incorrecta. Solo es curiosidad.

—De acuerdo, señora —dijo Malwin con voz baja mientras comenzaba nuevamente a atar las cintas—. Un corazón roto es... pues, como estar triste, pero más que eso. Es la peor tristeza que pueda sentirse. Estás tan triste que lo sientes como una herida real, como si el corazón estuviera roto y sangrante.

—¿Qué lo provoca? ¿Qué pone tan triste a la gente?

—Puede ser cualquier cosa, señora. —Malwin hizo un sonidito mientras pensaba qué decir—. Cuando pierdes a alguien que amas. O si el ser amado hace algo que lastima, algo realmente horrible.

Crier lo pensó. Pensó en la carta de la reina Junn escondida en ese

momento debajo de su colchón, junto a un pesado relicario de oro. La confesión de Junn: «Yo maté a Reyka». Pensó en su padre humillándola frente al Consejo Rojo: «Les ofrezco una disculpa. Mi hija cree que es mucho más inteligente de lo que sus años le permiten».

Pensó en Ayla.

—¿Qué puede provocar el deseo de dañar a alguien? —le preguntó a Malwin en voz baja—. ¿Qué puede provocar que alguien quiera hacer algo terrible?

—Señora mía —dijo Malwin—. Yo nunca, jamás, haría nada que...

—Lo sé —la interrumpió Crier—. Lo sé, Malwin. Por favor, no te preocupes. No has hecho nada malo. Es solo una pregunta, te lo prometo.

A través del espejo vio la expresión de sorpresa de Malwin. La criada era unos años mayor; tenía el rostro estrecho, la nariz grande y chueca, y la quijada llena de cacarizos. Llevaba el cabello recogido con una trenza algo desordenada. De pronto la percibió como una mujer bonita. Era raro, pues le habían enseñado que la belleza automa era la ideal. Como el resto de su especie, el rostro de Crier fue diseñado perfectamente simétrico. No tenía ninguna cicatriz. Ella misma era alta y corpulenta. Sin embargo, Ayla era la persona más atractiva que había conocido en su vida: bajita, de eterno ceño fruncido, rostro redondo y pecoso, y cabello alborotado. La hermosa Ayla.

«¿Qué puede provocar el deseo de dañar a alguien?».

«¿Qué puede empujarte a hacer algo terrible?».

—Supongo... —dijo Malwin lentamente—. Supongo que si una persona me hubiera lastimado primero. O si yo lastimara a alguien que amo.

«Pero yo no la lastimé», pensó Crier, poniéndose inmediatamente

a la defensiva. Luego se detuvo. Era verdad que nunca había dañado físicamente a Ayla. Lo más cerca que estuvo de hacerlo fue en la posada cuando entró en pánico y, sin medir su fuerza, la empujó y la sostuvo contra la puerta. Al darse cuenta de lo que había hecho, la soltó inmediatamente, experimentando un nuevo espanto. Imaginó nítidamente los moretones con forma de dedos en los hombros de la chica y los huesos de la víctima quebrándose entre sus manos. Crier se disculpó, horrorizada por lo que había hecho. Las palabras de odio de Ayla. «Eres una automa. Dominar está en tu naturaleza». Como si esperara lo peor de ella y aun así Crier lograra decepcionarla.

«Dominar está en tu naturaleza».

Ayla no solamente se refería al empujón.

Malwin ató el último par de cintas y dio un paso atrás, observándola a través del espejo.

—Está hermosa, mi señora. Es una novia bellísima.

Intentó responder pero sintió un nudo en la garganta. Todo su cuerpo estaba tenso. Se sentía como un pez atrapado en la red, como un ciervo amenazado por la flecha de un cazador. Como si estuviera colgando de un precipicio, con el agua helada y las rocas afiladas y oscuras allá abajo, y esta vez no salvarían.

Kinok ignoraba que ella sabía la verdad sobre su Defecto, aunque no lo consideraba una victoria. Cada instante a su lado era una amenaza. Kinok era peligroso, era *un monstruo*, pero... no podía abandonarlo. No podía.

Como lo dicta la tradición, tres días antes de la boda, Crier se encontró con el hombre que oficiaría la ceremonia. Era un diseñador respetado y muy conocido, un automa que trabajaba con las comadronas humanas para crear automas nuevos. El rey arregló el encuentro. Ella esperaba que el diseñador le diera detalles de la

ceremonia. Pero no fue así.

—Saludos, lady Crier —dijo el diseñador.

Se sorprendió de sentir los dedos del hombre bajo su mentón. Nadie se atrevía a tocarla.

—Saludos —murmuró ella. No podía calcular su edad; era difícil hacerlo con los de su especie, pero el rostro del hombre había comenzado a mostrar los signos de la edad. Su piel bronceada se veía delgada como papel; tenía los ojos no tan claros como ella y el cabello oscuro, con mechones plateados. Llevaba el uniforme blanco de diseñador. La bata forrada con delicada piel de borrego anunciaba que sería el oficiante de la boda.

—Lady Crier —dijo el hombre con voz quebradiza—, pareces asustada.

Ella se mantuvo en silencio.

—Cuéntame tus miedos. Cuéntame tus dudas.

—Hay tantas —susurró, tímidamente—. Yo... A veces me pregunto si esta es la elección correcta. Mi prometido, él... —No supo cómo terminar su idea. No sabía en quién podía confiar. Kinok tenía ojos y oídos en todas partes.

—La duda es normal. La indecisión es común en los jóvenes. Pero esta es la elección correcta, lady Crier, porque es la única opción. No tienes alternativas.

Ella frunció el ceño aún más y lo miró, confundida.

—¿Es la única opción?

—Para esto fuiste creada, lady Crier —aclaró el diseñador, tomando el rostro de la joven con ambas manos. Sus palmas estaban frías y secas—. Fuiste diseñada para la unión. Nunca es una buena idea oponerse al propio diseño, lady Crier. Otros han cometido ese error: los jóvenes, los que se llenan de dudas. Pero la naturaleza de nuestra especie es que, a fin de cuentas, no somos irremplazables. Si

un hijo falla, otro puede tomar su lugar.

—¿Qué quiere decir? —susurró. Se sentía al borde del abismo, de algo horroroso que lo cubriría todo—. ¿Otro puede...?

—Tomar tu lugar —Acarició con un pulgar la mejilla de Crier, como si limpiara una lágrima inexistente—. No lo olvides, lady Crier. Fuiste creada y puedes ser destruida y otra será creada a tu imagen y semejanza. No orilles a tu padre a hacerlo, lady Crier. Él te creó para cumplir un propósito. Si lo rechazas...

Crier dejó de escucharlo. Se hincó sobre los fríos adoquines para procesar sus pensamientos.

—Mi padre no me haría daño—, pensó en voz alta—. Soy su hija. No me haría daño, aunque me opusiera a la unión…¿O sí?

El mensaje del diseñador había sido claro: obedece o atente a las consecuencias.

No había nada en el mundo que Crier quisiera más que salir corriendo. Pero ¿adónde ir? En Rabu corría el peligro de que la reconocieran. Podría intentar irse a Varn, al palacio de la reina, en Thalen. Después de todo, para Junn, Crier aún era su aliada y confidente; pero ella mató a Reyka. *Mató a Reyka*. La sola idea de verla y fingir cortesía le daba náuseas.

¿Adónde más podría huir? ¿A las junglas despobladas de Tarreen? ¿A algún punto lejano, al otro lado del océano?

No. El próximo paso de Kinok era encontrar a Ayla. Si Crier se marchaba, no habría nada ni nadie que lo detuviera. Donde sea que Ayla estuviera, Kinok podría encontrarla.

Crier no permitiría que esto pasara.

Entró en discusión consigo misma cientos de veces durante las últimas dos semanas, y llegaba a la misma conclusión: se casaría con Kinok. Se quedaría con él. Era la única manera de detenerlo y de proteger a la chica. En parte, consideraba patético y humillante

preocuparse por Ayla después de lo que ella intentó hacer. La oscuridad. El cuchillo. Sin duda su padre perdería el poco respeto que le tenía si descubriera los sentimientos de su hija. Pero era lo que ella sentía. No podía evitarlo. Si tuviera que elegir entre su dignidad y la vida de Ayla, pues bien. Ni siquiera tenía que elegir.

—Malwin. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que me pida, señora.

—Busca a la criada de la cocina llamada Faye. Suele estar en los cuartos de lavado. Tráemela. Si se resiste, dile... dile que se trata de las manzanas rojas.

Malwin pensó por un momento.

—Mi señora, solo quedan unos minutos para que usted acuda al gran salón...

—Por eso agradeceré que te apresures.

Cuando al fin se quedó sola, se tumbó en la cama. «Faye». Durante el verano, Kinok obligó a la criada a trabajar para él en secreto. Supervisaba cargamentos de lo que ella creía que eran las preciadas manzanas rojas del rey, pero en realidad era una peligrosa sustancia llamada Solanácea. Cuando descubrió la verdad, intentó dejar de hacer ese trabajo. Como castigo, Kinok mandó matar a su hermana. Luna.

Desde entonces Faye no era la misma. El dolor la convirtió en una persona ajena al mundo. Sus pensamientos parecían estar perdidos en algún lugar lejano e inaccesible.

Crier estuvo a punto de llevarse la cabeza entre las manos, ese gesto tan humano, pero recordó el maquillaje, así que se quedó allí, erguida, mirando el tapiz de Kiera, la primera automa, que se ubicaba al otro lado de la habitación. Se decía que Kiera fue creada por el mejor alquimista humano, el Creador Thomas Wren. Pero no era verdad. Sabía que Wren le robó los planos a una misteriosa

mujer llamada H. Él no diseñó nada, solo se robó el crédito del trabajo de H.

El tapiz tenía una costura en una orilla. Un guardia la había arrancado de la pared aquella noche, después de que Ayla huyó. Pero Kiera estaba intacta. Tenía el vestido amarillo azafrán, la boca roja y la piel oscura. El contorno dorado de sus ojos brillaba bajo la luz del sol. Crier sostuvo la mirada en el tapiz. Los minutos pasaban lentamente.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Crier. Malwin entró y Faye la seguía con pasos torpes y los ojos hundidos. La mujer llevaba a la criada de la muñeca; en señal quizá de haberse resistido.

—Gracias, Malwin —agregó Crier, poniéndose de pie—. Puedes esperarme afuera.

—Señora mía...

—Afuera.

Malwin miró de Crier y a Faye reiteradamente, soltó con desgana la muñeca de la criada, y salió del cuarto. Afuera había unos guardias. Desde la noche del ataque, le prohibieron salir sin llevar al menos cuatro guardias con ella. Era una pesadilla; la presencia de estos hombres arruinaba por completo la santidad de la biblioteca y del salón de música; sin embargo, esta vez, la presencia de los guardias era, probablemente, lo único que evitaría que Malwin pegara la oreja a la puerta para escuchar lo que sucedía adentro.

—Más vale que empiece, señora —comentó Faye—. Me sacó a medio turno, ¿eh? La vieja Nessa se va a enojar seguro. —Sonrió—. Ah, pero no, ¿verdad? Nessa está muerta y enterrada. Todos están muertos y enterrados. ¿Sigo yo? ¿Por qué me llamó, señora?

—Para darte esto —Tomó un libro de la mesa de noche y buscó algo entre sus páginas. Era un pequeño sobre sellado con cera. Se lo

pasó a Faye, quien se mantenía a cierta distancia.

—¿Qué es eso? —preguntó, mirando el sobre—. ¿Qué me va a obligar a hacer?

Crier tragó saliva.

—Por favor. Eres la única persona que podría encontrarla.

—Ella se fue, señora. Nadie sabe adónde. Podría estar a la mitad del océano en este momento. Podría estar muerta.

«No está muerta», pensó Crier; luego, ingenuamente continuó: «Yo lo habría sentido».

—Solo... Por favor —Dio un paso hacia Faye—. Por favor. Si escuchas algo, *lo que sea*... Sé que conoces gente en la... Resistencia. Por favor. Por favor, inténtalo. Por favor, Faye. Eres mi única esperanza.

Faye tomó el sobre y lo guardó en el bolsillo del uniforme.

—No espere gran cosa, pero haré todo lo que pueda.

—Gracias —suspiró Crier y se rodeó los brazos, sin saber qué más hacer. No quedaba nada más que hacer. Probablemente nunca más se acercaría siquiera a Ayla. Era su despedida. Un sobre en blanco en manos de una criada medio enloquecida. Adentro, una flor marina y una frase:

«Tenías razón sobre la ley de la caída».

Ayla no sabía leer. Tendría que pedirle a alguien más que leyera el contenido de la carta. Claro, si es que llegaba a recibirla. Y si no decidía tirarla a la basura, quemarla o romperla. Pero ¿qué otra esperanza tenía Crier? ¿Qué otra cosa podría hacer?

«Tenías razón sobre la ley de la caída. Tenías razón». Reescribió esa frase mil veces, agazapada junto a la ventana, desde la noche hasta que llegó el alba. Intentando encontrar las palabras correctas. «Tenías razón». «Tenías razón». Recordaba perfectamente el día que

la nombró su nueva criada personal. La llevó a los jardines, con el aire perfumado por la lavanda de sal y las flores marinas, el sabor del mar en la boca de Crier, el sonido de las olas rompiendo contra el acantilado, allá donde terminan las flores. La miró y, *dioses*, no tenía idea, *no tenía ni idea.* Se sintió algo intrigada y avergonzada de que la viera llorar. Pero quería acercarse más a la chica. Leerla como un buen libro. Ella, con el ceño fruncido y la mirada distante, le dijo: «Incluso más allá del cielo, tan lejos que ni siquiera podemos imaginarlo, las cosas funcionan del mismo modo. Todo está en su órbita, igual que aquí. Todo sigue su impulso, como si estuviera jalado por algo».

«Ayla», pensó, «tú me jalaste».

—Mi señora. ¿Podría también usted hacer algo por mí?

Crier sacudió la cabeza para quitarse de encima los pensamientos. Arqueó las cejas y miró a la criada sorprendida de su atrevimiento.

—¿Qué... qué puedo hacer?

—Detener al scyre.

—¿Qué...? ¡*Baja la voz*! No puedes decir cosas así como si nada, podrían oírnos. ¿Estás...? —Se detuvo antes de decir «loca».

—Mis disculpas, señora. —Faye se acercó a la joven y bajó la voz —. Tiene que detenerlo. Sé lo que está planeando. Le gusta presumir, ¿sabe? Con los que están bajo sus órdenes. Nos subestima. Cree que no tenemos a quién decírselo. —Su rostro dibujaba una sonrisa irónica—. Por eso lo sé.

—¿Qué sabes?

—Intentará destruir el Corazón de Hierro.

Los ojos de Faye reflejaban un brillo que nunca antes había visto. Tenía los hombros erguidos y los brazos caídos a sus costados, con el puño apretado. Era como ver un fantasma, el de la chica que solía ser Faye antes de que Luna fuera asesinada por los crímenes que

cometió su hermana. Antes de que el dolor la dejara a la deriva en algún lugar desconocido de su mente.

—¿Destruirlo? —preguntó Crier. Una sensación como agua fría recorría su interior. El Corazón de Hierro—. Sé que ha estado buscando una alternativa a la piedra de corazón, pero... ¿destruir el Corazón? No tiene sentido. Lo necesita tanto como cualquiera de nosotros, él... —«Él quiere lastimar a los humanos, no a los automas».

Pero aunque la joven lo negaba, en ese momento comenzaba a comprenderlo.

Kinok era el líder del Movimiento Antidependencia. Aparentemente el movimiento buscaba separar aún más a ambas especies con la construcción de una nueva capital para los automas. La verdad era mucho más oscura y sangrienta. Kinok quería tres cosas: primero, acabar con las antiguas ciudades humanas y construir sobre sus cenizas nuevas urbes automas. Los humanos quedarían condenados. Segundo: quería crear una nueva raza de automas sin ningún pilar humano. Tercero: quería encontrar una alternativa a la piedra de corazón, poniendo fin a la dependencia que su especie mantenía respecto del Corazón de Hierro. Había hecho algunos experimentos de sintetizar una nueva piedra preciosa, pero hasta el momento sus intentos fracasaron: solamente logró crear la Solanácea, un polvo mineral negro que al principio parecía funcionar, pero envenenaba lentamente a quien lo consumía y era altamente adictiva. Kinok la usaba para controlar a sus seguidores; entre ellos, a Rosi, la amiga de Crier.

Sin embargo, la Solanácea no era una solución práctica a largo plazo. Kinok buscaba una gema azul llamada Turmalina que Siena, la abuela de Ayla, usó para dar vida a un prototipo automa llamado Yora. Al parecer Kinok creía que la Turmalina era infinitamente

poderosa, tanto que daría inmortalidad a los automas, quienes por el momento envejecían, aunque más lentamente que los humanos, y sus cuerpos terminaban por debilitarse, desgastarse y se apagaban. Es decir, podían morir y también ser asesinados, como los humanos. A juzgar por las notas halladas en la habitación de Kinok, este soñaba con un mundo en el que nada de esto ocurriera.

Un mundo que sería posible si él encontraba el corazón de Yora, hecho de Turmalina y contenedora del secreto de su poder... Si lograba destruir la fuente de la piedra de corazón. De esta manera los automas no tendrían más opción que rogarle que les diera Turmalina...

—En cuanto el scyre encuentre lo que está buscando, será el fin de su especie y de la mía —dijo Faye—. Poder absoluto. Crueldad absoluta. Si yo soy su única esperanza, señora, usted también es la mía.

«Antidependencia», pensó Crier, obnubilada.

Todo lo dicho por Faye resumía el significado de esta palabra.

La mujer sacó una carta. Por un momento, Crier pensó que era la que acababa de darle, pero el papel estaba desgastado y amarillento por los años. Daba la impresión de que podría desintegrarse con apenas tocarlo.

—Hay más, mi señora.

—¿Qué es esto? —preguntó Crier. Su propia voz le sonaba muerta y vacía. Abrió la carta con las manos temblorosas, intentando concentrarse en algo que no fuera la palabra «dependencia, dependencia, dependencia».

—Es del estudio del scyre. Pero no... no es del scyre. Es muy vieja. Es... Me pareció importante. Y por eso la tomé. Creí que le interesaría conocerla. Que le interesaría saber.

Observó la carta, obligándose a mantener la atención. Estaba

dirigida de «T» para «H». Pero no tuvo tiempo de procesar lo que leía. Se escuchó un toquido en la puerta y luego la voz nerviosa de Malwin: «¿Señora?».

Crier guardó rápidamente la carta debajo de la almohada. Tendría que esperar. Por el momento, tenía cosas más importantes que hacer. Tenía que hablar con su padre.



T, te suplico que no lo hagas.

¿Recuerdas el día en que nos conocimos? Bajo el ojo dorado de Dios. Tú estabas en la ventana como una sombra contra el incipiente alba. El alba invernal. El cielo tenía el color de los cerezos cubiertos de nieve. Yo conocía tu cara. Tu nombre. Tú no conocías los míos.

Te di todo. El trabajo de toda mi vida, mi saber, mis sueños locos, mi cama. Y, ¿tú no pudiste darme ni siquiera un poco de tiempo?

Sabes que puedo perfeccionar mi corazón azul.

¿Sabías que siempre he creído que mi corazón es azul? No como el cielo, sino como el fondo del mar, pero no vacío. Ni gélido. Azul como la llama intensa de una vela. Cuando me tocabas mi ser se encendía hasta quedar en rojo fulgor. Entonces creía que era algo bueno. Arder.

¿Cómo se genera la vida?

¿Es eso? ¿Fuego? ¿Sangre? ¿Una matriz

gigante?

Durante un tiempo compartimos un sueño. Y la cama. Pero ya no. No después de esto. Mi corazón se mantendrá azul. Sabes que este «atajo» está mal, por eso lo ocultabas. ¿Crees que no lo sé? Te amaba, ¿no es verdad? Sangré por ti, ¿no es verdad? Y ahora, esto.

Dime una sola cosa que sea más valiosa que la vida, carajo.

CARTA DE «H-------»
AL CREADOR THOMAS WREN,
E. 900 A. 10



3

La primera mañana que pasó en el palacio de Junn fue abrumadora. Casi no pudo dormir. La suave cama parecía tragar su cuerpo y pasó la noche ahogada entre pesadillas, como hundida en arenas movedizas. Cada vez que despertaba hacía un esfuerzo por recordar dónde estaba; por qué no había sirvientes durmiendo a su alrededor; tampoco estaba en un barco acurrucada junto a Benjy. Su único consuelo era pensar que, probablemente, su amigo se encontraba mejor que ella, allá afuera, en las calles de Thalen.

Despertó definitivamente en la mañana, cuando un trío de criadas humanas entró en su habitación. Se incorporó, sorprendida, pero ellas ni siquiera la miraron. Una abrió las cortinas y la habitación se inundó de una tenue luz azul; otra cargaba una pila de vestidos y comenzó a colocarlos al pie de la cama; una tercera criada jaló la cortina de seda que cubría una esquina de la habitación. Dejó al descubierto una tina de baño junto a un tanque de cobre cargado de agua y un grifo con forma de pavo real.

—¿Qué... qué está pasando...? —preguntó, adivinando cuál sería la

respuesta.

Durante la hora siguiente la chica recibió el baño más meticuloso de su vida. Le lavaron tres veces el cabello y le cortaron las uñas de manos y pies; tallaron su rostro con un trapo enjabonado de tal manera que parecían querer arrancarle la piel. El agua de la tina se puso gris, como si hubiera recolectado años de suciedad. Cuando el agua al fin comenzó a enfriarse, las criadas sacaron a la chica y la frotaron con un aceite que le dejó la piel suave y radiante, con un ligero aroma a almendras, y ella odió el hecho de que le hubiera agradado. Terminaron de secarla completamente y la enfundaron en una ropa interior de algodón tan ligera y suave que parecía inexistente. Nada que ver con las prendas rasposas y tiesas que acostumbraba usar. Luego las mujeres comenzaron a probarle frente al espejo distintos tipos de vestidos; observaban y analizaban a la chica hasta que llegaron a la intrigante decisión de que el azul marino le iba mejor. A ella no le gustaba usar vestido, así que abrió la boca para protestar, pero la mirada severa de la criada, una mujer alta, de piel clara, la obligó a callarse. Dejó que la vistieran y le ungieran y le cepillaran el cabello, aunque el peine se atoraba una y otra vez entre sus rizos y la lastimaba. Cuando se miró en el espejo sintió que veía a Storme: alguien cuyo rostro se parecía al suyo. Piel brillante, ropa fina, cabello suave y reluciente. No pudo evitar recordar cuando era criada personal, cuando hacía todo eso para...

«Crier».

Preparar el baño, verter aceites de aromas dulces en el agua, recorrer el cabello de Crier con sus manos jabonosas. Ayudarla a salir de la bañera esquivando la vista y entregarle una toalla. Rociar su cabello con aromas de rosas, lavanda y clavo. Esquivar la mirada mientras ella se ponía la ropa interior. Ayudarla a colocarse el vestido nuevo, siempre con un diseño más complejo que el anterior.

—Muy bien —dijo la criada de piel clara. Dejó descansar las manos en sus caderas y la miró de pies a cabeza—. Creo que está presentable. —Era la primera vez que una de ellas le dirigía la palabra.

—Me alegra escucharlo.

La criada ignoró su respuesta.

—La estarán esperando en el aviario para reunirse con la reina. Debe ir en cuanto termine su desayuno.

—¿Mi desayuno?

La puerta de la habitación se abrió y entró un joven con un enorme platón cubierto por una tela blanca. Lo dejó sobre la mesa de noche y se retiró rápidamente.

—Su desayuno —repitió la criada con un movimiento de cabeza, señalando el platón.

Fue hacia el platón con pasos lentos y cuidadosos. Al retirar la tela, el vapor de la comida le entibió las mejillas y el delicioso aroma de... dioses, *de todo*, la inundó. Había una hogaza entera de pan negro. Una enorme porción de pescado seco y otra de salchichas. Pequeños cuencos de mantequilla y mermelada: *dos tipos distintos de mermelada.* Un enorme tazón de avena, una jarrita de crema, tazoncitos de azúcar, miel y grosellas. Era una versión reducida del banquete del festival de la noche anterior. Tanta comida podría alimentar a una familia entera. Y ¿todo para ella?

Miró a las criadas. Las tres tenían su edad o quizá un par de años más. Ayla podría ser una de ellas. Dos semanas atrás, era una de ellas.

—¿Podrían comer conmigo? —les preguntó.

—No, señorita —dijo la más baja, frunciendo sus cejas oscuras—. Es para usted, cortesía de la reina.

—Pero no puedo comer todo esto.

La mujeres permanecían calladas, observando a la chica.

—Por favor —insistió—. Soy invitada de la reina, y ella les ordenó que hicieran lo que yo les pida, ¿no es así? Coman conmigo.

Las tres mujeres se miraron entre ellas.

—¿Es... una orden? —preguntó la más bajita, con tono bajo y grave, naturalmente melodioso, una voz hecha para el canto.

—No, si ustedes así lo quieren. Pero, si tienen hambre, sí es una orden. No puedo comer tanta comida yo sola. Terminaría vomitando. Es mejor que terminen en sus estómagos que en los comederos de los cerdos.

La tercera criada, que aún no había emitido palabra alguna, esbozó una sonrisa cubriéndose tímidamente la boca con la mano.

—De acuerdo —dijo la mujer de piel clara—. Si es una orden…

Esta vez, las tres criadas sonrieron.

Cuando desapareció hasta la última miga de avena, la criada más bajita, que se presentó como Maris, la condujo al aviario. En ese momento la chica se percató de que *aviario* es el nombre elegante que daban a una habitación enorme llena de pájaros, que le pareció de lo más absurdo. Sin embargo, el lugar era hermoso: espacioso, circular, con un alto domo de cristal que traslucía el cielo azulado de la mañana. Unos escalones de piedra conducían a la parte central del lugar, hacia una plataforma también de piedra con dos asientos que parecían tronos bañados en oro. El resto de la superficie era tierra húmeda y oscura. Había plantas por todas partes: pequeños árboles que torcían sus ramas hacia todo el perímetro de la habitación, toques de flores amarillas y naranja, enredaderas de hojas que trepaban por las paredes y densos arbustos de rosas salvajes. Los pájaros revoloteaban de aquí para allá; algunos muy conocidos, como los gorriones, y otros extraños y exóticos con brillantes plumas verdes. Unos faisanes gordos se paseaban picoteando la tierra y los

colibríes hundían sus largos picos en las flores. El canto de las aves resonaba por todo el lugar: silbidos suaves y graves, trinos rasposos y chillidos, producían una cacofonía singular. También había mariposas que le recordaron a Ayla el insecto creado que se posó en su cabeza la noche anterior, alertando a los guardias de su presencia.

La chica estaba tan atenta al revoloteo de las aves en lo alto del domo, que no se percató de la presencia de la reina. Maris le dio un empujoncito, diciéndole entre dientes: «No le haga esperar».

Avanzó torpemente, subiendo los escalones hasta la plataforma. La reina Junn estaba sentada de espaldas a la puerta, oculta detrás el alto respaldo de la silla. Sobre una mesita de patas delgadas, ubicada entre las dos sillas, había una charola de plata con una tetera y dos tazas. Mientras avanzaba, Ayla solo alcanzaba a ver la mano de la reina que revolvía con el dedo el líquido de la taza.

—Ayla —dijo la reina Junn a manera de saludo.

La chica hizo una solemne reverencia.

—¿Sí?

—Siéntate. Toma un poco de té.

Se sentó frente a la reina que bebía piedra de corazón, ese líquido rojo oscuro. La segunda taza parecía contener un té de hierbas. Le dio un sorbo e hizo un gesto de dolor por la quemazón que le provocó el líquido caliente. Levantó la cabeza y vio la mirada fija de la reina puesta en ella. Se veía extrañamente joven bajo la luz amarilla. Mucho más relajada que la noche anterior, en el salón del trono, o semanas atrás en el palacio de Hesod, primero bajo la luz de las velas y luego bajo el cielo gris. En esta ocasión, no llevaba un vestido elegante; de hecho, vestía pantalones y una blusa que se parecían al viejo uniforme de Ayla, si este fuera verde y de seda.

—Me alegra que hayas venido a buscarme, Ayla. Me alegra que buscaras refugio en Thalen. O al menos que busques a tu hermano.

Ayla intentó disimular su reacción, pero la reina tenía buen ojo para notarlo.

—Sí, sé quién eres —le aclaró, con tono distendido—. La hermana gemela de Storme.

—O sea que Storme se lo contó.

— Lo sospeché incluso antes de que me contara. Ustedes tienen cierto parecido, pero sus modos... Fue como cenar con Storme y su reflejo. Tienen las mismas expresiones, aunque las de él son más discretas; Storme controla mejor sus emociones. A ti te falta sutileza, muchacha. —La miró con severidad, como diciéndole «tienes que trabajar en eso».

Ayla se sintió molesta. Recordó la noche en que confrontó a su hermano en el pasillo del palacio, al borde de las lágrimas, rogándole que le diera respuestas: «¿Cómo terminaste en Varn? ¿Cómo te convertiste en consejero de la reina?».

«¿Por qué no volviste por mí?».

Storme, insoportablemente tranquilo, le dijo: «Por todos los cielos, Ayla. Baja la voz. Contrólate».

—Tus cejas... —continuó la reina, arqueando una de las suyas—. La forma en que tu boca se curva cuando algo te molesta. Sí... así. Él tiene el mismo gesto. Además, sabía que Storme tenía una hermana perdida en su país. En cuanto te vi, me lo pregunté.

—Entonces... ¿me permitirá quedarme hasta que él vuelva? —Los comentarios de la reina no le habían caído nada bien. Sus palabras daban vuelta como revoloteo de gaviotas. ¿Por qué la gente poderosa no puede ir al grano?

—Claro, aunque no fueras hermana de Storme lo haría. Creo que podrías ser de mucha utilidad.

Ayla entreabrió la boca para hablar pero se detuvo, considerando el riesgo de confesar a Junn lo que sabía sobre el scyre Kinok sin

esperar a Storme. Quince días es mucho tiempo; sin embargo, sabía perfectamente que Storme le diría: «No podemos contárselo a la reina, está trabajando en secreto con él». Junn podría enviarle todas las plumas verdes del mundo que quisiera, y aun así no confiaría. ¿Qué tal si por hablar se ganaba una estancia en la mazmorra?

La reina Junn se llevó la taza a los labios y el vapor ondeó sobre su rostro como la cola de un gato blanco.

—Eres lista —dijo, y sorbió un trago de piedra de corazón—. Si eres como tu hermano, seguramente tendrás una mente ágil y estratégica. Es una verdadera tragedia cuando las grandes mentes se ven limitadas por las circunstancias. Ya no eres una criada, Ayla. Las circunstancias han cambiado, y con ellas tus límites. —Sus labios teñidos de rojo oscuro dibujaron una ligera sonrisa—. Hace tiempo conocí a una chica como tú. Ella pasó muchos años atrapada en una jaula de oro, interpretando el papel que le habían asignado: cantar cuando se lo pedían, ser siempre servil, y callar el resto del tiempo. No era una criada, pero tampoco se sentía libre. Su único escape eran... los libros. Las cartas. El mundo de afuera solo existía para ella en fragmentos, detrás del cristal de la ventana. Salvo cuando leía y escribía.

—Suena muy bonito. Pero no son pocas las personas inteligentes que están atrapadas. ¿Cuál será la razón?

La reina Junn sonrió aún más.

—¿Ves? Eres muy lista. Durante el último año he monitoreado muy de cerca las cartas del rey Hesod. Mis espías han interceptado cientos de cartas, documentos y mensajes en código con miembros del Consejo Rojo, así como con una red de contactos por todo Zulla. He leído las cartas miles de veces buscando información de las actividades secretas del rey y el scyre Kinok, y las posibles amenazas contra Varn. Pero yo no estoy dentro. Gran parte de los mensajes

codificados es inescrutable. Ni siquiera tu hermano y otros rabunianos han podido ayudarme. Pero tú, Ayla... tú viviste en el palacio. Fuiste la criada personal de la hija del rey.

—Yo no sé leer. No creo que pueda descifrar nada.

—Te podemos enseñar.

—O sea que quiere enseñarme a leer para... —Se detuvo. Esa tampoco era la razón por la que la reina la consideraba útil. Era una excusa más o una prueba o una forma de distraerla para que no hiciera preguntas. La reina quería otra cosa. Pero ella no sabía qué.

Sin embargo, si la propuesta de la reina abría la posibilidad de poder ver a Storme, la chica estaba dispuesta a jugar a la estudiante. Por el momento.

En el fondo esperaba que la reina tuviera otros propósitos con ella, pues no se sentía capaz de descifrar mensajes en código, por más inteligente que fuera. Hay cientos de inteligencias distintas, ¿no es así? Su capacidad estaba en la forma de moverse. En su habilidad para escapar de los problemas. Sin duda era ágil gracias a las prácticas de combate con Benjy en la cabaña de Rowan, en una de las cuales casi cae de espaldas en la chimenea encendida. Su mentora la había entrenado bien. Le enseñó a soltar su cuerpo, como muerta. «Siempre los toma por sorpresa», le decía. «¿Cuántas veces has tenido que huir, Rowan?». Y la mujer sonreía arrugando aún más su pliegue envejecido.

Pensar en Rowan le provocaba un profundo dolor.

Tenía nueve años cuando los hombres del rey atacaron e incendiaron su aldea. Storme fue la razón por la que ella sobrevivió. Su hermano la escondió en el agujero de la letrina, donde los desechos humanos le llegaban hasta la rodilla. Cuando la niña salió de su escondite, toda su familia estaba muerta… o al menos eso creyó ella. No recordaba los detalles de lo transcurrido la semana

después de aquel evento. De algún modo logró llegar hasta la costa de Kalla-den. Pero el invierno del norte nunca pasa sin cobrar vidas, así que, pequeña, hambrienta y acabada por el dolor de la pérdida, pudo haber sido una víctima. Fue Rowan quien la encontró en las calles cubiertas de nieve. La acogió, la cubrió del frío, la alimentó y le dijo: «Quédate, pajarito, quédate el tiempo que quieras». La historia de Benjy era muy parecida: fue abandonado al nacer y criado en un templo. A los nueve años huyó para unirse a la Revolución. Rowan lo encontró, y también lo tomó bajo su protección. La mujer pasó años haciendo lo mismo: se convertía en madre de niños perdidos, alimentaba a viajeros y fugitivos y a cualquier necesitado, sin importar su edad.

Pero no era solo una guardiana. Además era revolucionaria. La líder de una red secreta, el centro de la Resistencia al norte de Rabu. Fue ella quien entendió mejor que nadie su necesidad de venganza.

Fue Rowan quien murió por la espada de un automa. Frente a Ayla. Aún no habían pasado ni tres semanas. Y eso dolía. Dolía tanto. A diferencia de un hueso roto, parecía que nunca iba a sanar.

La chica tomó aire, con la esperanza de que la reina no notara el viaje que había dado su mente.

—No puedo prometerle nada. Pero lo intentaré.

La reina Junn se echó hacia adelante. Sus ojos eran café claro, como un trozo de madera en el vaivén el mar.

—Déjame poner algo muy en claro —advirtió la reina en voz baja —. Si la marea cambia a mi favor, a mitad del verano, el scyre Kinok estará muerto. Y la marea siempre cambia a mi favor, muchacha. Si hay una fuerza que mueve al mundo, sea o no de Dios, lo mueve a mi favor.

—¿Confían en la buena fortuna? —Intentó disimular su sorpresa. La reina planeaba derrocar a Kinok—. ¿Confía en los dioses y las

estrellas?

—Confío en mí misma. Con el apoyo que tenga.

Ayla dio un sorbo de té que aún estaba demasiado caliente, y pensaba. No creía para nada que matar a Kinok fuera el único objetivo de Junn; después de todo, ¿qué ganaría ella con su muerte? Probablemente había una docena de planes, de argucias que la reina guardaba en secreto, escondidas entre las sombras. Aceptar una alianza con Junn era como andar con los ojos vendados en una habitación completamente oscura y repleta de trampas, y aún así decidirse a seguir adelante. Pero...

Si alguien mataría a Kinok, la reina Junn parecía ser la persona indicada. Quizá Ayla podría espiar un poco y obtener información que pudiera servir a la Resistencia humana. Su gente llevaba años intentando sublevarse contra los automas. Pero sus intentos solo habían traído muertes.

El rostro de Rowan apareció por última vez en sus pensamientos; levantó la cabeza y clavó la mirada en los ojos de Junn.

—También puede confiar en mí, su majestad.

—Qué linda. Ahora, como muestra de aprecio, tengo un regalo para ti.

«Sabía que le diría que sí», pensó, intentando no fruncir el ceño. La puerta del aviario se abrió y los guardias se hicieron a un lado para dejar pasar a un sirviente. Era un paje, más alto que la mayoría, vestido del verde típico del reino. Con la cabeza inclinada en señal de respeto, cruzó los escalones, se hincó frente a la plataforma y entregó a la reina una cajita plateada.

—¿Qué esperas? —dijo la reina al ver que Ayla no se movía—. Es para ti.

Ayla tomó la caja, temiendo que estuviera llena de explosivos o una bruma venenosa, o que algún artefacto creado se le estampara

en la cara. Pese al aparente interés de la reina de mantenerla con vida, la chica dudaba en confiar en un parásito de la realeza. Esforzándose por no manifestar su miedo, abrió la caja.

No era un arma. Era un brazalete.

Frunció el ceño y movió la cajita de lado a lado, haciendo que la joya brillara con la luz del sol. Era una elegante cadena de oro con un pequeño pendiente azul. Era bonito, claro, pero... ¿Se lo tenía que poner? O quizá podría venderlo. Discretamente, claro, para no ofender a la reina. La joya debía costar al menos cien monedas de plata. Y si la cadena era de oro...

—Gracias. Es muy hermoso.

Por algún secreto motivo, la reina sonrió.

—Sí lo es, pero ese no es el punto. Deberías ser más observadora, chica lista.

—¿Qué...? —Trasladó la mirada del rostro de la reina hasta... el paje. El criado aún estaba hincado en la tierra, inmóvil, con la cabeza inclinada, pero ahora lo miró con atención. Había algo increíblemente familiar en sus brazos larguiruchos y sus oscuros rizos.

—¿Benjy?

El chico levantó la cabeza.

—Hola, Ayla.

La reina Junn sonrió y luego se retiró de la habitación. Los guardias se mantenían en su puesto. Ayla bajó de la plataforma y se sentó junto a Benjy. No le quitaba los ojos de encima y se sentía un poco aturdida por el incesante canto de las aves. En un palacio como ese, le habría sorprendido menos encontrarse con un fantasma que toparse con Benjy.

—¿Cómo...? —Soltó las palabras en cuanto la puerta se cerró detrás de la reina—. ¿Cómo... qué...?

—En el festival me atrapó uno de los guardias. Justo después de que te atraparon a ti. De hecho vi cuando te capturaron. No estaba lejos. Me amagaron contra el suelo. —Soltó un resoplido molesto—. Iban a echarme a la mazmorra, pero en el camino nos interceptó una de las guardias, de las que andan vestidas de verde. Dijo que no me llevarían a la mazmorra, que me iría con ella. Así que me entregaron a esa guardia. La mujer me llevó a una habitación de invitados y me dijo que me pusiera cómodo. No me opuse. Imaginaba que tú estarías por allí, en alguna parte, y no quería provocar que me enviasen nuevamente al calabozo. Entonces, hoy en la mañana...

—Déjame adivinar. Te bañaron.

Las diferencias eran obvias: su cabello rizado se veía suave y brillante. No había ni un resto de suciedad en la piel, y el hedor a pescado había sido reemplazado por un perfumado aceite. Donde antes había una incipiente barba, ahora una piel tersa rejuvenecía aún más su rostro.

Benjy puso los ojos en blanco en un gesto burlón de fastidio.

—No me imagino cómo pudiste adivinarlo.

—Para empezar, puedo ver nuevamente tus pecas—jugueteó—. Pero además, me hicieron lo mismo.

—Sí lo noté. Hueles a... —Aspiró el aire con exageración—. Dioses, ¿es lavanda?

Ayla soltó un resoplido burlón y fingió darle un empujón.

—Ya sé, es demasiado, me siento como Cr... —Calló y tragó saliva —. Como una dama.

Sintió los ojos de Benjy clavados en un lado de su rostro, pero no se atrevió a devolverle la mirada. Continuó con la cabeza inclinada observando su regazo. Se sentía rara. No solía tener esa parte del cuerpo cubierta por varias capas de tela azul y bordados.

—La reina quiere entrenarme —comentó Benjy en voz baja—.

Perfeccionar mis habilidades de combate o algo así. ¿Sabías que algunos guardias son humanos? Antes de traerme aquí, me mostraron la armería. Nunca había visto tantas armas en mi vida. ¿Crees que sería un buen arquero? Yo no. Soy mejor para los blancos cercanos, creo, porque tengo mucha fuerza. —Se aclaró la garganta —. Pero quizá si....

—Lamento no haber podido matar a Crier —soltó Ayla. Sentía que llevaba guardándose esas palabras desde la noche en que huyeron del palacio, y apenas se atrevió a decirlo. Quizá le pesaba la sensación claustrofóbica y paralizante de haber cambiado una jaula de oro por otra; quizá las intenciones de la reina Junn la confundían, o quizá era el alivio de ver nuevamente a Benjy, saber que estaba bien, que ninguno de los dos estaría solo en aquel palacio, en aquella ciudad, en aquel país—. Lo siento. Lo siento tanto. Lo arruiné todo. Te puse en peligro, te podrían haber matado por mi culpa, solo porque no pude... no pude...

Los pájaros cantaban y revoloteaban en círculos sobre sus cabezas.

—Sé que lo sientes —dijo finalmente Benjy. Se estiró para alcanzar las manos de su amiga y estrecharlas—. Y... sé por qué no pudiste hacerlo.

Ayla negó con la cabeza sin saber realmente qué era lo que negaba, solo que tenía que hacerlo.

—Se te olvida que te conozco mejor que nadie—. La quieres. O la amas. O al menos sientes algo que se parece al amor. Algo tan intenso como tu odio. —Estrechó un poco más las manos de su amiga y luego las soltó—. Estaba muy enojado contigo. Aún lo estoy, creo. No voy a negarlo. Tampoco voy a fingir que entiendo por qué la quieres a pesar de todo. Ni cómo se convirtió en tu punto débil y te dejó vulnerable. Pero... intentaré aceptarlo, supongo. Lo acepto, acepto que... que pase lo que tenga que pasar. Sí, es verdad que estoy

enojado, que eres mi mejor amiga y que te amo. Hasta la muerte, y aun después de la muerte. Ambos podríamos haber muerto la otra noche, pero aquí estamos. Y ahora trabajaremos para la mismísima reina parásito. En nombre de la Revolución, del bien mayor, para detener a Kinok, pero al final trabajaremos para ella. Es un riesgo que me pone los pelos de punta. Y aun así lo haré.

—¿Crees que Rowan estaría de acuerdo? —susurró Ayla—. ¿Con este riesgo?

Ambos hicieron un gesto de pesar. Era la primera vez que la nombraban en voz alta desde que había muerto.

Rowan: la guardiana, la salvadora.

—No sé qué hubiera querido Rowan. No sé si nos diría que cooperáramos con la reina parásito o no. Lo que sí sé es que querría que nos mantuviéramos juntos. Así que lo haré aunque me ponga los pelos de punta, y lo haré contigo.

Ayla sintió ganas de llorar.

—Sí... Sí. Contigo, siempre, pase lo que pase. Hasta la muerte y aun después de la muerte. Pero... sobre lo que dijiste... Te equivocas. —Tenía los puños apretados, luego abrió las manos y movió los dedos para recuperar sensibilidad—. *Te equivocas*. Yo no... No podría querer a Crier. No podría amarla. Jamás podría amar a un parásito.

Benjy se mantuvo callado por unos instantes y finalmente habló con simpleza.

—Está bien, Ayla —y lo dijo con tanta dulzura que a ella le dieron ganas de llorar o de golpearlo.

Las clases comenzaron al día siguiente después del desayuno.

Las criadas recogieron los trastos y salieron de la habitación. Ayla se quedó esperando, recostada en la suave cama. Nunca antes había hecho algo así. Lo más cerca que estuvo fue cuando acompañaba a Crier en sus interminables tutorías en la biblioteca del palacio. Eran

clases muy aburridas de matemáticas avanzadas, diplomacia y estudio de hechos históricos ocurridos miles de años atrás en reinos que apenas conocía de nombre. La chica había hecho su mejor esfuerzo por *no* escuchar lo que se enseñaba en aquellas clases.

Sin embargo, en este momento no sabía qué ni a quién esperar. Pero sin duda no era a lady Dear a quien esperaba.

Ayla odió a esa mujer desde el primer momento en que la vio.

Era una automa noble, y todo su aspecto lo dejaba claro: vestido violeta oscuro, collar, pulseras y aretes de finas joyas; anillos de piedras preciosas en cada dedo; el cabello adornado con una peineta de porcelana blanca. Tenía la piel de un color café claro como la arena, y su clavícula rociada de polvo de estrellas brillaba bajo la luz de la lámpara.

—Quita esa cara —Fue lo primero que dijo, luego de presentarse y mirar a la chica con desdén. Era una mujer mayor, quizá cerca de los cincuenta, aunque con los automas era difícil adivinar la edad.

Ayla intentó suavizar su expresión. Recordó las palabras de la reina Junn: «Te falta sutileza».

—Pon atención, niña —ordenó con voz menos fría y más cansada de lo que Ayla esperaba—. En este momento su majestad cree que podrías ser útil. Te sugiero que hagas lo posible para que lo siga creyendo.

4

Agobiada por las palabras de Faye, los pensamientos de Crier sobre su propia condena parecían insignificantes. Tenía que contarle a su padre sobre los planes de Kinok. Si lo que había dicho Faye era cierto, si Kinok planeaba destruir el Corazón de Hierro, eso bastaría para que Hesod supiera de lo que Kinok era capaz, y que el Movimiento Antidependencia no era un movimiento más. Para Kinok significaba el poder absoluto. El destino de la especie automa estaba en sus manos. Cuando el rey lo entendiera, obviamente no obligaría a su hija a casarse con semejante monstruo. La boda se cancelaría, Kinok sería arrestado y todo habría terminado.

—Quédate aquí —le ordenó a Faye y salió de su habitación. Los guardias, al verla, manifestaron cierta sorpresa en sus facciones —por lo general inexpresivas—. El rostro de la novia parecía lleno de horror... y de rabia. La joven apenas se percataba de su estado. Estaba *furiosa*.

—¡Llévenme con mi padre! —dijo a los guardias con el cuerpo erguido de rabia.

—Lady Cr...

—Dije que me lleven con mi padre —repitió con severidad—. Cuestióname una vez más. Te reto.

Sin decir más, los hombres la guiaron por los largos pasillos hacia el ala norte del palacio, donde estaban los aposentos de su padre. Intentó tranquilizarse. Si se veía aunque fuera un poco agobiada, su padre la ignoraría como a una niña berrinchuda y no escucharía una sola palabra. Necesitaba verse completamente racional.

Sus ojos recorrieron los tapices de las paredes que mostraban escenas de la historia automa: tantas imágenes de la Guerra de las Especies, siempre triunfales, y un sinnúmero de humanos reverenciando a sus superiores en el campo de batalla. Crier creció rodeada de esas imágenes y nunca las había cuestionado. Leyó tantos libros sobre la historia humana, escribió numerosos ensayos sobre un trato mejor a la humanidad, pero nunca se detuvo a pensar en las imágenes de guerra en las paredes de su propia casa. Las batallas se ganan donde causan más dolor. ¿Cómo puede ser la guerra algo de lo cual enorgullecerse?

Ahora, una nueva guerra acechaba entre las sombras de la noche que comenzaba a caer. Kinok y el Movimiento Antidependencia contra... todos. Un nivel de sufrimiento que Crier no podía siquiera imaginar.

Llegaron a la habitación de su padre, donde había aún más guardias en la puerta.

—¡Padre! —gritó, ignorando las miradas desconfiadas de los hombres.

Hesod abrió la puerta. Se veía descontento y al parecer estaba a punto de dirigirse al salón principal para saludar a los invitados. Iba vestido de rojo oscuro, con una pequeña banda de oro en la frente. Lo había visto usar este adorno solo un par de veces. Llevaba la capa

roja y el escudo de la familia Hesod en el cuello. Más que nunca, se veía menos como padre y más como rey.

—Métete —dijo. Dio un paso a un lado para que Crier entrara a la habitación y, en cuanto cerró la puerta, giró bruscamente hacia su hija—. *¿Qué crees que estás haciendo?*

—Padre...

—Falta menos de una hora para tu boda. Deberías estar en el salón. ¿Qué *demonios* haces aquí?

Crier sintió miedo. Nunca antes había escuchado a su padre maldecir.

—Tengo que decirte algo, padre. Por favor, no me eches. Por favor, escúchame. —Lo más rápido que pudo, sin perder la calma, razón y cualquier otra cosa que no fuera *terror* en su voz, le contó lo que sabía, evitando mencionar a Faye. Esperaba una reacción furiosa del rey, pero este se mantuvo inexpresivo—. Padre —dijo cuando terminó de hablar, pero él seguía inmutable—. Padre, ¿acaso no entiendes lo que te estoy diciendo?

Hesod solo la miraba. Desesperada, intentó acercarse a él pero la detuvo, tomándola con fuerza de la muñeca.

—¿Qué haces? —Intentó soltarse—. Padre, escúchame, por favor. Kinok planea...

—Destruir el Corazón de Hierro. Niña tonta. ¿Crees que no lo sé?

Crier se petrificó.

—Niña tonta. Te diseñé con inteligencia, pero solamente la usaste para tus lecturas. No entiendes nada del mundo. ¿En serio crees que desconozco las intrigas que circulan en el país, en mi propio palacio? No todos somos como tú, hija. —Le dio un apretón en la muñeca y ella ahogó un grito de dolor—. ¿Por qué crees que te casarás con él?

—Para... —susurró—. Para... zanjar las diferencias entre... el Tradicionalismo y el Movimiento Antidependencia. Para crear una...

alianza.

—Esperé que pudieras ver lo que esconde esta unión, pero supongo que fue demasiado pedir. Te he subestimado en el pasado, hija; no cometeré de nuevo ese error. Te casarás con el scyre Kinok porque es una amenaza, pero también un apoyo. No puedo matarlo. Si muere, se convertirá en un mártir. Sus seguidores y la mitad del Consejo Rojo se revelarían contra mí. Y... no quiero matarlo. Su trabajo podría serme útil... podría beneficiarnos a todos, si tiene éxito.

La Turmalina. Seguramente se refería a la Turmalina. Pero desconocía que ella lo sabía.

¿Acaso su padre anhelaba la inmortalidad?

¿Él también, como Rosi con la Solanácea, había caído en las mentiras de Kinok?

«Padre», pensó Crier. «¿Qué te prometió Kinok?».

—No puede morir. Pero no te confundas: no confío en él. Quiero estar al tanto de lo que hace. «Mantén cerca a tus enemigos», como dicen los humanos. Son *listillos*, tienen un dicho para todo. —Dijo, soltándole al fin la muñeca—. Por eso te casarás con él, hija. Para eso fuiste creada, tú, la pieza de ajedrez, la ofrenda, el sacrificio que estoy dispuesto a hacer. Llevo mucho tiempo siguiendo este juego. Siempre supe que algún día llegaría un enemigo al que no podría matar.

—Sabías de sus planes —soltó, con desesperanza. Ni siquiera podía procesar todo lo que su padre le decía—. Quiere dominarnos a todos, tú lo sabías, y... ¿qué será de los humanos?

¿Qué le haría Kinok, el todopoderoso, a la humanidad?

—¿A los lobos les preocupa cómo mueren las ovejas?

Crier dio un paso atrás, luego otro.

Miró a Hesod, lo miró realmente, e intentó reconciliar el automa

que tenía enfrente con el hombre que la crio. El que la dejaba quedarse junto a él en su estudio por las noches, leyendo, ayudándolo con la correspondencia, y, a veces, incluso hablando de política. El que... con una sonrisa condescendiente la dejaba ser, pero ignoraba cualquier creencia que no encajara con la suya. El que sabía cuanto anhelaba su hija un lugar en el Consejo Rojo, lo mucho que quería seguir sus pasos, y nunca la tomó en serio. El que la consideraba una tonta e ingenua por... por no querer ser un monstruo.

—Entiendo, padre —dijo, haciendo una reverencia con la cabeza —. Tienes razón, claro. Me disculpo por mi tontería.

—Pones a prueba mi paciencia, niña —Liberándose de la fría máscara, volvió a ser el encantador y alegre rey Hesod que se divertía con la ingenuidad de su hija—. Te perdono, siempre y cuando vayas al salón ahora mismo. La ceremonia comenzará pronto y las criadas estarán preguntando por ti.

—Sí, padre. Te veré allá. —Dijo, y abandonó la habitación.

Crier sentía un enorme vacío en el pecho. Quizá tendría algo en común con Kinok a partir de aquel día. No volvería a creer en la familia.

Desde aquel día, Hesod dejaría de ser su padre.

Su mente quedó en un extraño enmudecimiento. Se sentía fuera de su cuerpo, como si hubiera ido a un rincón lejano de su ser, un lugar acogedor y silencioso. Su cuerpo actuaba y ella solo lo veía como una observadora distante, intrigada por conocer el siguiente movimiento.

Su cuerpo esperó hasta que ella y los guardias se alejaran lo suficiente de la habitación de Hesod y pidió a los hombres que se adelantaran al salón, pues el rey le había ordenado a su hija pasar unos minutos a solas. Sus últimos minutos de soltera, libre. Ante la indecisión de los guardias, su cuerpo les dijo: «Son las órdenes del

rey. ¿Quieren ir a rebatirlo ustedes mismos?».

Cuando se quedó sola, su cuerpo se dirigió hacia las habitaciones de Kinok. Atravesó los pasillos dorados con pasos firmes y la frente en alto; bajó por una escalera de mármol y pasó junto a varios guardias, quienes no se atreviaron a interceptarla. Llegó al estudio de Kinok y forzó la cerradura para entrar. Fue fácil; ya lo había hecho antes. Kinok debía estar en el salón, saludando y seduciendo a los invitados.

Detrás del escritorio había un librero. En una de las repisas, junto a una pequeña bola de cristal, había un robusto relicario de oro con una piedra preciosa roja. Era exactamente igual al que tenía escondido en su colchón. Tomó el relicario y lo escondió en la parte delantera de su vestido, y salió del estudio.

Se dirigió rápidamente a su habitación.

Faye seguía allí, sentada en la cama de Crier, mirando a la nada, y le tomó unos instantes reaccionar. Ella también estaba como ahora Crier, presente pero interiormente ausente.

—Mi señora. ¿No está por casarse?

—No. Creo que no. Necesito tu ayuda, Faye.

La criada la miró por un rato. Extrañamente la mujer entraba y salía de la realidad. A veces era fácil encontrarla y otras veces estaba demasiado perdida.

—Suena peligroso.

—Es peligroso.

—¿Qué puedo perder? —dijo Faye, y Crier lo interpretó como: «Ya he perdido lo que más me importaba».

En unos minutos, Faye se quitó el uniforme y Crier se liberó de su traje de novia, desesperada, como un insecto atrapado en una telaraña. Se puso el uniforme de criada de Faye: una camisa suelta y pantalones rojos de tela áspera que le raspaba la piel. La ropa olía a

cloro y a sudor humano. Se descalzó las suaves sandalias y se enfundó los pies con los gastados zapatos de Faye. Se quitó el maquillaje y las joyas ceremoniales que lucía dejando solo el par de relicarios. Luego, con manos temblorosas, se deshizo la corona de trenzas y se ató el cabello en una sola trenza malhecha que ocultó bajo la blusa.

Se miró en el espejo. Seguía sin parecer una mujer humana. Las rebasaba en estatura y su rostro era claramente creado. Sin embargo, tampoco se veía como lady Crier, la hija del rey.

«Qué bueno».

—Todo listo, mi señora —dijo Faye y dio un giro hacia la joven. Se había puesto la ropa más discreta de Crier, un sencillo vestido de algodón azul. Con suerte sería lo suficientemente inocuo para no llamar la atención hasta llegar al ala de sirvientes y ponerse otro uniforme. Cuando vio la transformación de Crier soltó un resoplido burlón.

—Nunca había visto a alguien de su especie luciendo tan... ordinario —ironizó.

—El azul te queda bien. Vámonos. Antes de que los guardias vengan por mí.

Salieron a toda prisa de la habitación. Con la cabeza inclinada, Crier rogó que pudieran pasar por criadas. Su plan era dirigirse al establo y tomar un caballo. En ese momento, casi todos los guaridas debían de estar adentro y en los alrededores del salón principal. Era su oportunidad. Para escapar de los guardias necesitaría algo más rápido que un cuerpo automa.

Faye tomó un pasillo estrecho y menos decorado del corredor prinicipal, que solo era usado por los sirvientes. Crier nunca había transitado por esos pasajes del palacio, ni siquiera los miraba. Ahora eran su única esperanza de escapar. La ceremonia comenzaría en

menos de media hora, y sin duda los guardias notarían que el «momento a solas» ya había durado demasiado. Intentó tranquilizarse y no pensar en eso. Necesitaba mantener controlados los latidos de su corazón. Debía evitar que su alarma de peligro se encendiera y alertara a los guardias del palacio.

El trayecto parecía una eternidad, y finalmente el pasillo desembocó en una puerta.

—La entrada de los sirvientes —masculló Faye, abriendo la puerta. Los ojos de Crier se adaptaron de inmediato a la luz del sol. Estaban en el exterior del ala norte del palacio. Al este estaban los jardines de flores y, más allá, el mar. Frente a ellas, al otro lado de un amplio campo de plantas marítimas, se encontraban los establos. Alcanzó a ver una fila de carruajes y caravanas de los invitados a la boda, mientras los mozos atendían los caballos.

—Manténganse cerca de mí, señora. No corra, a menos que se lo diga.

Crier asintió.

Avanzaron por la orilla de una zona de pastizales que un bajo muro de piedra separaba de los jardines. Las mujeres se sentían menos expuestas, aunque la tapia apenas les llegaba a la cintura y no ofrecía ninguna protección real. A cada paso, Crier temía ser atrapada y que alguien gritara «¡Ahí está!», pero llegaron a los establos sin problemas. Probablemente los guardias seguían buscándola en el interior del palacio y no en los alrededores. Probablemente Hesod pensaría que su hija estaba molesta, pero que seguía siendo su niña obediente y tal vez se escondía en algún lugar del palacio, esperando que la encontraran. Nunca la había considerado capaz de nada. Definitivamente no esperaría que fuera capaz de escaparse.

Los establos estaban divididos en dos secciones: una para los

caballos del rey, todos pura sangre y caballos de guerra de la más alta calidad, y otro para los de los sirvientes, usados para jalar los arados y llevar mensajes. Faye la condujo a la sección de los sirvientes. Ambas abrieron las pesadas puertas de madera y se internaron en la fría oscuridad, donde el aire olía a heno y al humor intenso de los animales. Los mozos se mantenían ocupados atendiendo los caballos de los huéspedes. Ensillaron rápidamente un caballo de mensajería: una yegua joven y fuerte utilizada para recorrer distancias largas.

—¿Adónde irá, señora? —susurró Faye mientras colocaba la embocadura al caballo—. Me he ganado al menos esa información.

Crier aún no estaba segura. Tenía un plan a medio formar en su cabeza: primero iría a las tierras de Rosi y esperaría a que esta regresara de la fustrada boda. Ella admiraba a Kinok. Si la convencía de que todo era un plan de Kinok: su desaparición era parte de una estrategia secreta, y él confiaba en ella y en nadie más para protegerla, quizá Rosi la protegiera hasta que se le ocurriera qué más hacer. Adónde ir.

En el fondo, sabía cuál era el siguiente paso pero no lo admitía.

—Iré a buscar a la única persona que puede detener a Kinok —dijo, y subió al caballo. Apenas había metido los pies en los estribos, cuando las puertas del establo se abrieron de par en par.

—¡Ahí está!

Los guardias la habían encontrado.

Las mujeres se miraron mutuamente con una expresión de horror. Crier dijo apresuradamente: «Rápido, súbete, vamos...», pero...

—¡Váyase! —replicó Faye, y dio un golpe en el flanco del animal.

El caballo se asustó, relinchó ruidosamente, y salió a todo galope hacia la puerta del establo. Crier ahogó un grito y se volteó para ver a Faye. Los guardias la habían alcanzado, «no, no», pero Faye ni

siquiera parecía asustada. Miraba a Crier, completamente inmóvil, aún cuando uno de los guardias la agarraron del cuello. El otro guardia se echó a correr detrás de Crier. Era un automa y, por tanto, muy veloz. Pronto la alcanzaría y todo hubiera sido inútil si no huía en ese mismo instante.

La joven se aferró a las riendas, hundió sus talones en los costados del caballo y dejó atrás todo lo que había sido su vida hasta ese momento.



El lugar de nacimiento de las Artes Mágicas ha sido un tema de debate entre los historiadores. Cada reino asegura que fue allí donde estas nacieron, y es posible rastrear hasta su propio centro la aparición de las mismas. Sigue siendo un misterio cuál de estas declaraciones es la verdadera. De cualquier modo, donde sea que hayan nacido, es innegable que el reino de Varn, un territorio que ha tenido muchos nombres, ha practicado las Artes Mágicas por cientos de años. De los años 311 a 429, dirigido por el clan Ta'en, las colinas doradas se llamaban Vhi'ros-Kai; tras la derrota de Ta'en a manos de un príncipe extranjero, conocido como Quell o el príncipe cuervo, Vhi'ros-Kai se convirtió en Qell-den; a mitad de la era 600, los ancestros del rey Tiren destituyeron al príncipe cuervo, tomaron el trono y lo llamaron Varnandanna; en ese tiempo era de la mitad de su tamaño actual. En la era 800, el reino se expandió hacia el este, hasta las

orillas del Gran Espinazo, y, en contraste, el nombre se redujo a Varn. Una de las primeras menciones de estas Artes se encontró hacia la pre-Era 100, en los registros personales de una muchacha cuyo nombre se perdió en el tiempo (después se le llamó Alquimista X). La vida de la muchacha había transcurrido en un pueblo minero en lo que ahora es el suroeste de Varn. Los textos de la Alquimista X incluyen extensas notas sobre la mutación del plomo en oro, y sobre el diseño y la Creación artificial del alma humana. X estaba fascinada con la materia prima, la esencia sin forma, la raíz de todas las cosas. Fue la Alquimista X quien diseñó de manera rudimentaria el primer alfabeto alquímico conformado por cinco símbolos: tierra, fuego, aire, agua y oro.

DE LA HISTORIA DE LOS TERRITORIOS DEL SUR,
POR IVY, DE LA ESTIRPE FANG-THIEL,
3029510850, E. 900, A. 19



5

Luego de las primeras tres horas de clase con lady Dear, Ayla comenzó a dudar si valía la pena tanto sacrificio por Storme. Aprender a leer y escribir en su lengua materna y en el idioma alquímico, el idioma de los creadores, era suficientemente frustrante con lady Dear resoplándole cada vez que se tardaba más de dos segundos en recordar una letra.

Ya conocía algunas palabras. Podía escribir su nombre, el de Benjy y el de Rowan. Y las palabras *automa*, *humano*, *rebelde* y *corazón*. Podía reconocer algunas palabras por su forma, aunque no sabía escribirlas. En cuanto al idioma de los creadores, solo conocía unos cuantos símbolos: la estrella de ocho puntas grabada en el collar que le heredó su madre y los símbolos de sal, mercurio y azufre: cuerpo, mente y espíritu; y las pirámides del fuego y el aire que, invertidas, forman el agua y la tierra. Eso era todo. El idioma escrito de Zulla solo utilizaba veinticuatro letras, cuando hasta el alfabeto alquímico más básico requería más de cien símbolos. Había que memorizarlo todo, y nunca fue muy buena para eso.

Lady Dear estaba sentada junto a ella; en el pequeño escritorio había pergaminos sueltos, algunos escritos con la letra perfecta de lady Dear y otros con la escritura desprolija de Ayla. Llevaban largo tiempo trabajando; la luz del sol daba directo al escritorio, haciendo que los pergaminos amarillentos se vieran casi dorados y la tinta negra, azul. Unas motas de polvo titilaban como estrellas frente a sus ojos. Entonces la chica tuvo un deseo de... algo. ¿Qué recuerdo le traía aquella escena? El suave aroma del pergamino, el fuerte olor de la tinta, la luz del sol entibiando la habitación.

El recuerdo de una chica en la ventana agazapada sobre un libro. Su silueta rodeada de la luz del sol poniente del invierno. El cielo consumiendo su llama azul en cenizas rosadas. La chica del recuerdo levanta la vista como si la hubieran llamado. Ayla sintió una punzada de miedo en el estómago: «¿Dije su nombre en voz alta?».

No, fue solo un recuerdo. Y ella estaba en el presente. En otro país.

—Piénsalo así —dijo lady Dear, dando golpecitos con su largo dedo sobre un pergamino escrito en Zulla—. Este es el idioma de las narraciones. En zulleano escribes, lees, registras pensamientos, recuerdos y mensajes. Ideas. Sueños, si los tienes. Eres humana... tú sí sueñas. Es el idioma del corazón. Y este... —Señaló un largo encadenamiento de símbolos alquímicos—... Este es el idioma de la ciencia. De la mente. El idioma que usas para hacer magia. Estos símbolos tienen un poder totalmente distinto, niña. Si los pones en el orden correcto, puedes darle vida a una piedra con tan solo un soplido.

La piedra de corazón.

La estrella de ocho puntas en su collar. El pendiente que activó el pasado al entrar en contacto con una gota de sangre. Crier y Ayla fueron lanzadas a los recuerdos de alguien muerto mucho tiempo atrás. Siena. Vio a su abuela, extrañamente joven. Reía en los brazos

del chico que luego se convertiría en su abuelo Leo.

—Yo diría que el lenguaje de las narraciones también puede dar vida a las piedras —comentó. Luego manifestó cierta pesadumbre. Eso es algo que Crier diría. Crier y sus cuentos de hadas.

—Qué lista. Ahora, escribe los primeros quince símbolos. Fuego en oro.

Ayla sintió ganas de protestar. ¿A qué estaba jugando la reina Junn?

—¿Quién pone el idioma de los creadores en una carta?

—¿Has escuchado sobre el lenguaje de las flores, niña?

—No. ¿Qué es eso?

—Ciertos tipos de flores tienen significados específicos. Las amapolas rojas indican placer; los lirios, belleza y pureza; las camelias, anhelo. El cempasúchil habla de celos. Las rosas blancas, de secretos. Las adelfas son una advertencia. Si combinas distintos tipos de flores, puedes construir mensajes completos. Lo mismo sucede con el lenguaje de los creadores. —Se recargó en su asiento y el polvillo brillante en su cuello reflejó la luz de la lámpara—. Por eso tenemos ojos y oídos internos, niña.

«Ah...».

Un recuerdo se encendió en la chica.

«Puedes ser los ojos y oídos que tenemos adentro, cariño. Justo en el centro de un nido de arañas, imagínate». Los ojos de Rowan se encendieron y sonrió, orgullosa de Ayla. «Por todos los cielos, pajarito».

Otra imagen se apoderó de sus pensamientos: Rowan atravesada por una espada. Derrumbándose. Sufriendo una muerte dolorosísima en medio de una multitud enardecida. Ayla atrapada dentro de un carruaje, sin poder siquiera recoger su cuerpo. Sin poder siquiera llorarle.

No se percató de sus lágrimas hasta que una gota cayó en su mano.

Luego sintió el roce de una tela sedosa.

Levantó la vista, tomó el pañuelo y secó sus mejillas. Lady Dear la observaba sin expresión.

Las lágrimas se detuvieron súbitamente, como llegaron. Quedó temblorosa y vacía, como si hubiera llorado por horas. Se miraba el regazo, invadida de pena. Sus recurrentes pensamientos daban vueltas como buitres: Estuvo allí cuando Rowan murió. Pudo haber hecho algo. Quizá haber obligado a Crier a dejarla salir del carruaje, abrirse paso entre la multitud de humanos y automas para arrodillarse frente al cadáver de su mentora y besarle la frente. Ni ella ni Rowan creían en los antiguos dioses, pero pensaba que, de haber tenido la oportunidad de despedir a Rowan, habría murmurado: «De la luz naciste y a la luz volverás. Ahora, ve con las estrellas. Han estado esperándote».

Se mordió el labio con fuerza para detener sus pensamientos. No quería volver a llorar.

—Te acaban de construir —dijo lady Dear, como si acabara de darse cuenta—. Acabas de nacer. Eres un bebé.

Ayla se enfureció.

—Claro que no. Tengo dieciséis años. Llorar no me convierte en un bebé.

—Pero ser joven sí. ¿Por qué lloras, niña? ¿Qué fue lo que perdiste?

—No lo entendería. —Quería manifestar su enfado, pero se sentía profundamente exhausta—. Usted qué sabe del dolor. ¿Qué puede saber de la pena de perder a alguien?

—He perdido gente. Tengo un corazón, igual que tú, Ayla. Yo también tengo sentimientos.

—Ustedes no sienten como nosotros —dijo Ayla, sin saber a ciencia cierta si se dirigía a lady Dear o a la imagen de Crier en su

cabeza. En cualquier caso, sus palabras sonaron poco convincentes incluso para ella misma.

—Sentimos las cosas de forma distinta —reconoció lady Dear con serenidad—. Pero no con menos profundidad, a mi parecer.

Ayla soltó un resoplido burlón.

—A su parecer.

—Cuando me acababan de construir y aún estaba en la partería con otros niños recién creados mientras me adaptaba a mi cuerpo, me hice amiga de una niña. Se llamaba Delphi. Su cama estaba junto a la mía.

—¿Por qué me cuenta esto? —masculló Ayla.

—Hablábamos mucho entre nosotras —continuó lady Dear, ignorándola—. Fueron semanas. Era extraño tener que adaptarnos a nuestras mentes recién formadas. Ajustarnos a nuestros cuerpos. Aprender a usarlos. Descubrir nuestro mundo. Delphi y yo estudiábamos juntas. Éramos... *amigas*, supongo. —Hizo una pausa —. Es difícil utilizar palabras humanas para describirlo. Pero creo que éramos amigas. Creo que la quería. Cuando decidieron destruirla, me sentí...

—Espere —dijo Ayla, incorporándose en su asiento—. ¿Quién decidió destruirla? ¿Qué tenía de imperfecto Delphi?

—Sus pilares eran inestables. Suele suceder. Los creadores son muy hábiles, pero crear vida es algo complejo. Verás, la alquimia no es una herramienta. Es una fuerza, y nadie, ni siquiera los de mi especie, pueden controlarla. Pueden trabajar con ella. Darle forma. Activarla en un soporte adecuado. Pero nunca controlarla. Los errores ocurren. Los errores se crean. —Miró a Ayla—. Los pilares de Delphi eran inestables, decidieron eliminarla y volverla a construir.

—Y luego... ¿qué pasó?

Lady Dear ladeó levemente la cabeza y Ayla recordó a los faisanes

del aviario.

—¿Cómo que qué pasó? Pues la eliminaron. Y la rehicieron, supongo, aunque para entonces yo había abandonado la partería. Aunque hubiera estado allí para conocerla, la nueva Delphi no sería la misma amiga que perdí. No conservaría ninguno de sus recuerdos.

Ayla desvió la vista hacia la ventana de la habitación, incapaz de mirar la cara de lady Dear. La ventana le ofrecía una vista del paisaje citadino. No alcanzaba a ver los techos de las casas, pero sí una que otra gaviota volando en círculos. La luz de la tarde tenía el color azul claro de una tela desteñida por el sol.

—Han pasado cincuentaiséis años. Y no hay un día en que no piense en Delphi. Mi especie lo recuerda todo, ¿sabes? Puedo recitar miles de libros, palabra por palabra, incluso los leídos hace tiempo; los detalles nunca se olvidan. Ojalá se olvidaran.

—Y... ¿con el tiempo el duelo se va haciendo menos duro?

—Sí. En cierto sentido, sí. Suelen compararlo con perder una extremidad. Las heridas sanan. Te acostumbras a la nueva forma de moverte. Pero siempre duele, no solo físicamente, y nunca olvidas que la perdiste. —Su voz sonaba distante. Se preguntó si la mujer estaría repasando recuerdos intactos, si alguna parte de ella estaría en el pasado.

Era demasiado. No quería empatizar con una automa noble. Con ninguno de ellos, porque si lo hacía... si lo hacía...

—La clase terminó por hoy —anunció lady Dear y la chica se sorprendió—. Pasado mañana continuaremos. A primera hora del día.

—¿Por qué no mañana?

Lady Dear la miró. Sus ojos reflejaban la luz del sol y, desde ese ángulo, se veían casi felinos, como hechos de oro.

—¿Nadie te avisó? Mañana es la celebración.

Hasta donde sabía, la celebración era en honor a la élite de Varn que viajó desde Thalen para el Festival del Creador. Era una fiesta de despedida, y solo estaban invitados los ricos e influyentes. Aquella mañana, las criadas Maris, Rennee y Kiv entraron a la habitación con permiso de Ayla. Alguien había dejado una charola de plata con su desayuno afuera de la puerta. Los sirvientes habían pasado la noche trabajando asegurándose de que todo estuviera listo para la celebración, y se encargarían de esta tarea durante todo el día. Ayla se acomodó en la cama para tomar su desayuno. Se sentía extraña de no ser parte de la servidumbre. Recordó su primer día como criada personal de Crier: casi no la vio durante todo el día, y se la pasó de aquí para allá fregando pisos y haciendo mandados para los mozos de la cocina mientras llegaban los invitados del palacio. Recordó la ardua tarea que le dieron de pulir a mano toda la pista de baile; ella se había remangado la blusa y se puso a pulir mientras el cloro le quemaba las manos. Vino a su memoria el momento en que vio a Nessa frente a ella, cargando a su bebé, Lily, en un rebozo.

Casi un mes después, la niña quedó huérfana.

Ayla se pasó toda la mañana descansando, algo que nunca había hecho. Incluso tomó una hora de siesta: un lujo exagerado. Eran casi las diez de la mañana cuando alguien llamó a la puerta. Dio permiso y las tres criadas entraron apresuradamente.

—Es hora de arreglarla para la celebración —anunció Rennee—. Y me alegra, porque si tuviera que pulir una cuchara más, me pondría a gritar hasta quedarme sin voz.

—Espera, ¿qué? Yo no estoy invitada... ¿o sí?

—Es *invitada* de la *reina* —enfatizó Maris.

—¡Santa madre de los dioses! —exclamó Ayla.

Se quedó un largo rato remojándose en la tina hasta que el agua

empezó a enfriarse. Maris le lavó y ungió el cabello, y lo recogió con un moño sobre la nuca. Luego, frente al espejo, Maris y Renee le probaron un atuendo mientras Kiv sacaba una cajita de... ¿maquillaje? Pequeños botes de delineador negro y rubor, un pigmento rojo oscuro para los labios y polvo dorado semejante al que lady Dear llevaba en el pecho y la sienes.

Pensó que odiaría verse maquillada, pero cuando Kiv se hizo a un lado para dejarla verse en el espejo, descubrió que... no. El delineador negro intensificaba su mirada, y el rubor y el polvo dorado en sus mejillas eran... lindos. Kiv no le pintó los labios de rojo ni de morado, como estaba de moda, solo le untó cera con un ligerísimo tinte rojo. Luego le colocó unas diminutas hojuelas doradas en la sien que brillaban cuando movía la cabeza.

Nunca se había fijado mucho en su apariencia. Fue sirvienta desde los once años, y sus prioridades eran mantenerse a sí misma y a Benjy con vida, no llamar la atención, controlar la llama irascible en sus entrañas y planear la venganza contra el rey Hesod. Además, en el área de sirvientes no había espejos. Cuando se convirtió en criada personal de Crier, llevaba quién sabe cuánto tiempo sin ver su imagen. Sabía cómo se veía su rostro, como cualquiera sabe cómo se ven las propias manos. Están allí, son parte de tu cuerpo. Eso es todo.

Pero ahora que se miraba fijamente en el espejo, con los rasgos acentuados, sintió... algo. Parecía salida de un tapiz o de una pintura. Como las protagonistas de los cuentos de hadas. Como una princesa o una noble, claro, pero también como una bruja o un espíritu seductor, una criatura que podría conducir a los hombres a su muerte. Ayla se sintió... quizá la palabra correcta era *poderosa*.

—Gracias —le dijo a Kiv. Le costó trabajo dejar de mirarse—. Hiciste un buen trabajo.

Kiv sonrió.

Maris y Rennee le ayudaron a vestirse: pantalones de seda dorada y un jubón haciendo juego, bordados con los símbolos de los creadores. La única joya que se puso fue el brazalete que le regaló la reina Junn. La piedra azul brillaba en su muñeca.

—Me siento como una artista —dijo, mirándose de nuevo en el espejo—. De las que dan volteretas por la calle y andan en zancos. —Soltó un resoplido burlón—. Quizá en vez de ir a la celebración podría hacer una cuerda con las sábanas y ustedes me ayudarían a bajar por la ventana. Son solo unos cuantos pisos. Seguro que podría hacerlo.

—Oh, no diga locuras —dijo Maris, soltando una carcajada—. Son solo cortesanos y comerciantes, todos aburridos. Va a estar bien. Además, es demasiado tarde para escapar. La celebración ya comenzó.

Al igual que el Festival del Creador, celebrado dos días antes, la Fiesta de la reina se llevó a cabo en un patio más pequeño, ubicado en el interior del palacio, inaccesible para el público. Había dos pequeñas albercas con una escultura en el centro, tallada en obsidiana, en dirección opuesta al patio: representaba a dos mujeres desnudas mirándose mutuamente. Una automa con los ojos pintados de dorado y los brazos abiertos de bienvenida, y una humana sosteniendo el mango de un hacha de piedra negra.

También había pétalos de rosas blancas regados por todo el adoquín y varias filas de faroles de papel que iluminaban el lugar con una luz cálida. En la orilla del patio había una enorme mesa de banquete con la comida lista. Cuando Ayla llegó al lugar, el ocaso había dado paso a la noche y la luna brillaba como una moneda de plata. La mitad de los invitados, casi todos automa, y algunos humanos habían comenzado a comer. La otra mitad, distribuidos en

distintos puntos del patio, se mecían al ritmo del arpa mientras otros simplemente charlaban. No vio a la reina Junn por ninguna parte, pero, claro, la reina era conocida por su dramatismo; seguramente esperaría el momento exacto para hacer una entrada espectacular. Por otro lado, tampoco veía a Benjy. ¿No lo habrían invitado?

Agradeció la penumbra y la suave luz amarilla de las linternas y las velas a un lado del banquete. La sombra débil de las velas era para ella un acto de cortesía. No quería que nadie la viera muy de cerca.

Sirvió su plato y comenzó a comer lentamente. Si sus desayunos le supieron deliciosos, la verdad no se comparaban en nada con este nuevo manjar. Tenía que controlarse y dar bocaditos elegantes. Pero, si hubiera estado sola... habría llenado su plato tres veces como si comiera por última vez. Pasó años sin saber cómo obtener su próxima comida; cuántas veces no comió más que pan rancio o pescado casi echado a perder. Y ahora estaba en un banquete real comiendo pescado blanco dorado, una carne tan blanda que prácticamente se desprendía sola del hueso; además, pan dulce con mantequilla y miel, y una extraña calabaza estofada con un sabor increíble.

—¿Eres de Rabu? —preguntó alguien detrás de ella.

Lo tomó un instante darse cuenta de que una automa le estaba hablando. Giró hacia ella.

—No —dijo, pensando que sería la mejor respuesta. Cualquiera de los invitados podría tener la suficiente información como para saber sobre ella, la sirvienta fugitiva, la asesina en potencia—. Soy hija de... lord Thom, de las minas de hierro.

La automa inclinó la cabeza en un gesto de intriga. Era mayor que la chica, aunque era imposible saber por cuántos años más. Tenía la piel oscura y el cabello castaño claro, casi dorado, como era común

en Varn.

—Pareces de Rabu —le insistió.

Ayla solo se encogió de hombros.

—¿Cómo te llamas, humana? —preguntó la automa.

—Clara. —El nombre de su madre le sonó conocido y a la vez extraño. Era una palabra en un idioma muerto—. ¿Y tú?

—Wender. —La automa se acercó a la chica. Llevaba una camisa sin mangas, con perlas, y en los músculos marcados de sus brazos se reflejó luz de las velas—. ¿Quieres bailar?

Ayla lo pensó por un momento.

—No tengo interés en cortejarte —advirtió Wender con expresión divertida—. Solo quiero evitar la conversación con... todos. Si no bailas conmigo, tendré que buscar un lugar donde esconderme toda la noche.

Sin querer, Ayla disimuló una sonrisa.

—De acuerdo —dijo, poniéndose de pie—. Nunca he escuchado una buena razón para bailar.

Wender llevó a la chica al centro del patio, donde algunas parejas bailaban al ritmo del arpa. Era una canción suave, como una llovizna. Ayla levantó la cabeza y, claro, se topó con las mariposas creadas chispeando entre la gente. Bajó la mirada y un destello casi al ras del suelo le llamó la atención. Entrecerró los ojos intentando descifrar lo que veía. Una especie de... ¿espejo andante?

De pronto, la multitud se separó, o más bien, la separaron, porque el espejo andante no era sino un pavo real. Uno creado con cristal de colores. Se pavoneaba entre la gente con sus largiruchas patas y un enorme plumaje de cristal que al rozar contra la piedra provocaba un horrible chirrido. Era de color azul como el lapislázuli, los ojos oscuros como la obsidiana, y el pico hecho de oro puro.

«Por todos los cielos», pensó Ayla, evitando mantener la boca

abierta de sorpresa. Nunca en su vida había visto semejantes objetos creados. Solo juguetes y su relicario, que le cabían en las manos. Bueno, hasta que vio las mariposas creadas. Al rey nunca le gustaron este tipo de espectáculos. Pero allí...

—¿Clara? —dijo Wender.

—Disculpa —murmuró, y dejó de mirar al pavo real que siguió su lento andar entre la multitud. Wender colocó las manos en la cintura de Ayla y esta sobre los hombros fuertes de la automa. Su piel creada estaba tibia.

—La única razón por la que vengo a estas cosas son los chismes —comentó Wender. Tenía los ojos puestos en la gente mientras guiaba a Ayla en círculos con movimientos lentos semejante a un vals, aunque solo eran vueltas acompasadas—. Pero todos llevan días hablando del escándalo de Rabu, y esta noche no es la excepción.

—¿El escándalo de Rabu? —Ayla se refería al intento de asesinato.

—*Escándalos*, más bien. La corte del rey debe estar hecha un caos. Las cosas ya estaban bastante mal antes de que ocurriera el desastre de la boda de lady Crier. O... de la falta de boda.

Ayla se detuvo a medio paso y quedó petrificada como la estatua de obsidiana que decoraba el patio.

—Cr... Lady Crier no... ¿no se casó?

La ceja de Wender se sacudió un poco. Era la expresión de sorpresa típica de un automa.

—¿Te dormiste toda la semana?

—Estuve de viaje en carruaje proveniente de las minas de hierro —aclaró Ayla—.¿No se casó?

—Mejor aún —dijo Wender, que parecía disfrutar del chisme. Le tironeó de la cintura para continuar bailando, aunque los pensamientos descontrolados de Ayla parecían un mar revuelto—. Lady Crier huyó de su boda. Lleva días desaparecida. Todos los

equipos de búsqueda del rey han regresado con las manos vacías. Escuché que el rey está... bueno. Primero desapareció una de sus Manos Rojas y dos de ellos fueron asesinados. Luego una sirvienta atacó a su hija en sus narices. Y ahora esta humillación. No me sorprendería que el rey Hesod pierda su trono.

Ayla se sentía ensordecida y clavaba sus ojos en la pista para evitar que Wender descubriera el desconcierto en su mirada.

«Huyó de su propia boda».

«Lleva días desaparecida».

«Eres una tonta», pensó ingenuamente. «Nunca has estado fuera del palacio. ¿Crees que puedes sobrevivir en este mundo, como fugitiva de tu propio padre? Eres una tonta, Crier. Eres...».

De pronto un rostro conocido entre la multitud. No, dos.

Benjy apareció entre el movimiento de la gente que bailaba justo en el centro del patio. Iba vestido de guardia, con los colores de la reina y el escudo brillante en la garganta. El joven sonreía y bailaba.

Con la reina Junn.

Ayla los miró. Sí, efectivamente era Benjy, su mejor amigo; el rebelde Benjy, el niño de la resistencia; Benjy, el que tanto odiaba a los parásitos, bailaba con la reina. Y, a juzgar por su expresión, el brillo en sus ojos y su sonrisa socarrona, lo estaba *disfrutando*. La gente se abrió a su alrededor, formando un círculo de nobles y cortesanos. Ninguno parecía sorprendido. ¿Era normal que la reina Loca bailara con humanos?

Benjy echó la cabeza atrás, riendo, quizá por algún comentario de la reina. No lo había visto reír de esa manera en... ni siquiera recordaba cuánto. La chica estalló de ira. ¿Cómo se atrevía, Benjy? ¿Acaso no le había dicho, apenas unos días atrás que no entendía cómo ella podía sentir algo más que odio por un parásito... que un parásito se había convertido en su punto débil... que un parásito la

había vuelto vulnerable...?

—Wender —dijo Ayla. Sabía que la rabia se colaba en su voz, pero no podía controlarla—. Gracias por el baile. Tengo que... tengo que irme.

—¿Estás bien, Clara? —Wender soltó la cintura de la chica y se quedó mirándola con curiosidad. Llamar la atención era justamente lo que Ayla no quería; a fin de cuentas la curiosidad y la sospecha son la misma cosa, carajo.

Ayla se abrió paso esquivando a los danzantes en dirección adonde estaban Junn y Benjy. Ni siquiera sabía qué quería de él. ¿Una disculpa? ¿Que reconociera su hipocresía? Quizá solo quería llevárselo a rastras de allí y gritarle: «¿Cómo te atreves a actuar como si tuvieras autoridad moral cuando...?».

—Ayla.

Una mano con dedos de acero le sujetó la muñeca.

—Contrólate —le dijo lady Dear entre dientes y con severidad. El rostro de la mujer simulaba amabilidad, como si solo la estuviera saludando—. No permitas que tus emociones te controlen. No sé qué pasó, pero lo que haya ocurrido, *no importa*. —Apretó con más fuerza la muñeca de Ayla—. No provoques un escándalo. Aquí no. Le daría mala imagen a la reina.

—Pero...

—En el lado norte hay una puerta —dijo, sin perder la sonrisa—. Conduce a un jardín que seguramente estará vacío. Ve y quédate allí hasta que te hayas tranquilizado.

—Suélteme —masculló Ayla, y finalmente la mujer le soltó. Estaba tan enojada que podría haber apuñalado a su tutora en ese momento, pero aún le quedaba un poco de sentido común. Se alejó de lady Dear sin siquiera mirarla abriéndose paso entre la gente, aunque esta vez no se dirigía adonde estaba Benjy. En el muro norte

del patio había una pequeña y sobria puerta de madera que parecía ser un atajo de la servidumbre. Fue hacia la puerta con tal desesperación, que no pudo evitar desquitarse con quienes se cruzaron en su camino. La puerta estaba abierta, así que entró sin problemas.

Se recargó en una pared y tomó aire con dificultad. Las lágrimas comenzaban a humedecer sus ojos.

«Crier. Benjy. La reina».

Era demasiado. Sentía como si su delicada ropa estuviera empapada y la seda pesara mil kilos. No podía respirar. No soportaba esa elegancia automa. Esa fantasía de oro brillante por fuera, y completamente podrida y envenenada por dentro.

Se lanzó a la oscuridad, pues la luz de los faroles no llegaba hasta allí, y notó que estaba en la orilla de un enorme parque hundido. Unas gradas de piedra formaban una cuenca de círculos concéntricos, y en el fondo había un pequeño jardín de esculturas. Al parecer, cada nivel tenía un tipo de flor diferente, aunque la oscuridad impedía ver los detalles. Avanzaba torpemente por los escalones de piedra. Necesitaba alejarse, estar sola, ante la mirada de nadie. Necesitaba *respirar*. Tenía en su cabeza grabada la imagen de Benjy riéndose y bailando en público con la reina parásito. La hipocresía.

No. Sabía que no era solo la hipocresía lo que la lastimaba.

Era el *anhelo*.

Al llegar al último escalón se tropezó contra una piedra maltrecha. En fracción de segundos, con el estómago revuelto, se preparó para irse de boca, pero alguien la atajó de la cintura.

Levantó la cabeza para ver quién era y le pareció como si sus propios ojos le devolvieran la mirada.

—*Storme*.

6

Crier se había pasado la vida estudiando las estrellas. Pero en ese momento, mientras su caballo se abría paso por el denso bosque, el cielo nocturno no era más que un borrón negro y plateado entre las ramas. Estaba perdida. Sin guía. Y débil.

Llevaba tres días cabalgando. El terror poco a poco fue agudizándose como algo afilado y frío dentro de su pecho.

Durante el primer día la atormentó el sonido lejano de los cuernos de caza. Los guardias de *su*... no, él ya no era *su padre*, de *Hesod,* la llamaban. Seguramente el rey creía que solo era un berrinche de su hija. Que huyó para ponerlo a prueba, pero con la intención de volver.

Estaba equivocado.

El segundo día dejó de escuchar el sonido de los cuernos, y casi la atrapan. Pasó la noche sin dormir, escondida debajo de una arboleda que encontró en las colinas. Sabía que su caballo necesitaba descansar. Al menos el animal pudo pastar y beber de algunos charcos que dejó la lluvia. Por la mañana, inspeccionó las colinas

escondida entre los árboles y aguzó el oído para escuchar. Se aterrorizó al ver que a una legua de allí unos guardias subían a una montaña. Sintió un movimiento extraño. Con el corazón a punto de estallar, la joven subió al caballo y corrió, corrió, corrió. «¿Cómo me encontraron? ¿Cómo pueden estar tan cerca?», pensaba.

Y entonces cayó en cuenta.

Los latidos de su corazón.

Su alarma de peligro.

Qué tonta. Era su alarma. Una señal silenciosa que se activaba ante el peligro, puede ser escuchada por los guardias y guiarlos adonde ella estuviera. Lo que antes era una medida de seguridad, ahora se había convertido en su desgracia. Llegó hasta un arroyo que ondeaba entre las colinas como una serpiente. Aunque era invierno, las blancas flores silvestres cubrían el suelo como nieve. Se bajó del caballo y se metió al arroyo buscando alguna piedra afilada.

Se hizo un corte en la parte dorsal del cuello. La sangre violeta corría por su espalda, los brazos, y se perdía en el agua. La alarma se ubicaba en la nuca, así que ni siquiera podía ver lo que hacía, y el dolor provocaba que sus manos se movieran torpemente. Sin embargo lo hizo. Llorando de dolor, pero lo hizo. El diminuto aparato dorado, perfectamente creado, fue a parar al fondo del arroyo. Y al fin fue libre.

Libre de verdad.

Al tercer día, comenzó a sentir los efectos de la falta de piedra de corazón. Necesitaba conseguir más, y pronto. Revisó mentalmente un mapa de Rabu, que recordaba a la perfección, e intentó descubrir exactamente dónde estaba. Por la posición del sol suponía que había estado viajando al suroeste. Si ajustaba su ruta y se encaminaba al sur, sin duda llegaría a una aldea. Estas aldeas eran mayormente de humanos, pero siempre había algunos automa. Y donde había

automas, había piedra de corazón.

Así que se encaminó al sur.

Al atardecer se topó con una aldea. Ató su caballo a media legua del lugar. No había forma de ocultar que era un pura sangre, un caballo de la realeza. Siguió su camino hasta la aldea a pie, con la espalda encorvada para ocultar su altura con la cabeza inclinada mirando el suelo. Justo como Ayla solía caminar en el palacio, detrás de ella, evitando mirar a los guardias, Kinok, Hesod, e incluso a la misma Crier. Esta actitud de Ayla molestaba a la joven y le daban ganas de decirle: «Mírame. Solo... mírame».

Encontró el mercado de la aldea, una pequeña plaza con unas cuantas tiendas y puestos. Una carnicería, una zapatería, una panadería. Y una botica de automas. Crier pensó un largo rato antes de entrar. ¿Y si alguien la reconocía? ¿Y si los guardias de algún modo lograron localizarla y la esperaban adentro? ¿Y si...?

«Deme lo que me alcance con esto», le dijo en voz baja a la asistente del boticario, intentando imitar el acento plebeyo de Ayla. Esto es, arrastrar un poco las palabras y enfatizarlas menos. Le entregó a una automa que estaba detrás del mostrador una delgada pulsera de tobillo; esta joya de oro era la única que no se quitó antes de dejar el palacio, simplemente porque se había olvidado de que la traía puesta. «Lo que me alcance con esto. Me envía mi señora».

La mujer ni siquiera parpadeó. Porque ¿de qué le serviría la piedra de corazón a una humana, más que para llevársela a su ama automa? A cambio de la pulsera, le entregó tres paquetes de piedra de corazón. Eso fue todo. Salió de la aldea y volvió a su caballo sin poder creerlo, aún convencida de que era una trampa, que los guardias del rey saldrían de detrás de un edificio para atraparla en cualquier momento.

Pero eso no ocurrió.

Al fin recuperó su fuerza. Esperaba que pasara el tiempo suficiente para visitar a Rosi sin problema. Pero, ¿y si el rey y Kinok ya la habían buscado allí? ¿Y si la estaban esperando en casa de Rosi? ¿Realmente valía la pena el riesgo? Pero, para colarse en Varn sin ser descubierta, necesitaba algo más que la ropa de sirvienta y un poco de piedra de corazón. Tal vez era un plan ingenuo, pero no sabía adónde ir. Existía la posibilidad de que Rosi la ayudara ante la advertencia de que el scyre Kinok confiaba en ella. «Ni siquiera el rey sabe de su plan, por eso Kinok tiene que fingir que la está buscando, pero...» y toda la perorata. Quizá Rosi le prestaría algo de dinero y ropa. Quizá se sentiría acompañada en su plan, aunque fuera por un rato.

En la mañana de su cuarto día como fugitiva, Crier iba de nuevo hacia el este. A la mansión de Rosi. Si no se topaba con problemas, llegaría un par de horas antes de la puesta del sol.

«Todo va a estar bien», repetía una y otra vez hasta que las palabras perdían sentido y se convertían en un sonsonete absurdo, pero relajante. «Todo va a estar bien. Todo va a estar bien».

El día estaba fresco y claro. Las colinas se veían amarillas por el invierno, con florecitas blancas por doquier (probablemente flores estrella, pensó Crier, recordando una ilustración en un antiguo libro de botánica), y el caballo trotaba con pasos tranquilos. El cielo era una alta bóveda azul, manchada por nubes que parecían brochazos de pintura blanca. El roce del viento helado le provocaba una sensación agradable. Nunca había pasado tanto tiempo sin bañarse, y el aire fresco la hacía sentir limpia. De la nada, decidió que su yegua se llamaría Della, en honor al personaje de un viejo cuento de hadas. Della era una sirvienta joven que robó el vestido de su cruel ama y se coló en un baile real, y la princesa más chica se enamoró de ella al instante. La princesa y Della se casaron a la semana siguiente.

La cruel ama fue obligada a ir a la boda y a observar cómo la sirvienta a la que tanto había maltratado se convertía en miembro de la familia real. Era un cuento muy satisfactorio. Las cosas no funcionaban así en la vida real, pero a Crier le gustaba aquella historia.

Llegó con buen tiempo a la mansión de su amiga. La edificación se ubicaba en un claro entre las colinas, como una piedra preciosa empotrada en oro. O... así solía verlo. Al caer la tarde, la joven se encontraba exactamente en la cima de una de las colinas que rodeaban la mansión.

Frunció el ceño, intrigada. Las veces que visitó a Rosi, incluso después de que su prometido, Foer, fuera asesinado por la reina Junn, la mansión estaba... habitada. Siempre había sirvientes de aquí para allá, arreglando los huertos, los pastizales de los caballos y los establos. Se veía la luz de las velas a través de las ventanas y los faroles encendidos en las puertas de la mansión. Pero ahora... no había un solo sirviente a la vista. Los pastizales estaban vacíos, sin caballos por ninguna parte. En los establos no había cerdos ni cabras. Los faroles estaban apagados. Crier entrecerró los ojos para ver mejor a la distancia: hasta los huertos se veían descuidados, con frutas tiradas por todas partes.

Sintió un hueco en el estómago.

La última vez que vio a Rosi fue apenas unas semanas atrás, cuando le dio sus condolencias por la muerte de Foer. En ese momento, Rosi sufría los efectos de la Solanácea. Tenía la lengua y los labios manchados de negro; se veía extremadamente delgada, al punto en que se le marcaban las venas en la piel. Estaba maniática, incapaz de concentrarse en algo por más de unos segundos. No parecía importarle en lo mínimo la muerte de Foer.

«¿Qué te pasó, Rosi?».

Lentamente, condujo a Della colina abajo. La yegua se fue abriendo paso sobre las rocas sueltas. Le tomó casi una hora llegar hasta la entrada de la mansión. El sol había comenzado a ocultarse detrás de las colinas. La yegua se ponía más nerviosa conforme se acercaban a la puerta. Tenía las orejas hacia atrás, pegadas al cráneo, y azotaba las patas contra el suelo, como pidiendo detenerse.

Crier tampoco se sentía segura. De manera inexplicable su piel se erizaba, hipersensible. Se aferraba a las riendas del animal como si de eso dependiera su vida. No quería estar allí. El silencio del lugar parecía cobrar vida y rozarle los hombros. Fuera de eso no había señales de ningún sirviente. Hasta el viento había callado.

«Algo está muy, muy mal».

Pero... se trataba de Rosi. Si bien no había un cariño profundo entre ellas, llevaba tiempo conociéndola. Habían intercambiado incontables cartas durante años. Si su amiga estaba en peligro, no dudaría en ayudarla.

Se bajó del caballo y caminó hacia las enormes puertas de madera. La mansión de Rosi era una imponente construcción de granito y madera oscura, más o menos de un cuarto del tamaño del palacio real, con un alto techo curvado hacia el cielo. La suntuosa casa iba creciendo ante sus ojos conforme subía los escalones. Las ventanas oscuras parecían huecos de una boca desdentada.

La aldaba tenía forma de golondrina y Crier la sintió pesada bajo su mano. Llamó tres veces. ¿Oyó el retumbe de los toquidos sonar como un grito en el salón vacío o solo imaginaba? Seguramente, estaba exagerando. Sin duda había una explicación lógica para todo esto. Quizá Rosi despidió a todos los sirvientes por alguna razón. Quizá decidió irse de viaje. Quizá...

—Lady Crier.

La joven se giró, sobresaltada.

Rosi estaba al final de la escalera. Crier debió haberla oído, pero no fue así.

—Lady Crier —repitió. La joven inclinó la cabeza hacia un lado, con gesto intrigado, poco natural. Y se mantuvo así, con la cabeza inclinada casi hasta tocarle el hombro. Miró a Crier. Dioses, se veía mucho peor que la última vez que tuvo contacto con ella. Su piel oscura y dorada lucía apagada, como si le hubieran arrancado la vitalidad. Su delgado cabello suelto sobre los hombros dejaba ver una incipiente calvicie. Partes de su cráneo parecían rocas usurpando un terreno vivo. Su piel se tensaba sobre los huesos de forma grotesca. Y... sus venas visiblemente hinchadas formaban un mapa de ríos oscuros.

—Dioses, Rosi —exclamó Crier. Intentó no mostrarse atemorizada —. Rosi —repitió, sin saber cómo terminar la frase. «¿Estás bien?» era una pregunta tonta. «¿Qué pasó?» era obvio: la Solanácea—. ¿Cómo puedo ayudarte, Rosi?

Rosi soltó una carcajada escandalosa, seca, llena de amargura.

—Eres una tonta —dijo. Finalmente enderezó la cabeza y avanzó un escalón. Crier tuvo que contener el impulso de dar un paso atrás y pegarse a la puerta—. Eres una maldita tonta. ¿Crees que necesito algo de ti? ¿De una traidora del trono? ¿De una traidora al scyre?

—Te lo puedo explicar, Rosi —dijo, desesperada—. Te lo puedo explicar todo. Kinok me envió. Tuvimos que cancelar la boda por una amenaza. Él confía en que tú podrás protegerme.

—Cállate. —Avanzó otro escalón—. Cállate, traidora. Abandonaste al scyre. Lo traicionaste. Eres una tonta. ¿Tienes idea de lo que yo daría por estar en tu lugar, y tú lo *desperdiciaste*? — Respiraba con dificultad con la boca abierta, dejando ver su lengua negra como la tinta. Miraba de aquí para allá, y daba la impresión de que los ojos comenzarían a darle vueltas—. ¡Traidora! ¿Estabas

aliada con la otra traidora, lady Crier? ¿Eras otra de los aliados de Reyka? ¡Contéstame!

«¿Aliados de Reyka?».

—No —respondió Crier. Estaba inmóvil. Mentalmente calculaba la distancia entre ellas y la que le separaba de su yegua, a unos metros de allí. Gracias a los dioses no la había amarrado a un poste y estaba lista para salir huyendo—. Lo que sea que hayas escuchado, Rosi, no es verdad. No traicioné a Kinok. Yo... yo sí quería casarme con él. Era lo que más deseaba en este mundo. Pero mi padre...

—Mentirosa —interrumpió Rosi, y se lanzó contra ella.

Crier la esquivó y bajó los escalones de un salto, haciendo que Rosi terminara estrellándose contra la puerta. Escuchó el golpazo detrás de ella pero no se molestó en voltear a verla. Solo se echó a correr, y corrió como nunca en su vida. En alguna parte de su ser, se alegró de llevar pantalones en vez de un vestido largo.

En un par de segundos llegó hasta donde estaba Della, se montó en ella de un salto y casi cae por el otro lado. Dio unos golpes en los flancos del animal gritando «¡Vamos!». «¡Vamos, vamos!», repitió invadida de terror. Della pareció sentir el miedo y corrió con todas sus fuerzas. Fue entonces cuando Crier se atrevió a mirar atrás, y lo que vio la llenó de espanto. Rosi iba tras ellas, pero se veía extremadamente mal. Sacudía su cuerpo de un lado a otro como si corriera con las piernas rotas. Se caía de boca repetidamente y hundía los dedos en la tierra para poder levantarse. Era imposible que la alcanzara, pero de todos modos Crier se estremeció al verla. Rosi estaba al borde del colapso. La Solanácea había consumido sus músculos y su mente.

Qué manera más horrible de morir.

Crier azuzó a la yegua para que subiera la colina lo más rápido posible. No quería detenerse hasta alejarse lo suficiente de la

mansión, lejos de Rosi, del monstruo en el que se había convertido. A lo lejos, unos cuantos árboles le prometían refugio. Avanzaba con el tenue sol a sus espaldas mientras el cielo iba pasando del azul al rojizo del crepúsculo.

—Solo un poco más —dijo acariciando el crin del animal, que estaba empapada de sudor—. Solo un poquito más.

Los árboles formaban un pequeño bosque de flacuchos abedules de ramas blancas, que desnudadas por el invierno parecían dedos saliendo de las entrañas de la tierra. Aunque no ofrecían gran protección, era mejor lugar que estar en campo abierto. Crier se sintió ligeramente aliviada en cuanto cruzó los primeros árboles. El terreno presentaba una ligera pendiente y se alcanzaba a oír el rumor de un río. Una bendición inesperada: Della saciaría su sed y quizá por la mañana ella podría darse un baño. Condujo a la yegua a trote lento, colina abajo, donde se escuchaba el fluir del río. El estrecho espacio entre los árboles hacía que las ramas se atoraran en su cabello y le jalonearan las mangas de la blusa.

Todo estaba en calma.

Podía escucharse claramente el sonido del río. Apenas anochecía y seguía sin oír los trinos de gorriones, golondrinas y otros pajarillos.

Una vez más a la joven se le erizó la piel.

Rosi se había quedado atrás. Nadie la siguió. Si un carruaje hubiera andado por las colinas, lo habría visto.

Sin embargo, se aferró a las riendas de su caballo. Llegó al fondo de la pendiente, donde los árboles eran cada vez menos hasta dar paso a la orilla del río, cuyo lado opuesto presentaba una vegetación más tupida. El suave movimiento del agua brillaba bajo la última claridad del día.

—Vamos a cruzar el río —susurró a Della y le dio un golpecito para hacerla avanzar. El río era tan poco profundo que alcanzaba a

verse la arena y las piedras del fondo. Ya del otro lado buscó un lugar donde pasar la noche. No tenía otra opción. Della necesitaba descansar después de una brutal jornada.

La yegua se quedó un rato en la orilla, dubitativa, pero Crier la tranquilizó murmurando algo en su oído y el animal se metió al agua.

Estaban a la mitad del río cuando alcanzó a ver a un automa entre los árboles, en la orilla opuesta, justo en dirección a ella.

Una fracción de segundo después, Della quedó petrificada a su lado.

El automa se parecía a Rosi, si Rosi ya estuviera muerta.

Tenía la misma apariencia esquelética y las venas ennegrecidas. Iba desnudo y la piel se le caía a pedazos, dejando al descubierto un organismo metálico. Los nervios parecían cabellos dorados y las venas como gusanos ennegrecidos. Sus ojos, demasiado hundidos en las cuencas, eran de un negro profundo, como si la pupila se hubiera tragado el resto del globo ocular. Tenía la boca abierta, manchada de tinta, y la quijada dislocada meciéndose de aquí para allá.

Crier no podía pensar.

Su mente se quedó completamente en blanco.

Solo miraba al automa... *¿aún* era un automa?... mientras avanzaba entre los árboles hacia la orilla del río. Esa cosa alguna vez fue un automa, como ella.

Aquellos ojos demasiado negros estaban fijos en el rostro de Crier.

Se escuchó un sonido detrás de ella, como unas piedritas cayendo sobre el agua y, casi sin querer, se volteó para ver de qué se trataba. Se arrepintió inmediatamente. Otro automa de venas negras la miraba, abriendo y cerrando la boca como si masticara o intentara decir algo.

«Dioses».

Estaba desarmada. Y, aunque tuviera un arma, estaba flanqueada. Atrapada a mitad del río como una presa perfecta, petrificada de terror. Intentó pensar en alguna escapatoria. Pero su cerebro no respondía. Lo único que se le ocurrió fue... quizá si avanzaran con la corriente, pero Della no podría moverse rápido en el agua; además, más adelante el río podría volverse más profundo.

El automa que estaba frente a ella llegó a la orilla del agua. Estaba a unos veinte pasos de Crier. Al igual que Rosi, sus movimientos eran torpes y extraños, como si no tuviera control de su cuerpo. Intentó pensar. Se supone que era brillante, que había sido diseñada con inteligencia sobrehumana, ¿por qué no podía pensar? El automa dio otro paso, ya en el agua, abriendo la boca aún más, como una serpiente, hasta dislocarse la quijada. En ese momento escuchó un crujido escandaloso y el automa se sacudió violentamente; luego se quedó inmóvil como una marioneta jalada fuertemente de las cuerdas hacia arriba; por último, se fue de lado con un horrible bramido y retorciendo su cuerpo. Crier entendió por qué.

Alguien le acababa de disparar en el cráneo con una ballesta. La flecha de hierro salió por el otro lado de la cabeza y la sangre negra comenzó a chorrear. Miró rápidamente al otro automa, y justo en ese momento otra flecha se hundió en su pecho y otra en uno de sus ojos sin vida. Crier ahogó un grito y desvió la mirada. Estaba a punto de vomitar. Solo escuchó el golpe del cuerpo sobre el agua.

¿Estaría a salvo?

¿O ella sería la próxima víctima?

Quería preguntar «¿quién anda ahí?», pero no podía hablar. El miedo le había paralizado la garganta. Debajo de ella, la yegua temblaba y jadeaba de terror.

De pronto escuchó un grito y vio a varios *humanos* salir corriendo de entre los árboles hacia la orilla del río. Estaban armados, unos con

ballestas, otros con espadas en las caderas o en la espalda, y otros llevaban unas antorchas que les iluminaban la cara con su danzarina luz naranja.

—¡Prepárense para arder! —gritó uno de los hombres al llegar al agua. Fue chapoteando sin vacilar hasta el cadáver del automa y lo arrastró hasta las rocas—. Bree, Mir, ¡vayan por el otro! —gritó el hombre. De inmediato, dos humanos se lanzaron al río para recoger el segundo cuerpo, ignorándola por completo. Ella observó, inmóvil. El resto de los humanos, unos ocho o diez en total, rodearon al primer cuerpo, sacaron unos odres y lo bañaron con... ¿agua?

No.

Aceite.

Los dos que llevaban el segundo cadáver se unieron al rito. Tiraron el cuerpo junto al primero y también lo ungieron. Un hombre que llevaba una antorcha dio un paso adelante y prendió fuego a los cuerpos.

Todo fue muy rápido. Mataron a los automas de venas negras, recogieron y quemaron los cadáveres. Los humanos eran eficientes, metódicos; actuaron como si ya lo hubieran hecho antes. Crier se había olvidado de respirar. Quizá debería hacerlo. Quizá debería salir de allí a todo galope. Sabía que el fuego era una de las maneras más eficientes de matar a los de su especie. Decapitarlos, apuñalarlos en el corazón, quemar el cuerpo para que no pueda sanar. ¿Y si ella era la siguiente? Respiró profundo. Tenía que *largarse de allí*.

—¡Oye! —gritó uno de los humanos. Era el único que había hablado, quizá el líder, el que daba las órdenes. Estaba en la orilla del río y solo se veía su silueta contra el resplandor de la hoguera. El hombre la miraba. Otros de los humanos también tenía los ojos puestos en ella—. ¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Estás herida?

Crier abrió la boca, pero no pudo emitir ningún sonido.

—Tranquila —dijo él, levantando la voz para que la joven alcanzara a escucharlo entre el crepitar del fuego—. Tranquila, estás a salvo.

Ella solamente lo miró.

De pronto comenzó a sentir que el aire olía a carne quemada.

—¿Estás sola? —preguntó el hombre, que más bien era un muchacho.

«Cree que soy humana», pensó Crier. «Que acaba de rescatar a una joven humana. Que somos aliados».

Crier asintió. Sí, sí estoy sola.

—Pues ya no lo estás —comentó el muchacho—. Nuestro campamento está cerca de aquí. Ven con nosotros para que te seques y comas algo. Sin ofender, te ves medio muerta. Y tu caballo igual.

Crier al fin recuperó su voz.

—De acuerdo. Iré con ustedes —dijo.

Y lo dijo como una humana.



A, Al principio me hablaste de la ley de la caída.

¿Qué te respondí? ¿Te respondí siquiera? Recuerdo todo, menos si te respondí o no. Rodeada de lo conocido, me tomaste por sorpresa. Como la noche anterior... tú en el acantilado, tú en el rocío del mar, tú, salvándome, la primera de tantas veces. Tocaste las lágrimas de mi mejilla. Tocaste mi rostro y, aun entonces, tan al principio, no me alejé.

Una ley por una paradoja. Te la cambio.

Creemos que el universo dio a luz a un número infinito de estrellas. Siguiendo esa lógica, podrías estar en cualquier lugar del mundo, levantar la vista y tus ojos inevitablemente se toparían con una estrella. Siguiendo esa lógica, el cielo nocturno no debería ser negro; debería estar cubierto por un manto de luz, por el brillo cegador de las estrellas. Ahí está la paradoja. El problema es asumir que el universo es estático, que no se

mueve, que cada estrella ha ocupado siempre el mismo espacio en nuestro cielo. La paradoja no tiene en cuenta el hecho de que el universo, como todas las cosas, nació y desde entonces ha estado creciendo. Expandiéndose hacia afuera, impulsando y jalando, como tú me dijiste. Los cuerpos celestes flotan en un mar negro, arrastrados por una corriente más antigua que la vida misma. Alejándose cada vez más y más. La naturaleza del universo es que todo lo que contiene se va quedando cada vez más solo. Algunas noches solo pienso en ello, y es aterrador. Algunas noches me quedo despierta pensándolo, y me pone terriblemente triste.

Pero últimamente la tristeza disminuyó.

Por ti.

Tú eres ese manto de luz, la antigua paradoja: si el universo fuera estático, podría pararme en cualquier lugar del mundo y juro que mis ojos terminarían puestos sobre ti. Juro que te encontraría a pesar de la oscuridad.

DE UNA CARTA NO ENVIADA DE CRIER,
DE LA ESTIRPE HESOD,
9648880130, AÑO 47 EA

7

—Storme —dijo Ayla, y vio la sorpresa de Storme al darse cuenta de a quién había salvado de la horrible caída.

—¿Ayla? —No dejaba de mirarla con la boca abierta.

Soltó la cintura de su hermana y dio un paso atrás. Ayla aseguró sus pies sobre el pasto del jardín.

—¿Qué haces aquí? Creí que no volverías hasta la próxima semana.

—¿Qué hago yo aquí? —refutó, aún sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Desde cuándo no estás en Rabu? ¿Desde cuándo sales del palacio del rey? —Tomó aire—. Dioses, ¿tienes algo que ver con...? Escuché rumores sobre un ataque, y ahora la hija del rey está desaparecida, ¿tú...? Pero, además... ¿cómo llegaste hasta aquí? ¿Cuánto tiempo...?

—¡Storme! Respira. Una pregunta a la vez. —No podía dejar de mirarlo, grabarse cada uno de sus gestos. Fue tan poco lo que pudo verlo cuando la reina Junn visitó el palacio de Rabu. Estuvieron allí solo por un día y una noche. Se topó fugazmente con él, a solas. Fue

por la noche, en un pasillo iluminado por la luna. Y algo salió muy mal. Solo quería abrazar a su hermano, pero terminaron diciéndose cosas horribles y llenas de odio. Luego él se dio la vuelta y se fue. Ayla se quedó sola. De nuevo. Estaba furiosa, herida, confundida y buscó consuelo en la cama de lady Crier.

Ahora al fin podía mirarlo detenidamente, observar la versión adulta del gemelo de nueve años que había perdido. No eran idénticos; se parecían mucho más de niños, pero aún podía verse en el rostro de su hermano. Tenían exactamente los mismos ojos, café, enormes y separados. La misma piel oscura, el mismo cabello negro e indomable. El rostro de la chica era más redondo, sus facciones más delicadas y sus pecas más marcadas, pues había pasado mucho tiempo trabajando bajo el sol. Storme era más atractivo en el sentido tradicional. Tenía los pómulos y la quijada fuerte de su padre. (Y, para frustración de Ayla, también tenía la altura de su progenitor). Tenía una cicatriz en forma de estrella en el párpado izquierdo, resultado del golpe que sufrió contra una chimenea de piedra siendo niño. Era raro ver una cicatriz tan conocida en un rostro tan cambiado.

Storme iba vestido sobriamente de verde. Ayla frunció el ceño. A decir verdad, se veía un poco andrajoso. Aun con la poca luz, podía verse su ropa arrugada y el cabello desarreglado y sucio.

—Una pregunta a la vez —aceptó él con cierto pesar—. No, no, espera. Quiero saber todo lo que ha pasado, todo lo que te trajo hasta aquí, pero antes tengo que ver a J... a la reina. Es urgente.

—¿Qué? ¡No! No, Storme. Llevo días esperando tu regreso. Tengo mucho que contarte. Es importante. Por algo vine a Varn.

—Lo siento —respondió él, sin mirarla—. Pero adelanté mi regreso por algo urgente. Tengo que ver a la reina de inmediato. No puede esperar. Mañana hablamos, ¿de acuerdo? Te prometo que sí vamos a

hablar. Pero no en este momento.

—No, Storme, no quiero esperar hasta mañana. —Quería contarle sobre la Solanácea del scyre Kinok, pero había algo más... sentía como si estuviera hablando con un fantasma. Su encuentro fugaz en Rabu y él yéndose repentinamente, dejándole una pluma verde. Parecía haber salido de una leyenda: un chico transformado en ave por la maldición de una bruja y su hermana buscándolo desesperada por todas partes. ¿Y si volvía a desaparecer? La chica intentó tomarlo por la manga, pero él la esquivó y se dirigió hacia la oscuridad. Ella contuvo un bufido de frustración y comenzó a seguirlo.

—De acuerdo —Finalmente pudo alcanzarlo—. Primero la reina. Pero voy contigo.

Storme lanzó un resoplido molesto, como lo hacía de niño cuando su hermana le daba alguna orden.

—De acuerdo, ven, pues.

—Vamos, hermano.

El solario de la reina Junn era un amplio cuarto, con numerosas ventanas y una enorme chimenea. Las paredes estaban colmadas de retratos de lo que parecía la estirpe real. Sentada en una pequeña de madera, junto a Storme y Junn, Ayla observaba las imágenes mientras esperaba a que alguien hablara. Notó lo joven que era Junn cuando asesinaron a su padre y se vio obligada a tomar el trono. Era difícil calcular la edad de un automa a partir de los veinte años; dada su larga expectativa de vida, los efectos físicos del envejecimiento eran mucho más sutiles en sus rostros creados. Pero de cualquier modo los automas de los retratos eran claramente mayores que Junn, al menos por un par de décadas. En Rabu le decían la Comehuesos o la reina Niña. Este nombre siempre le pareció ridículo a Ayla: los automas nunca eran niños realmente. Pero cuanto más tiempo pasaba con Junn, más entendía el título. Por más inteligencia y

autoridad que tuviera, solo era un par de años mayor que Ayla y Storme. Y la edad a veces se le reflejaba en la cara, como en este momento.

—¿Cómo que *monstruos*? —dijo Junn, mirando al chico. Ante la urgencia de Storne la reina se vio obligada a retirarse de la fiesta, que seguía su curso en el patio de abajo. Aunque estaban en lo alto de las torres, Ayla lograba escuchar el bullicio y la música llenando la noche. Esperaba que Junn le dijera que se fuera; claramente no tenía nada que hacer en esa reunión, pero no fue así. Quizá era la ventaja de ser hermana de Storme.

Durante la visita de la reina a Hesod, Ayla había notado la familiaridad con que trataba a Storme. Parecía más una relación de amigos que de reina y consejero.

—No sé de qué otro modo podría describirlos —dijo Storme. A la luz del ambiente, era aún más obvio su aspecto desaliñado. Entonces se dirigió a Ayla—: Hace dos semanas recibimos unos mensajes perturbadores de dos de nuestros vendedores de piedra de corazón más importantes. Nos alertaban de una «amenaza en curso» en la frontera con Rabu. Llegué esperando encontrarme con bandidos, rebeldes humanos o quizá algún problema ocasionado por el rey... pero no fue eso lo que vi. Ahora entiendo por qué los comerciantes no querían darnos detalles de la amenaza. Pero yo la vi con mis propios ojos.

—Ve al grano —dijeron Ayla y Junn al unísono, y se miraron sorprendidas.

—Las caravanas de los comerciantes están siendo atacadas por unas... criaturas —continuó Storme.

—¿Qué son? ¿Animales? —preguntó Junn.

—No. Son despiadados como lobos salvajes, pero son automas. O algo parecido. —La mirada de Storme estaba fija en la lámpara

colocada en el centro de la mesa, en la pequeña llama atrapada como una luciérnaga dentro del cristal—. Las criaturas se ven como automas, pero... como si las hubieran creado imperfectas. Sus ojos, bocas y venas son totalmente negras, como si acabaran de beber tinta. Al principio pensé que quizá eran víctimas de una especie de peste que afecta a los automas, pero no parece que fuera esa... una enfermedad que les esté debilitando. Al contrario. Son casi invencibles. Aparentemente no sienten dolor. Si atacan algo, no se detienen hasta verlo destruido. Vi algunos que seguían peleando aun con las extremidades quebradas. Con lanzas saliéndoles por la panza. Con el rostro destruido por una bomba.

Horrorizada, Ayla intentó imaginarse a una criatura así. Algo... ¿más fuerte que un automa? ¿Más violento? ¿Aún menos humano? Storme tenía razón, sonaba imposible. Pero algo de lo que dijo le llamó la atención: «parece que acaban de beber tinta». Sabía exactamente de qué se trataba porque lo había visto en la amiga de Crier, Rosi, cuyo prometido había sido asesinado. Lo había visto de paso cuando fue a su mansión con Crier. Las dos automas hablaron en privado y ella se quedó esperando afuera de la habitación. Luego, en el camino de regreso al palacio, ocurrió lo de Elderell: Ayla observó sin poder hacer nada cómo Rowan era asesinada por un guardia automa. Con la conmoción de la muerte de su mentora, se había olvidado por completo del comportamiento extraño de Rosi y su boca manchada de tinta.

Hasta aquel momento.

Notó que la reina Junn no parecía sorprendida ni desconcertada por las palabras de Storme. En sus ojos podía verse algo, pero no era miedo.

—¿Cómo están de la cabeza? —preguntó Junn—. Si están atacando de forma organizada a las caravanas de los mercaderes...

Storme negó con la cabeza.

—Sus ataques no son organizados. La verdad no creo que estén intentando sabotear nuestras reservas de piedra de corazón. Ni siquiera que sepan lo que hay dentro de las caravanas. No creo que tengan la capacidad de saber nada. Atacan las caravanas solo porque *están ahí*. Si fuera el carruaje de un viajero, un jinete solitario, automa, humano, plebeyo o el rey, lo mismo atacarían. Estas criaturas no piensan. Si algo se cruza por su territorio, lo matan.

—Y ¿cuál es su territorio? —preguntó Junn.

—La frontera entre Rabu y Varn —dijo Storme—. Y algunas partes de Tarreen, aparentemente. No tengo idea de por qué estén concentrados en el sur de Rabu.

«Pero yo sí», pensó Ayla. «Yo sé por qué».

—Es Kinok —dijo, llamando la atención—. Desde las Revueltas del Sur, tiene muchos seguidores en esa zona.

Las Revueltas del Sur. Cuando cientos de sirvientes humanos de las tierras del sur planearon revelarse la misma noche, al mismo tiempo, para que los nobles automas no pudieran ayudarse entre ellos ni ponerse sobre aviso. Pero de algún modo Kinok se enteró y puso en alerta a los nobles. El plan de los humanos estaba sostenido en el factor sorpresa, pero la sorpresa nunca existió. Las revueltas fueron detenidas de forma rápida y sangrienta. Y Kinok se convirtió en héroe.

Ayla y Crier descubrieron que Kinok pudo predecir la revuelta porque él fue quien la instigó. Usó su red de conexiones y difundió información falsa, manipulando a los humanos de las tierras del sur para que planearan una rebelión destinada al fracaso.

—Convenció a sus seguidores para que reemplazaran la piedra de corazón con una sustancia llamada Solanácea —continuó Ayla—. Se parece a la piedra de corazón en polvo, pero es negra. Les dice que

es una piedra de corazón más poderosa y que los hará más fuertes y hábiles. Pero yo he visto sus efectos reales. —Narró a Storme y Junn sobre la visita a la casa de Rosi. La lengua de la automa manchada de negro, la piel pegada a los huesos y sus movimientos temblorosos y erráticos—. No estuvo violenta, pero tal vez por alguna razón. Quizá si consumes suficiente Solanácea, te conviertes en... eso.

Storme parecía abrumado.

—Y el scyre Kinok está detrás de todo esto... ¿Qué es lo que planea? ¿Solo quiere crear un ejército de monstruos?

—Pero lo que describes no suena para nada a un ejército —comentó Junn—. Dices que las criaturas no piensan. Que no pueden ser controladas. No creo que un ejército sea el plan maestro del scyre Kinok. Él desea tener el control. ¿Qué ganaría con esto?

—Quizá sea por miedo, para intimidar —conjeturó Storme—. Como una advertencia a sus seguidores. Una demostración de poder.

—No —dijo Ayla, con cientos de pensamientos dándole vueltas en la cabeza—. Eso no tiene sentido. Creo...

¿Qué sabía de Kinok? Que era un científico, un alquimista. Que fue Vigilante del Corazón, además de scyre, alguien que estudió los Cuatro Pilares de la especie automa para hacerla avanzar. Quería ponerle fin a la dependencia del Corazón de Hierro, su punto débil.

Él mismo creó la Solanácea. Crier lo decía: «quiere que seamos invulnerables». No eran sus enemigos quienes recibían el polvo negro, sino sus seguidores. Como Rosi, quien lo idolatraba. La propia Ayla pudo ver la forma en que se iluminaban los ojos de Rosi cuando oía el nombre de Kinok. Ella lo adoraba.

Efectivamente: más que cualquier otra cosa, Kinok anhelaba el control total.

—Creo que cometió un error —dijo Ayla, comprendiéndolo en ese

instante—. ¿Por qué querría convertir a sus seguidores en máquinas de matar sin control? Creo que desconocía los efectos de la Solanácea. Quizá solo estaba haciendo pruebas en ellos. Experimentando. Pero no sabía que los iba a envenenar de esta manera.

El silencio se extendió por un largo momento.

—Sabía que nos serías útil —dijo Junn al fin.

Storme parecía preocupado.

—Creo que deberíamos enviar refuerzos a la frontera de inmediato, su majestad. Los comerciantes están bien armados, pero solo contra los rebeldes humanos. Ya mataron a dos mercaderes y destruyeron sus caravanas. Todo el suministro de piedra de corazón de Varn está en peligro.

Junn asintió.

—Cuando terminemos esta reunión, irás inmediatamente con el mariscal. Quiero que los refuerzos salgan al amanecer.

—Sí, su majestad.

—Mientras tanto, ¿crees que será posible utilizar las antiguas rutas de comercio? Tenemos muchos registros y mapas.

—Lo pensé, pero no creo que vaya a funcionar —dijo Storme—. Esas rutas fueron atacadas durante la Guerra de las Especies, los puentes quedaron destruidos y los deslaves lo cubrieron de piedras. Hace cincuenta años que están sin uso —aclaró con seriedad—. No necesitamos rutas viejas, sino armas nuevas.

«¿Armas nuevas?».

La reina entrecerró los ojos, pensativa.

—Supongo que no lo dices hipotéticamente, consejero.

Storme se irguió, como queriendo dar una imagen que correspondiera a su título.

—Como dije, los monstruos han aparecido también en algunas

partes de Tarreen. Pero parece que los tarreenianos no están tan indefensos como los comerciantes de piedra de corazón. Hablé con un mercader que pasó por Tarreen y vi una de las armas que usan. El hombre no sabía exactamente qué era, pero la describió como «un fuego azul». Como una bomba, pero mucho más poderosa. Dijo que derribó a veinte monstruos de un solo disparo. Una explosión de fuego azul, dijo.

—Los de Rabu no están usando esas armas —comentó Junn, como pensando en voz alta—. No es algo del rey. Los tarreenianos la fabricaron ellos mismos.

Storme asintió.

—Y si el rey la quiere, la va a tomar por la fuerza —continuó el joven—. Aunque él diga que gobierna sobre Tarreen, no tiene ningún poder ahí. Los tarreenianos son casi todos humanos. Él no les da nada, y apenas si recuerda que existen. La gente de Tarreen es poca, pero se manda sola. Y hasta los automas que hay ahí desprecian al rey Hesod. —Miró a la reina, y Ayla tuvo que admitir que parecía alguien con la capacidad de aconsejar a una reina. A pesar de su juventud y de lo insoportable que se ponía cuando discutía con ella, Storme se merecía el título que ostentaba, y Ayla se enorgulleció—. Su majestad —continuó él—, si podemos formar una alianza con los tarreenianos, quizá podríamos utilizar esa arma nueva.

—Necesito *pensar* —dijo Junn, con tono infantil—. Necesito pensar. Y tú necesitas descansar, consejero. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Hace dos días, creo —respondió tímidamente.

La reina suspiró.

—Ve a hablar con el mariscal y luego *a la cama*.

Ayla los observaba. Definitivamente parecían tener una relación

más cercana que de reina y consejero. Podría jurar que vio calidez en la mirada de Junn en el momento en que regañaba a Storme.

Sin embargo, la chica sintió pesadumbre al pensar que hace un par de horas Junn bailaba y reía con Benjy. Quizá era cariñosa con todos.

Cada uno se fue por su lado y Ayla tuvo que aguantarse las ganas de agarrar a Storme por la manga, mantenerlo cerca de ella y asegurarse de que no desaparecería nuevamente. Sabía que era un impulso infantil. Había sido una larga noche y Storme llevaba dos días sin dormir. Ambos necesitaban descansar.

Él le prometió que hablarían al día siguiente. Ayla le creía. Tenía que hacerlo. Su hermano había regresado de la muerte... y ella no permitiría que desapareciera otra vez.

8

El campamento de humanos estaba más adelante, siguiendo el río, escondido en una arboleda de abetos. En realidad solo era un claro entre los árboles, cuya maleza retiraron para encender una fogata y colocar unos cuantos petates. Había un pony, un ruano regordete, amarrado a un árbol. Los humanos andaban en ponys y caballos de carga, no de pura sangre como Della. Crier esperaba que no notaran la raza de su yegua. Durante el corto camino hacia el campamento, la joven automa se inventó una historia. Fue una forma agradable de distraerse de los horrores de las últimas horas: el ataque de Rosi, los monstruos en el río, sus cuerpos en llamas. Crier inventó ser una humana del noroeste, por las colinas de las montañas Aderos, lejos de la capital y del palacio del rey. Sus padres habían muerto y no tenía hermanos. Iba de camino a un pueblo costero del mar Steorran, donde abordaría un barco hacia Thalen, la capital de Varn. Iría a Varn porque Rabu ya no tenía nada que ofrecerle.

Cuando el joven humano le preguntó su nombre dijo «Ayla».

—Gusto en conocerte, Ayla —respondió él—. Yo soy Hook.

Ella solo asintió. Entre menos hablara, menos probabilidades tendría de revelar que era automa. A Hook no pareció importarle su silencio. Era un joven buen mozo con una enorme sonrisa. No tendría más de veinte años. Crier se preguntaba cómo alguien tan joven se convirtió en el líder del grupo. Luego, mirando de reojo a los otros siete humanos, notó que Hook era el mayor. Los demás se veían como de su edad o menores. Y Crier acababa de ver cómo esos humanos mataron a dos monstruos y quemaron sus cuerpos sin vacilar en lo mínimo.

«¿Qué les pasó?», pensó Crier. «¿Qué los hizo ser así?».

Quizá ya tenía la respuesta.

Sentada con los humanos alrededor de una hoguera, Crier se vio obligada a comer algunos bocados de galleta y pescado seco. Mantenía la mirada clavada en el suelo. El fuego era apenas unas brasas. Hook le explicó que la luz atraía a los monstruos, pero Crier tenía la paranoia de que el brillo revelara el dorado de sus ojos y la dejara expuesta en un instante. Mantener su plan resultó más difícil de lo que había esperado, y apenas llevaba unas horas mintiendo. Tenía que recordar tantas cosas: «respira tranquila, parpadea constantemente, no te quedes demasiado quieta, no te muevas demasiado ágilmente, no levantes la mirada y, por todos los cielos, no hables como la hija del rey». Estaba infinitamente agradecida de la suciedad de su rostro, que disimulaba su piel creada.

—Cuéntame, Ayla —dijo Hook cuando todos terminaron de comer —. ¿Qué te trae por estas tierras? Es algo tonto andar sola por un territorio de Sombras como este, ¿no crees?

—¿A qué te refieres con «territorio de Sombras»?

En el semblante de Hook apareció una expresión de sorpresa y de pronto los demás rebeldes voltearon a ver a Crier. Sus expresiones manifestaban curiosidad y... desconfianza.

—Creí que todos lo sabían —dijo Hook—. Todo el sur es peligroso en este momento, amiga mía, desde las montañas del oeste hasta las playas del este. Aquí, por la cercanía con las tierras del sur, la situación es aún más grave. ¿En serio no has escuchado nada de esto?

—Llevo varias semanas sola —masculló Crier.

—Bueno, de acuerdo. Esto es lo que necesitas saber: a esas cosas de ojos negros las llamamos *Sombras*. Solían ser automas, pero son más mortales que cualquier otro parásito... más fuertes, más rápidas. Hasta donde sabemos, no sienten dolor, y si lo sienten, eso no las detiene. Son violentas. Quieren sangre. Y es casi imposible matarlas, a menos que sepas exactamente cómo hacerlo. Si te acercas demasiado, no la cuentas. Bienvenida al infierno.

Una mujer levantó su odre.

—¡Hurra!

—¿Por qué les dicen *Sombras*? —preguntó Crier.

—Consumieron una especie de piedra de corazón falsa, o quizá envenenada. Se llama Solanácea y es negra como una sombra. Nadie sabe exactamente qué es, solo que convierte a los parásitos en monstruos.

Las sospechas de Crier se confirmaron. Aquello era resultado de la Solanácea de Kinok. Es lo que ocurrió con Rosi. Seguramente era el motivo por el que Kinok estaba tan desesperado por encontrar la Turmalina. Su experimento había fracasado.

Debía estar furioso.

Crier estuvo a punto de sonreír, pero recordó que las Sombras eran de su propia especie. Esas dos Sombras en el río... ¿quiénes eran? ¿Nobles de las tierras del sur? ¿Viajeros? ¿Solo unos automas de algún pueblo cercano? Tenían que ser seguidores de Kinok, miembros del Movimiento Antidependencia, pero daba igual. Nadie

merecía un destino como ese.

«Salvo Kinok», pensó Crier con sorpresa.

—¿De dónde viene la Solanácea? —preguntó a Hook, intentando descubrir qué tanto sabían esos humanos.

Él miró a su compañera, a la que dijo «hurra». Era Bree o Mir, una de las dos personas que arrastraron el segundo cadáver por el río hasta la hoguera. A diferencia de los demás, parecía más de Varn que de Rabu, con su cabello rizado, dorado como el trigo de verano.

Bree o Mir se inclinó hacia adelante y el brillo de las brasas dibujó unas sombras extrañas sobre su rostro.

—Si llevas tanto tiempo viajando sola... ¿qué tanto sabes sobre el scyre de nombre Kinok?

¿Cuánto sabría Ayla, la humana fugitiva del noroeste?

No, ese no era el punto. Crier quería toda la información sobre Kinok que pudiera conseguir, cualquier cosa que le sirviera para derrotarlo, y no tenía interés en proteger ninguno de sus secretos. Mientras no dijera nada que revelara su verdadera identidad, podría develar cualquier secreto a esos humanos. A fin de cuentas, querían lo mismo que ella.

—La última vez que paré en una aldea —dijo Crier, eligiendo con cuidado sus palabras—, hablé con una sirvienta que escapó del palacio del rey.

Ahora tenía la atención de todos. Ocho pares de ojos estaban fijos en ella.

—Les cambio mi información por la suya —anunció.

Hook soltó un resoplido burlón.

—De acuerdo, amiga mía. Pero lo único que sabemos es que el scyre Kinok está relacionado con la Solanácea. Tenemos un contacto... bueno. Teníamos un contacto. —Cerró los ojos y se dio unos golpecitos en el pecho con dos dedos; los otros rebeldes

hicieron lo mismo. Crier los imitó de inmediato—. Que las estrellas te abracen, Rowan —dijo Hook suavemente.

—Que las estrellas te abracen —repitieron los demás. Crier estaba demasiado en shock para imitarlos. «Rowan». Conocía ese nombre. Rowan, la mujer de la revuelta en Elderell, una aldea a unos días de camino de allí. La mujer que Ayla conocía. La mujer que mataron frente a ellas y dejó a Ayla hundida en una pena abismal y silenciosa.

—Rowan era el mejor contacto que teníamos. La mejor de todos. Nos dijo que el scyre creó la Solanácea. Como un plan alternativo, quizá. Los parásitos saben que si el Corazón de Hierro se queda sin piedra de corazón... o, mejor, si al fin logramos destruirlo, será su fin. Probablemente están aterrados. —Su tono revelaba la complacencia de que esto sucediera.

«Si al fin logramos destruirlo».

Aquellos no eran un montón de humanos viajando en grupo. Eran parte de la Resistencia.

Si supieran que no eran los únicos que querían destruir el Corazón de Hierro.

—Te toca, Ayla —dijo Hook. A Crier le tomó un momento darse cuenta de que se dirigía a ella—. ¿Qué te contó la sirvienta fugitiva?

Crier tomó aire.

—Que tienes razón. El scyre Kinok está buscando desesperadamente una alternativa para la piedra de corazón. —Se aclaró la garganta y se concentró en su acento, en sonar como la plebeya humana que suponía su falsa identidad—. Cree que la respuesta está en una piedra llamada Turmalina, y está intentando encontrarla. Él... él hará cualquier cosa para conseguirla. Si alguien la encuentra primero, tendrá...

—Ventaja —dijo Hook.

—Poder —agregó Bree o Mir.

—Tener a todos los parásitos de Zulla sometidos a sus deseos —dijo un chico al que le faltaba el ojo derecho.

Crier asintió.

—Exacto.

—Vaya, vaya —exclamó Hook. Se inclinó hacia adelante y la luz de la hoguera matizó su piel morena de oro bruñido—. Qué bueno que te salvamos de las Sombras, Ayla. Deberías quedarte con nosotros, ¿no? ¿Adónde vas?

—A Varn —dijo Crier.

Claramente no era la respuesta que Hook esperaba, pero dibujó una amplia sonrisa.

—Si alguien puede ayudarte a llegar allí, amiga mía, esos somos nosotros.

Por primera vez desde que escapó del palacio, Crier casi se sintió segura.

Casi una hora después, los rebeldes apagaron el fuego y se acomodaron para dormir. A Bree o Mir, que resultó ser Bree, le tocó la primera guardia. Esto significaba que Crier tenía que fingir que dormía por un par de horas. Se ofreció a tomar la segunda guardia, pero Hook le dijo amablemente que no confiaban en extraños, sin importar lo solícitos que fueran. Le dieron un camastro, una cobija delgada y áspera y le desearon buenas noches.

Crier extendió su camastro bajo un abeto barrigón y se resignó a esperar hasta el amanecer. No quería dormir sabiendo que había Sombras allá afuera. Deseó tener la posibilidad de decirle a Hook: «Yo puedo ver en la oscuridad como un gato, puedo escuchar el crujir de una rama a cien pasos de aquí, y no hay posibilidad de que me quede dormida. Soy la vigilante ideal». Pero obviamente no podía hacerlo.

Quizá era bueno. En la oscuridad, bajo el cobijo de las ramas curvadas hasta rozar la tierra, Crier sacó el relicario de Ayla que traía bajo la blusa, y dejó su gemelo en el bolsillo. El consuelo al que se aferró tantas noches. Era como estar cerca de Ayla. En algún momento se había enterado de que no solo le perteneció a Ayla; el relicario era un objeto creado para la abuela de la chica, Siena, quien luego lo regaló a su marido, Leo. En el centro de los recuerdos siempre estaba ese nombre. Crier descubrió que el relicario era una maravilla de la alquimia y contenía recuerdos del pasado de Leo, de cada uno de los días que tuvo el objeto en su poder. Con el contacto de la sangre de Crier el relicario se activaba y podía revivir los recuerdos. Pero no sabía en qué momento del pasado la situaría. El relicario contenía la historia de Ayla, su pasado y, quizá, su legado.

Crier temía que quizá también contuviera los secretos que Kinok estaba buscando.

Buscó una piedra afilada y, con un movimiento que le era conocido, se pinchó el dedo. Una gota de sangre brotó en la herida.

Crier cerró los ojos, respiró profundo y presionó el dedo en la piedra roja del relicario, que emitía constantemente un leve latido.

Tomó aire una vez más y...

...estaba empapada y muerta de frío. Agazapada entre un grupo de personas en la cubierta de un barco, en medio del océano. Las nubes estaban densas y oscuras mientras una lluvia torrencial caía golpeada por el viento. A su alrededor el océano no era más que oscuridad. Entre la gente apiñada, vio a alguien conocido: Leo.

Se acercó cuidadosamente, evitando perder el equilibrio por las violentas sacudidas del barco. Leo llevaba en brazos una niña cuyo rostro escondía contra su pecho, pero Crier sabía que era Clara. La madre de Ayla, la hija que Siena abandonó por dar preferencia a su criatura sobrehumana: Yora.

«El corazón de Yora», pensó Crier con desesperación. No tenía idea de si

funcionaría, pero debía intentarlo. Siena creó el relicario con un objetivo: registrar la historia, los recuerdos. Era una herramienta. Hermosa e ingeniosa, pero a fin de cuentas una herramienta. Y las herramientas se fabrican para ser usadas.

«El corazón de Yora», pensó. Intentó decirlo en voz alta: «¡El corazón de Yora! ¡Muéstrame el corazón de Yora!».

Nada ocurrió. Sus palabras se perdieron en la tormenta. Y de pronto...

... trozos de recuerdos pasaban con tanta rapidez que eran casi incomprensibles...

La costa, el barco atracando. Arena dorada, agua verde claro, el cielo pintado por el alba.

Una caravana en la selva, enredaderas por todas partes, abundante hierba, todo verde, árboles llenos de musgo, un arroyo y plantas con hojas del tamaño de un torso, lianas, rayos de sol filtrándose entre las copas de los árboles, el aire denso y húmedo, el aire como vapor.

El pasto amarillento por el invierno meciéndose en las colinas, bañado con el rocío de la mañana. Una cueva, una cantera, un río a la mitad de un profundo cañón.

Clara preguntando y preguntando y preguntando dónde están. Qué le pasó a su mamá. Más adelante, el final de las preguntas y las lágrimas…

Ya es mayor. De unos trece años. Lleva un collar de oro que la luz de una chimenea hace brillar.

Luego, Clara aún más grande, con la barriga hinchada, con un bebé adentro, en la orilla de un lago. Ríe mientras el viento sacude sus rizos oscuros y detrás de ella el agua extrañamente tranquila, inmóvil, refleja el cielo de la tarde como un espejo gigante.

Muéstrame el corazón de Yora.

Fuego.

Durante los primeros segundos Crier pensó que estaba en el primer recuerdo: la ciudad en llamas, las calles llenas de humo, los humanos

aterrorizados y cubiertos de cenizas blancas. Luego su visión se aclaró y vio que estaba en la orilla del mismo lago, con el cielo de un naranja claro y enfermizo. El sol parecía un ojo sangrante detrás de las columnas de humo.

«¡Ya vienen!», gritó alguien. Crier se dio la vuelta. Un poco más adelante, por la orilla del lago, había una pequeña cabaña con paredes de barro blanco y techo de paja. Afuera, tres figuras. Entrecerró los ojos para agudizar la vista ante la débil luz del atardecer. Eran Leo, Clara con una pronunciada barriga, y un hombre desconocido. «¡Ya vienen, tienen que irse!», repitió Leo, con voz aterrada. «Por favor, Clara. Se les acaba el tiempo».

«¡No me iré sin ti!», dijo Clara. Se cubría la panza con los brazos, recargada en el hombre que Crier desconocía. Entonces comprendió que Clara estaba embarazada de Ayla. Ese hombre debía ser el padre de Ayla. «¡No te dejaremos a morir aquí, padre!».

«Yo ya estoy viejo, niña», dijo Leo. «Mi pierna... No puedo moverme rápido. Sería una carga para ustedes y todos terminaríamos muertos». Miró al padre de Ayla. «Por favor, Yann. Sabes que tengo razón. Sabes qué hay que hacer».

A los lejos se oyó un cuerno.

Crier conocía ese sonido.

«Váyanse», dijo Leo, desesperado. «Rodeen el lago. Ya saben dónde está el bote. Cuando caiga la noche, crucen el lago hasta Rabu. Por favor, Yann. Por favor, Clara. Tienen que proteger al bebé».

«Si sobrevivo esta noche, los veré en la Caleta de la reina», indicó Leo. «Te veo allí, Clara. Por ahora, tienes que dejarme».

«¡No!», exclamó Clara, mientras Yann asentía con expresión lúgubre.

«Llévate esto», dijo Leo, y sacó un objeto de debajo de su camisa... El collar. El relicario con la estrella de ocho picos y la piedra roja, el mismo que en ese momento, dieciséis años después, en un bosque al sur de Rabu, Crier tenía sus manos. «Llévatelo, Yann. Cuídalo. Guarda historias».

«Lo cuidaré», le aseguró Yann. Se colocó el collar y lo ocultó debajo la camisa. «¿Y el corazón?».

«Se queda conmigo», respondió Leo. «Y ahora ¡váyanse!».

«Padre», dijo Clara entre lágrimas, dejando que Yann la arrastrara hacia el lago, hacia Crier. «Te esperaremos en la Caleta de la reina, padre. Te esperaremos. Te veremos allí, ¿verdad?».

«Sí», le contestó Leo. «Claro que sí, hija. Te veré pronto».

Y nuevamente se escuchó el cuerno de guerra, como el grito de un animal herido, y el mundo...

Se derrumbó.

Crier abrió los ojos y se quedó inmóvil por un rato, mirando las ramas del abeto y, más allá, el cielo nocturno. Probablemente habrían pasado unos minutos, pero parecían años, y Crier sentía como si hubiera envejecido.

Ahora sabía dónde estuvo el corazón de Yora en algún momento, dieciséis años atrás. No era mucho, pero era la mejor pista que tenía hasta el momento.

Se llevó el relicario a los labios. «Gracias, Leo».

Por la mañana, no perdió tiempo para hablar con Hook donde los demás no pudieran escucharlos. Se había guardado esa información por miedo a enfrentarse a Kinok, a su padre y a su propia gente, pero ya no podía darse ese lujo. Tenía que hacer algo, y tenía que hacerlo rápido.

—No lo creerás —dijo, cuando ella y el muchacho se alejaron lo suficiente como para ser escuchados—. Pero sé cómo encontrar la Turmalina. O... dónde comenzar la búsqueda.

Él la miró con incredulidad.

—Anoche dijiste que no tenías ni idea de dónde podría estar.

—Lo sé. Pero luego usé esto. —Le mostró el relicario con la estrella alquímica. La mañana estaba nublada y era un alivio para Crier,

pues no tenía que preocuparse de que sus ojos brillaran con el sol—. Póntelo junto al oído y escucha. —Ella observó cómo las cejas de Hook se elevaron al escuchar el leve latido inorgánico, como el tic tac de un reloj, pero más vivo: toc, toc, toc.

—Es un objeto creado —dijo él, inspeccionándolo. Parecía asustado y algo maravillado—. ¿Cómo conseguiste esta cosa, Ayla?

—No importa. Lo único que importa es lo que puede hacer este relicario. —Le explicó sus propiedades mágicas y le habló de los recuerdos que guardaba en su interior, aunque no mencionó ningún nombre—. Fue de un hombre que lo usó para registrar sus recuerdos de las experiencias que tuvo con la Turmalina. Con la persona que Creó la Turmalina. Yo descubrí cómo acceder a esos recuerdos y los estuve revisando, buscando pistas. Anoche, al fin encontré una. Creo que el hombre murió en el ataque del lago Thea hace dieciséis años. Creo que traía consigo la piedra Turmalina en el momento de su muerte.

El lago Thea era el más grande de Zulla, una mitad pertenecía a Rabu y la otra a Varn. Llevaba ese nombre en honor a la reina Thea de Zulla, la reina Estéril. La fundadora de la Real Academia de creadores y para quien Thomas Wren creó a Kiera.

Pero no fue Thomas Wren, sino una mujer desconocida: H.

Hook entrecerró los ojos con gesto suspicaz.

—¿Por qué debería creerte?

—No tienes que hacerlo —aclaró Crier—. Pero iré al lago Thea, a la Caleta de la reina. Tú y los demás pueden acompañarme o no, pero iré. Si hay alguna posibilidad de encontrar la Turmalina antes de que K... el scyre lo haga, tengo que aprovecharla.

Él la observó por un largo rato, estudiándola.

—Está a dos días de camino de aquí —continuó Crier—. Si me equivoco y no encontramos nada, habrán perdido dos días. Pero si

tengo razón...

—¿Y si nos estás tendiendo una trampa?

Crier hizo un gesto de sopresa. No le pasó por la cabeza que el joven pensaría en una trampa.

—Pues... entiendo que dudes de mí. Pero yo soy una y ustedes son ocho, y llevan tiempo matando Sombras... ¿qué otra trampa podría ser más peligrosa?

Hook seguía dudando.

—Te dije que puedo ir sola, y es verdad —anunció Crier, resignada a un «no»—. Gracias por salvarme la vida y por permitirme descansar una noche. No olvidaré nunca lo que hicieron por mí. Pero...

—Iremos —dijo Hook.

—¿Qué?

—Iremos contigo, Ayla. —Hook sonrió—. Como dijiste, si hay alguna posibilidad de ganarle al scyre en su juego perverso... —Su expresión se ensombreció y su sonrisa se esfumó repentinamente, como el sol atravesado por una nube—. Seguramente viste el pony extra que tenemos en el campamento.

A Crier se le retorció el estómago.

—Sí... sí me pregunté qué le pasó a su jinete.

—El scyre nos ha arrebatado muchas almas —dijo Hook, con fuego en la mirada—. Erren fue uno de miles. Lo capturaron y lo hemos estado buscando. Por él... por encontrarlo, por salvarlo, me arriesgaría a caer en una trampa. Me arriesgaría a lo que fuera.

—Entiendo a qué te refieres —respondió Crier.

Los siguientes dos días, los nueve rebeldes cabalgaban por el este hacia el lago Thea. Crier no lograba quitarles la mirada de encima a los humanos.

Eran fascinantes. De pronto se volvió muy obvio cómo el

Tradicionalismo de su padre era solo una vaga imitación de la cultura humana. El Tradicionalismo era un cadáver; aquello, el cuerpo vivo, tibio, con ojos fulgurantes. Crier nunca había observado el comportamiento de los humanos cuando no había automas alrededor, y las diferencias eran abismales. Eran ruidosos. Reían a carcajadas, hablaban fuerte y se la pasaban cantando. Bromeaban con facilidad, eran propensos al contacto físico y sonreían por nada, aunque pasaron por cosas terribles, le temían a las Sombras y habían perdido a uno de los suyos, sino es que a más. Ella lo sabía. Si bien no entendía la mayoría de los chistes que hacían, algunos eran universales y... la hacían reír. La primera vez que esto ocurrió, la risa la tomó por sorpresa. Fue un sonido descontrolado. No recordaba la última vez que había reído. No era común en los automas.

No sabía casi ninguna de las canciones que entonaba el grupo, así que el primer día lo pasó en silencio, escuchando. Al día siguiente, avanzaron por unas llanuras que se ensanchaban hasta convertirse en colinas. Bree acercó su caballo al de Crier y le dio un toquecito en el brazo.

—Vamos, Ayla —dijo, con un gesto de complicidad—. Todos se saben esta.

Efectivamente, Crier conocía la canción. Era una saloma, una canción de viajeros, que aprendió a tocar con el arpa sin ayuda de nadie. Aún recordaba las palabras. Porque, claro, ella recordaba todo.

Entre dientes, cantó el siguiente verso.

—«Cuando el viento sople desde el frío norte, cuando la luz del sol se vaya perdiendo...».

Bree sonrió, se reacomodó en su montura y soltó las riendas para seguir el ritmo con las palmas, cantando en voz alta.

—«Cuando el océano se seque y me atrape, niño, cuando el cielo

azul de gris se esté tiñendo...»

—¡Ho-hey! —gritó Hook, al frente del grupo.

—«Cuando el cuervo negro grazne por última vez, cuando las aves de la tarde detengan su canto...»

—¡Ho-hey!

—«Cuando el cielo caiga y el infierno se levante y los demonios sigan su paso...»

—¡Ho-hey!

—«Les picaré un ojo y los haré llorar, diciendo: "¡No lograrás que no vuelva a casa!"».

Hacia el final de la canción, Crier cantaba casi tan fuerte como los demás. La siguiente canción que el grupo entonó era desconocida para ella. Pero conocía la siguiente y nuevamente cantó. Cada vez se volvía más fácil fingir que era humana. No tenía que concentrarse tanto en moverse, respirar y hablar con la voz correcta. Ingería tanta comida humana como le era posible, consumía pequeñas porciones de piedra de corazón por la madrugada, y cabalgaba junto a ellos bajo un cielo que parecía un cuenco volteado. Cantaba, reía. Pensaba si se vería distinta porque le parecía factible que su exterior también estaba cambiando.

Crier nunca había estado en el lago Thea. Solamente lo había visto en mapas e ilustraciones como un manchón azul. Sabía que era enorme, con cien leguas de ancho, tan grande que podía ser considerado un mar. Siempre se lo había imaginado como un manchoncito azul entre Rabu y Varn, alimentado por las aguas del río Merra. Sin embargo, cuando llegaron a la cima de una colina Crier vio una enormidad azul extendiéndose hasta el horizonte, nada más que azul por donde mirara. Tuvo que tomarse unos segundos para entender lo que veía. La imagen era maravillosa: la luz del sol brillando sobre el azul infinito hacía que todo alrededor pareciera

falso; unas gaviotas daban vueltas sobre la superficie y las espumosas olas corrían hacia la ribera.

Las colinas desembocaban en una especie de risco escalonado a la orilla del lago. Más adelante todo era plano. La misma orilla con el claro de las conchas hechas pedazos que vio en los recuerdos de Leo. Y Crier recordó su hogar, el mar Steorran, aunque el agua de Thea era más tranquila; en lugar de rocas negras y afiladas, los riscos eran suaves y llenos de vegetación. De otro lado del agua estaba Varn. Al mirar hacia el lago desde las montañas, Crier se sintió más cerca que nunca de Varn. Pero sabía que la costa varniana estaba llena de guardias y, sí, allá en los peñascos a una legua de distancia se veía un faro. Seguramente estaba lleno de guardias fronterizos de Rabu. Tenían que ir con cuidado.

—¿Vienes, Ayla?

Los hombres se habían adelantado y Bree se dio la vuelta para llamarla.

—Sí —murmuró Crier, y dio un golpecito a Della para que empezara a andar. Camino adelante.

Los rebeldes siguieron por las colinas, avanzando en paralelo y a cierta distancia del lago. Crier desconocía dónde se encontraba exactamente la aldea de Leo, pero recordaba la posición del sol cubierto de humo que vio en los recuerdos: cuando ella estaba frente a la cabaña, se encontraba de frente al sol. De frente al oeste. Y hacia allá iban. Un fuerte viento sobre el lago sacudió el pasto amarillento y brotó un olor fresco y salado. Crier se relajó y la tensión en sus hombros comenzó a desaparecer. Pasaron dieciséis años, pero había *sentido* eso antes. Alli encontraría las respuestas. Estaba cerca: el cielo claro, el agua del lago azul Turmalina y los pájaros graznaban en lo alto. Los rebeldes avanzaban con paso moderado para no cansar a los caballos, aunque más rápido de lo necesario. Quizá los animales

también presentían lo que les esperaba.

Una hora después encontraron la aldea. Si Crier hubiera ido sola, seguramente habría pasado de largo.

—Ahí —anunció Hook, que fue el primero en hablar después de un largo rato.

Crier miró hacia donde apuntó Hook; pero no vio vestigios de ninguna aldea. Ella buscaba... ruinas, como mostraban los libros de historia, cimientos de piedra y paredes derrumbadas. Sabía que ese pueblo había sido atacado e incendiado; pero... ¿dónde estaban las ruinas?

Se acercaron un poco más y Crier pudo ver lo que Hook había señalado. Era una piedra de forma extraña que surgía de la tierra, con una altura que llegaría casi a la rodilla de Crier. Una corona de flores secas rodeaba la base, y la piedra tenía una inscripción que decía: «Wells».

Por alguna razón, fue lo único que Crier necesitó para entender. Y en ese momento lo entendió. No estaba recorriendo un libro de historia, lleno de sucesos lejanos y sufrimiento suavizado por los siglos. Esperaba encontrarse con una ilustración porque era lo único que conocía, pero obviamente nada de esto era como los dibujos. Allí existió un pueblo con habitantes llenos de penas y alegrías, personas que tuvieron hijos, se enamoraron, se amaron unas a otras y querían protegerse entre ellas, que solo querían vivir. Una aldea llena de personas como Leo, que sacrificó su vida para salvar a su hija y a su nieta nonata.

Y de tanta vida no quedaba más que una piedra.

Por culpa del padre de Crier.

«Ese ya no es mi padre», se recordó. «No seré la hija de un monstruo».

Crier miraba desde las colinas la costa del lago Thea, la hierba alta

que ocultaba los vestigios de una aldea que llevaba años muerta. Sabía que dejar de ser la hija de Hesod no sería nada fácil.



Escribo estas palabras en los albores de la guerra.

El scyre comenzó a enviar sus fuerzas al oeste. No sé cuáles serán sus planes más secretos, salvo tomar el trono del rey, derrocar al consejo, apoderarse de Rabu y supongo que de todo Zulla.

Él vierte sus palabras como si fueran vino. Dulces y rojas como sangre. Al consumirlas, provocan mareos. Son promesas de una nueva fuente de vida. Dice que nos librará de nuestra necesidad de consumir piedra de corazón, del Corazón de Hierro mismo, de la grieta en nuestra armadura. Pero debo confesar que nunca lo he comprendido. ¿Una nueva fuente de vida no tendría sus propias vulnerabilidades? Necesitamos tomar nuestro poder de algo, y mientras dependamos de ese algo... será nuestro punto débil. Nuestro defecto.

¿De qué quiere que dejemos de depender realmente?

Aún recuerdo su discurso en la primera asamblea Antidependencia, hace dos veranos.

«¿Por qué nos hacemos llamar hijos e hijas si nadie nos dio a luz? ¿Por qué el Tradicionalismo dicta que finjamos tanto, pretendiendo que somos humanos? Nos crearon para ser más que humanos. ¿Acaso el lobo finge ser un perro? Escúchenme: Si solo vemos el pasado, perderemos de vista el futuro. Y ¿qué futuro podría ser ese?».

¿A qué le temes, scyre?

¿Qué te atormenta, Vigilante?

¿Qué secretos esconden el Corazón?

EXTRACTO DE LAS NOTAS PERSONALES DE LA MANO ROJA MAR,
DEL CONSEJO ROJO DEL ESTADO SOBERANO DE RABU,
AÑO 47 EA.

9

Storme dijo «mañana», pero ese día nunca llegó. Ayla se despertó con el alba e inmediatamente salió de su cuarto para buscarlo y... no lo encontró por ninguna parte. No sabía dónde estaban sus aposentos, y no quería llamar la atención con preguntas. Así que se pasó una hora recorriendo el palacio, revisando cada cuarto que encontraba abierto, buscando en la cocina, en el comedor, en el salón de entrenamiento, en los campos e incluso en el jardín de esculturas donde se encontraron la noche anterior. Storme no estaba por ningún lado. Ayla se sentía nuevamente frustrada y decidió que si su cobarde hermano quería evitarla, que así fuera. ¡Adelante! Ella tenía otras cosas que hacer.

Lo primero en su agenda: aprender más sobre las misteriosas armas tarreenianas que mencionó Storme. ¿Qué sustancia o combinación de sustancias generaba un humo azul brillante?

Si había respuestas, Ayla sabía dónde encontrarlas.

«La biblioteca», sintió la voz de Crier en su cabeza. Crier hablaba de bibliotecas como algunas personas hablan de templos. Lugares

sagrados.

De acuerdo con Maris, había nueve bibliotecas en el palacio de la reina, cada una con una temática distinta: historia, filosofía, arte y ciencia, alquimia, libros antiguos. Eran libros únicos e incunables: libros de historia humana, leyes, música. Ayla fue a la biblioteca de alquimia, ubicada en una de las torres con forma de colmillos, al final de una escalera en espiral que la dejó mareada.

La puerta de la biblioteca era de madera tallada con intrincados diseños de pergaminos, espadas y el fénix de Varn. Todo el borde de la abertura tenía signos alquímicos. Para su sorpresa, Ayla comprendió la mayoría de ellos. «Sol, tierra, hierro, sal». Los símbolos asociados al cuerpo humano: «Luna, agua, plomo, oro». Símbolos de cambio y transformación: «Fuego, salitre, cobre». Energía. Lo que arde.

La chica entró y cerró la puerta. Se topó de inmediato con el particular silencio de las bibliotecas que ella conocía perfectamente. Había pasado en ellas horas de aburrimiento mientras Crier tomaba sus numerosas clases. Un silencio denso y húmedo, cargado de olor a libros viejos. Se puso a contemplar el lugar desde la puerta. La biblioteca era una pequeña habitación circular sin ventanas, con las paredes repletas de libreros tan altos que había escaleras corredizas para alcanzar las estanterías más altas. En el centro había un par de sillas de aspecto cómodo y un escritorio con pergaminos, una pluma y un botecito de tinta. Aunque había aprendido rápidamente el alfabeto de Zulla, solo podía leer algunas palabras, así que no lograría descifrar los títulos y mucho menos el contenido de los libros. De pronto se sintió una tonta. No tenía nada que hacer allí.

Se dio la vuelta para irse, y en ese momento la puerta se abrió de golpe y casi le da en la cara.

—¡Benjy! —dijo, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Te seguí —El chico iba vestido con el uniforme de guardia y llevaba sus rizos oscuros relamidos hacia atrás. Miró la biblioteca con el ceño fruncido—. ¿Qué haces?

—Busco un libro.

Benjy la miró con desconcierto.

—Pero si no sabes leer.

—¿*Qué*? —exclamó Ayla—. ¿No sé? Dioses, ¿por qué nadie me avisó?

—Ja ja —Hizo un gesto de fastidio—. En serio, ¿qué haces?

—En serio, estoy buscando un libro. —Ayla se dio la vuelta y fingió que buscaba algo en las estanterías. El chico se mantuvo en silencio, y ella no pudo contener sus palabras—: Anoche pasaron muchas cosas. Ya sabes, después de que estuviste bailando con la reina.

—La reina Junn es nuestra mejor aliada en este momento —dijo él con voz tensa—. Tiene más poder, alcance y recursos de lo que nosotros tendremos jamás. Nos conviene caerle bien.

—Parece que estás esforzándote mucho para lograrlo.

—Tú eres la que va a descifrar mensajes para ella —soltó Benjy, tomando a su amiga por la manga. Ella giró y se cruzó de brazos.

—¿Qué te pasa, Benjy? —La ira se encendía en su interior y su cuerpo parecía arrastrarse por una marea. Ni siquiera sabía exactamente cuál era su molestia hasta que abrió la boca—. Llevas *semanas* criticándome por lo de Crier. Dijiste que me volví débil. Que no puedo confiar en ella. «No olvides lo que nos hace su especie». ¿Y resulta que hasta bailas con la reina parásito? Caerle bien no necesariamente significa hacer *eso*. Bailar frente a todos, reír con ella como si fueras su amigo. Imagínate lo que tú mismo hubieras dicho de ti.

—¿Qué? ¿Estás celosa? —preguntó él.

—Sabes bien que no es eso —refutó ella con frialdad. Los ojos de Benjy reflejaban dolor, pero aun así Ayla seguía furiosa. Él se lo merecía por su impertinencia.

—No quise decir que estés celosa de mí —aclaró él—. Me refiero a que estás celosa de no ser tú quien mantiene esa relación con ella.

—Claro que no.

—¿En serio?

Ella lo miró por un momento. Benjy siempre había sido capaz de ver más allá de sus palabras, aunque ella intentara disimular.

—Y qué si fui vulnerable ante Crier —dijo Ayla—. Igual fui yo quien propuso el plan de detonar su alarma. A fin de cuentas, yo tomé esa decisión. Por venganza. Por la revolución.

—Y aun así no pudiste matarla.

Ayla dio un paso atrás y los amigos se miraron por un largo rato. El silencio de la biblioteca parecía un peso aplastante tras aquellas palabras llenas de rabia.

—Pienso en el futuro, Ayla. Estamos al borde de la guerra. Así sea humanos contra automas o la reina contra Kinok y el rey, da igual, al final es guerra. Quiero proteger a nuestra especie. A nuestra gente. Quiero que nos revelemos y seamos capaces de *ganar*. Si tengo que aliarme con la reina parásito por un tiempo, así será. Haré cualquier cosa por la Revolución. Supongo que no es tu caso.

—¿En serio crees en las buenas intenciones de la reina? —preguntó Ayla—. Sabemos que quiere la cabeza de Kinok en una charola, pero, ¿qué más? ¿Tomará el palacio del rey? ¿Gobernará Varn y Rabu? Sabes bien lo que se dice sobre ella. Es despiadada. Mata por diversión. ¿Y si mata a Kinok, toma el trono y decide que siempre no le agradan los humanos?

—Eso no pasará —Había un dejo de duda en la voz de Benjy—. Y... en cualquier caso, no creo que tengas ningún derecho a hablar de

buenas intenciones.

—Después de lo de anoche, tú tampoco.

Él la miró con odio.

—Púdrete, Ayla. No sabes de qué estás hablando. Eres tan ingenua. Siempre has sido demasiado ingenua.

—Si crees que yo soy la ingenua, estás loco —soltó ella—. Pero está bien. Adelante, ve a hacerte el lindo con su majestad. Solo no permitas que te vuelva débil, Benjy.

—No te preocupes. Yo sí tengo agallas —replicó él, y se marchó.

La puerta se cerró detrás de Benjy y Ayla se quedó inmóvil, con las manos temblorosas, intentando controlarse. Nunca había peleado así con Benjy. Claro que habían discutido por cosas tontas, habían tenido riñas de niños, pero nunca una pelea seria.

«¿Qué? ¿Estás celosa?».

No.

Cerró los ojos y vió a Benjy bailando con la reina. Ella con el rostro elevado mirando el cielo y la curva de su cuello brillante a la luz de las velas. En ese momento, no parecía la reina Loca. Ni siquiera parecía un parásito.

Solo parecía una chica.

No, Ayla no podía traer esas imágenes a su cabeza porque terminaría pensando en...

Aquella noche. Acurrucada en la cama de Crier, en su habitación, en el lugar donde ella dormía. O leía por las noches, o simplemente se tumbaba a mirar al techo por horas. La enorme cama con dosel. Cubierta por una delicada gasa semejante a unas telarañas. Debió parecerle que dormía en un nido de araña, pero no fue así. Con Crier nada era como debería sentirse. La luz de la luna se colaba por las ventanas, azul, azul, azul. El aire nocturno, las cobijas, los pasadizos en el corazón de Ayla, todo era azul.

Una pregunta entre susurros. «¿Qué puedo hacer?».

Otro susurro: «No es un juego, Crier». Eran palabras suaves en el azul que se extendía entre ellas. «No es un cuento de hadas de uno de tus libros. Esto es de vida o muerte».

«Lo digo en serio. Déjame demostrártelo».

Otra noche. El mismo palacio. Ayla parada junto a la cama con un brazo levantado.

Si Ayla pensaba en Crier como solo una chica, llevar un cuchillo a esa habitación azul habría sido en vano.

No podía pensar así. No *podía*.

Ayla olvidó de pronto el asunto de las armas de humo azul, así que se retiró de la biblioteca y se dirigió a su cuarto.

—¡Ayla!

Al dar la vuelta en una esquina del pasillo, escuchó el llamado de Storme, quien apresuró el paso para alcanzarla.

—Te he estado buscando. Creí que estabas escondiéndote de mí —dijo ella.

—Aquí estoy, ¿no? Ven, sígueme. Estuve encerrado todo el día en el salón de estrategia, necesito sol y aire fresco. Quizá un poco de vino y un pollo rostizado entero. Pero creo que deberíamos empezar por el sol.

Giró a la derecha sin previo aviso.

—¿Adónde vamos? —Ayla apresuró el paso detrás de él.

—A dar un paseo.

Montada en un caballo real, Ayla pensó que las personas tienen pies precisamente para evitar lo que sentía en ese momento. Le dolían los muslos y todos sus músculos estaban tensos. No lograba adaptarse el ritmo de los movimientos del caballo, y azotaba su coxis constantemente contra la montura.

—No entiendo... cómo te puede... gustar esto —dijo, aferrándose a

las riendas con tanta fuerza que le dolían las manos. El caballo que Storme escogió para ella era apenas más grande que un pony y, aun así, Ayla se sentía a kilómetros del piso. Si se caía seguramente se rompería el cuello. O acabaría pisoteada o aplastada si el animal cayera con ella. ¿Y si la tumbara a propósito? Podía ver la malicia en sus ojos, era obvia. Ese caballo no era confiable.

—Me encanta cabalgar —dijo Storme, con entusiasmo—. Me relaja.

La chica tuvo ganas de ahorcarlo, pero no podía soltar las riendas.

Más adelante los hermanos se unieron a un grupo de pescadores y mercaderes que salían de Thalen por unas puertas mucho más angostas que las que cruzaron Ayla y Benjy al entrar a la ciudad el día del Festival del Creador. El grupo apareció del otro lado de las altas murallas blancas, al norte de la ciudad. Frente a ellos se elevaban unas colinas cuyo pasto amarillento se mecía con el viento marítimo. El cielo estaba teñido del gris claro de un estanque congelado y las aves marinas graznaban y volaban en círculos. El invierno aquí era menos crudo que en Rabu, donde el frío se mete a las entrañas y roe los huesos como perro hambriento. Ayla casi se sentía acalorada bajo su grueso abrigo de lana.

Storme se adelantó para guiarla, aunque no parecía tener una ruta clara. Solo se mantuvo a paso firme hacia las colinas, en dirección opuesta al camino que los comerciantes tomaban y que conduce al puerto. Ayla logró relajarse un poco y soltar levemente las riendas. Ya no parecía una estatua. Comenzó a observar a su alrededor. La vista entre el cielo y las colinas doradas era hermosa. Thalen parecía una enorme corona blanca. El aire olía a invierno y a mar. Y la chica recordó su hogar.

—Bien —dijo Storme, y redujo la velocidad del caballo para que Ayla lo alcanzara—. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué crees que quiero saber, hermano? —ironizó ella, ante la

obviedad de la pregunta. El sol pegaba en la cara del chico y reveló unas pecas semejantes a las de Ayla. Como las de su madre—. ¿Algo sobre tus últimos siete años, quizá? ¿Cómo pasaste de ser un huérfano del norte de Rabu a consejero de la reina de Varn?

—No sé por dónde empezar —confesó él.

—Pues... Si no quieres comenzar por la peor parte, comienza por esto: ¿tienes idea de por qué a scyre Kinok le interesa nuestra historia familiar? Digo, considerando todo lo que tú y la reina saben sobre él.

Storme volteó a verla, desconcertado.

—¿De qué hablas?

—En una ocasión Kinok quiso hablar a solas —dijo Ayla, sin querer dar detalles—. Creí que me haría daño, pero solo me preguntó dónde nací y sobre mis... nuestros padres. Y nuestros abuelos. Después encontré una caja fuerte en su estudio, y dentro había un trozo de papel con las palabras «Leo, Siena, Turmalina». Supongo que eran para algún espía del palacio. Pero se las gané.

Storme tomó aire, sorprendido.

—¿Leo y Siena? ¿Acaso sabía sus nombres?

—Creo que sabía mucho más que eso. Pero no sé cuánto. Ni qué tienen que ver nuestros abuelos con la Turmalina. —Se mordió el labio, pensando en el recuerdo que pudo ver con Crier: Leo y Siena jóvenes en el bosque, abrazándose. En retrospectiva, Ayla cayó en la cuenta de que debió exigirle más información a Crier, pues fue ella quien descubrió cómo funcionaba el relicario, y seguramente vio otros recuerdos. Pero... justo antes de activar el relicario juntas, ambas se besaron. (Con desesperación, con rabia, tironeándose la ropa y el cabello. Crier sin experiencia, pero con muchas ansias y disposición.) Justo antes de activar el relicario, Rowan murió. Y Ayla no podía pensar en otra cosa que no fuera tomar el palacio y tener el

corazón de Crier en sus manos.

Se tocó el pecho. El lugar donde debería estar el relicario. El ligero latido maquinal imitando al suyo. En algún momento existieron dos relicarios. Storme debió haber heredado uno, pero el objeto se perdió hacía muchos años. Nunca supieron qué sucedió. La única vez que Storme le preguntó a su madre sobre el relicario, ella se negó a responder. Ayla siempre pensó que simplemente había... desaparecido. Que quizá lo destruyeron.

Lo pensó en ese momento, pero...

Recordó cómo la llevaron a rastras al estudio de Kinok y la impresión de ver su relicario perdido momentos antes, acomodado tranquilamente en un librero detrás del escritorio. Y luego la confusión de Crier, diciéndole que había tenido el collar con ella todo ese tiempo.

A veces la explicación más sencilla es la correcta. Si el relicario que estaba en el estudio de Kinok no era el de Ayla, debía ser el otro. El que estaba perdido.

Se le revolvió el estómago. ¿Y si Kinok había descubierto cómo activar el relicario que estaba en poder de Crier? ¿Qué recuerdos habría visto? ¿Qué se le reveló sobre la Turmalina? El collar de Ayla antes fue de Leo, y el de Storme, de Siena. La idea de que Kinok viera los recuerdos de su abuela le dio náuseas. Lo sentía como una violación.

—¿Cómo pueden estar conectados con esto nuestros abuelos? —preguntó Storme.

—No lo sé —murmuró Ayla, aun perdida en sus pensamientos.

Siguieron andando, hasta que Ayla no pudo más.

—Hace siete años. Ese día —continuó la chica—. ¿Qué te pasó?

Viento invernal. Hierba meciéndose.

Storme permaneció callado.

Llena de frustración, Ayla repitió la pregunta, luego miró a su hermano. Los ojos café oscuro del chico, tan parecidos a los de ella, estaban fijos a lo lejos, más allá de las colinas. Tenía la quijada tensa y los labios apretados. La fachada de consejero se había derrumbado. En su lugar solo había un chico de dieciséis años. Joven y atormentado. Su hermano. Su gemelo.

—Lo siento —dijo el chico con voz temblorosa—. Lo siento. No... no estoy acostumbrado a confiar en la gente, a contar mis cosas. Sé que eres mi familia... sé que tú lo viviste también, pero a veces es difícil de creer. Aún no proceso que estés aquí.

—Estoy aquí. Storme, estoy aquí.

—Lo sé. Sí.

Ayla tragó saliva.

—Bájame de esta criatura infernal y hablemos.

Ambos caminaron junto a los caballos, sosteniendo ligeramente las riendas. Ayla se sentía mil veces mejor pisando el suelo, abriéndose paso entre la abundante hierba. Se veían florecitas blancas por doquier, como charcos de nieve derretidos entre el revoloteo de los tábanos. En ocasiones los insectos molestaban a los caballos y estos los espantaban moviendo las orejas o soltando coletazos.

—Ese día —insistió Ayla.

—El día del ataque, después de que te escondí en la letrina... —comenzó a decir Storme—. Me vieron. Los hombres del rey. Habían asesinado frente a mis ojos a nuestros padres. Lo vi todo. Estaba escondido detrás de la letrina, pero obviamente me vieron. Corrí. Me persiguieron. Debieron haberme alcanzado en cuestión de segundos, pero todo estaba en llamas. ¿Te acuerdas? Corrí hacia el fuego y el humo me ayudó a camuflarme. Me cubrí de cenizas y me acosté junto a... un cuerpo, no sé quién era, su rostro estaba... la ceniza seguía caliente. Terminé lleno de quemaduras. Mira. —Se levantó la

manga y le mostró la piel de su brazo llena de marcas y extrañamente brillante. Ayla soltó un ligero lamento y el chico nuevamente se bajó la manga—. Me hice el muerto por un rato. El humo había oscurecido de tal manera el ambiente que parecía de noche. Esperé hasta que dejé de oírlos, y luego corrí, corrí hasta salir de la aldea y alcanzar la orilla de los campos de hielo. ¿Te acuerdas del Árbol de Hueso?

Ayla asintió. Los hermanos habían crecido en el límite entre el norte de Rabu y el Lejano Norte, una zona de frío extremo y escasa vegetación. El Árbol de Hueso era el más alto que había en kilómetros, afuera de la aldea. Llevaba muchísimos años muerto pero seguía de pie, con la corteza de un blanco hueso. Los niños de Delan siempre lo usaron como referencia: «Te reto a una carrera hasta el Árbol de Hueso». «Siéntate bajo el Árbol de Hueso y cuenta hasta cien mientras me escondo».

—Me subí al árbol y me escondí entre las ramas secas. Yo era pequeño y todo estaba oscuro, sabía que no podrían verme a menos que se pararan justo debajo del árbol. Quería volver, quería ir por ti, pero los agresores seguían por allí gritando y buscando sobrevivientes. Debí haber vuelto. Debí... pero estaba paralizado de miedo, sin ningún arma con que defenderme. Fui un cobarde.

—No fuiste un cobarde —dijo Ayla en voz baja—. Eras un niño. Si hubieras vuelto, te habrían matado también a ti. Y ahí sí me habría quedado sola.

Era extraño recordar aquel día, el humo que lo oscureció todo, el olor de la sangre y la carne quemada, el rugido de las llamas, el ruido de las casas de madera derrumbándose consumidas por el fuego, el sonido de la muerte... Recordar siete años después, en un día tan claro, tan hermoso, caminando entre la hierba de las colinas. Tan lejos de todo aquello. Incluso en otro país.

—Esto es una tontería —dijo Storme, exhalando, nervioso—. Es algo ridículo, pero... no traía abrigo. Acababa de empezar el invierno y hacía mucho frío, ¿te acuerdas? Me pasé toda la noche esperando que los agresores se fueran, pero hacía mucho frío. Seguramente me desmayé y me caí del árbol, porque dos días después desperté junto a una fogata en medio de los campos de hielo.

Ayla abrió los ojos de par en par, sorprendida.

—Espera, ¿qué?

—Fue un grupo de rebeldes humanos. Se enteraron del ataque a Delan y fueron a buscar sobrevivientes. Supongo que me encontraron abajo del Árbol de Hueso y vieron que estaba vivo. Me llevaron con ellos. Me curaron las heridas. Yo... yo fui el único al que encontraron vivo. Al parecer caerme de las ramas fue un golpe de suerte. La nieve evitó que se infectaran las quemaduras. Casi morir congelado fue lo que me salvó la vida.

Casi morir congelada también le había salvado la vida a Ayla.

«Estaba tan helada que ya no sentía la quemazón del frío. Casi no sentía el aire invernal, la nieve que empapaba sus botas andrajosas, los cristales de hielo que azotaban su cuerpo dejándole el rostro rojo y la carne viva. El frío parecía brotarle de adentro con cada débil latido de su corazón. Vagamente supo que así sería el instante de la muerte».

Entonces Rowan la encontró en la calle, cubierta de nieve de Kalladen. Era una huérfana perdida sin ningún lugar adónde ir.

—Me dijeron que no hubo sobrevivientes —dijo Storme, intentando contener algo que no eran lágrimas, sino un sentimiento brutal, alguna vieja herida—. Dijeron que yo fui el único sobreviviente. Años después me enteré de que sí hubo sobrevivientes en Delan, pero los rebeldes no los encontraron, o quién sabe, quizá me mintieron. No lo sé. Nunca lo sabré. Pero...

tenía nueve años. Acababa de ver a los automas matar a mis padres. Estaba aterrado, lleno de dolor y completamente solo. Les creí. Cuando me dijeron que podía unirme a ellos, decidí hacerlo.

Ayla comenzó a llorar. Apretó los labios y acarició el flanco del caballo con sus nudillos. Aunque fuera para ella una criatura del demonio, tocar ese animal enorme y tibio que no había vivido cosas horribles la tranquilizaba.

—Me uní a ellos. Y lloré tu ausencia. Como dije, años después me enteré de que había otros sobrevivientes y tuve la esperanza de que siguieras con vida. Seguí al grupo rebelde hacia el oeste y luego al sur. Pasamos meses en docenas de pueblos y aldeas haciendo conexiones, corriendo el rumor: «Nos vamos a rebelar contra ellos». Los rebeldes me usaron como infiltrado, como ladrón, como espía... Era pequeño y en lugares que otros no cabían yo podía hacerlo. Nadie sospecha de un niño, ni siquiera los automas. Y te lloré.

—Yo también te lloré —soltó Ayla—. Nunca dejé de sufrir tu muerte. Junto a los cadáveres de nuestros padres había otro cuerpo. Creí que era el tuyo, no lo dudaba. Seguramente era el hijo de alguien más.

La expresión de su hermano se derrumbó.

—Lo siento —dijo—. Lo siento tanto, Ayla. —Tomó aire y recuperó la compostura—. Después... Tres años después, el grupo principal de rebeldes se dividió en distintas facciones. Algunos se quedaron en Rabu, otros fueron a Tarreen y otros a Varn. No había nada para mí en Rabu, así que elegí venir a Varn. Logramos cruzar la frontera al oeste y nos dirigimos a Thalen. Y allí, en Thalen, encontré...

—¿Encontraste? —insistió Ayla—. ¿Qué encontraste?

Storme se aclaró la garganta.

—A una muchacha rebelde. Se llamaba Annedine.

Ayla se mantuvo atenta por un rato, pero el chico enmudeció.

—¿Qué le pasó a Annedine? —insistió nuevamente.

—Yo... —Negó con la cabeza, abatido—. Perdón. No debí nombrarla. Es un secreto que aún no puedo revelar.

Ayla no insistió. Lo que le había contando era tan abrumador que podía dejar la historia de Annedine para otro momento. No podía dejar de pensar en su hermano de nueve años escondido en el Árbol de Hueso, con quemaduras en el cuerpo y muerto de frío. Ambos sobrevivieron, pero corrieron serio peligro de morir después del ataque.

—Pero sigo sin entender. Luego de haberte unido al grupo de rebeldes por tanto tiempo... ¿cómo terminaste convirtiéndote en la mano derecha de la reina Junn?

—Ese es otro secreto —respondió, esquivando la mirada de su hermana—. Solo confía en mí, Ayla. Sé lo que hago. La reina me sacó de la oscuridad. Me dio...

El chico guardó silencio pero su hermana terminó la frase en su cabeza. «Un hogar». Se tragó el comentario cruel que tenía en la punta de la lengua. Ya había discutido antes con Storme y con Benjy ese mismo día. Necesitaba dejar de reñir con la gente que amaba.

—Pero... es una de ellos —dijo en voz baja.

—Es diferente aquí, en Varn, ¿de acuerdo? Las especies no son enemigas como en Rabu. Vivimos y trabajamos juntos. No es perfecto, pero es mejor. La reina, yo y tú... tenemos un enemigo en común. Un objetivo en común. ¿Por qué no trabajaría con ella? ¿Por qué no me quedaría a su lado?

Ayla recordó de pronto a Benjy y las palabras de su amigo resonaron en su cuerpo como el tañido de una campaña. No sabía qué pensar. Durante tanto tiempo, todos a su alrededor le dijeron: «Son monstruos. No hay forma de razonar con ellos. Aléjate». Y

ahora...

—Bueno —dijo, frunciendo el ceño—, pues dile a tu querida reina que deje en paz a Benjy. Está jugando con él, lo está usando. No es un objeto con que entretenerse antes de comérselo.

—¿De qué hablas?

—Anoche en el baile estaban muy acaramelados —Hizo un gesto de fastidio—. Lo trae hecho un tonto.

—Ya veo —comentó Storme, casi murmurando y luego ambos callaron.

Aquella noche Ayla se retiró a su habitación después de cenar. Tenía la mente revuelta con todo lo que Storme le había dicho. Llevaba todo el día esperando tener un momento a solas. Sabía que cuando empezara a procesar la silenciosa y devastadora historia de su hermano su cabeza no podría detenerse.

Se puso la pijama, se cubrió con las cobijas y se quedó inmóvil.

Sobre el colchón había un trozo de pergamino doblado.

Con cuidado, lo llevó hacia la luz de la linterna. Estaba amarillento y desgastado, con las orillas maltratadas, como si lo hubieran doblado y desdoblado miles de veces. Hasta donde podía comprender, se trataba de una carta. La letra era descuidada y la tinta deslavada por el paso del tiempo. Aunque la chica supiera leer a la perfección, habría sido casi imposible descrifrarla.

Ayla se hundió en el colchón. Luego de un sobresalto corrió hasta su escritorio, tomó una pluma y un trozo de papel en blanco. Estiró el viejo pergamino e intentó concentrarse en identificar las palabras, letra por letra.

Luego de un rato estaba casi segura de que tenía las dos primeras palabras.

«Mi Storme...»



Mi Storme:

Hoy te tengo una historia.

Érase una vez una bruja que lanzó un hechizo sobre una osamenta para hacerla bailar cuando tocara la flauta. Los huesos formaban casi un esqueleto completo, solo faltaban unas cuantas piezas por aquí y por allá. Cascabeleaban como si fueran un solo cuerpo, y cuando la música se detenía, caían al suelo y quedaban inmóviles y en silencio como cualquier osamenta. La bruja no lo hizo por ninguna razón en especial. No quería asustar a los aldeanos ni burlarse de nadie ni faltarle al respeto a los difuntos. Creo que solo se sentía muy sola. Solo quería bailar. Pasó el resto de sus días, de su vida de bruja, en una pequeña cabaña en las orillas de un claro, en las profundidades de un oscuro bosque. Con el tiempo los huesos aprendieron a bailar al ritmo del trino de las aves, el ulular de los búhos y el triste canto de las palomas. A veces incluso con el aullido

distante del lobo. A veces, la bruja, que llevaba muchísimo tiempo sin hablar con nadie, de pronto guardaba la flauta y se ponía a cantar. Eran canciones que guardaba en la memoria y otras mil que inventaba en el momento. Los huesos bailaban, los dientes cascabeleaban sobre el suelo, la bruja reía y los dientes bailaban también con su risa.

Lo que más me gusta de los humanos es que cantamos hasta la muerte.

Tuya. Tuya. En cuerpo y alma.

Annedine.

10

Viajaron tanto para nada. Crier no sabía exactamente lo que encontrarían... ¿una cabaña en perfectas condiciones con un letrero: «Aquí yace el corazón de Yora»? Fue una tonta. Aunque la Turmalina sí estuviera allí, podría estar enterrada en cualquier parte: entre la hierba crecida o bajo las piedras a la orilla del lago donde estuvieron Leo y Siena. Quizá la escondieron allí y las olas la arrastraron hasta el centro quieto y negro del lago. Quizá descansaba en el fondo, cubierta de arena y cieno, como un trocito de cielo.

Crier escuchó unos pasos ahogados por el pasto detrás de ella. Hook. Se paró junto a ella, mirando la masa de agua que parecía infinita. Incluso Crier, con sus ojos de automa, solo alcanzaba a ver una ligera línea negra al final del horizonte. Del otro lado. Varn.

—Lo siento —dijo Crier—. Debí saber que todo esto sería inútil.

—Honestamente, estos últimos días son los más felices que he tenido desde... desde que capturaron a Erren. Lo de la Turmalina siempre fue un riesgo. Seguiremos buscando, ¿de acuerdo? —Suspiró—. Siempre seguiremos buscando. Siempre seguiremos

intentando.

«¿Eres mi amigo?», se preguntó Crier, mirándolo. La piel del chico brillaba bajo la luz del sol. Crier asociaba sus ojos café con la tierra suave y fértil que hace germinar a las semillas y donde cualquier vida puede crecer. «Somos aliados», pensó. «¿Es lo mismo?».

No, probablemente no.

Crier se sintió apenada. Quería ser su amiga. ¿Por qué era tan imposible? Contrario a lo que Kinok alguna vez le hizo creer, ella no tenía un quinto pilar. No tenía Pasión. Era automa de pies a cabeza, un ser creado, perfectamente diseñada. Intelecto, Organismo, Cálculo y Razón. No había espacio dentro de ella para sentimientos como ese. Para un anhelo como ese. Para una soledad así. Pero su forma era tan humana. ¿Cómo podía vivir en ese cuerpo y no sentir apego al mundo, a su gente? ¿Cómo podía vivir en ese cuerpo sin espacio en su interior para la voz rasposa y cansada de Ayla al final del día? La forma de sus propias manos tocando el arpa, como si fuera una extensión del instrumento y sus cien cuerdas cantaran. La forma en que Hook protegía a su banda de niños que no podían permitirse ser niños, que eran mucho más valientes que Crier, que perdieron amigos y cazaban monstruos y aun así seguían entonando canciones sobre volver a casa.

En Yanna había una biblioteca que Crier no conocía personalmente, pues el rey nunca le permitió visitarla. Pero sí conocía algunas ilustraciones y, en una ocasión, la vio plasmada en una pintura. La biblioteca estaba hecha de la misma piedra rosa que el Antiguo Palacio ubicado en el centro de la ciudad. Seguramente se veía hermosa al amanecer y en las puestas de sol, bañada de luz rosa, dorada y anaranjada como un durazno maduro. Era enorme, del tamaño de una plaza entera, con seis pisos y un domo que, antes de la Guerra de las Especies, estaba pintado con hoja de oro. Había

docenas de poemas escritos por humanos sobre el domo dorado: el medio sol, la luna de la cosecha caída a la tierra. Una fruta dorada. El ojo de oro de un dios. Por dentro, la biblioteca era espaciosa, con las paredes repletas de libros y pergaminos escritos en zulla, en idioma alquimista y otros más. Crier pensaba mucho en esa biblioteca. Se imaginaba recorriéndola lentamente, pasando sus dedos sobre el lomo empolvado de los libros, eligiendo un ejemplar al azar para leerlo y memorizarlo, y luego otro. No necesitaba dormir como los humanos. Podría quedarse varias días despierta, leyendo. Inhalando el aroma de las cosas sagradas. En otra vida, pudo haberlo hecho. En esta, parecía imposible. Tener una familia y a Ayla, y todo lo que tanto deseaba.

—¿Ayla?

Crier volvió a la realidad.

—No nos vamos a rendir —dijo Hook a manera de consuelo. Seguramente interpretó el silencio de la joven como un instante de pesadumbre—. Nunca nos rendimos.

Crier tomó aire y el olor salobre del lago le llenó los pulmones.

—¿Nunca?

—Nunca —repitió él.

—Porque... —Recordó a Ayla junto a su cama. Ayla con el cuchillo en su mano temblorosa. La expresión de su rostro en ese momento: Crier creyó que era de ira. Ahora le parecía que quizá era miedo—. Porque hay cosas por las que vale la pena morir.

—No —dijo Hook. Se arremangó la camisa, giró su torso hacia un lado, al otro, estiró los brazos hacia arriba y se sacudió—. Porque aún hay cosas por las que vale la pena vivir.

Crier temía que los rebeldes la odiaran por llevarlos a un callejón sin salida, pero no parecía ser el caso. Esperaron hasta la puesta del sol y retomaron su camino por la colina, a la orilla del lago. Las botas de

Crier se hundían en la arena mojada. Finalmente se quitó las botas y empezó a andar descalza, encantada con la sensación de la arena fría entre sus dedos. Encontraron un saliente de roca y arcilla, un espacio suficientemente profundo para esconder la luz de una fogata, y allí montaron su campamento. Ataron a los caballos cerca del agua para que pudieran beber cuanto quisieran. Bree y Mir encendieron la leña. Crier observaba, fascinada, cómo las llamas pasaban de azul a verde. Le recordó la celebración de la Cosecha de la Luna, meses atrás, cuando los humanos bailaban con máscaras alrededor del fuego, lanzaban trocitos de algas y vitoreaban y cantaban cuando la llama se ponía azul. Y Ayla en medio de todo aquello.

Los rebeldes comieron y charlaron en voz baja, sin terminar las ideas, adormilados. Crier se cuidó de no acercarse demasiado al fuego para evitar que la luz se reflejara en sus ojos. Le seguía dando vueltas en la cabeza dónde podría estar la Turmalina. Repasó las visiones de recuerdos buscando alguna pista de...

«Si sobrevivo esta noche, los veré en la Caleta de la reina», dijo Leo.

Crier se mordió los labios intentando controlar un estallido de esperanza en su interior. Los recuerdos del relicario terminaban en el momento en que Leo se lo entregó a Clara la noche del ataque. Si se hubieran encontrado después, sin duda habría recuperado el relicario y este contendría más recuerdos. O sea que... Leo y Clara no volvieron a verse después de la despedida en el lago. No se encontraron en la Caleta de la reina. Pero ¿si Leo hubiera sobrevivido? ¿Si hubiera ido a la Caleta de la reina? Crier podía imaginárselo con toda claridad: Leo, herido, arrastrándose hacia el pequeño barco de remos y alejándose de la orilla. El sol poniéndose sobre el lago. Tal vez llegó a la Caleta de la reina, pero, por alguna razón, Yann y Sienna ya no estaban allí... ¿Y si su cuerpo quedó en la

Caleta de la reina en vez de en la aldea destruida?

Las conjeturas se parecían demasiado a un cuento de hadas. Un final trágico. Pero Crier había llegado muy lejos y no perdía nada con visitar la caleta, por si acaso. Esta se ubicaba del lado del lago que pertenece a Varn. Llegar hasta allí sería una caminata ardua. Pero con el cobijo de la oscuridad... podía ir y volver antes del amanecer, si se movía rápido. No tenía un bote, pero de todos modos sería más rápido ir a pie, siguiendo la orilla del lago. Crier miraba fijamente el centro de la fogata, el sutil espacio donde las llamas se ponen negras, y siguió haciendo cálculos. Tenía que pensar en los guardias fronterizos. Los soldados automas de Rabu y Varn en sus torres de piedra, vigilando la costa, los riscos y el agua. Si atrapaban a Crier, los guardias notarían que no era solo una joven automa, sino la hija fugitiva del rey...

«Erren fue uno de miles. Por encontrarlo... por salvarlo... me arriesgaría a caer en una trampa».

¿Qué haría Ayla?

Crier casi sonrió. Conocía la respuesta.

Ayla haría una locura.

La «locura», como suele ocurrir, comenzó por la noche. Crier esperó que los rebeldes apagaran el fuego y se acurrucaran en sus tapetes. Esperó que se durmieran. Contaba el latido de los corazones, obligándose a ser paciente. Cien latidos. Ciento veinte. Ciento cuarenta. Esperó hasta oír ocho corazones humanos latiendo lento, ocho respiraciones relajadas como el débil rumor de las olas a lo lejos. Entonces, silenciosa como una sombra, salió de su cobija, tomó sus botas y avanzó descalza por el terreno lleno de piedras, sin hacer un solo ruido. Logró alejarse del saliente.

Estaba a unos cuantos metros de allí cuando oyó los pasos acelerados de una persona que se acercaba. Dos personas. Crier se

dio la vuelta, «¿serán guardias?» Eran Hook y Bree.

—¿Nos abandonas, Ayla? —dijo Hook con voz ligera, y Crier se sintió apesadumbrada.

—No —respondió—. No, claro que no. Solo quería... —«Acento humano, acento humano»—... solo iba a ver algo, y tenía pensado volver al amanecer. Te lo juro. No me iría sin dar explicaciones, no después de todo lo que han...

—Respira —dijo Bree—. Era broma.

Ah.

—Escuché que te levantaste, eso es todo —agregó Hook, con suavidad—. Algo me dijo que no ibas a dar una caminata nocturna y ya. ¿Entonces...?

—Entonces... ¿qué? —preguntó Crier.

—Entonces, ¿en qué problema nos meteremos esta noche?

Crier lo miró. La noche estaba muy oscura, apenas iluminada por la luna menguante, pero sus ojos podían ver con mayor nitidez que los humanos. La expresión de Hook era difícil de descifrar, pero no le pareció que se burlara de ella. Bree se veía seria y la miraba fijamente.

—Yo... Voy a la Caleta de la reina —dijo—. Es el único lugar donde podría haber pistas sobre la Turmalina. No creo que encuentre gran cosa, pero necesito constatarlo.

—La Caleta de la reina —repitió Hook—. ¿Qué tan lejos está?

—Como a kilómetro y medio. Cerca de la frontera con Varn.

—¿Y planeabas ir a pie, a medianoche, recorrer toda la ensenada *a oscuras* y volver al amanecer? —preguntó Bree.

Crier podría llegar corriendo a la ensenada en diez minutos. Pero, obviamente, a Ayla, la humana, le tomaría el doble de tiempo, y más aún revisar el lugar a oscuras. Lo mejor era hacerse la tonta.

—No quería llevarme el caballo —dijo Crier—. ¿No necesitan

dormir?

—Y tú, ¿no necesitas dormir? —preguntó Bree.

—Los caballos descansaron un par de horas y el día no estuvo pesado para ellos —comentó Hook antes de que Crier respondiera —. Unos kilómetros más no les harán daño. Vamos, ya perdimos suficiente tiempo platicando. Es hora de irnos a la aventura.

—Aventura —masculló Bree con un dejo de ironía.

—¡No tienes que venir! —dijo Hook mientras volvían al campamento. Las sombras de los caballos parecían extrañas formaciones de roca sobre la arena.

—Sabes que sí tengo que ir —soltó Bree—. Alguien tiene que asegurarse de que no termines muerto.

—Ayla me protegerá.

—Oh —dijo Crier, preocupada. En un instante, recordó todo lo que había leído en su vida sobre combate: mano a mano, de largo alcance, pelea de espadas, lucha cuerpo a cuerpo, conflictos armados. Repasó mentalmente cientos de libros buscando algo que le fuera útil. La automa era fuerte y rápida por naturaleza, pero no tenía habilidades prácticas. ¿Cómo era capaz de hablar catorce idiomas pero no sabía blandir una daga? Lamentable—. No sé si sería muy buena en esto. Pero lo puedo intentar.

—Otra vez estaba bromeando —aclaró Bree, dándole a Crier un golpecito con el codo como hacen los humanos. Fue un gesto de camaradería, de familiaridad.

Crier se atrevió a sonreírle, y Bree le devolvió el gesto torciendo ligeramente la boca. Crier sintió que otra puerta se abría dentro de ella para revelar una nueva habitación.

Hook, Crier y Bree despertaron a los caballos y todo comenzó bien.

Los animales avanzaban mucho más lento de lo que Crier habría podido moverse, además de llamar más la atención que si ella iba

sola. Crier estaba atenta a todos los sonidos y vigilaba la oscuridad, la playa, los acantilados y al agua negra ante cualquier señal de peligro, pero no escuchaba nada ni veía nada sospechoso. La arena bajo las pezuñas de los caballos se fue volviendo más áspera, más oscura, y a llenarse de piedras y conchas rotas. Finalmente llegaron a su destino.

La Caleta de la reina era pequeña; ni siquiera figuraba en el mapa del lago Thea. Era tan pequeña que Crier casi la pasa de largo por la entrada, aunque había ido calculando mentalmente la distancia. Con un ligero tirón de riendas hizo girar a su caballo, y esperó a que Hook y Bree la alcanzaran. Luego los condujo en fila al interior de la caleta por un cuello de botella donde dos riscos de piedra convergían dejando un espacio estrecho, como una especie de válvula.

Crier comprendió por qué se llamaba *Caleta de la reina*. La arena allí era blanca como la sal. La ensenada tenía la forma de una cerradura y vista desde la bocallave el agua oscura parecía un rostro, la arena blanca una corona y, detrás, las rocas negras figuraban un cabello despeinado.

«¿Llegaste hasta aquí, Leo?».

«¿Aquí moriste?».

Crier se bajó del caballo, casi olvidándose de que Hook y Bree estaban detrás de ella. El suelo crujió bajo sus botas. No era arena, sino conchas blancas trituradas. Era ridículo sentir que caminaba sobre un montón de huesos rotos. Estudió las enormes paredes negras de la ensenada, intentando reproducir el pensamiento de Leo. Si él hubiera llegado allí escapando de un ataque para reunirse con su familia, una noche en la que nadie estaba a salvo, ¿adónde iría? ¿Habría una cueva en aquel lugar? ¿Alguna especie de escondite entre las rocas?

De pronto Crier escuchó un ruido. Un montón de piedritas cayendo desde lo alto.

«No».

—¿Qué? —susurró Hook.

El tiempo se detuvo. Crier se dio la vuelta y sintió como si se moviera entre el agua; la adrenalina tomó el control de su cuerpo y su mente se encargó de todo. Hook y Bree aún no desmontaban. Seguían en la boca de la ensenada, mirando a Crier como si esperaran sus instrucciones. Ella los llevó hasta aquel lugar, *ella los llevó hasta allí*; por tanto, ella era su guía.

—¡Corran! —ordenó Crier.

Vio la sorpresa apoderarse del rostro de Hook y el blanco de sus ojos expandirse en la oscuridad.

De pronto sitió una presión sobre su hombro derecho, como el peso de una mano invisible y se echó a correr. Llegó a su caballo en fracción de segundos. Montó rápidamente y enterró los talones en el lomo del animal.

—Corran. —Hook y Bree parecieron darse cuenta de lo que estaba pasando cuando una flecha rozó la cabeza de Hook—. Corran —repitió Crier con voz controlada—. Corran, *corran.*

Un ataque en la oscuridad era una pesadilla. Si a Crier le costaba trabajo ver, sabía que los dos humanos estaban prácticamente ciegos. Salieron por el cuello de botella y se dirigieron a la orilla del lago, pero...

—¡A la derecha! —gritó Crier al ver en el agua iluminada por la luna el fugaz movimiento de una silueta. Era un soldado automa, un guardia fronterizo, rápido como una araña, que desapareció tan rápido como apareció. «Ahí. Otro». Dos en la arena y un tercero disparándoles desde los riscos—. ¡Dense la vuelta! —ordenó Crier aterrada, sin importarle que los guardias la escucharan—. ¡Dense la

vuelta! —A los guardias, les gritó—: ¡No queremos problemas! ¡No vamos a cruzar!

Pero, a pesar del miedo, intuía algo raro. ¿Por qué los atacaban con ballestas? Los guardias fronterizos no tenían la orden de matar, solo de capturar. Su presa eran los contrabandistas comunes.

¿Acaso eran crueles solo por placer?

Crier giró su caballo y se encontró con otro guardia en el camino por el que habían llegado. Estaban rodeados. No había adónde ir. Un brillo metálico bajo la luz de la luna: Bree sacó su arma, una pequeña espada curva. Iba agazapada sobre el lomo del caballo. El animal estaba en pánico y reparaba una y otra vez. Bree se aferraba a él con la otra mano. Hook gritaba algo.

—Somos de Rabu —repetía una y otra vez.

Se oyó el disparo de una ballesta. Crier se agachó instintivamente y la flecha surcó el espacio rozando su cabeza. Bree soltó una maldición a gritos. Crier se incorporó justo a tiempo para verlo. Bree lanzó un arma al guardia que les bloqueaba el paso. No era la espada curva, sino un arma más pequeña, una daga de dos filos. El guardia esquivó el ataque y la daga fue a parar a la arena. Esa ligera distracción bastó para que los rebeldes echaran a andar sus caballos y avanzaran al mismo tiempo, tan eficientemente como el día que mataron a las Sombras. Crier apuró el trote de su caballo, «vamos, vamos, vamos». En ese momento se oyó el agudo rebuzno de un animal herido.

El caballo de Hook fue a dar al suelo y el joven apenas alcanzó a hacerse a un lado para que el animal no lo aplastara. Quedó malherido, con un golpe en la cabeza. Estaba consciente pero respiraba con dificultad y no podía moverse. El caballo jadeaba junto a él con la mitad del cuerpo en el vaivén de la marea.

El guardia que le disparó levantó de nuevo su ballesta y apuntó

directo al joven. Crier sabía que esta vez la flecha no acabaría en el cuerpo del caballo. Su mente procesó lo que ocurría y dos hechos eran evidentes en medio del caos: Hook iba a morir y Bree, su amiga, su protectora, no podía salvarlo.

Crier se bajó de un salto del caballo. A lo lejos escuchó el *pop* del lance de una flecha de metal.

Cayó con la agilidad de un gato justo frente a Hook. Tenía una sensación horrible en la espalda. Era parecida a la presión que sintió momento antes en el hombro, pero esta vez parecía el manotazo de un gigante. El impulso la empujó hacia adelante y apenas logró estirar los brazos para no caer sobre Hook. Sintió piedras y conchas bajo sus manos. El agua estaba fría y le rodeaba las muñecas como unas esposas gélidas.

—¿Ayla? —dijo una voz aguda y aterrada.

La horrible presión sobre su espalda se hacía más fuerte y se concentraba en dos puntos. Uno en el hombro, menos agudo. Era una especie de dolorcillo sordo. Pero el otro... el otro...

Crier perdió el equilibrio. De pronto se sintió agotada, como si llevara más de diecisiete días sin dormir, lo cual sería un nuevo récord para ella. La parte inferior de su cuerpo estaba empapada. ¿Aún estaba erguida? Sí, pero no por voluntad propia. El brazo de alguien la sostenía de los hombros.

Alguien, quizá el mismo que la sostenía, gritaba en su oído: «Ni siquiera queríamos cruzar. Somos de Rabu. No hicimos nada malo». «Le dispararon. Le dispararon».

—Y sigues tú, gusano. —advirtió una voz—. Cierren el paso a Varn. El arma. Cuidado, hay una que está descontrolada. Y tiene muy buen brazo. —dijo alguien, más de cerca—. Revisen el rostro de la muchacha. Podría ser un disfraz.

Crier escuchó una especie de ruido aún más cercano. Algo

húmedo y entrecortado. Luego de un momento notó que era su propia respiración. Eso no era normal. ¿Qué podría estarlo provocando? ¿Agua en sus pulmones? La presión en su espalda era ahora un dolor insoportable, como si tuviera una antorcha encendida sobre su piel. Se retorció, intentando soltarse. «Deja de quemarme». Se imaginó su piel derritiéndose por el fuego. ¿Cómo se vería la piel creada al derretirse? «Detente, por favor, me duele».

—No te muevas, Ayla... ¡no! ¡No la toquen!

Alguien la tomó con fuerza por el mentón y jaló su cabeza hacia atrás. Vio el cielo borroso, y las estrellas como largos manchones plateados. Intentó respirar. El agua en sus pulmones iba creciendo. Marea alta. Algún efecto de la luna.

—No... no, no puede ser...

—¿Capitán?

Crier tosió y sintió algo oscuro y aceitoso en su lengua.

—Tenemos que irnos de aquí... Ella no nos vio la cara...

—Capitán, ¿qué...?

—Esta muchacha es la hija del rey. Le disparaste a la hija del rey.

Crier comprendió la importancia de lo que acababa de oír, pero estaba tan agotada que se dejó arrastrar por la inconsciencia como un cuerpo ahogado se va hundiendo en el océano más y más y más.

Crier despertó bajo una luz rojiza y dorada.

Abrió un ojo y de inmediato se arrepintió y volvió a entrecerrarlo. Era la luz del sol. La cegadora luz del sol. Tomó aire, se preparó y abrió el otro ojo, dando tiempo a que ambos se acostumbraran. Un manto de nieve apareció ante sus ojos. Se dio cuenta de que estaba tumbada bocabajo. El suelo era áspero y con partes afiladas. No era nieve. Eran conchas.

Su espalda era como un enorme moretón adolorido. El dolor fue agudizándose como un fuego que devora un pergamino a medida

que tomaba conciencia de su entorno. Deseó volver a desmayarse. Había un punto en particular, muy cerca de su columna, donde el dolor era especialmente intenso. Fue inspeccionando el resto de su cuerpo y sacudió los dedos de sus manos y pies. O sea que no tenía la columna fracturada y podía controlar sus extremidades.

—¿Estás despierta?

Se petrificó. Le tomó un momento reconocer la voz de Hook.

—Creo que sí —Intentó girar sobre su costado, pero Hook la detuvo.

—Con cuidado —le recomendó—. No te muevas. Tu espalda está muy mal.

—Me duele —susurró ella, como una niña.

—Te dispararon dos veces. Una en el hombro y otra más abajo. La primera flecha solo te rozó y la herida no está tan mal, pero la segunda está horrible.

Crier intentó recordar. Sentía como si tuviera la cabeza llena de agua, pesada y oscura, y su cerebro chapoteara de aquí para allá.

—¿Quién...?

—Los guardias fronterizos —dijo una segunda voz. Bree. Sonaba... ¿enojada? —Te dieron con todo. Cualquier otra persona estaría muerta.

Sintió algo frío y afilado en su memoria, un pinchazo de miedo. ¿Qué pasó? ¿Qué se le estaba olvidando?

—¿Cómo nos escapamos? —preguntó Crier. Lentamente, se incorporó sobre un codo para verlos. Hook estaba acuclillado a unos metros, mirándola con desconfianza. Detrás de él, Bree estaba sentada sobre las conchas blancas trituradas, jugueteaba con la daga de doble filo entre sus dedos. Las espadas gemelas brillaban bajo la luz del sol. Conchas blancas... ¿estaban de nuevo en la Caleta de la reina?

Crier dobló el brazo de forma poco natural para tocarse la herida de la espalda e inspeccionar qué tan mal estaba. Tenía la temperatura corporal más alta de lo normal, lo que significaba que su organismo estaba trabajando para curarse. Sus dedos estaban cubiertos de sangre violeta.

Sangre violeta.

Hook abrió la boca, pero Bree lo interrumpió.

—¿Que cómo escapamos? —repitió con dejo de burla y rabia—. No fue tan difícil, la verdad. Los guardias se asustaron un poquito cuando se dieron cuenta de que le habían disparado a lady Crier. Eso nos ayudó mucho.

—No —dijo Crier abruptamente, aunque sabía que no tenía ningún caso negarlo—. No. Yo no... Yo no soy...

—¿Es verdad? —preguntó Hook. Crier al fin entendió por qué la miraba con desconfianza. Su aliado, quizá su primer amigo. Dioses.

—Claro que es verdad —dijo Bree—. Te dije que no debíamos confiar en ella. Te dije que vi el brillo dorado en sus ojos...

—Bree —interrumpió Hook—. Espérate. —Se dirigió nuevamente a Crier—: ¿Es cierto? ¿Eres la hija del rey? ¿Lady Crier?

La joven contuvo el impulso de desviar la mirada, de esconder su rostro. Pero era imposible ocultarse. ¿Qué fue lo que Ayla le dijo una vez? «Lo recibiré con la cabeza en alto».

—Sí. Aunque ya no puedo usar ese título. Ahora solo soy Crier.

—Como si eso importara —soltó Bree con la mirada llena de rabia —. Como si eso cambiara algo.

—*Bree* —dijo Hook—. Tu actitud no ayuda.

—Mis más sinceras disculpas —ironizó, y siguió afilando su espada en silencio.

Hook suspiró, se refregó la cara y miró nuevamente a Crier. Ella esperaba encontrar odio o furia en sus ojos, pero solo vio cansancio.

Y arrepentimiento, quizá.

—¿Me vas a matar? —preguntó Crier.

Él reaccionó con sorpresa echando su cuerpo hacia atrás.

—¿Qué? No. Primero que nada, lo único que puedo matar a sangre fría son monstruos. Y, segundo... —Crier se sintió estudiada, como tantas veces lo hicieron Kinok y el rey, pero ahora era diferente. Ante la mirada de Kinok se sentía un espécimen diseccionado, con las entrañas expuestas para que el scyre hurgara en ellas. Ante la mirada del rey sentía como si toda su existencia fuera un examen que estaba reprobando. Ante la mirada de Hook, aun en aquellas circunstancias, se sentía una persona. Una persona desastrosa, pero entera—. Segundo —continuó Hook—, me salvaste la vida.

«Oh».

—No te voy a matar. Pero aquí se separan nuestros caminos. Lo siento, pero... mi gente es primero. Todos los parásitos de Rabu te están buscando. Tu cara está en todas partes. No permitiré que ninguno de los míos muera por la hija del rey parásito. No puedo. No puedo... perder a alguien más.

Crier asintió. Miraba las conchas trituradas sin saber qué decir. Los rebeldes se pusieron de pie. Bree se alejó hacia la boca de la caleta sin decir más. El suelo crujía bajo sus botas.

—Crier —dijo Hook.

Ella no levantó la mirada. No podía. Le dolía la garganta, como si tuviera allí una herida.

Hook lanzó una daga a los pies de la joven.

—Encuentra la Turmalina. Acaba con el scyre. Y... no te mueras, ¿de acuerdo?

—Tú tampoco —logró decir Crier.

Escuchó los pasos de Hook alejarse hasta que sus oídos automas solo registraban el susurro del viento y el golpeteo de las olas.

Se quedó allí unas horas, esperando que su organismo automa se curara. Cayó la noche. Si bien no estaba completamente restablecida, podía moverse sin sentir mareos. Eso bastaba. El miedo de ser nuevamente atacada por los guardias fronterizos la impulsó a ponerse de pie. Caminó lentamente en la oscuridad, con el dolor de espalda intensificándose a cada paso. Estaba sola. No tenía nada más que la daga y su único plan era encontrar un refugio.

Los guardias seguramente huyeron, aterrados de haber matado por accidente a la hija del rey. Crier pudo cruzar a Varn sin que nadie la detuviera. Al sur estaba el punto donde el lago Thea se encontraba con el río Merra. «Ve al río», pensó entre tantas ideas que revoloteaban en su cabeza como cuervos. El dolor estaba empeorando y era difícil concentrarse en varias ideas. Así que optó por centrarse solo en una: «Ve al río. Encuentra un refugio». La orilla del río debía estar llena de árboles que le permitirían esconderse. «Ve al río». Además, allí podría limpiarse las heridas. Lavarse la sangre y la suciedad de la piel. Hundirse en el agua hasta el cuello y dejar que el frío se le colara en los huesos.

La luna estaba en lo alto cuando al fin llegó a la boca del río Merra. Lo escuchó mucho antes de verlo: el sonido del agua corriente. Luego llegó a un pequeño bosque donde los árboles jóvenes daban paso a otros más viejos, cuyas raíces se hundían en la tierra oscura y fértil. La maleza era allí más vigorosa que en los bosques del norte. En vez de hojarasca, había un manto de hierba recién crecida y pequeñas plantas llenas de vivaces hojas. Los árboles estaban cubiertos de musgo hasta las primeras ramas. Crier pasó sus dedos por el tronco, sintiendo la textura húmeda y esponjosa. «Ve al río».

Un espacio entre los árboles. Un extraño resplandor. El brillo de la luna sobre el agua.

Los pies le pesaban una tonelada. Recordó la historia sobre un

príncipe que viajó cien leguas a pie con unos zapatos de plomo y hierro para salvar a su amor. Era el príncipe de un reino vecino. La maldición de una bruja. Algo así. Los árboles se dispersaron y Crier llegó a tropezones a la orilla del río, que era una pendiente muy inclinada, con el agua corriendo debajo. Estaba tan cerca. Su cuerpo no necesitaba agua para sobrevivir pero, por todos los dioses, se moría de ganas de beber.

Su agitación confusa no le permitió advertir la amenaza hasta que fue demasiado tarde.

Cuando el pico afilado de una flecha apuntaba a su frente.

«Bandidos».



CUIDADO CON LA REINA LOCA DE VARN

La reina Loca, la Chupasangre, la monstruosa Junn. No levantes la cabeza, viajero. La reina Loca se come a los hombres, la reina Loca se beberá tu sangre como vino. Mantén el rostro escondido, viajero. La reina Loca gobierna desde su trono hecho de huesos humanos, la reina Loca duerme en batas hechas de la piel de los hombres. No pierdas de vista a tus hijos, viajero. La reina Loca tampoco lo hará.

CUIDADO CON EL MONSTRUO DE LAS MINAS

Ladrona de Aldeas, Asesina de Reyes. La reina Loca tomó el trono con sus propias manos, hundió sus dientes en él, y hará lo mismo contigo. Ten cuidado, viajero. La reina Loca triturará tus huesos y se los beberá como té de piedra de corazón. Magia oscura, magia de sangre. Ten cuidado, viajero. Muchos desean ver su belleza. La

reina Loca es tan hermosa como demoniaca; es la más bella ave de mal agüero. Si la ves, no corras. Reza.

¡CUIDADO CON LA REINA COMEHUESOS!

PANFLETOS DE PROPAGANDA
DISTRIBUIDOS EN RABU Y VARN
POR UNA FUENTE DESCONOCIDA.

11

Al día siguiente, las criadas no fueron a la habitación de Ayla. Tampoco lady Dear. La chica esperó hasta que el sol estuvo muy alto, cuando cayó en la cuenta de que tendría que conseguir ella misma su desayuno. El estómago le rugía. Abrió la puerta de su cuarto para salir y se topó de frente con la reina Junn.

—Oh —exclamó Ayla, intentando ocultar su sorpresa.

—Buenos días para ti también, Ayla —dijo Junn—. ¿Puedo pasar?

Era curioso que una reina pidiera permiso.

—Claro —respondió Ayla con entusiasmo. La reina entró al cuarto arrastrando un suave aroma a fruta, flores y tierra mojada. Quizá venía del aviario. Ayla pensó que la reina se sentaría en la pequeña mesa de desayuno, pero lo hizo en la orilla de la cama. Por alguna razón, esa acción la hacía verse más joven. No era mucho mayor que Ayla, pero se comportaba como si llevara décadas en el trono.

Ayla se paró frente a ella y esperó.

—Tengo un trabajo para ti, mi pequeña espía —anunció Junn—. Es muy sencillo. Solo quiero que observes.

Ayla entrecerró los ojos intrigada.

—¿Qué es lo que debo observar?

—A los monstruos. En la frontera entre tu país y el mío.

—No puede estar hablando en serio.

—Siempre hablo en serio —aclaró Junn—. Pero no tienes nada de qué preocuparte. No estarás en peligro. No tienes que acercarte a ellos ni a los tarreenianos. Mis guardias estarán contigo todo el tiempo. Debes hablar con los comerciantes de piedra de corazón, en la frontera, quizá en alguna aldea cercana. Solo tienes que ir a una taberna local, pedir un trago y hacerle plática a alguien. Ver si puedes obtener información sobre nuestro amigo el scyre. Después de todo, parece que tú lo entiendes.

Ayla ignoró esto último, pues le pareció un insulto.

—Y ¿cómo voy a llegar hasta allá?

—En un carruaje, obviamente. —Junn torció ligeramente la boca—. Me enteré de que no te gustan mucho los caballos.

«Carajo, Storme».

—Supongo que no hay forma de que me libre de esto —comentó Ayla con el ceño fruncido.

—No si quieres seguir conservando tu cabeza—dijo con cierto brillo en los ojos y la chica comprendió que la reina estaba bromeando. Quizá estaba bromeando. Casi seguro que estaba bromeando.

Quería negarse. No deseaba estar lejos de Storme ni de Benjy. No confiaba en las palabras de la reina que le aseguraban que no correría ningún peligro ni quería estar en un carruaje con los guardias todo el tiempo que le tomaría ir a la frontera y regresar. Pero... el humo azul que mencionó Storme. Esa arma nueva. Si había algo que pudiera ayudarles a derrotar a Kinok, ¿no sería algo misterioso y poderoso?

La gente la usaba para defenderse de los monstruos. Si Ayla lograba rastrearla, si conseguía esa arma...

—Quiero un cuchillo. Uno bueno. Digno de alguien de la realeza y recién afilado.

—Yo me encargo de conseguirlo.

—Algo más. —Ayla se cruzó de brazos, estudiando a la reina—. Por si lo olvida: soy la hermana de Storme. Si esto es una trampa y termino muerta, él la odiaría.

La chica tuvo la inmensa satisfacción de ver a la reina desconcertada, aunque sea por un instante. Parecía inmutable, pero sus ojos la delataron.

—Entendido —dijo, algo tensa.

—Bien. ¿Cuándo me voy?

Junn miró por la ventana el sol que comenzaba a lanzarse sobre las losetas amarillas.

—Ahora mismo.

La última vez que Ayla estuvo en un carruaje, vio morir a Rowan.

Esta vez se sentía doblemente atormentada por los recuerdos: Rowan meciéndose hasta desplomarse y la imagen de Crier. Un palimpsesto de Crier sobrepuesto en la realidad. Crier en el asiento de terciopelo verde frente a ella. Crier mirando por la ventana con la mano en el mentón, un ojo café y el otro dorado. El exterior del carruaje era negro y sin ningún adorno para no llamar la atención. Por dentro parecía una miniatura del palacio de la reina: paredes blancas, el techo cubierto de piedras preciosas y asientos de terciopelo. Ayla sentía como si viajara dentro de un cráneo decorado.

Obviamente no iba sola. Además del conductor, la acompañaban cuatro guardias personales de la reina, unos automas de cabeza rapada y uniforme verde, y otros dos que iban atrás, *además* de dos jinetes que precedían la caravana. Llevaban tres días viajando y no

había señales de los varnianos. Nunca en su vida se había aburrido tanto. Una vez más deseó saber leer y haberse llevado una pila de libros para entretenerse. Lo único que le quedaba era mirar por la ventana y ver pasar el mundo lentamente ante sus ojos. Al principio todo era dorado: los kilómetros de colinas que rodeaban a Thalen. Conforme avanzaron hacia el norte, rumbo a la frontera entre Rabu y Varn, las colinas fueron disminuyendo de altura y parecían pequeños montículos. La hierba amarilla se convirtió en chaparrales, con pequeñas matas dispersas como astillas en el pelaje de un animal. El cielo se tornó más claro y el intenso aire frío calaba los pulmones.

Iban en paralelo al río Merra, hacia el lago Thea, una de las entradas más amplias a Rabu. Por el lado costero de Varn se veían muchos pueblos y aldeas; del lado de Rabu, solo aldeas y las fincas del sur. Entre más se alejaban de Thalen, más nerviosa se sentía Ayla, pese a la insistencia de la reina de que era una misión poco riesgosa, para principiantes. No existe tal cosa como una misión sin riesgos. No dejaba de pensar en las palabras de Storme. Los sirvientes cargaban el carruaje con comida, piedra de corazón para una semana, ropa, dinero e incluso vino. Su hermano la jaló para hablar con ella a solas antes de partir.

—Ten cuidado —Su mirada expresaba severidad y la cicatriz de su ojo se veía blancuzca por la luz del sol.

Ayla estuvo a punto de lanzar un sarcasmo: «tu reina me dijo que no tengo nada de qué preocuparme...», pero se aguantó.

—Sé cuidarme sola, hermano.

Él simplemente negó con la cabeza.

—Solo... prométeme que no vas a hacer ninguna locura. Prométeme que te mantendrás en el carruaje o en la aldea y no irás sola a ninguna parte. —Apoyó la mano ligeramente en el hombro de

Ayla—. Esos monstruos... son mil veces peor de lo que puedas imaginarte. *Por favor*, ten cuidado, Ayla. Prométemelo.

—Te lo prometo, Storme.

Era el segundo día de viaje. Por la tarde. Ayla pidió un trozo de papel y caboncillo a una de las guardias. Llevaban cosas por si era necesario enviar algún mensaje a la reina. La guardia la miró con severidad, intentando descifrar qué argucia planeaba la chica, pero cedió a su petición; incluso le dio una pequeña libreta con pastas de cuero en vez de una pieza suelta de papel. Las guardias no desconfiaban de ella por ser humana; su trabajo era proteger a la reina y, según los rumores, la chica era una fugitiva violenta. Era razonable que no confiaran en ella.

Ayla se acurrucó junto a la ventana con la libreta abierta sobre su regazo. Primero trazó distintas combinaciones de letras y símbolos en círculos concéntricos, como lo vio en la puerta de la biblioteca de alquimia, en el palacio real. Luego de un rato, dejó que el carboncillo se deslizara por el papel sin trazar letras sino... formas y líneas retorcidas. Trazó el horizonte, sombreó alrededor de la línea para representar el cielo, pequeñas manchas figuraban los arbustos que cubrían las montañas como esporas, y manchones negros para los árboles y las malezas. El resultado final fue un dibujo abstracto e infantil, cuyos trazos temblorosos reflejaban la escasa habilidad de Ayla para usar el carboncillo, pues no sabía escribir. Sin embargo, era comprensible lo que su dibujo representaba.

Dio vuelta a una nueva hoja de la libreta y siguió dibujando.

Dibujó el Árbol de Hueso. Lo mejor que pudo recordarlo.

Dibujó los huertos de manzanas rojas del palacio de Hesod y los edificios achaparrados donde vivían y trabajaban los sirvientes. Dibujó flores: manzanos, lavanda de sal y rosas. Las horas abrieron su telón para revelar el morado ocaso. La oscuridad había cubierto

los chaparrales, y Ayla siguió dibujando iluminada solo por la luz amarilla y vacilante de la lámpara que pendía del techo del carruaje. Estaban cerca de la primera aldea fronteriza, un pequeño puesto de avanzada a unos kilómetros de las orillas del lago Thea. El plan era pasar la noche allí; una posada para viajeros era el lugar perfecto para escuchar rumores de todas partes de Zulla.

Conforme se acercaban al río Merra, los arbustos se fueron volviendo más abundantes y el espacio entre ellos se reducía, hasta que empezaron a andar por un camino maltrecho y fangoso que de buena gana podría considerarse un bosque flanqueando el río con su denso verdor. Ayla dibujó el río, imaginándose un mapa de Zulla, intentando trazar con exactitud todas las vueltas y curvas. Comenzaba en el Lejano Norte como nieve derretida, pasaba justo por el corazón de Zulla y se alimentaba del lago Thea para continuar hasta Varn y unirse al fin con el mar Steorran... La chica observó su dibujo e intentó descifrar dónde estaba en ese momento. ¿Qué tan cerca del río se encontraban? Aguzó el oído para escuchar el correr del agua y el cantar de las ranas que no se detenía ni siquiera en invierno...

—¡Dense la vuelta!

El carboncillo se deslizó violentamente, dejando una cicatriz oscura en la hoja. Las cuatro guardias se tensaron y automáticamente tomaron sus armas.

—DENSE LA VUELTA —repitió el jinete que encabezaba la comitiva y, con un latigazo, el carruaje se detuvo de golpe—. ¡Rápido, rápido! —gritó el de adelante desde la oscuridad—. Dense la vuelta ahora mismo... Hay bandidos más adelante... Junto al río... Ya vieron el carr...

Se oyó un silbido, un extraño golpe seco y un grito de dolor.

Luego, el golpe de un cuerpo al caer de un caballo.

Una de las guardias soltó una maldición y aventó a Ayla al suelo del carruaje para alejarla de la ventana abierta. El conductor gritaba y azotaba el látigo una y otra vez para que los caballos se movieran, pero era demasiado tarde. En fracción de segundos, los gritos del conductor se detuvieron bruscamente y se oyó el chillido de los caballos en pánico. La guardia que se echó al piso junto a Ayla maldijo otra vez, más fuerte, y se asomó al exterior por la puerta del carruaje rozando sus botas en la nariz de Ayla.

—Yo me encargo de ellos —les dijo a las otras tres—. ¡Cuiden a la protegida de la reina!

Azotó la puerta al salir del carruaje y se lanzó a la oscuridad.

Ayla se quedó petrificada en el suelo. Unas semanas atrás había estado en esa misma situación, atrapada en un carruaje, rodeada por todas partes por una multitud enardecida, sin poder hacer nada. Aquel día, no hizo nada por miedo. Vio a Rowan morir desde el cristal de una ventana. «Nunca más», pensó. Esta noche no sería un zorro acorralado. No podía quedarse inmóvil. No podía entrar en pánico. Necesitaba pensar.

Los atacantes no eran los mostruos de la Turmalina, sino uno simples... bandidos, según el jinete. Seguramente querían algo, pues no atacaban sin razón. Entonces ¿qué querían de Ayla y su grupo?

«Claro». La respuesta debía ser el carruaje mismo. O... los caballos. A diferencia de Hesod, la reina Junn no tenía campos ni cultivos. No se necesitaban caballos que no fueran pura sangre. Aunque el carruaje exteriormente parecía viejo y sin ningún valor, como si le perteneciera a un viejo mercader, cualquiera que supiera de caballos notaría que eran animales finos. Dos caballos dignos de una reina se venderían muy bien. ¿Los bandidos los habían visto horas antes y esperaron a que cayera la noche para atacar?

Los gritos afuera del carruaje se oían cada vez más fuertes y

cercanos. Era difícil saber, pero daba la impresión de que venían de todas direcciones. Los bandidos estaban rodeando el carruaje. ¿Cuántos eran? ¿Cuánto tiempo podría contenerlos una sola automa?

Al parecer, las otras guardias se preguntaban lo mismo.

—Voy a salir —dijo una de ellas. Abrió la puerta y el ruido externo se agudizó en el interior del carruaje: ya no se escuchaba ahogado, sino gritos y golpes metálicos. Había pocas cosas que Ayla odiara más que tener que quedarse sin hacer nada. Se apoyó en los codos para levantarse, pero una de las guardias la detuvo contra el suelo atajándola de la espalda con su bota.

—Quédate ahí —le ordenó—. No seas tonta. Si quieres salir con vida de esto, haz lo que te decimos.

—¿Qué sucede? —preguntó Ayla—. ¿Ven algo? —La visión nocturna de los automas era mucho mejor que la suya.

—Solo quédate en el suelo, niña.

La reacción de la guardia no la tranquilizó para nada. Ayla intentó trazar en su cabeza una ruta de escape. Si lograra salir del carruaje, alejarse del camino fangoso e internarse en los árboles…

En ese momento una de las ventanas del carruaje se quebró estrepitosamente, ocasionando una lluvia de cristales. ¿Había sido una bomba de humo? No. Una especie de odre estalló al chocar con los cristales y llenó de agua el interior del carruaje, mojando todo, incluida a Ayla. Pero el líquido se sentía extraño sobre la piel, demasiado denso, y ese olor...

—¡Salte! —gritó una de las guardias—. ¡Salte *ahora mismo*!

Una flecha en llamas atravesó la ventana y cayó al piso. Una de las guardias la apagó de inmediato a pisotones, pero las cortinas de terciopelo ya habían comenzado a arder y una lluvia de flechas siguió a la primera. Ayla se incorporó rápidamente mientras las

llamas iban consumiendo el suelo alfombrado y los asientos de terciopelo. Entonces la chica se percató. No les habían echado agua. El interior del carruaje estaba empapado de aceite, listo para incendiarse. Ayla tosió y los ojos se le llenaron de lágrimas; una de las guardias la tomó de la blusa y la sacó del carruaje de un tirón. La chica cayó al suelo con un golpe seco y al intentar levantarse se resbaló en el fango y cayó nuevamente. Casi no podía respirar. Se quedó allí, con un intenso dolor en la espalda y perdida en una densa oscuridad.

Detrás de ella, el fuego se seguía expandiendo y se oyó una explosión. Una ventana del carruaje había cedido al fuego. Ayla se levantó como pudo, sintiendo el calor insoportable a sus espaldas e intentó controlar su respiración. Cerró los ojos y sintió otro incendio dentro de ella: el fuego que arrasó con su aldea, devorando casas y familias... y a sus padres. Un muro dorado y naranja le quemó las puntas del cabello con solo rozarla. El aire denso en los pulmones y la garganta; el calor intenso parecía derretirle hasta los huesos. Y ni siquiera había visto lo peor porque Storme la escondió en la letrina. Pero sí lo escuchó todo. El rugido. La madera crepitando hasta colapsar. Los gritos lejanos.

«¡No!». No podía perderse en sus recuerdos. Se obligó a abrir los ojos e intentó comprender el caos que vivía en ese momento. La luz de las llamas reflejaba un movimiento descontrolado de cuerpos: quizá diez bandidos, humanos, vestidos con cuero y pieles, algunos a pie con pequeñas espadas curvas, otros a caballo con ballestas. De allí habían salido las flechas encendidas. Las guardias estaban rodeadas y se movían con velocidad sobrehumana para esquivarlos; las llamas se reflejaban en las espadas y en sus ojos automas. Una de ellas se agarraba un costado con la mano y otra la pierna derecha, pero eso no las detenía. Eran guerreras hábiles, más fuertes y más

rápidas que los bandidos humanos, pero... eran diez contra cuatro, y ellos tenían sus ballestas apuntando a las guardias. ¿Por qué no les disparaban? ¿Esperaban a alguien?

Ayla intentó pensar. «Piensa». Desvió la mirada de la pelea y vio al conductor del carruaje tumbado en el asiento, con dos flechas atravesadas en el pecho. Era automa, así que aún seguía vivo, pero con los ojos desorbitados y respirando con dificultad; todo su cuerpo estaba manchado de sangre, que en la oscuridad se veía negra. Las llamas estaban a punto de alcanzarla. Los caballos, terrorizados, chillaban y tiraban de sus bridas. A Ayla le llamó la atención que no se echaran a correr arrastrando con ellos el carruaje; en ese momento vio cadenas alrededor de las llantas que se extendían hasta perderse en la oscuridad. Los caballos estaban atrapados.

«¡Piensa!».

Los bandidos no la habían visto. Estaban demasiado ocupados con las guardias. Solo la separaban unos veinte pasos de la orilla del camino donde comenzaban los árboles. Los bandidos eran humanos, así que no podrían verla en la oscuridad. Podía escapar.

Pero…

Miró nuevamente al conductor. Aún estaba consciente y jadeaba como un animal moribundo. Miraba hacia la chica, si acaso era capaz de ver algo. El fuego había comenzado a lamer su asiento que, aunque no estaba empapado de aceite, era casi de madera pura. El conductor ardería con el asiento. Ese automa. Ese parásito. A ella no le importaba su muerte. A fin de cuentas, sería uno menos.

—Maldita sea —masculló. Se acercó al moribundo, lo apoyó en sus hombros y lo arrastró lejos del fuego. Era más pesado de lo que aparentaba, más pesado que un humano de su tamaño. Ayla se fue de lado por el exceso de peso y cayeron sobre el fango. El hombre soltó un quejido de dolor y sus ojos se cerraron. De la herida brotó

aún más sangre violeta. Ayla se retorció para salir de debajo de él y lo acomodó de espaldas; era lo único que podía hacer por él. Si moría, al menos no sería quemado.

Ayla se echó a correr.

Temía que la derribaran antes de llegar a los árboles; casi podía sentir una flecha atravesada en su espalda, pero logró cruzar el sendero y llegar hasta los árboles sana y salva. Se detuvo por un segundo para recuperar el aliento y adaptar sus ojos a la penetrante oscuridad. La mayoría de los árboles aún estaban deshojados por el invierno, pero había suficientes abetos que cubrían parte del cielo nocturno. Este se veía como pequeños cuadritos de cristal azul marino, semejante a los mosaicos del palacio de Junn. La luna apenas podía colarse y dejaba el suelo del bosque en penumbras. Apenas a unos diez pasos, bosque adentro, podía verse la luz del carruaje en llamas convertido en hoguera, más grande que una fogata en la noche de cosecha. Una columna de humo claro subía hasta alcanzar las estrellas, era apenas un suave resplandor naranja entre los troncos.

Ayla inhaló y sintió el aire frío como un bálsamo en el ardor de su garganta. Luego corrió, corrió sin control. De inmediato perdió todo el sentido de la orientación y la maleza iba rasgando su ropa a cada paso. Varias veces las ramas golpearon su cara, provocándole un dolor infernal, como si la hubieran azotado con una fusta, pero siguió adelante. Corrió hasta dejar de oír el grito de los bandidos y sentir el humo en el aire. Luego siguió corriendo aún más. Corrió y corrió.

—¡Oh!

Salió de la arboleda agitando los brazos para no caerse y se detuvo en la orilla de un peñasco.

No, a la orilla de un río.

Obviamente había corrido en la dirección equivocada. Estaba en la orilla de una pequeña pendiente debajo de la cual el agua del río Merra avanzaba a gran velocidad y formaba espuma al chocar con las rocas. Era un callejón sin salida. Ayla se dio cinco segundos para recuperar el aliento, para recordar que estaba en tierra firme y se echó a correr de nuevo por la orilla del río. Era más fácil correr por allí, pues aunque la luz de la luna era débil y el camino resbaloso, no había tanto bloqueo de árboles. La chica avanzó saltando las raíces de los árboles entre el fango y la hierba mojada. No sabía adónde se dirigía, pero sabía que debía irse lejos, lejos, lejos.

Escuchó unas voces entre la oscuridad.

Se quedó inmóvil como un ciervo, aguzando el oído.

—¿Y los ojos?

Ayla avanzó con cuidado, agazapada. Más adelante asomaba una luz danzarina. ¿Había llegado al campamento de los bandidos? ¿Qué clase de suerte horrenda era aquella? Avanzó con cautela escondiéndose detrás de los árboles hasta que un claro se abrió frente a ella. Alcanzó a ver una fogata y la sombra de tres personas sentadas a su alrededor.

—Los ojos hacen muy buen dinero —dijo uno, y su voz hizo eco entre los árboles—. Es un hermoso diseño. Tantas venas, todas más delgadas que un cabello humano.

—¿Y el cabello? —preguntó una segunda voz.

Dijeron algo más, pero Ayla no alcanzó a entender.

Avanzó un poco más. Estaba lo suficientemente cerca como para ver mejor. Tres bandidos. Una pila de morrales y tapetes. Un caballo ruano atado a un árbol flacucho. Y…

Allí. Amarrada a un árbol, en un costado del claro.

Crier.

De algún modo, Crier.

Ayla se quedó sin aliento. Todo dejó de moverse. En su interior, a su alrededor. Las hojas dejaron de mecerse con el viento. Los sonidos del bosque enmudecieron. Más allá, el río se congeló, miles y miles de litros de agua se volvieron hielo. En lo alto las estrellas dejaron de cintilar; y el cielo, como el río, se quedó en suspenso, como pasmado.

Ayla miró la escena, pensando... era imposible de creer. Seguramente era otra chica, otra automa... pero no, no confundiría el rostro de Crier. A pesar de la oscuridad, del tenue resplandor del fuego, conocía perfectamente ese rostro.

«Crier».

¿La hija del rey capturada por bandidos humanos en las tierras salvajes de Varn?, ¿con los brazos sujetados por detrás, con gruesas cadenas atada a su cintura y garganta, tan gruesas que ni un automa podría romperlas? Daba la impresión de no necesitar ataduras tan sólidas. Su cuerpo estaba flácido, apenas sostenido por las cadenas, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos cerrados.

Luego de unos segundos su pecho se llenó de aire y exhaló inmediatamente. Los dedos de su mano derecha se movieron.

Estaba viva.

El mundo retomó su cauce como el agua que rebosa al romper la presa.

—No, no —dijo casi a gritos uno de los bandidos, y Ayla despegó los ojos de Crier. «Que no se te olvide dónde estás, idiota»—. No —repitió el hombre, sacudiendo una anforita metálica que brilló con la luz del fuego. La chica notó que el hombre había estado bebiendo. ¿Todos los que no participaron del ataque al carruaje estuvieron bebiendo?—. Les digo que el cabello no se vende bien. Lo que todos quieren es lo que traen adentro. Allí está el dinero.

Ayla escuchó aquellas palabras escondida entre las sombras.

Sus ojos encontraron de nuevo a Crier, y no podía dejar de mirarla.

—Hay que abrirlos y sacarles todo lo que se pueda. Es lo que hay que hacer. ¿Saben de qué están hechas sus tripas? —No esperó respuesta—. De hierro del Creador. Pura magia negra. Ese hierro se mueve y respira. Y los huesos también están reforzados con hierro alqui... alquimizado. No me pregunten cómo funciona, pero les digo que un nudillo de automa se vende en diez monedas de plata.

—¿Diez monedas...? —repitió otra, incrédula—. ¿Por un nudillo? —Miró a Crier con una expresión casi voraz—. Diosas, ¿cuánto nos darían por un maldito esqueleto entero?

«Bueno», pensó Ayla. «Esa es mi señal».

Tomó aire, puso cara de espanto y dio un paso torpe hacia adelante, asegurándose de hacer ruido al caer sobre las hojas. Los bandidos pegaron un salto y giraron rápidamente para quedar de frente al bosque con las armas listas. Dos ballestas y una daga con horribles dientes afilados.

Ayla hizo la voz más aguda y dulce que pudo.

—Ayuda —dijo—. Por favor, ¿hay alguien allí?

—Déjate ver —ordenó la mujer que había preguntado por el precio del esqueleto entero.

—No tengo armas —anunció Ayla, y salió de las sombras con los ojos bien abiertos, los brazos rodeando su pecho y la espalda encorvada. Quería verse aún más pequeña de lo que era—. Por favor. Necesito ayuda.

—¿Qué haces aquí, niña? —preguntó la mujer.

—Mi caballo se asustó —dijo Ayla, lloriqueando—. Me caí y se fue corriendo. Intenté encontrar una carretera, pero me perdí. Llevo horas caminando.

Ambas ballestas bajaron un par de centímetros.

—Por favor —repitió—. Tengo mucho frío.

—Ven a calentarte, pues —dijo uno de los bandidos, enfundando su daga. Los otros dos bajaron sus ballestas por completo y abrieron un espacio para que Ayla se sentara cerca del fuego.

Ella soltó un exagerado suspiro de alivio.

—Gracias. Que las diosas estén con ustedes. —Se dirigían a la fogata y la chica se detuvo abruptamente ahogando un grito fingiendo impactarse de ver a Crier—. ¿Q… quién es esa?

—La parásito más generosa que conocerás en tu vida —respondió la bandido del esqueleto—. ¡Ella pagará mis tragos de todo el año!

Los otros rieron a carcajadas con voz rasposa.

—¿Puedo verla? —preguntó Ayla con fingido nerviosismo y un dejo de morbo—. Nunca había visto a un parásito encadenado.

La bandida del esqueleto rio.

—Vela todo lo que quieras, pero ten cuidado. Es bastante brava. Le dimos con una flecha y siguió luchando. Se necesitaron tres para hacerla dormir, y no sé cuánto durará en ese estado.

—Claro —dijo Ayla—. Parece que ustedes son muy valientes.

—No lo sé —comentó con orgullo el segundo bandido. Ayla sintió escalofríos. Una sensación horrible y pegajosa como si un huevo se estrellara en su cabeza y un líquido le recorriera la espalda —. Solo es una niña.

—Pero una muy necia —dijo otro—. Intentó morderme. Debí haberle tumbado los dientes.

—No queremos que se nos pierdan en la oscuridad —comentó la del esqueleto—. Cada uno de esos dientes vale una comida entera.

Ayla se fue acercando poco a poco a Crier. Las sombras bailaban en el suelo conforme se alejaba de la hoguera. No dejó de temblar y mantuvo su postura asustadiza. Como un conejillo aterrado o un ave caída del nido. De cerca, pudo ver la sangre violeta en la ropa de Crier que, al secarse, tomó el color oscuro del óxido. La rabia fue la

chispa que encendió el corazón de Ayla—. ¿Trató de morderte? ¡Qué miedo! —dijo dirigiéndose a los bandidos—. Yo hubiera llorado.

No llegó a escuchar lo que le respondió. Presionaba los dedos en el mango de hueso de su cuchillo. Estaba a unos pasos de Crier, quien seguía con los ojos cerrados. Parecía que efectivamente estaba inconsciente.

—¡Oye! —gritó la del esqueleto—. No te acerques mucho.

Ayla se agachó disimulando inspeccionar el rostro de Crier e hizo un movimiento para esconder el cuchillo entre las hojas, cerca de Crier, y evitar que los bandidos la vieran. En fracción de segundos se incorporó y volvió a la fogata.

Las llamas estaban bajas. Cerca de la orilla había una pila de madera seca, con una rama de abeto entera. Medía más o menos lo que el brazo de Ayla y tenía un par de puntas abiertas como alas.

Ayla se inclinó hacia adelante para calentarse las manos. Los bandidos volvieron a relajarse. Se sentía observada, pero las miradas no eran de desconfianza.

«Bastardos asquerosos», pensó, intentando disimular su rabia.

Se estiró un poco más hacia adelante, con actitud espontánea. De un solo movimiento arrancó la rama de abeto como si barriera el fuego. Las puntas secas se encendieron de inmediato. Antes de que los bandidos entendieran lo que sucedía, la chica blandió la rama en llamas, hizo un círculo a su alrededor y luego la restregó en la cara de los bandidos con todas sus fuerzas.

Los tres soltaron un grito e intentaron levantarse, pero habían estado bebiendo y ahora tenían la cara quemada y llena de astillas. Ayla intentó tomar una espada, pues no sabía de qué otra manera podría liberar a Crier de las cadenas, pero no logró detener lo suficiente a los malhechores. Uno de ellos se resisitía. Tenía los ojos rojos, las mejillas bañadas en lágrimas y desbordaba furia.

—¡Crier! —gritó Ayla, aterrorizada—. ¡Despierta, Crier!

—Te vas a morir —gruñó el bandido, y se lanzó contra ella.

Ayla retrocedió sacudiendo la rama para alejar al bandido, pero la madera se consumía rápidamente y echaba más humo que fuego.

—¡Crier! —insistió. Un instante después el bandido le arrebató la rama de la mano y la jaló hacia él tomándola de la muñeca. Su aliento apestaba a vino y su piel a cuero de caballo y a sudor viejo y agrio.

Un sonido detrás de Ayla, un crujir metálico.

—Te vas *a morir* —repitió el bandido, torciéndole la muñeca. Los otros dos lograron incorporarse y se limpiaban las lágrimas de los ojos—. La pregunta es: ¿quieres que tu muerte sea rápida o lenta?

—Ninguna de las dos —dijo Ayla.

—Lenta —sugirió otro bandido—. Que le duela. Pero no la dejes hecha pedazos, Han. Quién sabe si podemos sacarle algunas monedas. Venderemos su cabello para pelucas, sus huesos para los perros, y sus ojos para...

No pudo terminar sus injurias. El azote de una gruesa cadena de metal contra su cara lo derribó.

«Crier».

Ayla miró hacia atrás. Crier ladeaba apoyándose sobre su pierna derecha. Sostenía las cadenas con las dos manos como si fueran látigos. Miró a Ayla, luego a los bandidos y detuvo sus ojos en el que sujetaba a Ayla de la muñeca. Las facciones de la automa adoptaron una expresión que Ayla desconocía. Tenía la boca torcida y los ojos entrecerrados.

—Lárguense —ordenó con voz rasposa.

Tres humanos borrachos, por más fornidos que fueran, no podrían contra ella. Si bien Crier no tenía entrenamiento y se encontraba débil, estaba llena de furia y seguía teniendo la agilidad de los

automas. En fracción de segundos se lanzó contra ellos a cadenazos. La bandida del esqueleto recibió un azote en la frente y cayó de espaldas sobre el otro.

Ayla aprovechó la distracción para hundir sus dientes en el brazo de su captor. Este maldijo y se echó para atrás. Ayla logró zafarse y jaló a Crier por la manga.

—¡Corre!

Crier soltó las cadenas y ambas se echaron a correr hacia el bosque, protegidas por la oscuridad. Corrieron hasta que Crier advirtió que ya no se oían las voces de los malhechores.

Ayla bajó la velocidad hasta detenerse. Tenía la muñeca amoratada y una horrible herida en el costado, que le dolía con cada respiración. Soltó la manga de Crier... y ella cayó como una piedra en un pozo, azotando las rodillas en el suelo.

—¡Crier! —gritó Ayla, acuclillándose a su lado—. Por favor, tienes que...

—Ayla —dijo Crier, casi como un suspiro.

Ayla asintió, con miles de respuestas en su lengua, ninguna correcta.

—Ayla —repitió Crier—. ¿Sabes que eres una fugitiva muy buscada?

Luego puso los ojos en blanco y se desmayó.

¿Cuánto tiempo necesitaba un cuerpo automa para recuperarse?

Llegó el alba. El cielo pasó de negro a un azul profundo; luego al suave color de lavanda y a un rosa claro. Mientras el sol coronaba las copas de los árboles, el río comenzaba a brillar con destellos dorados y luego blancos. Crier seguía dormida.

Ayla la observaba acurrucada bajo unas ramas arqueadas, con las rodillas contra el pecho. El cabello extendido de Crier parecía una corona de algas. Tenía el mentón embarrado de arcilla de río y las

manchas de tierra en sus brazos parecían pecas. La sangre seca en sus pómulos y sienes tenía marcas de dedos, como si se hubiera tocado las heridas y luego la cara. Tenía la ropa llena de lodo con enormes manchas de sangre seca, café y morada. Si fuera humana, sin duda no habría sobrevivido. Ayla se quedó pensando en eso por un largo rato.

Crier al fin abrió los ojos. El cielo estaba perlado como el interior de una ostra, pero aún sin el azul de la mañana. Lo hizo lentamente, con el mismo cuidado con que hacía todas las cosas. Abrió un ojo y su pupila se dilató. Luego el otro. Parpadeó una vez. Y otra.

—Hola —dijo Ayla. Crier solo sacudió su cuerpo, luego se incorporó abruptamente con un gemido y se llevó la mano a la herida. Ayla la había revisado justo antes del amanecer. Para ese momento hacía un buen rato que había dejado de sangrar. La piel de Crier se estaba reparando, formando un tejido brillante como el de una cicatriz, aunque Ayla sabía que no le quedaría ni una sola marca. El daño de sus partes internas, las venas cortadas, los órganos perforados y los huesos rotos, también se estaban reparando.

Crier esculcó todo su cuerpo con manos temblorosas, buscando nuevas heridas. Sintió una y se quedó muy quieta. Tenía el rostro oculto por el cabello y daba la impresión de estar hecha de piedra, pues todos sus pequeños movimientos humanos, la respiración y los parpadeos se detuvieron. Era como una presa petrificada ante la primera señal de peligro: Primero, guarda la esperanza de que no te hayan visto. Segundo, corre.

«No corras», quería decir alguna parte muy íntima de Ayla. «Yo no soy la cazadora. No soy el lobo».

Pero lo que dijo fue:

—Esta vez no te voy a apuñalar.

—Tampoco me apuñalaste la otra vez —Crier recuperó la

movilidad. Se acomodó el cabello detrás de la oreja. La última vez que Ayla la vio, la última y todas las veces anteriores, la joven estaba perfectamente arreglada. Con el cabello limpio y brillante, la piel suave y oliendo a aceite de rosas, y nada de tierra o sangre por ningún lado. Camisón de seda. Sábanas de seda. Solamente lo mejor para la hija del rey.

Ahora se veía como si la hubieran llevado a rastras al infierno y a rastras hubiera salido de allí. Era una sobreviviente.

Ayla contuvo lo que habría sido una carcajada histérica. De haberla visto así meses atrás hubiera pensado «vas a morir por mis manos y no por ninguna otra», y se habría convencido de que por ese motivo no la abandonó con los bandidos. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces. Ayla no pudo matarla aquella noche en el palacio y no podría matarla ahora. Hay cosas que eran imposibles.

Eso trajo una nueva incógnita: Si no iba a matar a Crier, entonces ¿qué haría?

Llevaba mirándola un largo rato.

Y Crier le sostenía la mirada.

—¿Sabías que todo Zulla te está buscando? —soltó Ayla, solo para llenar el silencio—. No es cosa de todos los días que la hija del rey huya de su propia boda. Provocaste un gran caos.

—No me importa. No podía casarme con Kinok. Prefiero huir por siempre. Prefiero morirme. —lanzó a la chica una mirada salvaje, poco habitual en ella—. ¿Me vas a entregar? ¿Vas a terminar lo que empezaste aquella noche? Vamos, inténtalo. Tengo... —Buscó en su cadera el arma que ya no tenía—. Tengo...

Ayla sacó el cuchillo con mango de hueso que había enterrado en la arcilla detrás de ella.

—¿Tienes esto?

—Yo... —Se le tensó la quijada—. No lo necesito. Eres humana. Puedo dominarte sin problemas.

Las mejillas de Ayla comenzaron a enrojecerse. No de rabia; nunca había escuchado una amenaza tan poco convincente. Sino porque, a juzgar por la expresión de Crier, ambas estaban recordando aquel momento.

«Eres una automa. Dominar está en tu naturaleza».

La expresión del rostro de Crier daba la impresión de haber recibido un golpe. Y entonces...

Entonces...

—No te voy a entregar —dijo Ayla. Giró el cuchillo y se lo ofreció a Crier por el mango.

Crier miró el cuchillo, el rostro de la chica y nuevamente el cuchillo. Lo tomó con cautela, sin despegar los ojos de Ayla, esperando una trampa. La chica dejó que lo tomara, que se acomodara y guardara el arma en la presilla del cinturón.

Y luego... se miraban mutuamente. Otra vez.

Crier rompió el silencio.

—En aquella oportunidad no me apuñalaste. Pero ibas a hacerlo.

Algo se apretó en el pecho de Ayla.

—Creo que sí —susurró.

Asumió que la siguiente pregunta sería «¿por qué?»

Pero la pregunta de Crier dio un giro.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Yo... —Dioses, ¿qué podría responderlo? Ni ella misma lo sabía. O sí, pero era demasiado complicado explicarlo. «Por la poza de mar. Por la llave del cuarto de música. Por la noche en que susurraste en la oscuridad: "¿qué puedo hacer?". Porque te pedí que averiguaras más sobre Kinok y lo hiciste. Porque eres brillante y nunca has usado tu inteligencia para lastimar a nadie. Porque me

sorprendes. Porque aún no quiero que dejes de sorprenderme».

En una ocasión, en un puesto de objetos creados del mercado negro de Kalla-den, a Ayla le llamó la atención un tubo dorado semejante a un pequeño telescopio, que al observar por un extremo e ir volteándolo se veían imágenes multiplicadas simétricamente que cambiaban de colores: azul, rojo, naranja, arcoíris. A veces se formaba una flor roja sobre un campo dorado, el ojo amarillo de un gato, una hoja verde esmeralda. Las imágenes nunca se repetían. Eso mismo parecía el interior de Ayla cuando conoció a Crier. Especialmente al final, en las últimas semanas, cuando comenzó a darse cuenta y se negaba a admitir, incluso a sí misma, que no podría matarla. Cada vez que la miraba, veía una nueva imagen. Un nuevo y hermoso color.

Crier esperaba. Su mirada era firme, pero tenía la boca y los hombros tensos, como si se estuviera preparando para recibir un golpe.

—No creo... —Ayla eligió las palabras con cuidado—. Que este mundo sea mejor con tu muerte. —«No, vamos, no seas cobarde... lo mínimo que le debes por esto es honestidad»—. No creo que lo sea.

—Ya veo —dijo Crier.

—¿Quieres saber por qué intenté matarte?

La pregunta pareció herir a Crier.

—¿Quiero saberlo?

—Esa noche intentábamos robarnos algo del estudio de Kinok —dijo Ayla—. Ese compás especial del que me hablaste. El que no apunta hacia el norte sino hacia el Corazón de Hierro. Queríamos robarlo, y para eso necesitábamos una distracción. Fui yo quien tuvo la idea de detonar tu alarma de peligro para que los guardias fueran a tu habitación.

—Fue tu idea —repitió Crier como hablando para sí misma—.

Claro. Sí.

—Estaba enojada. Con Kinok. Con tu padre. Con tu especie. Contigo. Conmigo misma. —Exhaló con fuerza—. Especialmente conmigo. Estaba *furiosa* conmigo, Crier. Y aterrada. —«De lo que siento por ti. Aún lo estoy»—. Por eso tomé esa decisión. Y fue incorrecta. No... no quiero decir que no haberte matado haya sido una decisión incorrecta... me refiero a todo lo que derivó en eso. Planearlo. Haber entrado a tu cuarto aquella noche. Si me odias por ello, no te culpo. Yo me odiaría si fuera tú. —Tragó saliva con dificultad. Su voz sonaba rasposa y apesadumbrada, llena de rabia y miedo hacia sí misma—. Fue una estupidez. Fui una *estúpida*.

Crier entreabrió los labios.

No era la versión completa de la historia. Pero Ayla llevaba años pensando en vengarse del rey Hesod. Él mató a su familia y ella mataría a la suya. Sangre por sangre. La chica había mantenido su historia en secreto. Solo tres personas conocían su pasado: Benjy, Rowan y Storme. La verdad permanecía ahogada en las profundidades de su ser. Y aún no estaba lista para descender a ese mar secreto y rescatarla.

—No tomaré esa decisión de nuevo —dijo solamente. Tomó un trozo de concha rota que tenía a la mano y lo arrastró por la arcilla, dibujando los símbolos que se le iban ocurriendo: sal, hierro, oro—. En cualquier caso, creo que ahora estamos del mismo lado.

—Siempre estuvimos del mismo lado —corrigió Crier.

Ayla negó con la cabeza.

—No. No cuando yo era tu criada.

—Oh. —Se quedó pensativa mirando el tranquilo movimiento del río—. Ya veo —dijo—. ¿Pero ahora que deserté...?

—Cuéntame cómo huiste de tu boda, lady Crier.

—Crier —pidió—. Simplemente llámame Crier.

—De acuerdo. —La chica escuchó el relato de Faye arriesgando su vida para ayudarle a escapar; cómo Crier confrontó a su padre sobre el plan de Kinok para destruir el Corazón de Hierro.

Era lo único que Ayla podía hacer para no mostrar ninguna reacción.

El objetivo de la Revolución siempre fue destruir el Corazón de Hierro. Acabar con los parásitos de un solo golpe, como lo hizo la sirvienta Nessa al rociar veneno sobre un enjambre de langostas: miles de cuerpecitos iridiscentes terminaron cubriendo el suelo, decenas de miles. Era lo que Rowan quería. Lo que Benjy quería. Lo que Ayla quería desde hacía tanto tiempo.

Sentada a la orilla del río, frente a Crier, la chica se obligó a imaginárselo: destruir el Corazón, la fuente de la piedra de corazón. Los parásitos no morirían inmediatamente. Había bastante piedra de corazón circulando fuera de la mina, en las caravanas de los comerciantes, en bodegas y sótanos, en cada pueblo, aldea, ciudad, estado, en Rabu, Varn y Tarreen. Los humanos tendrían que hacer guardia en el Corazón, defenderlo cuando llegaran los parásitos, que sin duda llegarían. Pero digamos que pierden, digamos que los humanos lograran proteger el Corazón y ya no hubiera nueva piedra de corazón. Podría tomar meses, quizá años para que se acabara. Pero se acabaría.

Ayla se imaginó la escena: Crier acabándose, Crier sin fuerzas, al borde de la muerte. Con los ojos vidriosos y la piel fría. Y se imaginó a la reina Junn y a Wender, el de la fiesta de la reina. A los niños en las parterías. A lady Dear, recién creada. A Delphi, aunque no conocía su rostro. Cuerpecitos bajo las sábanas blancas, hechos y destruidos sin más. Creados. Eliminados.

Era lo que Kinok quería para la humanidad, pensó Ayla. Esa destrucción, ese golpe sin fin de la muerte, esa masacre... El scyre era

malvado por desearlo. Estaba podrido por dentro, se lo comían los gusanos, podrido.

Los automas no merecían el perdón de Ayla. No los perdonaría. Pero tampoco permitiría que la convirtieran en una clase de monstruo.

—Voy a detener a Kinok —dijo Crier—. No sé cómo. Pero lo haré.

Ayla sacudió la cabeza para deshacerse de las imágenes de muerte y se concentró en el momento presente.

—Tenemos que hacer un plan.

La implicación de que tenían que hacer algo *juntas* se extendió entre ellas como el cuchillo con mango de hueso. Otro ofrecimiento.

—Sí, tenemos que hacerlo —murmuró Crier. Se pasó una mano por el cabello enredado con un movimiento extrañamente humano. Casi parecía ruborizada—. ¿Y tú? ¿Cómo llegaste hasta aquí, si estabas bajo la protección de la reina en Thalen?

Ayla suspiró.

—¿Has escuchado algo sobre los monstruos?

—¿Las Sombras? ¿Los automas envenenados por la Solanácea? Sí, sé bastante sobre eso.

—Pues la reina no. Se suponía que yo iba a platicar con los comerciantes de piedra de corazón para reunir información sobre el asunto. Se *suponía* que iba a ser fácil. Debí saber que sería imposible. Pero, la verdad, creí que si tenía algo de qué preocuparme, sería de los monstruos. De las Sombras. No me esperaba a los bandidos.

—La gente casi nunca se los espera —advirtió Crier, y Ayla soltó una carcajada que la sorprendió.

—El plan, necesitamos un plan —soltó Ayla de pronto. Tenía la cara colorada, como si llevara horas bajo el sol del verano y no junto a un río en pleno invierno—. Lo vamos a lograr.

—Sí —asintió Crier.

—Vamos a detener a Kinok —Ayla se sentía fresca, nueva, como el capullo de un manzano justo al final del invierno—. Encontraremos la Turmalina antes que él. Antes de que destruya el Corazón.

—Primero... vas a necesitar esto —Crier metió la mano en el escote de su blusa y sacó una delicada cadena de oro. El collar de Ayla. El relicario brillaba bajo la luz del sol. Crier había intentado devolvérselo antes, en Elderell, pero en aquel momento... Ayla estaba confundida y en shock, intentando comprender aquellas visiones del pasado y lo ocurrido tiempo antes. (La mano de Crier en su rostro, el aliento de Crier sobre sus labios.) En aquella ocasión Ayla lo había rechazado. «No lo quiero. Quédatelo. Ya no me interesa, aléjate de mí». Luego, lo vio aquella vez en la mano de Crier, cuando con un cuchillo intentaba convencerse de que *podía hacerlo*, de que podía matarla, de que podía derramar sangre. Crier dormía con el relicario.

Y lo conservó, pese a todo.

—Tómalo —dijo acercándolo a Ayla—. Es tuyo. Te pertenece.

Esta vez la chica aceptó. Se lo colocó en el cuello y lo abrochó con torpeza. Por primera vez en mucho tiempo el conocido peso del collar volvía a su pecho. Oro cálido, piedra roja, una estrella de ocho picos grabada en la superficie. Su relicario.

—Gracias —murmuró.

—Es tuyo —repitió—. Y este también. —Crier sacó un segundo relicario. El par gemelo que Ayla había visto en el estudio de Kinok. Quería examinarlo, explorar los recuerdos y secretos que vivían en el interior de aquel objeto, pero tendría que esperar.

—Quédatelo por ahora. —Le pidió Ayla. Si algo le pasaba a ella, al menos un relicario estaría a salvo—. Mantenlo escondido.

—Lo protegeré con mi vida. —dijo con el ceño fruncido—. Ayla. Tu brazo.

—¿Qué? —Se inspeccionó los brazos y se percató de la quemadura en la parte superior del miembro izquierdo. La manga de lana verde estaba hecha jirones y mostraba su piel maltrecha. Las heridas eran superficiales, pero aun así podrían provocar una infección grave—. Carajo —se quejó—. Bueno, tengo que limpiar esto.

—Un momento —dijo Crier, poniéndose de pie.

—¿Qué? ¿Adónde vas?

—Un momento —repitió, y caminó junto hacia el río esquivando charcos fangosos medio congelados.

Bueno. Ayla se acercó al agua limpia y helada y comenzó a limpiarse la herida de ceniza y sangre seca, usando sus manos como cuencos. Se sentía bien. El frío aplacó la confusión que aún le daba vueltas en la cabeza por el reencuentro con Crier, la incomodidad, la culpa y el miedo por lo que estaba por venir.

Crier volvió minutos después con un puñado de musgo verde y suave. Se acuclilló junto a Ayla y se lo ofreció sin decir nada. La chica lo tomó y se apretó el musgo contra el brazo. El alivio por el contacto frío y húmedo con su piel fue inmediato.

—Gracias —dijo.

—Sí —Y alejó la mirada más allá del río y del bosque.

El calor fue desapareciendo conforme avanzaba la noche. Sin muchas ganas, Ayla intentó pescar algo para cenar. Crier se ofreció a cazar un conejo u otro animal, pero ninguna quería arriesgarse a estar lejos de la otra ni un momento. Temían la presencia de bandidos, o cosas peores, merodeando por el bosque. Así que Ayla solo bebió agua del río y se pasó la noche agarrándose la barriga para engañarla y sentirse llena. Crier permanecía callada, escuchando, siempre escuchando.

—¿Te molesta si duermo? —preguntó Ayla, rompiendo el silencio. Durante casi una hora solo se oyó el croar de las ranas, el correr del

agua y el sonido del bosque. De vez en cuando, el aullido de un lobo solitario. El cielo había pasado del azul al negro y la luna tenía el color amarillo de un fruto maduro. Ayla se sentía agotada. Y medio congelada. No podían arriesgarse a encender una fogata, y ninguna de las dos tenía más abrigo que la ropa que llevaban encima. Ayla intentaba no tiritar demasiado, pero no podía evitarlo. ¿Por qué no se le ocurrió llevarse una de las pieles del carruaje antes de que todo ardiera? Tenía que relajar a consciencia la quijada para evitar el castañeteo de sus dientes.

—Ah... claro, duerme —dijo Crier. Estaba demasiado oscuro para ver su expresión, pero sonaba sorprendida, incluso apenada—. Perdón. A veces se me olvida que los humanos necesitan dormir todas las noches.

—Desafortunadamente. —Ayla se acomodó de lado, intentando encontrar un espacio sin rocas. Una vez más deseó tener una piel o un mantón para protegerse del suelo congelado—. ¿Estás... estás segura de que no te molesta? Puedes despertarme en un par de horas y te relevo para vigilar. —Dios, se sentía tan rara.

—Estoy bien. Duerme. Lo necesitas.

Ayla le dio la espalda a Crier y se acurrucó abrazándose las piernas para conservar tanto calor corporal como fuera posible. Un minuto antes estaba bostezando; sin embargo, cuando se dispuso a dormir, su mente se convirtió en una linterna que no podía apagar. ¿Cómo dejar de pensar en todo lo que Crier le dijo? ¿Cómo dormir sabiendo que Kinok estaba allá afuera, en alguna parte? Kinok y los demás monstruos.

—Te escucho pensando —susurró Crier.

—Claro que no —respondió Ayla con el mismo tono—. Ni tus oídos pueden hacer eso.

—¿Cómo sabes?

La chica abrió los ojos. Crier estaba sentada de espaldas mirando el río. Cuando su visión se ajustó a la azul oscuridad, pudo ver las manchas de sangre en la blusa de la joven.

—Bueno —dijo, un poco más fuerte—. ¿Cómo suena cuando alguien está pensando?

—Como abejas.

—Mentira. ¿Como el zumbido de las abejas?

—No. Como las patitas de las abejas cuando caminan sobre el pétalo de una flor.

—¡Eso no es un sonido real!

Crier soltó un resoplido burlón.

—Para ti, quizá no.

—Mientes. Lo sé porque suena falso. Es el mismo tono que usas cuando cuentas una historia.

Una pausa.

—¿El tono de... cuando cuento una historia?

Ayla reclinó su cabeza sobre un brazo, disponiéndose nuevamente a dormir. Una raíz le estorbaba la cadera y otra las costillas. Cómo añoraba la cama suave como una nube que dejó en el palacio de la reina.

—Mmm. Como la historia de la princesa y los tres animales que me contaste. La princesa en la... —Bostezó— tormenta de nieve. Con el conejo.

—La liebre —corrigió Crier.

—¿Son distintas?

—Sí.

—¿Y eso importa?

—... No.

Pese a que el frío no cedía, los ojos de Ayla comenzaron a cerrarse.

—Deberías hacerlo de nuevo alguna vez —comentó, sin poner

mucha atención a lo que estaba diciendo.

—¿Hacer qué? —preguntó Crier en voz baja.

—No sé —masculló Ayla—. Contarme un cuento. Te sabes muchos, ¿no?

—Sí. Sé muchos cuentos.

—Mmm. Pues no te los guardes. —Comenzaba a trastocar las palabras, balbuciente—. No se... no seas egoísta.

Ayla escuchó la risa suave de Crier antes de que su mente por fin se apagara.

Despertó durante la noche. A juzgar por lo oscuro del cielo, solo había dormido un par de horas. Aún no era su turno de guardia. Satisfecha de ver que todo estaba bien y que Crier seguía con la espalda erguida a la orilla del río, cerró los ojos para volverse a dormir. Pero de pronto se le ocurrió algo.

Sigilosamente sacó su relicario. Acarició la piedra preciosa con el pulgar y buscó a su alrededor un trozo afilado de concha. Sin pensarlo mucho se pinchó el pulgar con el filo de la concha. Una gota de sangre. Imitando lo que Crier le enseñó en Elderell, presionó el pulgar sobre el relicario para que la sangre embarrara la piedra roja. Y, de pronto...

...ya no estaba...

Sola.

Luz de fuego, amarilla y viva. Los manojos de hierbas secas colgando de unos travesaños proyectaban extrañas sombras sobre la pared; parecían manos queriendo tocar el suelo. Ayla estaba sentada en la orilla de una chimenea, con el calor del fuego a sus espaldas. Leo, a su lado, observaba a dos personas que estaban en el centro de la habitación. Una era Siena, pecosa y con rizos oscuros, tan parecida a Ayla. La otra estaba vestida completamente de blanco. Una Comadrona.

Estaban recargadas sobre la mesa, murmurando algo. Ayla se puso de pie, en silencio, aunque sabía que no podían verla ni escucharla. Lentamente, llegó al otro lado de la habitación y sus ojos se ajustaron a la penumbra, pues la luz de la chimenea no alcanzaba a iluminar hasta allí.

—¿Estás lista? —dijo la Comadrona.

—¿Importa? —respondió Siena.

Ayla vio a otra persona en la habitación. Una chica. Estaba acostada en la mesa, dormida o inconsciente o... dioses, ¿respiraba? Contó diez segundos, quince, y el pecho de la chica seguía inmóvil. Hasta un automa hubiera tenido que respirar en ese tiempo. ¿Estaba muerta?

Ayla se acercó aún más, hasta quedar junto a Siena. «Mi abuela», pensó, pero no se sentía real. Siena murió antes del nacimiento de Ayla, y su madre nunca quiso hablar de ella. La chica no se veía a sí misma con abuelos ni historia familiar.

Pero allí estaba: la historia de su familia. Su linaje. Siena.

Y su linaje tenía un cuchillo en la mano.

No, no era un cuchillo, pues la hoja era pequeña y curva. Parecía más un instrumento médico que un arma. Observaba confundida cómo Siena comenzaba a desabotonar y abrió la blusa de la chica muerta, cuidando de no exponer su pecho. Exhaló, nerviosa.

—Estoy lista —dijo Siena para sí misma—. Dioses, espero que funcione.

Llevó el cuchillo hacia el corazón de la chica y lo presionó. Ayla hizo un gesto de horror esperando ver sangre, pero no salió nada. Siena no hizo un corte; solo siguió con el instrumento una línea divisoria del ancho de un cabello que no era visible segundos antes. Con cautela levantó una pequeña sección del pecho. Era como la pequeña abertura de un relicario escondido en el pecho de aquella chica creada.

Ayla se acercó. La abertura medía apenas la palma de una mano; solo veía un brillo rojo en su interior. El corazón de la chica. A diferencia del fluido morado y aceitoso de la sangre automa, el corazón era rojo como el de los

humanos. Como la piedra de corazón. Algo andaba mal, y Ayla al fin lo comprendió: ese corazón no latía. El corazón automa late más lento que el humano; su sonido se parece al tic tac de un reloj; pero, a fin de cuentas, es un latido que marca los pulsos. El de la chica creada, en cambio, no se movía. Estaba en silencio, como una tumba.

—Hazlo rápido, pero con cuidado —ordenó la Comadrona. Ayla se sobresaltó al escucharla; se había olvidado de la presencia de la mujer—. Las venas son delicadas, especialmente si están vacías de sangre.

Siena asintió. Tenía el cabello pegado a la frente por el sudor, pero sus manos estaban firmes.

—Ya —dijo la Comadrona.

Ayla observó, fascinada, cómo Siena sacó el corazón de la chica creada, lo envolvió cuidadosamente en una tela blanca y lo puso a un lado. Cada movimiento estaba perfectamente calculado. En ese momento comprendió que Siena sabía lo que estaba haciendo. Sabía cómo manejar los órganos del cuerpo creado; lo sabía como un scyre, como una Comadrona, como un Creador. Tanto como sabía respirar. Ayla se concentró en el rostro de su abuela, más que en sus manos; estudió su perfil buscando las similitudes con su rostro. «Mi nariz», pensó. «Mi mentón».

El recuerdo cambió y todo se volvió borroso por un momento. Cuando se aclaró nuevamente, la Comadrona sostenía algo sobre el cuerpo de la creada y se lo ofrecía a Siena con ambas manos. Un bulto de piedra azul marino. Suave y pulida, no más grande que un puño. Tenía unos delicados grabados que Ayla pudo distinguir cuando se acercó un poco más. Eran símbolos alquímicos en círculos concéntricos. Los cuatro elementos, y oro.

Siena tomó la piedra azul y la acomodó en el pecho ahuecado de la creada. Se oyó un leve sonido, como hace una pieza al acomodarse en su sitio.

Una luz azul latía. El corazón se encendió por un instante. El recuerdo de Siena comenzó a cambiar nuevamente, entremezclándose de colores; todo parecía un enorme lienzo salpicado de pintura por todas partes. El color

plateado fue lo último que Ayla pudo ver. Dos puntos de luz plateados como estrellas.

La chica creada abrió los ojos.

—Yora —dijo Siena, susurrando.

12

Ayla despertó cuando el cielo comenzaba a aclararse y el azul oscuro se iba tornando de un color lavanda. Crier, que hizo de centinela toda la noche, observaba cómo el cuerpo de Ayla recuperaba la consciencia poco a poco: primero un movimiento en los dedos, el fruncir de cejas, los labios separados dejando ver los dientes, y luego las pestañas comenzaron a moverse. Sin abrir los ojos, tomó aire por la nariz y exhaló con un gemido gutural.

Abrió los ojos y miró a Crier a la luz suave del día.

—Se suponía que íbamos a hacer turnos —dijo, con la voz ronca—. Me tenías que despertar.

—Necesitabas descansar —respondió Crier, y se puso de pie. Se sacudió el fango de la ropa, pero solo logró embarrárselo más—. Puedes hacer guardia esta noche, si quieres.

—Mmm. —Intentó levantarse pero se le dobló una rodilla. Crier la tomó por el hombro, desconcertada. Y se desconcertó aún más al notar que la chica no esquivó el contacto.

—Estoy bien —dijo Ayla con los ojos cerrados—. Solo... mareada.

—Necesitas comer.

—Sí. Pero no sé cómo conseguir alimento. —Tomó aire lentamente y se estiró curvando la espalda. Crier la soltó del hombro—. Podría intentar nuevamente pescar algo.

Crier negó con la cabeza.

—Solo en el bosque podremos conseguir algo. Aunque no podamos cazar, puedo encontrar... hongos, moras, semillas, algo.

—¿Cómo sabes qué cosas del bosque son comestibles? —preguntó Ayla con curiosidad.

—Mi padre tiene muchos libros sobre herbolaria y botánica. He leído sobre los hongos, flores y corteza comestibles y... muchas cosas. Sé lo que crece en la zona en esta temporada. Es difícil, porque los días cálidos y las noches heladas matan las semillas, pero creo que puedo conseguir algo.

Ayla entreabrió la boca por un instante.

—Ya veo —dijo—. Pues vamos a buscar.

Se internaron en el bosque. La joven automa estaba atenta a los ruidos de bandidos y cazadores y a cualquier pisada que no fuera la de ellas. Tras una hora de no escuchar más que el canto de las aves, el crujir de las hojas y el croar de las ranas, se permitió relajarse un poco. El musgo del suelo formaba un colchón esponjoso y suave, y se fue cubriendo de un manto de hojas secas conforme se alejaban del río. Tomó aire y notó que olía a savia, a tierra mojada, a musgo y a madera pudriéndose por la lluvia. Le resultaba extraña la ausencia del olor a sal. En su casa... en el palacio del rey... era imposible escapar del aroma del mar. El movimiento de la marea sonaba como la respiración del mundo, yendo y viniendo, yendo y viniendo. Llenando y vaciando los colosales pulmones del bosque.

—Allí —anunció Crier, señalando hacia un montón de hongos blancos en la base de un árbol—. Esos son comestibles.

Ayla miró los hongos con desconfianza.

—¿Segura?

—Sí.

La joven esperaba una discusión, pero Ayla solo asintió. Recolectó los hongos y los comió inmediatamente, acuclillada sobre las raíces del árbol, con mordiscos inseguros al principio, luego a grandes bocados, agobiada por el hambre. Crier intentó no pensar en la que ella también estaba sintiendo. No había consumido piedra de corazón en... ¿dos días? Se le acabó. En ese momento su hambre era un leve dolorcillo, una comezón persistente, pero pronto se volvería más severa y los efectos comenzaban a sentirse: la espalda continuaba adolorida por las heridas y le costó trabajo mantenerse despierta toda la noche. Varias veces estuvo a punto de quedarse dormida.

Cuando Ayla acabó los hongos retomaron su camino. Les tomó un rato encontrar más alimento, pues el bosque congelado tenía poco que ofrecerles, pero finalmente dieron con más hongos y unas cuantas bayas verdes que bastaron para que la chica llenara su estómago. Volvieron a la orilla del río, donde acamparon, mientras la mañana continuaba sin señal de bandidos. Los silencios incómodos entre ellas fueron cada vez menos frecuentes.

—Espero que no llueva —dijo Ayla cuando Crier señaló las nubes oscuras que comenzaban a formarse—, es lo último que necesitamos. La joven automa estuvo de acuerdo—. Quizá podamos hallar un mejor refugio. Estos bosques están rodeados de granjas, tal vez podríamos refugiarnos en un granero.

—Ah, buena idea —Ayla pareció complacida.

De pronto Ayla comenzó a tararear algo sin darse cuenta, y Crier reconoció la tonada. ¿Qué no se la había cantado una vez? «Sigue mi voz más allá de las aguas salvajes de la tormenta. Sigue mi voz, deja

que te guíe a casa». Aquella vez sonó tan melancólica como ahora, a pesar de la luz solar, el canto de los pájaros y el borboteo del río. Una cancioncita triste y melodiosa. Una canción de anhelo.

La joven sentía el impulso de presionar a Ayla para que le diera más detalles sobre su estancia en Thalen. Meses atrás, cualquier cosa que tuviera que ver con la reina la habría fascinado. Pero ahora el nombre de Junn le causaba repulsión. No olvidaba la última comunicación que tuvo con la Comehuesos. «No te preocupes por la gallina desaparecida. Yo me encargué de ella», decía su carta.

La consejera Reyka, la única miembro del Consejo Rojo que fue amable con Crier y la tomó en serio, estaba muerta, y fue Junn quien la mató. Aunque no lo hubiera hecho con sus propias manos, fue ella quien dio la orden. ¿Por qué? Reyka estaba de su lado. Reyka estaba trabajando contra Kinok. ¿Quién mata a una aliada?

«¿Cómo pudiste?», pensó tantas veces, por las noches, llena de un sentimiento que la quemaba por dentro y que al fin identificó como rabia.

—¿Sabes de qué tengo ganas? —dijo Ayla, sacando a Crier de sus pensamientos.

El conocido brillo del río se hizo visible entre los árboles.

—¿De qué?

—De darme *un baño*.

Ayla corrió al río sin mirar atrás; cuando Crier salió de su sorpresa fue tras ella, avanzando cuidadosamente sobre el suelo resbaladizo. Ayla se introducía lentamente en el agua. Estaba vestida y descalza. Aunque hacía calor, el agua descendía de la montaña y estaba fresca. Crier se sentó bajo una sombra con la espalda recargada en una pared de tierra, con los ojos fijos en sus pies. A los automas no les daba pudor la desnudez, pero con los humanos debían guardar recato.

—No está muy fría —anunció Ayla. Crier levantó la vista de un impulso y la bajó nuevamente—. ¿Vienes?

—Yo no... No quiero... estorbarte —dijo levantando la voz para que Ayla la escuchara entre el ruido del agua.

—Es un río. Cabemos las dos. ¿No quieres limpiarte la sangre?

—Yo... —dijo en voz baja. No se le ocurrió otra excusa que no fuera «no puedo ver ninguna parte de tu cuerpo sin querer ver más», así que solo cerró la boca y se puso de pie. La chica tenía el agua hasta la cintura. Sus pantalones estaban recargados sobre unas piedras y aún no se había quitado la blusa. «Gracias a los dioses». Crier se quitó los zapatos y entró al agua, concentrándose en la fresca sensación en su organismo. Avanzó con pasos cautelosos, pues el fondo del río estaba resbaloso. Fango, arcilla, piedras planas y pequeñas conchas de ostras negras. Con cada paso levantaba una nube de cieno sobre el agua clara. Levantó la mirada y vio a Ayla en medio del río, quitándose la blusa. Tenía la espalda arqueada, los músculos de sus hombros flexionados y... ay... tenía pecas como en la nariz. Crier sintió deseos de rozar la curva de aquella espalda, apoyar en ella su mano; tocar la piel suave y tibia; recorrer las diminutas cicatrices que había dejado como puntos en un mapa, el rastro de una enfermedad humana. Una especie de viruela. El cuerpo de Crier era largo y delgado; el de Ayla, más pequeño, sólido y compacto, de oscura piel dorada, como tallado en bronce. Parecía la ilustración de un cuento de hadas, allí, bañada por el sol, con sus negros rizos enredados.

Ayla enrolló su blusa, la tiró a la orilla y se sumergió en el agua. Crier se quitó los pantalones bajo el agua y avanzó hasta cubrirse la cintura. Sintió el agua demasidado fresca pero agradable, después tantos días embarrada de sangre seca. Desearía tener al menos un jabón a la mano. Ni pensar en los aceites florales de baño con los que

creció, pero hizo lo mejor que pudo para quitarse la mugre. Medio nadando y caminando llegó a la mitad del río, donde el agua la cubrió hasta el pecho. Se quitó la blusa y se puso a tallar las manchas de sangre sin dejar de percibir la presencia de Ayla que chapoteaba a unos metros.

—Debería ponerte a lavarme el cabello y a vestirme —dijo Ayla después de un rato. Crier levantó la vista y se encontró con la chica, que la miraba con el agua hasta el cuello. Recordó la noche que pasaron en las oscuras pozas junto al mar Steorran. Aquella vez el agua también estaba helada.

—Sí lo haría.

Ayla la miró, sorprendida. Se hundió en el agua y salió un instante después.

—Era broma —le dijo, temblando.

—¿Tienes mucho frío? —preguntó Crier. Su cuerpo automa se había aclimatado a la temperatura, pero el organismo humano no funcionaba igual y era más propenso a enfermarse—. Deberíamos salir.

—Iba a lavar mi ropa, para que tenga tiempo de secarse antes de que se ponga el sol.

—Entonces yo me salgo —anunció Crier—. Lava tu ropa. No miraré.

—Te da pena —dijo Ayla, como si acabara de notar algo.

—No. A ti te da pena. —Crier frunció el ceño—. ¿O no?

Hubo una expresión fugaz en el rostro de Ayla pero Crier no alcanzó a captarlo. La chica tenía el cabello relamido hacia atrás y sus pobladas cejas negras le hacían verse mayor.

—Date la vuelta.

Crier obedeció, y se retiró hacia la orilla.

—Avísame cuando termines —dijo. Salió del agua con la ropa

mojada en la mano. El brillo del sol se reflejaba en sus hombros, brazos y en todo su ser. Puso las prendas a secarse al sol. Se exprimió el agua del cabello, estiró los brazos y las piernas para que el aire la secara. Se sentó en una roca plana bien iluminada, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. A su alrededor los sonidos del bosque: Ranas, aves, zumbido de abejas o cigarras. El tac tac tac de los pájaros carpinteros. El viento entre las hojas. El bosque respiraba igual que ella.

Crier se perdió en las sensaciones y no se dio cuenta del paso del tiempo, hasta que Ayla la llamó.

—Ya puedes ver —le dijo. Fue recobrando la consciencia de su ser poco a poco: primero los brazos, las piernas y por último la mente. Luego se dio la vuelta. Ayla estaba vestida nuevamente con su ropa verde y exprimía el agua de sus rizos. El sol colgaba en lo alto como una linterna. Crier perdió casi una hora. Quizá dos.

Ayla tosió.

—Ya puedes, eh... Creo que tu ropa ya se secó.

—Cierto —Se levantó, pero se fue de lado y terminó en el suelo.

—¡Oye! —gritó Ayla. Crier escuchó los pasos de la chica, luego su mano apretándole con fuerza el hombro—. ¿Qué...? ¿Estás enferma? ¿Te puedes enfermar? ¿Es por tus heridas? Creí que estaban sanando, dijiste que estaban...

—Piedra de corazón —masculló Crier, parpadeando con fuerza. El mundo se volvió borroso, luego recuperó la nitidez—. No he... consumido. En dos días. —Se incorporó—. Está bien. Aún me quedan un par de días antes de que la necesite con urgencia.

Ayla la miró con incredulidad.

—Te acabas de desmayar.

—No me desmayé. Perdí el equilibro. Como dijiste en la mañana... fue un mareo. Estoy bien. —Tomó aire para regular la respiración y

deshacerse de la niebla de sus ojos.

—¿Te sirve de algo la comida humana? Me hubieras dicho —dijo con extrañeza—. No me lo hubiera comido todo.

—La comida humana no me sirve. Me quitaría la sensación de vacío, pero solo por unos minutos. No puedo tomar energía de allí.

—Ah.

—Estoy bien —repitió llevándose las manos a la cara—. Solo me siento más débil de lo normal. Perdón por preocuparte. —Se avergonzó de haberlo dicho y esperó el inevitable «¡no me preocupé!»; la respuesta nunca llegó.

—Okey —dijo Ayla—. Antes que cualquier otra cosa, tenemos que conseguir piedra de corazón. —Al notar la expresión de Crier, soltó un resoplido burlón—. ¡Quita esa cara de sorpresa! No lograremos nada si te la pasas cayéndote. Hoy llenamos mi barriga, mañana llenaremos la tuya.

—Comprar piedra de corazón es mucho más peligroso que buscar hongos en el bosque. Tendremos que encontrar una aldea o un pueblo, disfrazarnos y buscar una forma de pagarla...

—O... —interrumpió Ayla.

Crier arqueó una ceja. En el rostro de Ayla había un gesto sospechoso. Como la mirada de un zorro astuto. La clase de expresión que anuncia una pésima idea.

—¿O...?

—O... Muchas de estas tierras son de nobles de Varn, ¿verdad? Como las fincas del sur en Rabu. Hay muchos automas ricos por aquí. Lo mejor será andar en campo abierto, ¿verdad? No sé si haya Sombras por aquí, pero no quiero arriesgarme a averiguarlo.

—De acuerdo —dijo Crier, un tanto insegura.

—Apuesto a que podemos convencer a algún noble de que nos alimente por una noche.

Seguía acuclillada frente a Crier, y había retirado la mano de su hombro. Un pensamiento patético: el calor de Ayla opacaba al mismísimo sol. Crier se imaginó que la mano de la chica dejó una huella dorada en su hombro; se imaginó el oro filtrando por la piel hasta los huesos. Qué ridículo necesitar piedra de corazón después de aquel contacto.

—¿No...? —empezó a decir Ayla con un gesto. En su rostro ya no se veía preocupación; miraba al cielo con los labios apretados—. ¿No crees que... quizá... sería bueno que te vistieras?

—Ah —Se miró su cuerpo—. Sí. Se me olvidó.

—Solo a ti te pasa —Crier la miró—. A ver, habla conmigo mientras te vistes. Te ayudará a mantenerte despierta. Mi hermano me ponía a hacer eso cuando tenía pesadillas.

Ayla la ayudó a vestirse, desviando la mirada. Por un momento Crier sintió estar viviendo días atrás, cuando la chica era su criada y ataba las cintas de sus elegantes vestidos, vertía aceites aromáticos en su tina y le trenzaba el cabello.

—¿De qué quieres que te hable? —preguntó Crier con la voz temblorosa.

—Cuéntame una de tus historias. Una que tenga un buen final.

—¿Cómo? ¿Qué es un buen final?

—No sé. Que sea... feliz. O algo parecido.

La joven se quedó pensando y ahogó un murmullo con los labios apretados.

—Veré qué puedo hacer.

Hace mucho, mucho tiempo, cuando las montañas apenas habían comenzado a nacer de la Tierra y el mundo entero estaba cubierto de nieve recién nacida, existió una niña llamada Hana, que vivía en una cabañita de madera con sus padres. Hana era una pequeña muy buena y muy lista. Ayudaba a su mamá a cortar la madera para la chimenea y a sembrar cebada en los campos, y a su papá a hacer pan y mermelada. Pero la aldea más cercana estaba al otro lado de un camino cerrado por la nieve, así que Hana no tenía amigos con quienes jugar. Se sentía muy muy sola. Intentó jugar con sus papás, pero como eran adultos ya no recordaban cómo hacerlo.

Un día, después de que Hana terminó sus tareas de la mañana, se sintió tan pero tan sola que fue como si le hubieran enterrado una daga de hielo en el corazón. Se sentó bajo un abedul blanco y, mientras cantaba en voz baja, sus lágrimas caían sobre la nieve:

«Hermano Invierno, Hermano Invierno,

¿Te puedo cantar una canción?

¿Me acompañas con tu ritmo?

Y juguemos como niños, para alegrar mi corazón».

Hanna no lo sabía, pero Invierno la estaba oyendo. Escuchó el suave latir en la garganta de Hana y probó la sal de sus lágrimas. Invierno no era particularmente sensible, pero la canción de la niña se abrió paso y se acomodó en su corazón gélido. Invierno cerró los ojos e hizo que Viento del Norte cantara con Hana. Un dueto frío y ululante.

Hana se rio. Viento del Norte se rio con ella.

Invierno podía tomar cualquier forma, así que se convirtió en una niñita y salió del bosque para ir a sentarse con Hana bajo el abedul. Eso fue todo.

Pasaron los años.

Invierno se había convertido en un amigo monstruoso.

Claro, a veces era bueno. A veces era una niña que jugaba y reía y bailaba

toda la noche para divertir a Hana y a sus padres. A veces cuidaba que los cultivos no se helaran y mantenía el jardín verde hasta el solsticio. Pero otras veces Invierno entraba por la puerta de golpe con una capa raída entre las manos y la sacudía, llenando de nieve el suelo. A veces se tumbaba frente al fogón con las piernas torcidas y le pelaba los dientes al fuego y al fogón mismo y al montón de madera húmeda apilada en una esquina. A la chimenea, hecha de ladrillos y barro negro. Al hacha. A veces Invierno se instalaba por meses, y eran tiempos terribles para la familia de Hana. Invierno no dejaba que la nieve se derritiera, ni siquiera en verano. Había tanta nieve acumulada, tanto hielo, que el tibio verano no podía hacer nada. Durante meses el sol no era más que una luz pálida, acuosa, entre los árboles vencidos por la helada, y su reflejo hacía extraños patrones que parecían pedazos de cristal regados sobre la nieve. Invierno era a la vez hermoso y terrible.

Los años se fueron acumulando como anillos en el tronco de un árbol. Pero Hana seguía considerando a Invierno su amigo y le seguía abriendo la puerta cuando este llegaba anunciándose a gritos. Lentamente, Invierno fue haciéndose menos duro. ¿Cómo podría no hacerlo? Ser cruel con Hana era como intentar detener el alba gritándole al sol. La crueldad es un desperdicio cuando se usa con los bondadosos.

Invierno creaba tormentas, pintaba de gris el cielo durante semanas, y Hana seguía cantando:

«Hermano Invierno, Hermano Invierno,
déjame lavar tu espalda cansada.
Te veo trabajar desde temprano
y volver con la noche agotada».

Invierno soltó un suspiro y dejó que Hana lo bañara, sin siquiera convertir el agua en hielo.

Hana creció y se convirtió en una joven fuerte. Llevaba su cabello negro en una trenza y tenía los ojos del color de la tierra fértil. Su corazón era una

estrella brillante como la nieve. Pero, como el equilibrio es necesario en todas las cosas, conforme la luz de Hana se iba encendiendo, la de sus padres se apagaba. La madre se enfermó de gravedad y su padre buscó a curanderos por todas las aldeas, pero no había té o tisana de montaña que pudiera salvarla. Necesitaba una medicina que se fabricaba en las aldeas pesqueras a la orilla del mar Steorran, al otro lado de la tundra. Su padre era demasiado viejo para hacer ese viaje. La madre le rogó a Hana que no fuera, pero, aunque noble, la niña era necia como una cabra, y salió de viaje al día siguiente.

A mitad del camino la atrapó una tormenta de nieve y Hana terminó irremediablemente perdida. Anduvo caminando torpemente por varios días sobre los campos de hielo, casi muerta de hambre y de frío, mientras cantaba:

«Hermano Invierno, Hermano Invierno,
Estoy perdida y asustada.
Prendo mi linterna,
Pero la oscuridad es demasiada».

Hana era tan pequeña y la tundra tan grande. Invierno no la escuchó.

Al fin, Hana estuvo tan débil que ya no pudo seguir. Se acostó en la nieve y entre lágrimas llamaba a su mamá y cantaba:

«Hermano Invierno, Hermano Invierno,
Estoy llamando a tu puerta.
Estoy diciendo tu nombre.
Estoy cruzando tu puerta».

Se acomodó en la nieve, miró el cielo nocturno e intentó pensar en cosas buenas: sus padres, la pequeña cabaña, la hoguera, sus vidas de canto y barro. El sabor del pan y la miel. Invierno bailando y sonriendo con los pies descalzos. Hana pensó en todas esas cosas buenas, pero el frío se le coló hasta los huesos, y ella siguió cantando:

«Invierno, mi dulce Invierno,

Siento tu beso en la frente.

Dormiré contigo hasta que amanezca,

Y seguiré durmiendo por siempre».

Hana cantó hasta quedarse sin voz; su piel se cubrió de hielo y su boca ya no pudo moverse. Lentamente, el calor abandonó su cuerpo. La sangre se congeló en sus venas. Los latidos se hicieron cada vez más débiles hasta parecer el aleteo de una mariposa y, después, nada.

La nieve cayó y cubrió su cuerpo como la ceniza en una pira funeraria. El Viento del Norte, que cantó con Hana tantos años atrás, sopló sobre ella, jugó por última vez con su cabello y se la llevó hacia las montañas del oeste.

El Viento del Norte le contó a Invierno lo que vio en la tundra y se preparó para recibir su azote de rabia.

Pero Invierno ya se había ido. Podía cruzar los campos de hielo en una exhalación, así que estaba a leguas de distancia.

Encontró el cuerpo de Hana sin dificultad. La chica estaba muerta, pero en su interior aún sobrevivía una pequeña chispa, la última brizna de calor en su corazón congelado. Solo bastaba esa chispa para perdurar y brillar con intensidad. Invierno no conocía mucho a los humanos; los años dorados que vivió con Hana fueron solo un instante, comparados con milenios de su existencia. Había visto esa chispa antes en las almas más nobles, las más cálidas.

El Invierno, cuyo corazón de hielo hacía morir congeladas las cosas verdes con solo tocarlas, se arrodilló junto a Hana. Tomó el rostro de la chica entre sus manos y le plantó sus labios helados en la frente, haciendo extender su aliento por todo su cuerpo.

Bajo el crepúsculo purpúreo, entre la nieve y la luna naciente, la chispa en el corazón de Hana volvió a encenderse.

Sin abrir los ojos, Hana cantó:

«Invierno, mi dulce Invierno,

Te escucho llamando a mi puerta.

Te escucho diciendo mi nombre.

Te escucho cruzando mi puerta».

Invierno la tomó de la mano.

Juntos cruzaron la tundra hacia el mar Steorran y encontraron la medicina que salvaría a su madre. Regresaron y juntos ayudaron a la madre a tomarse la medicina; y al padre cuando se rompió la tibia. Y ayudaron a sembrar los campos, a cuidar el jardín y a levantar la cosecha en el verano. Invierno siguió llevando su manto a las montañas, sobre la cebada y por todas las flores, dejando su toque mortal, pero su corazón había cambiado. Aunque la muerte era oscura, Invierno supo, gracias a Hana, que no era un vacío ni sombras ni negrura absoluta entre las estrellas. Muerte era tierra negra. Muerte era un vientre suave y antiguo.

Luego de muchos años juntos, finalmente le llegó a Hana la hora de morir. Estaba lista. Se tumbó en la cama y esperó. Su corazón seguía encendido.

Invierno estuvo todo el tiempo con ella.

Invierno sacó el cuerpo de Hana de su casa y lo cargó por el jardín y los campos de cebada. Por el río que tanto tiempo atrás se había llevado las cenizas de sus padres. Por las laderas de las colinas y las montañas. Luego acomodó a Hana en una cuna de piedra.

Las montañas abrazaron a Hana.

Y se hicieron una.

La chispa intacta de Hana se fundió en la piedra. No era Hana, sino su recuerdo. Su brillo. Su espíritu que resplandecería hasta el fin de las montañas.

Invierno cantó:

«Mi amor oscuro, mi amor ya muerto,

Duerme conmigo en la nieve.

Extráñame cada verano,

Y que sean piedra tus huesos».

13

Avanzaron lentamente por el bosque. Ayla sabía que Crier hacía todo lo posible para mantenerse firme y despierta. Al fin, vieron una enorme mansión a la distancia. El pulso de Ayla se aceleraba conforme se iban acercando. ¿Y si la casa era de uno de los automas que tomaron Solanácea? Podría ser un buen lugar para pasar la noche... o una trágica manera de terminar encerradas con un monstruo.

Pero el mismo riesgo existiría con cualquier finca que encontrasen, y Crier estaba cada vez más débil. Tenían que arriesgarse.

El lugar era pequeño en comparación con otras fincas. Tenía solo unas cuantas habitaciones y un patio rodeado de árboles, los mismos arbustos chaparros que abundaban en las colinas de Varn. La construcción de piedra color arena era grande pero austera. Alcanzaba a verse una cochera y lo que parecía ser un jardín de árboles frutales, con sus ramas desnudas y arqueadas.

Se detuvieron en la orilla del patio. Ayla intentó controlar sus nervios. Se sentía extraña, como el día en que el trío de criadas le

quitó a tallones siete años de mugre. Sin embargo, en esta ocasión, sin bien no estaba suave y brillante, se había limpiado en el río lo mejor que pudo y se recogió el cabello en una trenza bien formada. Había intentado controlar sus rizos salvajes, pero era una batalla perdida.

—¿Qué llama la atención de mi persona? —preguntó Ayla en el río, arrodillada en la orilla del agua mientras se limpiaba las uñas—. ¿Qué recordaría alguien de mí? —El objetivo era verse lo más común posible.

—Tus pecas —dijo Crier de repente y parpadeó rápidamente.

—No hay mucho que pueda hacer respecto a eso —Lanzó un suspiro—. Quizá... sea mejor que vaya sola y tú me esperes en un lugar cercano...

—No. En todo caso, sería al revés.

—¿Estás loca? No irás sola. Eres malísima para mentir.

Crier arqueó una ceja.

—Entonces supongo que iremos las dos. ¿Cuál será nuestra historia?

—Eh. No sé. Supongo que podríamos ser una noble y su criada; sería lo más fácil.

—No. No volverás a ser mi criada.

—¿Quién dice que tú serías la noble? Quizá podrías ser la criada.

—Lo acepto.

Ayla tosió.

—Yo... No, nadie será criada. Pensemos en otra historia. Podríamos inventar que andamos de viaje solas porque somos... esposas.

Se miraron por un momento.

—Es más común en Varn —aclaró Crier indiferente—. Entre especies.

—Tiene sentido.

—Sí, es verdad.

Un rato después Ayla pensó que la historia de dos amigas que viajan juntas también tendría sentido, pero cambiar de argumento en el último momento haría todo más engorroso.

—¿Estás lista? —dijo, mirando a Crier bajo el sol de la fría mañana.

Crier asintió.

Un sirviente humano las recibió con una reverencia mientras cruzaban el patio. A la chica le tomó un momento comprender que el gesto iba dirigido también a ella y no solo a Crier. En Varn, podría ser parte de la élite. Una humana podía entrar a los lugares más elegantes. Se sintió profundamente agradecida por la ropa que le regaló la reina Junn. No era vistosa, solo unos pantalones de lana ajustados en los tobillos, una blusa de lana con un fino brocado y botas con forros de piel, pero se notaba que eran de calidad, aun manchadas de lodo imposible de quitar ni con toda el agua del río.

—Unos ladrones de caballos nos atacaron a mi esposa y a mí —dijo Ayla al sirviente, imitando el acento de los cortesanos de Rabu, que era un poco entrecortado, como los pasos de un caballo sobre el adoquín. Ni siquiera vaciló al decir «esposa», lo cual la impresionó mucho—. Nos robaron todo... incluso la piedra de corazón que traía mi esposa.

Por el rabillo del ojo, notó que Crier se erguía y levantaba la mirada. No cabía duda de que era una automa y pertenecía a la realeza. Había algo en su presencia, aun cubierta de sangre, sin maquillaje y hambrienta, que lo delataba.

—Somos esposas —anunció.

Ayla sintió el impulso de esconder la cara entre sus manos, pero no lo hizo.

—Claro —murmuró el sirviente, mirando a ambas mujeres—. Le

avisaré a lady Shiza de su llegada, ¿señoras...?

—Clara —dijo Ayla—. Y mi esposa se llama Wender.

Aquella noche, las jóvenes se sentaron a la mesa de lady Shiza, una noble de Varn y cenaron con ella.

Seguramente lady Shiza tenía una edad avanzada, porque comenzaban a notarse las finas líneas alrededor de la boca y las cejas, y su piel delgada se asemejaba a la textura del papel. Llevaba el cabello muy corto y las manos llenas de joyas de plata, con al menos tres elegantes anillos en cada dedo.

—Por la compañía —dijo Shiza, elevando la copa. Sus joyas brillaron a la luz de las velas, y el oro de la copa lanzó unos destellos amarillos—. Por un buen trago. Por el hierro, los diamantes y la reina Niña, Fénix del Mar del Este.

—Por la reina —repitieron las jóvenes, y las tres dieron un trago a su bebida. Piedra de corazón líquida para las automas y vino tinto para Ayla, a quien además le ofrecieron pan y un tazón de sopa de calabaza. Tuvo que controlarse para dar bocados elegantes en vez de acabarse todo el pan de un bocado. Los hongos del bosque era lo último que había comido, así que estaba hambrienta. El vino sabía a un té astringente, tibio y amargo, con un regusto seco, casi metálico. Un solo trago bastó para que Ayla entrara en calor.

—¿Qué las trae a mi país? —preguntó Shiza, haciéndole una seña a un criado para que llenara su copa. La división entre humanos y automas no era tan marcada en Varn como en Rabu, pero los sirvientes seguían siendo humanos—. Las atacaron unos ladrones. ¿Fue cerca de aquí?

—No —dijo Ayla con voz tranquila. Ambas planearon la historia, pero no confiaba en la capacidad de mentir de Crier—. Íbamos viajando por la playa del lago Thea, justo por la frontera, del lado de Rabu, cuando nos atacaron. Era de noche y le prendieron fuego a

nuestro carruaje. Por el pánico, nos echamos a correr al bosque. Cruzamos la frontera sin darnos cuenta.

Shiza las miró ladeando la cabeza, intrigada.

—¿No tuvieron problemas con los guardias fronterizos?

—Creemos que fueron a ver el incendio del carruaje.

—Entonces la suerte estuvo de su lado. ¿Qué noticias me traen de Rabu? Cuéntenme del caos de la boda cancelada, la novia fugitiva y el ascenso del scyre Kinok.

—¿El ascenso? —dijo Ayla, mostrándose ingenua—. Sabía lo de la boda, pero no lo del ascenso. ¿En qué anda el honorable scyre Kinok?

—¿No se han enterado? El scyre Kinok y sus seguidores llevan días marchando al oeste, hacia las montañas. Pero... vamos, cuéntenme de la boda. Me encantan las bodas que terminan mal.

Ayla vio de reojo la mano de Crier sacudirse ligeramente sobre la mesa. «Contrólate», pensó, como si pudiera escucharla. Temía lo que podría pasar si Shiza empezara a contar chismes sobre el rompimiento de compromiso y la novia fugitiva.

—La verdad no sé nada —dijo Ayla, agitando una mano en señal de desinterés—. No suelo escuchar los chismes de la corte. Pero he oído algunos rumores de... —Pensó por un momento la mejor manera de describir a los monstruos, las Sombras, sin ofender a su anfitriona. Después de todo, las Sombras era automas—. Una... ¿una nueva amenaza? ¿En el norte?

—¿Hablas de las criaturas de ojos negros? Sí. Sé muy poco al respecto. Pero desde hace una semana, casi todos los días, veo un humo azul que sale de entre los árboles a unas leguas al oeste. Escuché el rumor de que el humo lo produce una especie de arma. —Sorbió un largo trago y sus labios quedaron enrojecidos—. Esos bosques solían ser zona de caza, pero todos los animales huyeron.

Primero, por las criaturas, y ahora porque el humo azul los aleja. Ese humo... y la sustancia que contiene. —Frunció las cejas y observó su copa casi vacía como si su interior guardara las respuestas, semejante a los cuencos mágicos de los cuentos—. Ojalá supiera más sobre ese asunto.

«Yo también», pensó Ayla.

El rostro de Shiza volvió a suavizarse. Miró a Ayla.

—No sabes nada de la boda del scyre y no escuchas los chismes de la corte.

—Yo... —Ayla se congeló. ¿Shiza sospechaba algo? ¿Había reconocido a Crier? Su rostro era un pergamino en blanco y su mirada penetrante—. Sí. Es solo que no me interesa, pero quizá pueda intentar recordar algo.

—No hace falta —El corazón de Ayla parecía un conejo corriendo entre la maleza, temía que Shiza las descubriera y llamara a un sirviente o a un guardia para detenerlas—. Pero no suelo tener tantos invitados como quisiera y me hace falta conversar. Por favor, si no puedes hablarme de la boda del scryre, cuéntame de la tuya.

Ayla hubiera preferido echarse a correr.

—Mi boda. —Miró a Crier, que en ese momento miraba el plato de pan que la chica tenía enfrente—. Nuestra boda. Claro. Pues fue hermosa. Wender no escatimó en gastos.

Al escuchar su nombre falso, Crier levantó la mirada.

—Es cierto.

—Fue... —Ayla había presenciado una boda una sola vez en su vida, cuando tenía cinco años. Lo único que recordaba eran risas, colores brillantes sobre la nieve invernal y un banquete comunitario para toda la aldea. Fruta cocida y pescado rostizado, pan blanco dulce y té con mantequilla. Baile, mucho baile. Las botas de piel salpicadas de nieve—. Fue en primavera. Cuando todos los árboles

frutales estaban llenos de flores y había pétalos por doquier, como un manto de nieve. Nos casamos por la mañana y pasamos los siguientes tres días comiendo, bailando, bebiendo y recibiendo regalos.

—Como dicta la tradición humana —comentó Shiza.

Ayla asintió.

—Ambas pensamos que sería más divertido así. ¿Verdad, Wender? ¿Wender, querida?

—Así es —dijo Crier—. Queríamos bailar el vals y otros ritmos.

—Tomaste tanto vino que te afectó —comentó Ayla—. Te tropezaste con mis pies.

—Tú casi tiraste una mesa repleta de postres —respondió Crier, enarcando una ceja.

—Pero no lo hice. Tú bailaste con cada uno de los cien invitados y luego intentaste trepar a uno de los árboles. En la oscuridad. Tuve que bajarte jalándote del tobillo.

—Era un ciruelo. Yo quería un ciruela.

—Y te la conseguí —comentó Ayla, con las mejillas encendidas.

Crier inclinó la cabeza.

—Sí. Y la compartimos.

—Todos, eh... Todos se preguntaban adónde nos metimos.

—Tenías flores en el cabello —dijo Crier con voz suave y dulzura en la mirada.

Enmudecieron por un rato, y de pronto Shiza habló.

—Pero... ¿quién fue? ¿Alguien que yo conozca?

—Tú cuéntale —dijo Ayla a Crier, y volvió a su sopa ignorando el calor que sentía y los escandalosos latidos de su corazón.

Shiza les ofreció un cuarto para que pasaran la noche, y habría sido sospechoso que lo rechazaran. Cuando terminaron de beber la piedra de corazón, y la chica otra copa de vino, Shiza encargó a una

criada que las acompañara al piso de arriba. Esperaron afuera de la puerta mientras la criada preparaba la cama y encendía el fuego en la chimenea. La habitación era amplia y cómoda; había una cama con dosel y un par de ventanas altas con vista al campo perdido en la oscuridad de la noche. En una esquina había un escritorio y en la otra un ropero. La luz amarilla de la chimenea bailoteaba en las paredes y dibujaba sombras en la blancura del techo.

Crier se sentó a la orilla de la chimenea para calentarse las manos.

—Gracias —dijo mirando el suelo.

Ayla quería preguntarle «¿por qué», pero temía cualquier respuesta que no fuera «por ayudarme a encontrar piedra de corazón». Tras pensarlo un rato, se sentó en el frío piso de piedra, junto a Crier, con las piernas cruzadas. Ahora que estaban solas, Ayla deseó tener un pedazo de pan o un tazón de sopa en la mano, no por hambre, sino para tener algo en qué concentrarse que no fuera la joven que tenía enfrente. Algo en que pensar que no fuera la última vez que estuvieron a solas en un cuarto como ese. En Elderell. En el Green River Inn.

Se acomodó en la orilla de la chimenea para disfrutar el calor después de haber dormido dos días sobre el suelo helado. Se abrazó una pierna contra el pecho y descansó el mentón sobre la rodilla. Podía sentir los ojos de Crier sobre ella. Tenían que hablar sobre lo que dijo Shiza, respecto al humo azul que sale del oeste, pero Ayla solo pensaba en Elderell. En las manos de Crier. En aquel beso. ¿Crier estaría pensando lo mismo, reviviendo los mismos recuerdos? Por primera vez Ayla pudo pensar más allá de la habitación iluminada por la luna, del cuchillo y la alerta de pánico. ¿Crier se arrepentiría del beso? ¿Significó algo para ella o lo olvidó para siempre? ¿Un automa... sentiría ese tipo de emociones? ¿Sentirían ese tirón en el vientre jalando como un anzuelo y haciendo desear

más, más fuerte, más profundo, más dulce? Desear tocar su cabello, su cintura, su cadera, desear... «No empieces», se dijo Ayla a sí misma, pero no podía evitarlo. La noche anterior, en el río, cuando vio el cuerpo entero de Crier se llenó de un anhelo para ella conocido. Tampoco su reacción era nueva. Ni sus deseos. Ni el pulso oceánico entre sus caderas. Piel con piel, dedos entrelazados. Recorrió con la mirada las gotas de agua que se deslizaban por el cuello de Crier, por su pecho, la curva de su espalda, sus piernas desnudas. Verlo no fue suficiente para ella. ¿Crier sentiría lo mismo? ¿Podía sentir lo mismo? Quizá ya conocía la respuesta. La forma en que Crier la tocó, en Elderell. Sus manos acariciando los brazos y el rostro de Ayla, los dedos recorriendo su cabello, sus labios entreabiertos...

La mirada de Crier. Aquella noche y ahora.

Ayla abrió los ojos, ¿en qué momento los cerró? Crier miraba el fuego con las manos entrelazadas sobre su regazo. Había un brillo dorado en sus ojos. Sin pensarlo, Ayla se acercó a ella, tomó su mano y le dio la vuelta, palma arriba. El contacto solo por el contacto. Miles de excusas se le agolparon en la mente, «estás llena y calientita y tienes sueño; no piensas con claridad. Solo estás feliz de estar viva y necesitas sentirte cerca de alguien», pero sabía que no había excusa para el deseo.

«No voy a fingir que entiendo por qué la quieres», le dijo Benjy en su momento. «Pero... lo acepto».

«Pues yo no», pensó la chica en aquel momento. «Yo no lo acepto. No lo aceptaré nunca».

—Las líneas están borrosas —murmuró, dando unos golpecitos en la palma de Crier.

La joven se quedó en silencio por un largo rato. Daba la impresión de que ni siquiera respiraba.

—¿Líneas? —dijo al fin.

—En tu mano. —Ayla levantó la suya—. ¿Ves? Las mías son más profundas. Más definidas. La línea de la cabeza, la del corazón… No me acuerdo de las demás. Algunas personas creen que las líneas en tu palma predicen el camino que seguirá tu vida. Cuánto vas a vivir. Qué tan feliz serás.

—Ya veo. —Crier se miró la palma moviendo la mano hacia un lado y otro en dirección a la luz del fuego, como si intentara descubrir líneas escondidas—. Entonces ¿qué significa una palma casi en blanco? —Sonrió con la mirada—. ¿Un futuro en blanco? ¿Felicidad muy borrosa?

—No. Si yo creyera en esas cosas, que no las creo, la verdad, diría que una palma en blanco es como una página en blanco. Un libro entero de páginas en blanco. Tú sabes contar historias. Apuesto a que encontrarás con qué llenarlas.

—Ah, o sea que yo escribo las líneas. No me parece un destino tan malo.

—No tiene nada de malo.

—¿Qué dice tu palma?

—¿Sabes? —dijo con una ligera sonrisa—. No estoy segura. Creo que esta —Tomó un dedo de Crier y lo llevó a su palma trazando la línea de arriba, justo debajo de sus callos—... es la línea de la cabeza. Quizá. La mía es algo corta. —Frunció el ceño—. Una línea corta para la cabeza. ¿Eso significa que soy tonta?

Crier sonrió abiertamente, aunque intentó disimularlo y arrugó la nariz.

—Tú sabes más de esto que yo.

—Mi línea del corazón también es pequeña. ¿Soy una tonta desalmada?

—La verdad es que todo en ti es pequeño.

—Discúlpate por decir eso —ordenó Ayla, sorprendida.

Crier negó con la cabeza. Dejó de sonreír pero la picardía aún alegraba sus ojos que la llama del fuego dejó de reflejar, pues se puso de espaldas a la chimenea.

—No todas podemos ser garrochas —bromeó Ayla disimulando un enojo. Intentó retirar la mano, pero Crier la detuvo. La chica se quedó sin aliento; podía jurar que todo su ser se contrajo con ese ligero contacto de los dedos de Crier rodeando sin fuerza los suyos. Los deseos se sacudieron en su interior y florecieron como peonías. En sus costillas. Entre sus pulmones. Bajo su esternón.

Crier miraba su mano sobre la de Ayla con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —susurró la chica.

—Quiero... —Casi sin pensarlo acarició con el pulgar los nudillos de Ayla. Luego negó con la cabeza—. Cuéntame más sobre tus clases con lady Dear —dijo de pronto—. O de tu amigo, el del cabello rizado. O de tu historia. De tu vida. De las semanas en Thalen. Qué hiciste. Qué no. Lo que quieras decirme, por favor, cuéntamelo.

—¿Por qué?

Crier tomó aire.

—Porque quiero saber cosas de ti.

—No soy un libro —Trataba de ignorar los traidores y escandalosos latidos de su corazón—. Excepto las palmas, no puedes leerme una vez y saber todo sobre mí.

—Entonces te leeré una y otra vez. —Algo en la expresión de Ayla le hizo sospechar que no era la respuesta correcta—. Ya lo sé —Parecía escoger cada palabra con mucho cuidado—. Sé que no eres un libro y no puedo saberlo todo. Sé que para ti es necesario que yo no lo sepa todo. O quizá que nadie lo sepa. Pero... si hay algo que quieras ofrecerme. Una historia. Un punto solitario de tu mapa interior. Una estrella en tu constelación, una puerta abierta. Lo

aceptaré, será un honor para mí, algo inolvidable.

—No creo que te vayan a gustar mis historias —Pensó en los cuentos que Crier narró aquella noche, durante la Cosecha de la Luna. No mucho tiempo atrás. Princesas y zorros, osos y caminos cubiertos de nieve y tratados de paz. En el bosque: Hana e Invierno, un alma fundiéndose en las montañas; otra versión de *para siempre*.

—Yo no... —Crier miró la negrura del fuego, el punto exacto donde las llamas nacen y mueren. Se tomó un momento para responder, como era habitual en ella. En esas pausas Ayla intentaba imaginarse qué pasaba por su cabeza. Cómo se ordenaban sus pensamientos y rebuscaba entre montones de palabras hasta encontrar las pepitas de oro—. Te comparas con un libro, pero yo no te veo así. Si quiero saber más sobre ti no es por... placer, o por diversión o por el deseo de dominar un tema. No quiero conocerte como se aprende un idioma, sino aprender de ti como persona. Como aprende la gente, sabiendo que nunca podré conocerlo todo. Que es imposible saberlo todo. —Sonaba un poco decepcionada y Ayla estuvo a punto de sonreír aunque no a modo de burla—. Porque mereces que te conozcan tanto como tú lo permitas. Y yo quiero ganarme la oportunidad de conocerte. Eso es lo que quiero. Más que cualquier otra cosa.

—Mi historia está empapada de sangre y está atada a la tuya.

—¿A la mía?

Había llegado el momento de contar la historia completa. Si Crier quería escucharla, necesitaba en primer lugar conocer ese vínculo.

—Vengo de una aldea del norte —Le parecía increíble estar contando su historia nada menos que a la hija del rey, después de tantos años—. Cuando tenía nueve años, los hombres del rey Hesod atacaron mi aldea. La quemaron hasta convertirla en cenizas. Casi todos murieron. Entre ellos, mis padres. Yo fui una de las pocas

sobrevivientes.

Crier permanecía inmóvil. Ni siquiera respiraba.

—Después del ataque escapé y llegué como pude a la aldea de Kalla-den. Estaba débil y hambrienta. Era invierno. Me desmayé en la calle. Debí morir. Así hubiera sido... pero alguien me encontró. Se llamaba Rowan. —Tomó aire e intentó controlar la avalancha de recuerdos que le traía ese nombre—. Ella me acogió. Eso hacía... encontraba a los niños perdidos, los salvaba, les daba un hogar. Benjy, mi amigo, el del cabello rizado, creció allí conmigo. Fue Rowan quien nos consiguió trabajo en el palacio del rey. Porque yo se lo pedí. —Notó la expresión de Crier—. ¿Por qué quería trabajar para el hombre que mató a mis padres?

Crier seguía inmutable con los ojos clavados en el rostro de la chica.

—Porque quería venganza —Miró a Crier. Tenía que decir aquellas palabras mirándola a los ojos, no se permitiría esconderse —. Devolverle lo que él me hizo. Descubrir quién era la persona más importante para él, y matarla.

—Esa fue la razón real —dijo Crier con la voz quebrada—. Por eso tú... esa noche. No fue solo para activar mi alarma de pánico. Oh, dioses. —Hizo una pausa y la confusión abrió paso al horror—. Pero... la primera vez que nos conocimos, me salvaste la vida. ¿Por qué?

—Me hice esa pregunta una infinidad de veces —respondió en voz baja—. Y... no lo sé. En ese momento te odiaba, te odiaba muchísimo. Quizá fue por instinto, quizá fue por... dioses, no lo sé. No pude dejarte morir esa noche en los peñascos y no pude matarte después. Creí... Tras la muerte de Rowan, creí que la ira y el dolor bastarían, pero no fue así. Ahora lo sé. Aquella noche, aunque no hubieras despertado, igual me habría echado a correr.

—¿Por qué? —susurró Crier—. ¿Por qué no pudiste hacerlo?

«Porque. Porque. Porque».

—Por muchas razones —Tomó la mano de Crier y la acunó entre las suyas—. Es algo que aún intento descifrar. Pero. Al final... ay, ya, ¿quieres saber algo vergonzoso?

Crier soltó una carcajada.

—¿Vergonzoso?

—Para mí —aclaró Ayla—. Debes entender esto: llevaba tanto tiempo anhelando la venganza. Siete años deseándola, siete años soñándola, siete años prometiéndome a mí misma que «los vengaré, haré que él se arrepienta, lo haré sufrir»... y al final... Creo que simplemente no está en mi naturaleza. Eso es lo vergonzoso. Mi secreto horrible y humillante. Nunca podría haberlo hecho. Aunque no hubieras sido tú y fueras exactamente como tu padre; aunque fueras cruel, monstruosa y todo lo demás que esperaba de ti, creo que nunca podría haberte matado. —Sus ojos ardían—. Soy una cobarde. Soy débil.

—No lo eres. No eres cobarde. Nunca has sido cobarde. La fuerza no es algo que se mide por la capacidad de hacer daño.

—Rowan era parte de la Resistencia —continuó, casi sin escuchar a Crier—. Era la líder, era una guerrera y quería desaparecer a tu especie, o al menos quitarles el control sobre nosotros. Quería liberarnos. Ella hizo cosas y se convirtió en lo que nosotros no queríamos ser... o en lo no debió haberse convertido. Pero lo hizo por nosotros, por un bien mayor, por el futuro de nuestra gente. Y a mí me tocaba matarte; se suponía que quería matarte, y no pude hacerlo. Aquella noche nuestra misión falló por mi culpa. Lo arruiné todo.

—Aun así, eso no te hace débil. Y no lo digo solo porque sea yo a quien iba dirigido tu cuchillo.

Ayla negó con la cabeza y parpadeó para deshacerse de las lágrimas.

—Yo no... no puedo estar de acuerdo contigo. Quizá algún día, pero aún no.

—Entonces esperaré a que llegue ese día.

«Quiero conocerte».

Ese pensamiento brillaba tanto como una estrella.

«Yo también quiero conocerte».

Ambas durmieron en la misma cama. Crier se quedó dormida casi de inmediato, o al menos lo fingió muy bien, pero Ayla se quedó despierta por horas. Escuchó la respiración lenta y tranquila de Crier cerca de ella. Si fuera valiente, habría surcado el poco espacio que había entre ambos cuerpos. Habría hundido su rostro en el cuello de Crier y aspirado su aroma; habría abrazado su cintura y entrelazado sus piernas. Si fuera valiente, es lo que hubiera hecho.

Pero no lo era, así que se quedó quieta en su lugar, recostada en su propia almohada. Cuando al fin se durmió tuvo un sueño agitado, con terribles pesadillas: los rostros de sus padres y de Storme se entremezclaban y se derretían como ceras, devorados por un fuego verde; luego el fuego se convirtió en remolinos de olas que arrastraban hasta el fondo del mar unas pequeñas casas de madera. Soñó con la reina Junn, con espadas ensangrentadas, una guerra... legiones de humanos en los huesos, enfrentándose a un batallón de automas con armaduras plateadas y brillantes como hielo o la luna derretida. Soñó con el Corazón de Hierro. Se veía como una cueva gigantesca, una boca abierta tan oscura como un agujero en el manto del universo. La oscuridad parecía moverse y salir de la cueva como sombras o llamas oscuras que cobraban vida y devoraban toda la luz. Luego las llamas le llegaban a los pies y empezaban a devorar su ropa. Quería gritar, intentó correr pero no podía hacerlo. Luego las

llamas tomaban el color rojo de la piedra de corazón, más líquidas que el fuego; el suelo comenzó a inclinarse y ella se deslizó por una colina fangosa hacia un río de agua roja y de una extraña textura. No parecía agua, parecía...

Sangre.

Ayla despertó de golpe antes de caer al río de sangre. Se quitó las cobijas de encima e intentó calmar su respiración. Tenía ganas de vomitar. Del otro lado de la ventana el cielo estaba oscuro.

Aún faltaba mucho para que llegara el alba.

14

Salieron de la casa de lady Shiza a la mañana siguiente, con un saquito de polvo de piedra de corazón y unas indicaciones para llegar hacia al oeste de la zona de caza, donde Shiza dijo haber visto un humo azul salir de los árboles. A dos leguas al oeste llegarían a las faldas de las montañas Aderos. Allí se dirigía Kinok, así que allí es a donde irían. Al principio fue un viaje sencillo. Solo tenían que caminar por los chaparrales y las hierbas amarillas. Luego las colinas comenzaron a elevarse y a volverse rocosas. Los obstáculos eran peores de lo que Crier había visto en el trayecto que hizo desde el palacio hasta las fincas del sur, en el lago Thea.

Los árboles eran más bajos que en el este, cerca del río Merra. Predominaban las arboledas de abedules flacuchos y desnudos por el invierno. Crier tomó la delantera para ir atenta a cualquier sonido que pudiera anunciar peligro. Fueron avanzando entre las colinas, esquivando rocas gigantes y grupos de árboles que empezaban a crecer. Pasaron algunas horas sin señal de nada inusual, nada relacionado con el humo azul. Habían estado caminando desde las

primeras horas de la mañana y, a juzgar por la posición del sol, era casi mediodía. Crier iba vigilando de cerca a Ayla. Pasaron junto a unos arroyos donde la chica al menos pudo beber agua, ya que no había ingerido nada desde la noche anterior.

Cuando Crier sugirió que se detuvieran en un lugar para pasar la noche, encontraron un claro rodeado de abedules jóvenes con rastros de un campamento humano. Al parecer, no hacía mucho que abandonaron el sitio. Los humanos habían intentado ocultar sus huellas, pues las orillas estaban regadas de cenizas mezcladas intencionalmente con la tierra, y había hojas secas esparcidas por todas partes. Crier podía sentir el tufo de la ceniza mezclado con los olores de la tierra y la pudrición y, sobre todo, podía oler... algo más fuerte, como el ozono de una bomba de humo, aunque no era exactamente eso.

—Crier —Ayla estaba acuclillada sobre las raíces de un árbol con el ceño fruncido—. Ven a ver esto, pero no lo toques.

Crier se acuclilló junto a Ayla y descubrió que de allí provenía el extraño olor a humo. La base del árbol tenía la corteza quemada y abierta como si le hubiera caído un rayo y provocado una herida profunda. Había un trozo de piedra incrustado en el centro de la abertura. Una gema azul, más oscura que el lapislázuli y el zafiro, como si no fuera realmente una piedra sino un trozo del cielo nocturno. ¿Sería eso lo que generaba el humo azul? ¿Era una especie de... contenedor de bombas? ¿O acaso era la sustancia misma?

Crier comenzó a inspeccionar el resto del claro en busca de más pistas. Vio algo brillante camuflado entre las hojas secas y la maleza.

Una pluma verde de la reina Junn.

Quedó atrapada en una zarza, como una mariposa en la telaraña. Por eso el viento la dejó donde estaba.

—Oye —dijo una voz.

Crier se giró de inmediato. ¿Cómo no escuchó que alguien se acercaba? A la orilla del claro un muchacho humano, no mayor que Crier, le apuntaba con una ballesta. Sin duda había pasado por mucho, porque lo primero que pensó fue: «Otra vez no».

—¿Podrías guardar eso? —dijo Ayla—. No estamos haciendo nada. Solo somos viajeras.

Los ojos del muchacho estaban fijos en Crier.

—No hay viajeros en estos bosques. Vendrán conmigo.

—¿A dónde? —preguntó Ayla.

—No queremos causar problemas —soltó Crier.

El chico negó con la cabeza, sin dejar de apuntar a Crier.

—No se puede confiar en nadie que ande husmeando en un lugar como este. Van a venir conmigo.

Crier y Ayla se miraron. La expresión de Crier decía «Hay que cooperar. Podría saber algo sobre el humo azul». Ayla expresaba sorpresa y rabia en la mirada, pero Crier decidió interpretarla como «Sí, buen plan».

El muchacho se ubicó detrás de ellas y las puso en marcha.

—No intenten nada —advirtió—. Pronto se hará de noche. Si intentan huir seguro terminarán en manos de las Sombras. No tendrían esperanza.

—¿Sabes? Me parece que eres tú quien atrae los problemas —le susurró Ayla a Crier mientras se agachaban para cruzar bajo una rama torcida y espinuda.

Crier casi le pregunta: «¿Seré yo?».

Pasó otra media hora de silenciosa y tensa caminata. Podía verse la puesta del sol detrás de los árboles cuando al fin llegaron a destino. El muchacho con la ballesta las llevó a una bodega de piedra de corazón: un silo de piedra donde almacenaban el polvo que luego recogían los comerciantes para venderlo por todo Zulla. A lo largo

de las montañas Aderos se localizaban unas cien bodegas de piedra de corazón, bien protegidas por los Vigilantes. Pero esta claramente llevaba años abandonada. Las paredes exteriores estaban más verdes que grises por el musgo instalado entre las piedras. Había enredaderas y parches de liquen verde por doquier. El techo parecía una alfombra de musgo con diminutas flores estrella.

—Entren —ordenó el muchacho, señalando una gruesa puerta de madera.

Era una amplia habitación circular con techos bajos. La bodega estaba oscura y fría. En una pared había una escalera de caracol que conducía al piso de arriba. El único detalle destacable era un fogón de buen tamaño, suficiente para asar un jabalí. Y, claro, el lugar no estaba vacío. Una docena de humanos andaba de un lado al otro, limpiando armas o acomodando unas bolsas de dormir en el suelo. Cuando se abrió la puerta todos levantaron la vista como ciervos sorprendidos.

—¿Fen? ¿Qué pasa? —preguntó alguien.

—Las encontré hurgando en el último campamento. Se las voy a llevar a Dinara —dijo el chico. Y luego, dirigiéndose a las jóvenes—: Arriba. Ahora.

Subieron las escaleras en fila con Crier a la cabeza. Al llegar al último escalón se topaton con una puerta de madera que daba a un pequeño cuarto pequeño. Seguramente era el lugar donde dormían los Vigilantes; en el espacio cabrían tres o cuatro catres nada más, con unas ventanas estrechas con apenas el ancho suficiente para dejar pasar una flecha. La luz del atardecer, cálida y del color de la miel, dibujaba unas franjas delgadas sobre el suelo empolvado. En una esquina había un portal cubierto por una manta que hacía de cortina.

—¿Jefe? —dijo el chico—. Traje algo que quizá quieras ver.

Se oyeron pasos, luego la manta se levantó y un muchacho salió del portal. Tenía la mitad de la cara llena de cicatrices que parecían de quemaduras. Miró a las jóvenes evaluando la situación; luego asintió mirando a Fen.

—La chica se puede quedar —sentenció—. La parásito se va.

Crier sintió su corazón como una manzana que cae de la rama y estalla contra la tierra, demasiado madura. Contuvo la respiración tratando de mantener su rostro inexpresivo esperando a que Ayla asintiera y dijera: «De acuerdo. La parásito se va...».

—No.

¿Había escuchado mal?

—Puedes dejarnos ir o podemos luchar hasta que nos suelten —dijo Ayla—. O, si son quienes creo que son, podemos quedarnos y trabajar juntos. Vi la pluma verde en su campamento. Nosotras también somos aliadas de la reina Junn.

Tanto Fen como el chico de las cicatrices se quedaron en silencio.

—Mmm. —Ayla dio un paso de lado acercándose a Crier—. Pues, o nos vamos o nos quedamos, pero no nos vamos a separar. Tomen su decisión. Yo ya tomé la mía.

—¿Trabajar juntos? —dijo el de las cicatrices—. ¿Con la parásito?

—Está de nuestro lado —les aseguró Ayla.

El corazón de Crier estaba...

Su corazón estaba...

El chico soltó una risilla burlona.

—Eres una tonta. ¿Crees que puedes confiar en ella? Por algo son tan buenos para mentir: no sienten culpa. Te está engañando. Para su especie somos sirvientes o cadáveres. —Luego se dirigió a Crier, con hielo en la mirada—. ¿Cuáles son tus verdaderos motivos, eh? Supongo que estás juntando datos sobre la Revolución para reportárselos a alguien. ¿Para quién trabajas? ¿Para el mismísimo

scyre?

—No —respondió Crier—. No soy espía. Jamás me aliaría con Kinok. Quiero detenerlo.

—Ella desertó —dijo Ayla, casi a gritos—. Desafió a su propia especie. Puso en riesgo su vida para escapar, para encontrarme y luchar a mi lado. Es nuestra aliada. Yo... —Vaciló, luego reunió todas sus fuerzas, se irguió para verse tan alta como podía y miró al chico con una severidad que Crier nunca había visto en ella—: Doy mi vida por ella.

—No me digas —comentó el muchacho—. ¿Y por qué debería yo...?

—Basta, Edrid.

Con la frase «doy mi vida por ella» en su cabeza, Crier giró para ver quién había hablado. Era una chica alta y musculosa. Aunque estaban en medio de la nada y el lugar se veía y olía como si sus habitantes llevaran días sin bañarse, ella traía los labios pintados de azul oscuro y las mejillas salpicadas por algo que parecía polvo de estrellas. Crier comprendió que era la líder.

Edrid abrió la boca para protestar, pero la chica levantó una mano y él solo hizo un gesto.

—Vengan conmigo —dijo la muchacha, mirando primero a Crier y luego a Ayla. Luego se dirigió a Fen y Edrid—: Vuelan a sus labores, ¿sí? Se acabó el show.

Crier podía sentir los ojos de Ayla puestos en ella, pero no podía mirarla. Aún no. No mientras su corazón siguiera vibrando y sus manos temblaran de ese modo.

«Doy mi vida por ella».

Crier y Ayla siguieron a la mujer hacia el cuarto cuya puerta estaba cubierta por una manta. Era una habitación pequeña, casi vacía; solo había un catre y una cobija de lana en un rincón.

—No es mucho —dijo volviéndose hacia ellas y señalando la manta—, pero es lo más privado que hay aquí.

—¿Para qué necesitamos privacidad? —preguntó Ayla—. ¿Qué quieres de nosotras?

—Respuestas. Pero primero... —Una amplia sonrisa irónica se dibujó en el rostro de la mujer mientras apoyaba una mano en el hombro de Crier—. ¡Un gusto conocerte, lady Crier!

Crier dio un paso atrás.

—Yo no... No soy...

—No te preocupes, conmigo estás a salvo —le aseguró, todavía sonriendo. El gesto le transformó la cara: unos hoyuelos se formaron en sus mejillas y se iluminaron sus ojos—. Te vi una docena de veces a lo largo de los años, siempre de lejos y tú nunca me viste. ¡Pero yo sí!

—¿Quién... quién eres? ¿Cómo sabes quién soy?

—Soy Dinara —dijo con orgullo—. Hija de Reyka, la Mano Roja. Si no me equivoco, conocías bien a mi madre.

«Hija de...»

—Es imposible —exclamó Crier—. Reyka nunca mandó a hacer un hijo, yo me hubiera enterado... y... eres humana.

La muchacha soltó un resoplido burlón.

—¿Qué te puedo decir? Mi madre era automa, mi mamá es humana, se enamoraron y querían un hijo. Mi mamá tenía un amigo humano y él aceptó ayudarlas. —Guiñó—. Y así pasó. Pero mi madre tuvo que mantenernos a mamá y a mí en secreto... supongo que entiendes por qué. Crecí en una aldea al sur, pero fui al palacio del rey un par de veces, haciéndome pasar por una de las criadas de mi madre. Fue entonces cuando te vi, lady Crier.

Crier intentó pensar en una respuesta, pero su mente estaba fija en «Mi madre era automa. Mi mamá es humana. Se enamoraron». ¿Era

cierto? ¿Dinara tenía alguna razón para mentir? ¿Qué tan frecuentemente pasaba eso? Crier sabía que la reina Junn mantenía una especie de... relación con su consejero humano, pero asumió que era solo física, porque... porque ¿cómo podía ser algo más?

«¿No soy la única?».

La idea fue una revelación, como el sol que brilla sobre las montañas y baña las aldeas y los valles. «No soy la única». La historia de Dinara lo cambiaba todo. Si ella no era la única, si no era una anomalía, la primera en sentirse así, entonces... quizá lo que sentía no estaba mal. Quizá no era un Defecto.

Después de todo, ¿quién la había condenado por eso? ¿Quién le dijo que estaba mal? Su padre. Kinok. ¿Quién la odiaría por eso? Los miembros del Consejo Rojo, la élite, a quienes no les importaba si los humanos vivían o morían. Crier no creía nada de lo que ellos dijeran. No la respetaban y ella no les debía ningún respeto.

Pero sí respetaba a la consejera Reyka.

—La aldea del sur —dijo Ayla, sorteando el silencio incómodo de Crier—. Se llama Elderell, ¿verdad?

—Esa misma —respondió Dinara. Su sonrisa desapareció—. Mamá sigue ahí. Intenté convencerla de que se fuera después de... de que nos enteramos de lo que le ocurrió a mi madre. Después de que el Consejo Rojo prácticamente hizo desfilar su cadáver por las calles de Yanna, fingiendo que estaban de luto. No creo que mamá esté a salvo en Elderell, pero no me hace caso.

Crier nunca supo que el consejo había encontrado el cuerpo de Reyka. Se preguntó si la reina Junn permitió que encontraran el cuerpo a manera de mensaje.

—Lo siento —dijo al fin—. Lamento mucho lo de tu madre. Merecía algo mejor.

—Todos lo merecemos. Pero mientras viva el rey Kinok, no lo

vamos a obtener.

—¿Sabes quién fue responsable de la muerte de Reyka? —preguntó Crier con mucho tacto.

Dinara desvió la mirada y su quijada se tensó.

—Tengo mis teorías. No importa quién haya dado la orden; sé que el scyre Kinok tenía vigilada a mi madre. La estaba siguiendo. Ella fue su opositora desde que él dejó el Corazón para convertirse en scyre. Mi madre sabía que era peligroso desde mucho antes de que fundara el Movimiento Antidependencia. Y... creo que de alguna manera él se enteró de la existencia de mamá y de la mía. Esparció rumores entre los Manos Rojas para hacerles creer que mi madre no tenía capacidad para ser consejera, pues era demasiado dúctil y eligió a los humanos sobre su propia especie.

Crier tuvo un recuerdo. La primera y última reunión con el consejo, cuando su padre cedió a Kinok el asiento vacío de Reyka, el consejero Shen dijo: «Quizá se fue con los humanos». «Ese es su lugar». Y luego, del propio Kinok: «Era extraño que a la consejera Reyka le... apasionaran tanto los humanos, ¿no es así?».

En aquel momento, Crier lo había tomado como una indirecta. Una burla de Kinok por su quinto pilar. La pasión. Pero si sabía que Reyka se había enamorado de una humana y estaba poniendo a los demás consejeros en su contra... No solo se burlaba de Crier, sino que insinuaba al Consejo Rojo que no valía la pena buscar a Reyka.

—Tenemos el mismo objetivo —dijo Crier, mirando a Dinara de frente—. Ambas queremos que Kinok responda por sus crímenes. Y... no es coincidencia que estés instalada aquí, en las faldas de la montaña, tan cerca del Corazón de Hierro. Lo estás buscando, ¿verdad?

Dinara se mantuvo en silencio. Sus ojos recorrieron el rostro de Crier, como si buscara alguna señal de engaño.

—Permítenos trabajar contigo —le pidió Crier—. Por favor. No tengo mucho que ofrecer, pero soy automa. Tengo sentidos automa. El Corazón de Hierro se construyó para mi especie, y quizá yo sea tu mejor herramienta para encontrarlo.

—En eso te equivocas, lady Crier —dijo Dinara—. Tú y tu chica pueden trabajar con nosotros, cualquier amiga de mi madre es mi amiga, pero ya tenemos la mejor herramienta para encontrar el Corazón.

Crier y Ayla intercambiaron miradas.

—¿A qué te refieres? —preguntó Crier.

Dinara se metió una mano bajo el cuello de la camisa y sacó una gruesa cadena de hierro con un dije aplanado, también de hierro.

Un compás.

Ayla ahogó un ligero grito.

—¿Qué? —dijo Crier—. ¿Qué es? —De pronto recordó que había visto ese objeto antes. En aquella reunión del Consejo. Kinok lo sacó y lo sostuvo con una mano por un extremo, dejando que se meciera de un lado a otro como el péndulo de un hipnotista, y las Manos Rojas parecían quedarse en trance. La presencia del compás provocó que se irguieran en sus sillas y miraran a Kinok con desconfianza, envidia y pasmo.

—Es un Compás de Hierro —anunció Dinara con una sonrisa perversa—. No necesitamos los sentidos automa para encontrar el Corazón, señora mía. Esta cosa nos llevará directo a él.



¿Crees que sea tan peligroso como todos dicen? ¿El Corazón?

Dicen que es el corazón de un gran monstruo. Una bestia del tamaño de una montaña. Dicen que es una cosa viva y por eso los parásitos lo vigilan constantemente; no quieren que nadie lo cace. Pero eso significa que es vulnerable, ¿verdad? No lo mantendrían vigilado si no fuera vulnerable y se le pudiera matar. Todos a quienes les he preguntado dicen que está en un lugar distinto, siempre en algún punto de las Montañas del Oeste, claro, pero nadie sabe en cuál montaña, y en su totalidad abarcan cientos de leguas. Sería como buscar una hoja en particular por todas las montañas doradas de Varn. Una piedra en particular por todas las minas. Una locura. Pero quizá yo ya enloquecí.

Si no tienen piedra de corazón, no tienen nada. Eso lo sabemos. ¿Cómo se hace? ¿El monstruo? ¿Las montañas? ¿Realmente es

solo una piedra preciosa que hay que sacar de una mina? No creo que sea tan simple. No puede serlo. No creo que haya nada natural en esa piedra. No creo algo tan terrible como eso nazca de este mundo. ¿Será creada, como ellos?

Quiero saberlo.

Quizá ya enloquecí.

Si recibes esto, R, no intentes detenerme. Es demasiado tarde.

DE UNA CARTA EN CÓDIGO INTERCEPTADA
POR SOLDADOS AUTOMAS,
CERCA DEL AÑO 30 EA

15

Ayla descubrió por qué los rebeldes acamparon en la bodega de piedra de corazón por tres días en vez de ir directamente al Corazón de Hierro. Estaban construyendo armas. Escuchó los extraños sonidos que venían desde abajo de los tablones. Estaba sentada en un círculo con Crier, Dinara y unos cuanto más, incluido Fen. El muchacho parecía tener como prioridad el ver con odio a Crier, lo que provocó que Ayla tuviera como prioridad verlo con odio a él. Comían pescado seco y pan duro y se pasaban una anforita de brandy de mano en mano. Ayla olisqueó la bebida, le dio un trago desconfiado y se estremeció. El único alcohol que le gustaba era el hidromiel y el vino rebajado con agua. El brandy le parecía más seco y amargo y más abrasador, todo a la vez. Sabía a lo que olía el cloro. Le pasó el ánfora al hombre que estaba junto a ella y notó que Crier la miraba entretenida. Le sacó la lengua como una niña, y Crier parecía divertirse aún más.

Inclinó la cabeza hacia un lado, como hacía siempre que escuchaba con atención y, segundos después, Ayla escuchó lo mismo: un

golpeteo como algo de metal contra una piedra. Parecía venir de abajo.

—¿Hay un sótano? —le preguntó Ayla a Dinara en voz baja—. ¿Hay alguien allá abajo?

La mujer dio un largo trago al brandy.

—¿Ya terminaste de comer? —inquirió. Ayla afirmó con la cabeza —. Les mostraré.

Se hincó en una esquina de la habitación y jaló una pequeña agarradera de metal pegada a uno de los tablones del suelo. Una sección del piso se levantó y reveló la entrada a un sótano oscuro. No había escalones, solo una escalera de cuerda maltrecha. Ayla intentó no expresar el miedo que le causaba internarse en la oscuridad subterránea. De verdad que no quería hacerlo. Pero los sonidos se escuchaban cada vez más fuerte y la curiosidad terminó por ganarle a sus temores.

—Vamos —Dinara comenzó a descender y Crier la siguió. Ayla iba por detrás, aferrándose con tal fuerza a la cuerda, que terminó con marcas en las manos.

Cuando llegó al fondo y los ojos de la chica se acostumbraron a la penumbra, vio que en realidad no estaba totalmente oscuro allí abajo. Sobre unas repisas colgadas en la pared, un par de lámparas lanzaban una luz tenue. En el centro de la habitación, tres hombres martillaban agazapados en el suelo sobre... algo.

—Aquí es donde almacenaban piedra de corazón —dijo Dinara—. Cajas y cajas apiladas para la venta.

—¿Qué hacen? —preguntó Crier. Tenía los ojos fijos en los hombres, que no despegaban la vista de su trabajo. Uno martillaba y otro tomaba las piezas y grababa algo en la superficie.

Sin esperar a que Dinara respondiera, Ayla se acercó hacia la luz y pudo ver que la piedra no era negra, sino azul, de un azul muy

oscuro.

—El humo azul —dijo, mirando a Dinara—. De aquí sale, ¿verdad?

—Le atinaste a la primera, niña —respondió la mujer.

Bombas. Estaban haciendo bombas.

Quizá Ayla debió sentir miedo; sin embargo, se sentía fascinada. Quería ver más de cerca. ¿Qué sería esa misteriosa piedra azul? Había escuchado sobre las bombas de salitre, pero nunca de algo como eso. ¿De dónde saldría?

Solo la última pregunta la hizo en voz alta.

—De las cuevas de Tarreen —respondió Dinara—. ¿Te has preguntado por qué Tarreen no es más que una jungla impenetrable? ¿Por qué hay solo unos cuantos asentamientos humanos y el resto del área es estratégicamente inútil? —Sonrió y sus hoyuelos volvieron a asomarse—. Tarreen no está tan abandonado, y no es tan inútil como cree el rey. Los tarreenianos saben esconderse, pero existen. Y poseen kilómetros y kilómetros de cuevas repletas de una piedra mil veces más potente que la piedra de corazón. Si conoces la magia correcta.

Ayla escuchó a Crier preguntar algo sobre los tarreenianos, pero había fijado su atención en el chico que sostenía con firmeza un pedazo de piedra azul para darle un martillazo. Azotó en el mismo punto una, dos, tres veces hasta que la piedra se partió y las piezas cayeron una a cada lado como el cascarón de un huevo. Ayla se acercó más para ver lo que grababa el otro chico sobre la piedra. No eran letras, sino símbolos. Reconoció el que representa el fuego, el salitre y el azufre.

«Mil veces más potente que la piedra de corazón».

Ayla tenía la convicción de haber visto antes esa piedra azul. Podría estar equivocada, pero en el fondo de su corazón, sabía que no. Era la misma que Siena introdujo en el pecho abierto de la

automa sin vida, en el espacio donde debía estar el corazón. Aún recordaba el modo en que la chica se retorció, como si le hubiera caído un rayo, y sus ojos se abrieron de golpe con los iris plateados y brillantes.

Creación. Destrucción. Un corazón y una bomba. La razón por la que Kinok la interrogó sobre el pasado de su familia.

Turmalina.

Allí estaba.

—¿Cómo puede ser más potente que la piedra de corazón? —preguntó Ayla—. ¿Acaso no son... solo rocas? ¿Cristales?

—Ah, pero no significa que sean lo mismo. Los cristales tienen propiedades distintas. El azufre arde, el fósforo brilla, el calcanto se disuelve en el agua. A una chimenea la alimentas con carbón. A un automa la piedra de corazón. —La repisa más cercana estaba llena de unas bolsitas de cuero del tamaño de un puño. Dinara tomó una y extendió la mano para enseñárselas mirando con seriedad a las jóvenes—. Todo depende de lo que hagas con el cristal, con esa materia, ¿no es así? El cinabrio se puede usar como veneno pero también como pigmento. Si inhalas polvo de cinabrio tendrás una muerte lenta y dolorosa, pero ese mismo polvo se puede convertir en la pintura bermellón más hermosa. Puede quitarte la vida o puede darle vida al arte. La alquimia no es la única forma de manipular una substancia para que haga una cosa u otra, para crear o destruir. No es la única magia. —Sus labios se curvaron de nuevo en una sonrisa natural—. Pero sí es la magia que nosotros usamos.

—Están canalizando la energía —señaló Crier—. Generando energía mágica al tallar esos símbolos en la piedra. Como...

—Pedernal y acero —dijo Ayla—. ¿Es eso? La piedra azul es el pedernal y, si se tiene la combinación correcta de símbolos, es como golpearlo con el acero para generar una chispa. Pero esto no genera

fuego, genera... como dijo Crier, energía. Así hacen los creadores la piedra de corazón, ¿verdad?

Por alguna razón, la sonrisa abandonó los labios de Dinara.

—Eso creíamos. Pero...

—¿Jefa? —Era el chico del martillo. Tenía el ceño fruncido y un pedazo de Turmalina apuntando hacia la luz de la linterna—. ¿Puedes venir a ver esto? No sé si esta veta será un problema o no.

—Un momento —dijo Dinara, y puso la bolsita de cuero en las manos de Ayla. Pesaba más de lo que parecía, como si contuviera algo tan denso como el plomo—. Toma esto. Por si acaso.

«¿Por si acaso?».

—¿Es una bomba? —chilló Ayla, con miedo a moverse un solo milímetro. Crier, a su lado, también soltó un gritito alarmado—. ¿Segura que debería tener esto entre las manos?

—No te preocupes —dijo Dinara, con un tono jocoso que no venía al caso—. No va a explotar a menos que lo lances.

—¿Y si se me cae?

—Probablemente no pase nada.

—¿Probablemente?

—Definitivamente. Definitivamente no pasará nada. —La atención de Dinara estaba puesta en el chico con el martillo—. Ah, debo encargarme de esto. —Sonrió nuevamente y se fue adonde estaba el chico, se acuclilló junto a él para analizar la Turmalina quebrada.

Ayla miró la bomba que tenía en sus manos.

—Probablemente —repitió.

—Yo la cargo —le ofreció Crier.

Ayla negó con la cabeza.

—Si alguien va a necesitar una bomba, seré yo, la pobre humanita. —Acarició la bolsita con un pulgar. ¿Adentro había un trozo de Turmalina? Seguramente—. No, yo la llevo.

—Con cuidado —le pidió Crier.

—¿No ando siempre con cuidado? —ironizó. La mirada de Crier fue como un golpe del pedernal contra el acero: primero calor, luego chispas; luego, Ayla, la yesca, empezó a arder.

Hacia el alba salieron de la bodega de piedra de corazón y comenzaron el lento y peligroso viaje por las montañas Aderos. Dinara, con el compás en mano, iba a la cabeza. Fen y unos cuantos rebeldes la seguían de cerca; luego Ayla y Crier, y detrás de ellas más rebeldes con los mayores en la retaguardia.

Ayla deseó que Rowan estuviera ahí.

O Benjy. O Storme. Se sentía tan desprotegida andando entre las rocas bajo los inclementes rayos del sol. Sin embargo, le alegraba tener a Crier a su lado. Mientras tanto el tiempo parecía irse apretando a su alrededor como un cordón.

El sol alcanzó su cénit y los rebeldes llegaron a un camino estrecho entre dos montañas. El sendero era apenas lo suficientemente ancho para que pasara un caballo haciendo zigzag por la ladera casi vertical. Fueron bajando uno por uno, provocando una lluvia de piedritas cada vez que alguien descendía. Ayla se detuvo. No había nada especial en aquel pasaje; era solo roca gris, suelo de tierra y el valle allá abajo. Había unos abetos verde oscuro y algo de musgo en las rocas, el único color que sobresalía en la superficie. Al otro lado del valle, se veía una densa niebla como la espuma del mar. Nada parecía estar fuera de lugar. No había columnas de humo ni nada sugería que no estaban solos. Pero algo le daba mala espina.

Ayla confiaba plenamente en sus instintos. Su mente estaba condicionada a sobrepensarlo todo, a dudarlo todo, «estoy paranoica, estoy viendo cosas, lo estoy imaginando», pero su cuerpo era el cuerpo de sus ancestros, de todos los que vivieron y murieron antes que ella. Traía un instinto ancestral grabado en la sangre, en

los huesos, en el corazón. Y nunca le había fallado.

—Crier —dijo, mientras la joven se acercaba a ella—. Espera.

Ambas se detuvieron a observar el valle cubierto por la niebla. Casi directamente debajo de ellas, los rebeldes avanzaban por el camino sinuoso.

—Con cuidado —susurró. Tenía la piel de gallina y los vellos del brazo erizados—. No sé qué sea, pero algo anda mal. Camina lento y mantén los ojos bien abiertos y los oídos atentos.

—Yo iré adelante. Tú atrás. —Crier miraba hacia el frente con la mandíbula apretada. En la penumbra sus ojos eran cafés, como los de los humanos. Se asemejaban al color de las hojas secas, el suelo del bosque y el agua revuelta en primavera, cuando los ríos se desbordan y corren sin control, creando vetas nuevas en un mundo viejo. Unos mechones habían escapado de la trenza y colgaban a un lado de sus mejillas.

—Oye —dijo Ayla.

Crier la miró.

—...olvídalo —masculló la chica—. Vamos, nos estamos quedando atrás.

Se deslizaron por la pendiente hasta el camino de abajo, Ayla tropezó y Crier aterrizó con notable agilidad, y corrieron para alcanzar a Dinara y los demás. El camino era mucho más complicado de lo que aparentaba desde arriba, más inclinado. A Ayla le recordó el jardín con gradas en el palacio de la reina, donde se reencontró con Storme. Salvo que estas gradas estaban disparejas y llenas de rocas; si daba un paso en falso terminaría cayendo por la ladera. El camino se abría paso entre piedras enormes y salientes de roca. El grupo lo recorrió lentamente, en silencio, muy atentos para no resbalarse. Dinara iba a la cabeza y Crier y Ayla en la retaguardia. Entre más se internaban en el valle, la intuición de Ayla gritaba más

fuerte: «Regresen. ¡Regresen!».

Más adelante se veían dos piedras altas que parecían enormes centinelas grises a cada lado del camino. De pronto, una voz resonó en los pensamientos de Ayla: una historia borrosa sobre una puerta a otro mundo. «Dos piedras altas como torres en medio de un campo de hielo desolado, como si un gigante las hubiera arrancado de la montaña y puesto allí. De lejos, el espacio entre las piedras parecía normal. Podías ver el campo de hielo al otro lado, nieve blanca y cielo blanco. Podías acercarte a ellas y no parecía ocurrir nada fuera de lo ordinario. Pero si seguías caminando... si pasabas entre ellas...»

La niña Ayla preguntó: «¿Qué, mamá? ¿Qué pasaría?».

«Nadie volvería a verte jamás».

Dinara, a la cabeza del grupo, llegó a las piedras y Ayla casi le gritó «Detente». Pero obviamente Dinara las cruzó sin ningún problema. Obviamente no desapareció ni fue abducida a un lugar desconocido. La chica se regañó a sí misma. Tenía casi diecisiete años, era demasiado grande para permitir que un viejo cuento la sugestionara. Siguió caminando; hacía un gran esfuerzo por no vacilar mientras ella y Crier se acercaban a las piedras. En un gesto infantil, al cruzarlas, contuvo la respiración como hacen algunas personas al pasar junto a una tumba. Obviamente no ocurrió nada y Ayla exhaló aliviada. El grupo había llegado a una especie de claro, un área de suelo plano, como el fondo de un tazón, rodeado de laderas de montañas. Dinara se detuvo a consultar nuevamente el compás, y el resto paró la marcha para esperarla.

—Esas rocas me recordaron una historia —dijo Crier, acercándose a Ayla—. Unos gigantes que de día se vuelven piedra y cobran vida de noche. En cuanto el sol se pone, pueden moverse y hacen cosas de gigantes. En el momento de transición de piedra a carne se tornan vulnerables, por tanto, está prohibido entrar a su territorio al

atardecer.

Ayla tenía la piel de gallina, pero intentó concentrarse en la historia y en la cadenciosa voz de Crier.

—Los gigantes dejan enormes cráteres en el lugar donde se acomodan para volverse piedra. Existe el rumor en una aldea cercana de que los cráteres que dejan los gigantes están llenos de oro y piedras preciosas. Un día, un aldeano fue a la montaña al atardecer para ver a los gigantes cuando estos despertaban. Al caer la noche el hombre se acercó e inspeccionó los cráteres, los cuales contenían pilas y pilas de oro y piedras preciosas, artefactos mágicos, tapices tejidos con los hilos más delicados y elegantes... Había tesoros suficientes para que todos en la aldea fueran increíblemente ricos por el resto de sus vidas. Pero el hombre pensó solo para sí mismo. Llenó su alforja, bolsillos, botas y sombrero de monedas de oro. Poseído por la avaricia, perdió el sentido del tiempo. —Crier relataba casi con un susurro, como si viera la historia ocurrir frente a sus ojos y no quisiera molestar a los personajes.

—Continúa —le pidió Ayla. Dinara y su mano derecha, Fen, estaban agazapados sobre el compás, susurrando algo. Los otros aprovechaban para beber de sus odres y sacarse las piedras de los zapatos.

—De pronto, el hombre se dio cuenta de que el cielo había comenzado a iluminarse. El amanecer estaba cerca y, con él, los gigantes volverían para acomodarse en sus cráteres. Los gigantes son criaturas de hábitos, ¿saben? Y, más que eso, sus cuerpos conforman la topografía de las montañas. Si se movieran cada noche a un lugar distinto la fisonomía del lugar cambiaría por completo. Los mapas serían inservibles y los viajeros se perderían. Por eso, los gigantes siempre volvían a los mismos cráteres. Solo quedaban unos minutos para que un gigante fuera a posarse en el cráter y el hombre

terminara aplastado. Aterrado, intentó escalar las paredes, pero llevaba la alforja, los bolsillos, las botas y el sombrero llenos de oro. Y el oro es muy pesado.

»Entró en pánico intentando trepar; el peso no se lo permitía. La solución más obvia era dejar el oro, pero el hombre estaba cegado de avaricia. La idea de dejar el oro le resultaba inconcebible. Prefería la muerte. El sol comenzó a salir y escuchó una avalancha de pasos agigantados que hacían temblar la tierra. Ya podía ver a los gigantes acomodarse en sus cráteres mientras los primeros rayos del sol los iban convirtiendo en piedra. Y el hombre siguió intentando sin sacrificar una sola moneda robada.

—Espero que al final el gigante lo haya aplastado —dijo Ayla—. ¿Sí lo aplastó?

—Sí. El gigante lo aplastó. El hombre murió con los bolsillos llenos de oro. En la siguiente puesta de sol, cuando el gigante despertó y salió del cráter, vio el cuerpo del hombre y se dio cuenta de lo que había ocurrido. Y se puso a llorar por su muerte.

—Me gusta esa historia —dijo Ayla—. Es muy... —Crier la tomó de la muñeca, la jaló hacia atrás y ella dio un grito—. ¿Crier, qué...?

—¡Dinara! —gritó Ayla, y su voz partió el silencio—. ¡Dinara, cuidado!

La advertencia llegó a tiempo. Medio segundo después, una sombra salió de atrás de una de las rocas tan rápidamente que de entrada Ayla no distinguía qué era. Luego la sombra hizo contacto con la espada de Dinara y la chica entonces se percató.

Aunque, la verdad, no estaba muy segura. ¿Un automa? ¿En descomposición? Su piel estaba gris, sin vida, como si le hubieran extraído todo el color y sus venas alcanzaban a verse a casi diez metros de distancia. Parecían serpientes negras recorriendo un cuerpo desnudo. Tenía la cabeza llena de calvas, como si le hubieran

arrancado varios mechones violentamente. Sin duda era una Sombra, esos monstruos que Storme había visto y que Ayla debía investigar; una misión que parecía habérsela encargado la reina un millón de años atrás, antes de que se encontrara con Crier y empezaran la búsqueda del Corazón.

La espada de Dinara se hundió en el torso de la Sombra. Incluso un automa quedaría incapacitado por una herida de tal magnitud. Sin embargo Ayla vio horrorizada cómo el monstruo se retorcía de un lado a otro como un pescado empalado, estirando las manos para agarrar el arma. La sangre oscura le corría por las muñecas y la frente, y se arrastraba hacia atrás para sacarse la espada.

Los rebeldes parecían paralizados por el shock. Dinara seguía luchando para liberar su espada de las manos ensangrentadas del monstruo y lanzó una orden.

—¡Saquen sus armas, tontos! —Los rebeldes se pusieron en acción justo cuando otro monstruo saltó desde un saliente y se azotó contra el suelo. Si fuera humano se habría destrozado las piernas. Pero la Sombra ni siquiera hizo una pausa, simplemente se levantó y se lanzó contra un rebelde.

—¡Crier! —gritó Dinara, y corrió hacia ellas. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, lanzó al aire algo pequeño y metálico que brilló bajo la luz del sol. El Compás de Hierro cayó a unos pasos de Crier—. ¡Recógelo! —ordenó Dinara, acercándose a la segunda Sombra—. ¡Recógelo y corre!

Crier no vaciló. Tomó el compás y se volvió hacia Ayla.

—¡Vámonos!

—Pero, los otros...

—¡Si intentas luchar contra esas cosas, te van a matar! —dijo Crier —. Una daga no puede detenerlos. Lo único que los mata es el fuego, muchísimo fuego. El suficiente para destruir sus cuerpos. No

podemos ayudar, así que tenemos que correr, ¡no podemos perder el compás!

—Las bombas de humo azul —dijo Ayla—. Tengo una, podría...

—No, aún no. Aquí no. Vámonos. Escucho que vienen más.

Ayla asintió y Crier la jaló por el claro, hacia los centinelas de piedra. La ladera de la montaña se elevaba a un lado del camino y descendía por el otro, formando una pendiente de roca bastante inclinada. Crier se detuvo por un segundo con la cabeza ladeada, enterró las uñas en la muñeca de Ayla sin darse cuenta, y giró a la izquierda jalando a la chica.

—Por aquí —siseó—. Vienen de arriba.

Bajaron por la pendiente con dificultad. Estaba bastante lisa, sin raíces ni nada de qué sostenerse. El descenso de unos tres metros fue doloroso y muy poco digno; Ayla terminó con las manos raspadas y sangrando, y el lado donde se levantó la camisa al caer bastante maltratado.

—¡Ay, eso dolió! —exclamó, flexionando los dedos.

—Lo siento —dijo Crier. De pronto, ¡Boom!. El suelo se sacudió. Cayó una lluvia de piedritas y una columna de humo azul se elevó del lugar donde estaban los rebeldes. Un instante, un suspiro y otra explosión, tan fuerte que Ayla tuvo que taparse los oídos. Un enorme trueno hizo eco por todas las montañas y el valle de abajo.

—Espero con todo mi corazón que haya sido Dinara —dijo Ayla con pesar.

—Deberíamos... —Crier estiró un brazo para tocar la ballesta que llevaba sobre la espalda—. Quizá podamos encontrar un lugar en lo alto para atacar a las Sombras a distancia.

Ayla asintió.

—No me gusta ser inútil.

—Serías más inútil si estuvieras muerta.

—Igual.

Empezaron a caminar por la pendiente aferrándose a las rocas. Crier iba adelante con firmeza mientras Ayla procuraba pisar las huellas que iban dejando los pasos de la joven. Más de una vez, Crier puso el pie para tantear la firmeza de una roca y esta se desplomaba lanzando una cascada de lutita entre una nube de polvo blancuzco. Pasaron varios minutos lentos y terribles para que lograran llegar nuevamente a la orilla del claro, pero ahora desde abajo. El aire era denso y olía a humo y azufre; Ayla podía percibir el asqueroso sabor sobre su lengua. El humo azul continuaba y, ahora que estaban más cerca, Ayla podía escuchar el tumulto de la batalla: gritos humanos, rugidos monstruosos y el golpe ocasional de un arma sobre la piedra.

Se acercaron aún más, trepando por una formación rocosa que conectaba con una de las paredes más bajas que rodeaban al claro, uno de los lados del cuenco. Ayla estuvo a punto de resbalar y Crier la tomó por la parte de atrás de la blusa y la sostuvo hasta que recuperó el equilibrio. Se arrastraron por la cresta de la formación de piedra y gatearon hasta la orilla, a unos cinco metros del suelo. Era difícil ver entre tanto humo; Ayla parpadeó para deshacerse de las lágrimas y recorrió la zona con los ojos entrecerrados. Allí... vio a Dinara blandiendo su espada en el aire. Eran más de una docena de humanos y solo tres monstruos, pero no parecían darse abasto. Ayla vio dos humanos tumbados en el suelo, muertos o inconscientes, era imposible saberlo. Quería ayudarlos, pero no podía lanzar la bomba sin lastimar también a los rebeldes.

Crier tomó su ballesta.

—Son demasiado rápidos —masculló con frustración—. No dejan de moverse. No sé si podré... Temo que vaya a darle a algún humano.

De cualquier modo, perdió la oportunidad, pues el mundo estalló y se cubrió de azul.

Ayla se fue para atrás por la fuerza de la explosión y terminó con un zumbido ensordecedor y las piedras encajadas en la espalda. Los rebeldes no habrían lanzado una bomba tan cerca de los demás. ¿Acaso una Sombra les robó el explosivo? Todo era humo denso, como una pared azul impenetrable. Ayla tuvo la sensación de haber caído al fondo del océano. ¿Dónde estaba Crier? A ciegas, casi sorda y temiendo que Crier estuviera inconsciente en alguna parte, se arrastró por el suelo hacia la pendiente aferrándose a la superficie rocosa con las uñas. Cayó y cayó, con el estómago revuelto. Siguió cayendo hasta que logró encontrar de dónde agarrarse con pies y manos, y se detuvo. El humo había comenzado a disiparse, y alcanzó a ver una roca grande y ahuecada a unos seis metros. Un escondite potencial. Ayla fue hacia allá, aferrándose a las piedras como una araña.

Algo se movió a su derecha.

Se lanzó contra ella y fue derribada por segunda vez en pocos minutos. El impacto hizo que el bulto se apartara bruscamente y la chica se levantó consternada tratando de averiguar quién la había atacado. ¿Un Vigilante? ¿Un rebelde confundido?

¿Algo peor?

El atacante apareció entre el humo azul.

—Tú —susurró Ayla—. Te conozco. Rosi.

La amiga automa de Crier, a la que fueron a darle el pésame. «Rosi». Ayla se petrificó por un instante, y eso bastó para que la automa se lanzara nuevamente contra ella. Ayla ni siquiera pudo gritar. Ambas rodaron por la ladera, una sobre la otra. La cabeza de Ayla iba estrellándose tan fuerte contra las rocas que empezó a ver puntos negros mientras Rosi le clavaba sus uñas afiladas hasta

sacarle sangre. Cuando al fin se detuvieron, la chica comenzó a arañar, patear y darle puñetazos en la cara. Tenía la mente en blanco del pánico. De alguna manera logró zafarse, pero solo por un momento, pues la automa volvió a tomarla del tobillo y a jalarla hacia ella. Sus ojos, aun la esclerótica, estaban completamente negros. Dos oquedades. Al igual que los otros monstruos, tenía las venas saltadas y negras. Su lengua azul oscuro se mecía de un lado a otro de una manera repugnante y tenía los dientes manchados y putrefactos. Era horrible, horrible, como un cadáver viviente. De pronto, la cabeza se le fue de lado y Ayla ahogó un grito: tenía una parte del cráneo abierta y la piel putrefacta se desprendía de la caja ósea expulsando una sangre ennegrecida. Seguramente recibió un duro golpe en la caída.

—Mierda, mierda —Ayla se retorcía el tobillo para soltarse y patearla en la cara, pero la automa se lanzó nuevamente sobre ella. A estas alturas la chica debería estar muerta, pero al ver el cuerpo destruido de Rosi comprendió por qué: Tenía la pierna izquierda destrozada y el hueso le había perforado la piel; sus muñecas parecían rotas, pues las manos se bamboleaban de forma extraña. Se movía como una marioneta, como si su cerebro diera las órdenes y su cuerpo intentara obedecerlas, pero sus reacciones eran torpes y lentas.

Tenía que tranquilizarse. Si entraba en pánico, cometería un error y terminaría muerta. Se arrastró hacia atrás sobre las rocas, alejándose lo más que pudo de Rosi, aunque esta seguía intentando alcanzarla. Estaban a unos veinte pasos de un talud.

Armas. Armas. Su daga no le serviría de nada, probablemente Rosi ni la sentiría.

La bomba de humo azul.

Buscó la bolsita de cuero que llevaba junto a la cadera. Estaba

mareada, le dolía la cabeza y sentía la sangre caliente en su rostro. Las heridas en la cabeza nunca son buenas. Como pudo, logró ponerse de pie, con la bomba en la mano, lista para lanzarla...

—¡Espera!

Crier. Venía bajando por la ladera, tapándose la boca y la nariz con el antebrazo para protegerse del humo azul.

—¡Quédate allí, Crier!

Rosi estaba nuevamente de pie, con los ojos volteados. El hueso salido en su pierna le causó repulsión a Ayla y por poco vomita.

—¡La conozco! —dijo Crier con la voz ahogada—. Podemos salvarla, sé que sigue allí, en alguna parte... ¡Rosi!

—Es demasiado tarde —gritó Ayla sin dejar de mirar al monstruo —. Lo siento, Crier, es demasiado tarde. No podemos salvarla, ella ya no existe. Ya no es Rosi. —Apretó la bomba con más fuerza en su mano. Solo tenía que lanzarla. El cuerpo de Rosi estallaría en pedazos. Crier no decía nada—. Lo siento, Crier. Pero no voy a cambiar su vida por la mía... o la tuya.

Rosi se lanzó contra ella.

Ayla escuchó a Crier gritar su nombre, pero no había miedo en su voz; ya no intentaba detenerla. Corrió torpemente sobre las piedras, y aun así era más ágil que Rosi. Tenía más control sobre su cuerpo. Escuchó a Rosi arrastrarse sobre las rocas detrás de ella haciendo un sonido gutural, un último aliento ronco y desgarrado. Empezó a tomar más velocidad, llevando su cuerpo hasta el límite.

Diez pasos más. Ayla jadeaba, agotada, adolorida y aterrada a la vez. Llegó hasta la orilla del talud y se dio la vuelta. Rosi iba contra ella con la lengua afuera y la piel de las manos hecha trizas. Iba contra ella y parecía no estar dispuesta detenerse.

En fracción de segundo, Ayla se aventó hacia un lado.

Y Rosi no.

Cayó sin hacer ruido. Ayla se asomó por la orilla del terreno inclinado, temblando y con náuseas. Fue una caída estrepitosa.

Sintió una mano sobre su hombro. Crier.

—Lo siento —La chica se disculpó nuevamente y Crier se quedó mirando fijamente el punto donde Rosi desapareció. Ese vacío.

—No, tenías razón —susurró Crier apesadumbrada—. Era demasiado tarde. Era... una tontería, y pudo haberte costado la vida.

—No creo que sea una tontería tener esperanzas por alguien. En el fondo no lo es.

Crier se mantuvo callada.

—Rosi, de la estirpe Emiele —murmuró Ayla. No sentía empatía por Rosi, quien adoraba a Kinok y alguna vez se refirió a ella como la mascota de Crier. Pero Crier la conoció por años, y acababa de verla morir—. «Naciste de la luz y a la luz volverás. Ahora, ve con las estrellas. Te han... te han estado esperando».

Se dio unos golpecitos en la frente con dos dedos y Crier hizo lo mismo. La luz del sol encendió el brillo dorado en sus ojos humedecidos de lágrimas.

Cuando lograron subir por la ladera, los Vigilantes habían llegado.

—Agáchate —susurró Ayla. Se agazaparon detrás de uno de los centinelas de piedra, observando con horror cómo los automas, que iban vestidos con capas negras y con el rostro escondido por unas brillantes máscaras plateadas, ataban por las muñecas a los rebeldes malheridos; muchos de ellos tirados en el suelo, parecían inconscientes. Ayla nunca había visto a un Vigilante ni conocido a nadie que los hubiera visto; el punto era que nunca, jamás, abandonaban el Corazón.

Hasta que uno sí lo hizo.

Crier ladeó la cabeza y escuchaba con atención.

—Alguien acaba de mencionar a Kinok —susurró—. Está... está

aquí. Dentro del Corazón. Los Vigilantes están diciendo... «Llévenlos con el scyre Kinok. Esperen sus órdenes». Uno acaba de decir «La señora y su criada no están aquí. Sigan buscando en las montañas».

Ayla maldijo.

—¿Cómo diablos saben que estamos cerca?

—¿No deberíamos hacer algo? —susurró Crier—. Aún tienes la bomba, podríamos generar una distracción.

—Son seis Vigilantes, y toda la gente de Dinara está amarrada —respondió Ayla—. Una bomba de humo no nos dará suficiente tiempo para desatarlos a todos; además, no podríamos derrotar a seis Vigilantes.

—Pero...

—Simplemente Crier —dijo dándole un golpecito—. No digo que no los vayamos a salvar. Pero no ahora. —Entrecerró los ojos, intentando ver exactamente qué pasaba. Uno de los Vigilantes parecía... estar pasando la mano sobre una enorme piedra donde se elevaban las paredes del cuenco—. Créeme, yo estaría encantada de hacerlos explotar, me muero de ganas por usar esta bomba, pero tenemos que pensarlo muy bien.

Crier asintió.

—Entonces... Espera. Mira.

El Vigilante había dejado de pasar la mano sobre la piedra, y ahora la tenía presionada contra un punto específico. Se recargaba en ella, como haciendo fuerza. De pronto la piedra se movió, el granito ondeó como si fuera una superficie de agua, se formó una fractura, una grieta, y la piedra se abrió como la concha de una ostra, revelando... oscuridad. ¿Roca negra?

No. La boca de un túnel.

—Allí está —exclamó Ayla, sin aliento.

Los Vigilantes se movieron rápidamente. Solo les tomó un par de

minutos para meter a todos los rebeldes al túnel. Luego los últimos dos Vigilantes los siguieron y la piedra volvió a unirse sin dejar rastro de haberse agrietado. A la chica le parecía imposible que una piedra pudiera abrirse de esa manera. Paradójicamente era una puerta escondida a la vista de cualquiera.

—¡Vaya!

—Vaya que sí.

Esperaron lo que les pareció una cantidad insoportable de tiempo, pero probablemente fue menos de una hora, a juzgar por la posición del sol. Luego, en silencio y aterradas, pasaron una última vez entre los centinelas de piedra y rodearon el borde del claro. Crier estaba atenta a cualquier señal de que alguien o algo, Vigilante o monstruo, se aproximara. Llegaron a la piedra.

—¿Te acuerdas dónde está? —preguntó Ayla, rompiendo un largo silencio.

—Sí, me acuerdo.

Crier puso la mano sobre la piedra. Al principio no pasó nada, luego el movimiento. Las ondas. De cerca era aún más extraño. Parecía una alucinación, un truco de la luz, porque la piedra no se mueve ni respira de esa forma. Tampoco se fractura de pronto y se abre. Ayla dio un paso atrás con cautela, especialmente cuando vio los símbolos diminutos que iban apareciendo sobre la superficie de la piedra, como si hubieran estado atrapados y algo, la luz del sol o la magia, los expulsaba al exterior. El idioma de los creadores. Reconoció alguno de los símbolos. Casi todos, en realidad. Dos en particular se repetían una y otra vez: tierra y mercurio, trascendente y mutable.

La puerta se abrió y se encontraron en la boca del túnel. No había nada más que oscuridad frente a ellas, pues el sol apenas alcanzaba a iluminar, como si las sombras fueran más densas allí adentro y no

permitieran el paso de la luz.

—¿Lista? —preguntó Ayla, aunque ella misma no se sentía lista. Odiaba esa clase de oscuridad y la estrechez del túnel. Sabía que la puerta se cerraría detrás de ellas y no sabrían cómo abrirla nuevamente. No tendrían más opción que seguir adelante aun sabiendo que un escuadrón de Vigilantes podría estar esperándolas. Odiaba todo lo que estaba pasando, y de todos modos tenía que seguir; si moría allí, la única culpable sería ella.

Aún le dolía la herida en la cabeza, aunque la sangre había dejado de correr.

—No —respondió Crier—. No realmente.

—Me alegra que estemos de acuerdo —dijo Ayla, y tomó aire—. Me hubiera preocupado un poco si estuvieras lista. Pensaría que tendrías un golpe en la cabeza.

—Tú sí tienes un golpe en la cabeza —señaló Crier.

—Y estoy haciendo mi mejor esfuerzo por ignorarla. Pero bueno, no podemos quedarnos aquí, donde cualquiera puede vernos. —Dio unos saltitos, pero se mareó, así que dejó de hacerlo—. Oye, ¿quieres simplemente colarte al Corazón de Hierro conmigo?

—Ya que estamos aquí… —respondió Crier con mucha solemnidad.

Juntas, una al lado de otra, se internaron en la oscuridad.

Ayla no veía nada y Crier apenas podía distinguir hacia dónde apuntaba la aguja del compás. Avanzaron por el túnel lo más rápido posible. Ayla iba aferrada a la blusa de Crier, quien de vez en cuando se detenía a escuchar si había alguien cerca. El suelo estaba disparejo y fangoso, y las paredes rocosas se sentían ásperas. Parecía que entraban a la madriguera de un conejo, a un reino de tierra y piedras al que nunca debieron meterse.

Ambas se mantenían calladas. El aire estaba cargado, como suele

pasar en los lugares sagrados, con ese silencio de las catedrales o los cementerios. Siguieron el compás hacia el centro de la montaña sin pronunciar palabra. Daba la impresión de que llevaban horas. Ayla se preguntó si el compás estaría roto; tenía la sensación de que caminaban en círculos, condenadas a perderse en ese laberinto oscuro y sin fin.

Justo estaba a punto de hablar cuando se dio cuenta de que el ambiente se estaba aligerando.

El aire seco y ahogado de las profundidades se tornó más limpio y una ligera brisa le acarició la nuca. Conforme seguían avanzando, las paredes de la cueva comenzaron a brillar por la humedad; Ayla pasó un dedo por la superficie y sintió el agua impregnada y la viscosidad del hongo. Pronto el lugar estuvo lo suficientemente iluminado para ver los hongos pálidos como liquen sobre la piedra oscura. Y, adelante, escuchó...

—Trinos —dijo Crier, rompiendo el silencio por primera vez desde que entraron—. ¿Escuchaste? Trinos.

—¿Cómo...? —No tuvo que esperar demasiado para hallar la respuesta.

Habían llegado a la orilla de una enorme caverna, extremadamente amplia. Parecía que hubieran vaciado una montaña entera, desde la base hasta la punta. El palacio del rey y todos los huertos y jardines cabrían allí y sobraría espacio. Ayla ni siquiera alcanzaba a ver dónde terminaba la cavidad, pues las paredes desaparecían en la oscuridad; pero, dioses, seguramente medía más de un kilómetro y medio. Nunca en su vida se había sentido tan diminuta. El sol se colaba desde arriba, y ella miró hacia allí intentando descubrir qué tan alto era el lugar, pero lo que encontró fue la fuente de los trinos: eran aves reales, volando de aquí para allá bajo la luz. Seguramente había una abertura, en la punta de la montaña, como la boca de un

volcán, que permitía el paso del aire fresco y la luz del sol.

Para iluminar el Corazón de Hierro.

El Corazón era un castillo enorme e imponente, casi tan alto como la caverna misma. Una fortaleza. Una colección de chapiteles. La base estaba formada por piedras negras y parecía aferrarse a la pared como un insecto enorme; como a la mitad, la fortaleza se incrustaba tallada directamente en el muro negro. Cientos de cuartos y torres, todos pequeños, como una ciudad en miniatura. Ayla alcanzó a ver unos enormes símbolos alquímicos grabados en las paredes lisas. Los cuatro elementos, más hierro y oro.

Un río subterráneo atravesaba la caverna y rodeaba la base del Corazón. Era verde, lento y serpenteante, y formaba una espuma verde claro en su superficie. Estaban a unos cincuenta pasos de la orilla del río. Ayla tomó aire y percibió el sabor salado y extrañamente metálico del agua.

—Sigamos —dijo con voz temblorosa.

—Sí —Se quedaron nuevamente en silencio.

La penumbra iba creciendo conforme avanzaban por lo que parecía ser un camino paralelo al río, que desembocaba en la fortaleza. Una luz danzarina apareció más adelante, como un fogón. Apresuraron el paso, ansiosas de salir de la oscuridad. La luz se fue haciendo más intensa: del rojo profundo pasó al naranja; luego al amarillo, como las llamas de una hoguera, y formaba sombras danzarinas en las paredes. Cuanto más se acercaban a la luz, más claramente se escuchaba... ¿una trilladora? ¿Un molino? Agua cayendo, sonidos metálicos, una especie de crujido, como el hielo de un lago congelado al quebrarse. Ayla había escuchado ese sonido en los campos de hielo de Delan, siendo niña.

—Creo que nos estamos acercando —susurró, y evidentemente justo en ese momento se les acabó el camino. O... no. El túnel estaba

bloqueado por una reja de hierro. Se asomaron a los barrotes y... Parecía que estaban en lo alto de un muro, sobre una enorme cámara subterránea. Y, dioses, estaba atestada de automas. Vigilantes. Todos iban vestidos de cuero negro como los herreros, y llevaban máscaras. Un denso humo blanco salía del centro de la caverna. Ayla alcanzó a ver fuego y una fila de enormes contenedores metálicos, como los calderos de piedra de corazón en las cocinas del palacio del rey, pero tres veces más grandes. Los ojos le ardían por el humo.

—Esta debe ser la fragua —susurró—. El corazón del Corazón. Están haciendo piedra de corazón.

Crier abrió la boca para decir algo, pero de pronto sus ojos se abrieron aún más.

—Alguien viene —siseó.

No tenían más alternativa que regresar por donde llegaron, así que se echaron a correr por el túnel, aunque los Vigilantes vendrían en la misma dirección. Ayla mantuvo los ojos en las paredes del túnel, buscando alguna ruta de escape, aunque fuera una grieta en la piedra... y entonces la vio. Una puerta redonda como una escotilla. Tomó a Crier por la manga y la arrastró, con la esperanza de que la puerta estuviera abierta y no hubiera Vigilantes del otro lado.

La escotilla las condujo a una habitación rojo sangre.

Ayla parpadeó, desorientada. Las paredes estaban llenas de candeleros con velas encendidas detrás de un cristal rojo que lanzaban una luz horrible, como de sangre. Por un momento, Ayla pensó ingenuamente que habían llegado al dormitorio de los Vigilantes. Había dos hileras de catres blancos, como el dormitorio de sirvientes en el palacio del rey. Y estaban ocupados. Doce cuerpos dormidos. La chica dio un tirón a la manga de Crier; tenían que salir de allí porque si los Vigilantes despertaban...

—No —susurró Crier—. Oh, no.

Caminó hacia uno de los catres. Ayla quería preguntarle: «¿Estás loca?». Se apresuró a sacar a Crier a rastras si fuera necesario, pero...

De cerca, no era... no parecía un Vigilante. Ni siquiera parecía un automa. Ayla frunció el ceño y algo se encendió en su cabeza, una especie de horror que ella aún no comprendía. Miró a la persona del catre. La persona humana. Tenía el rostro enjuto, y las mejillas y las cuencas de los ojos hundidas. Vestía ropa blanca, pantalón y camisa. Ayla notó que era la misma vestimenta que traían las demás personas que dormían allí. El resto del cuerpo que alcanzaba a ver: manos, pies, muñecas, brazos, estaban igual de esqueléticos.

—¿Qué...?

Había algo al pie de cada cama. Un contenedor de piedra con una pequeña manguera de metal, no más ancha que un dedo. Ayla lo siguió con la mirada la boca del contenedor hasta la orilla de la cama. La persona tenía las muñecas y los tobillos atados al catre y sus extremidades estiradas hacia cada esquina; la manguera corría por la orilla del catre hasta la muñeca de la persona.

—¿Crier? ¿Qué es esto?

Crier estaba inclinada sobre otro catre con los ojos desorbitados, tapándose la boca. Negó con la cabeza solo una vez, con desesperación.

—Crier...

—Este está vivo. Creo que la mayoría están vivos. Escucho sus latidos. Pero no todos.

—Crier, ¿qué es esto?

—Los están drenando. —Sonaba extrañamente tranquila, como si el horror la hubiera insensibilizado. Sus ojos pasaron de los catres y los contenedores de piedra al rostro de Ayla—. Los Vigilantes están drenando su sangre. La están... juntando.

Ayla se retiró del catre con pasos torpes y apoyó las manos en las

rodillas por un momento, intentando no vomitar. Respirar profundamente no la ayudó. El aire olía demasiado a sangre y lo sentía denso y aceitoso en la lengua y la garganta.

—Pero están vivos. ¿Podemos...? Tenemos que... sacarlos de aquí.

—Tendremos que despertarlos. Quizá no podrán moverse, pero debemos intentarlo. No podemos sacar a rastras unos cuerpos inconscientes.

—Doce —aclaró Ayla, contando los catres.

—No. Diez.

«Dioses». Sin decir una palabra más, pusieron manos a la obra. Ayla se acercó al primer catre e intentó despertar cuidadosamente a la persona. Presionaba su hombro murmurando «Oye, oye, despierta, por favor despierta». Era consciente de que podían atraparlas en cualquier momento. Si llegaba un Vigilante, sería su fin. «Por favor, despierta. Por favor, por favor».

Al fin la persona abrió los ojos y soltó un quejido de dolor.

—Lo sé —murmuró Ayla—. Lo sé. Lo siento tanto. Quiero ayudarte. ¿Puedes abrir los ojos?

La persona frunció el ceño y tomó aire con dificultad. Al otro lado de la habitación, Crier hablaba en voz baja con otra persona. Ayla intentó mantener la calma. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Cuánto tiempo habían perdido?

—Así, bien —le dijo a la persona—. Concéntrate, concéntrate, no entres en pánico—. Vas a estar bien. Por favor, abre los ojos.

—¿Hook? —susurró la persona.

Ayla frunció el ceño, sin comprender la pregunta.

—Por favor, abre los ojos. Por favor.

—Ayla —dijo Crier de pronto—. La puerta...

...se abrió.

—Las estuve buscando por todas partes —dijo una voz conocida

detrás de Ayla.

El corazón se le fue al suelo. Se dio la vuelta y buscó su cuchillo, pero algo le dio en la cara, una nube de polvo, una bruma amarillenta que le nubló la vista. Se sintió mareada de nuevo, diez veces peor que antes. El suelo y las paredes se movían de un lado a otro como una balanza. Subían y bajaban con un ritmo nauseabundo.

Lo último que vio fue un par de ojos brillantes a la luz roja de las velas.

Kinok las había encontrado.



Entonces se determinó que el mayor Defecto de la Humanidad era la «Emoción». Si los humanos no estuvieran tan dominados por ella, dominados, en sus propias palabras, por el corazón en lugar de la mente. Si la emoción fuera retirada de la ecuación, el Intelecto podría llenar el hueco. El Intelecto, la base de todos los logros y avances científicos, políticos y culturales. Los cuatro Pilares del alma humana, su prima materia, son Intelecto, Organismo, Pasión y Emoción (o, según algunos, Intuición). Los creadores decidieron, tras meses de debate, que los últimos dos pilares, como cualquier parte enferma, debían ser amputados por el bien del cuerpo. Solo quedaron Intelecto y Organismo.

En lugar de la Pasión y la Intuición, eligieron dos rasgos con muchas más probabilidades de dar como resultado el progreso de la especie automa; el progreso de una sociedad unificada, con todas las mentes

trabajando juntas por el mismo glorioso futuro, libres de la niebla de la Emoción. Así, los cuatro pilares que conformarían la prima materia de los automa serían Intelecto, Organismo, Cálculo y Razón. Así se decidió. Y así fue.

DE *Sobre la formación de los cuatro pilares*,
POR ELIRA, DE LA ESTIRPE NESTON,
782510832, AÑO 5 EA

16

La primera en despertar fue Crier y pasó la siguiente hora escuchando los latidos de Ayla.

Estaban en una especie de celda, una habitación pequeña en un hueco tallado en la pared de la montaña, con suelo y paredes de piedra. Una ventana estrecha cerca del techo dejaba pasar una tenue luz rojiza que permitía distinguir el rostro de Ayla. Ambas estaban encadenadas a la pared con unas esposas de hierro lo suficientemente gruesas como para contener a un automa. Crier estaba en un lado de la celda y Ayla a unos metros, en otra. La distancia impedía alcanzarla por más que jalaba las cadenas hasta su límite.

Solo le quedaba escuchar los latidos de su corazón.

Al igual que en el resto del Corazón de Hierro, el aire olía a humo y a cobre. Era pesado y les hacía llorar los ojos; seguramente estaban cerca de la fragua. Los latidos de la chica eran lentos y uniformes. Crier cerró los ojos dejando que todo a su alrededor desapareciera. Recordó, meses atrás, aquella mañana de cacería en el bosque.

Estaba quieta bajo un techo de hojas secas, con la madriguera de un conejo cerca de los pies. Cuatro pequeños latidos. En aquel momento el mundo olía a tierra y cosas verdes, a madera, a incipiente invierno. Entonces era la hija del rey Hesod, la prometida de Kinok. En aquel momento, el aire era frío y limpio, pero se sentía sofocada.

La respiración de Ayla era como la marea del Steorran. Un ir y venir. Antiguo, primordial. El ritmo más viejo, la primera canción.

Sangre en la boca de Crier. Su propia sangre. La textura era diferente, más delgada y aceitosa que la humana. Seguramente el sabor también era diferente. Los latidos de Ayla se aceleraron y Crier abrió los ojos. La chica se movía lentamente agitando los dedos, acurrucada de lado con el cabello sobre la cara. Tenía los brazos marcados por los arañazos de Rosi.

Hizo un ruidito y abrió los ojos.

—Hola —dijo Crier, intentando no sonar nerviosa.

Ayla frunció el ceño. Parpadeó una, dos...

—¿...Crier?

—Sí.

—¿Qué pasa?

—Kinok nos encontró. Utilizó un polvo muy fino para dejarnos incoscientes. Ahora estamos en una celda, posiblemente en un calabozo, aunque no lejos de la fragua de piedra de corazón.

—Nn. —Ayla se reacomodó, gimiendo—. Hablas raro cuando estás nerviosa.

—¿En serio?

—Más... formal. Como desconectada. No sé.

—Oh —dijo Crier, pensándolo—. Supongo que tiene sentido. Debe ser un mecanismo de defensa.

—Que estés nerviosa me pone nerviosa.

—Probablemente sí deberías estar nerviosa. Estamos en una

situación muy difícil.

Ayla se apoyó sobre un hombro e hizo un gesto de dolor.

—Entrar en pánico no ayudará en nada.

—Yo no estoy en pánico. Estoy considerablemente tranquila, a decir verdad. La velocidad de los latidos de mi corazón es la mitad que los tuyos; lo he estado regulando. Pero sí tenía la preocupación de que quizá no despertarías.

—Casi me dan ganas de no haber despertado —Ayla ya estaba erguida, con la espalda contra la pared de piedra—. Siento como si tuviera uno de tus gigantes en la cabeza, de los de tu historia, la de los cráteres y el oro, pisoteándome el cerebro. Me va a romper el cráneo.

—Claro, estás herida.

—Sí, gracias. Me di de topes contra una montaña. No se me va a olvidar pronto. Ah. —Se tocó la sien y sintió alivio al ver sus dedos limpios—. Horrible. Pero, bueno, ¿tenemos un plan? Supongo que no tienes la fuerza necesaria para liberarte de esos grilletes.

—Lo intenté.

—¿En serio? Ojalá hubiera estado despierta para verlo —Se aclaró la garganta—. Si eso no es opción... entonces ¿qué?

Crier negó con la cabeza.

—No hay ventanas útiles, casi no se alcanzan a distinguir las orillas de la puerta y no hay manija por dentro. Y, aunque hubiera, no la podría alcanzar sin romper las cadenas, lo cual ya dijimos que es imposible.

—Carajo. Quizá...

—Shhh —siseó Crier, y el corazón se le atoró en la garganta. Podía escuchar pasos afuera. Conocía esos pasos—. Finge que estás inconsciente.

El scyre Kinok entró a la celda.

—Sé que estás despierta, criada —dijo, mirando a Ayla.

Ayla abrió los ojos y lo miró con odio, desafiante, a pesar de estar encadenada, con sangre seca en la sien, cubierta de polvo y arañazos.

Kinok miró luego a Crier, evitando a Ayla de manera evidente.

—Lady Crier. Te extrañé en nuestra boda. Me hiciste quedar como estúpido.

—Te merecías algo peor —escupió Crier. La palabra *boda* le trajo todos los recuerdos de aquel día: su espera silenciosa mientras las criadas la acicalaban, cuando llamó a Faye y le rogó desesperada que entregara su carta. Crier sintió la ira solidificándose en su interior, como acero fundido al que se le da forma de espada—. Conozco todos tus planes, Kinok. Sé que estás buscando la Turmalina. Sé que has estado envenenando a tus propios seguidores con Solanácea, aunque eso fue un error, ¿verdad? Un experimento fallido. —El rostro de Kinok seguía impasible, aunque un destello de molestia se reflejaba en sus ojos—. Sé que quieres destruir el Corazón de Hierro. Hacer que nuestra especie dependa de ti. No te lo voy a permitir.

¿O sí?

El día anterior, habría hecho cualquier cosa para detenerlo. Pero...

Esa habitación.

Los cuerpos.

La sangre extraída lentamente de sus venas.

La piedra de corazón era una gema roja que se extraía de la tierra y se cargaba de energía alquímica. Eso todos lo sabían.

—¿No me lo vas a permitir? Qué palabras más atrevidas viniendo de una niña encadenada —dijo Kinok, con expresión indolente—. Tu ingenuidad no deja de decepcionarme, lady Crier. Cómo desperdicias tu inteligencia. Tu Razón. Te podrías haber unido a mí, ¿sabes? Aún puedes hacerlo. Soy muy indulgente. —Se agachó para quedar a la altura de Crier y disecarla con la mirada—. Te conozco,

lady Crier. Leí todos tus ensayos. No hay nada que anheles más que ser parte del Consejo Rojo, ¿verdad? Quieres heredar el trono de tu padre. Somos más parecidos de lo que crees. Los dos queremos poder, lady Crier. La diferencia es que yo sí sé cómo tomarlo.

Crier se mordió la lengua y le sostuvo la mirada sin vacilar, negándose a mostrarse débil; no le daría ese gusto.

—No es demasiado tarde para ti. Ven conmigo y serás mucho más poderosa que tu padre. Ese viejo tonto que hace su nido sobre los huesos de una civilización muerta. *Tradicionalismo* —lo dijo como si fuera una palabra maldita que le dejara un sabor repugnante en la boca—. No tenía visión. No tenía idea de cómo innovar. Imagínate lo que podríamos crear juntos, lady Crier. Imagínatelo: hermosas ciudades automa libres de suciedad. Nuestra especie en el poder, como debe ser. Los humanos son criaturas tan básicas. Son perros que se revuelcan en su excremento. No hay esperanza para ellos, hace mucho que dejaron de crecer y su tiempo se acabó. Pero para nuestra especie... no hay más que gloria en nuestro futuro. Gloria eterna. Gloria inmortal.

—Quieres matarlos a todos —dijo Crier sin emoción. «Y luego ser rey. Por siempre».

—No, no a todos. Además, no necesito matarlos. El destierro será suficiente. Que la reina Loca los acoja; le encantan.

—Me das asco —soltó Crier, mirándolo a los ojos—. No eres como yo.

—¿No? —Kinok fingió sorpresa—. Por favor, ilumíname.

—Yo no quiero poder. No quería unirme al Consejo Rojo por ambición. No me interesa ser poderosa. Quiero hacer que las cosas mejoren. Quiero crear un mundo mejor. —Le temblaban las manos pese a la claridad de su mente—. Tu sueño es monstruoso. No te importa cuántos mueran, a cuántos aplastes a tu paso. Jamás me

uniré a ti. Al contrario. Lucharé contra ti hasta mi último aliento.

Kinok la observó por un largo momento.

—No es tu último aliento lo que me interesa, lady Crier. Es todo lo que está antes. —Desenfundó su espada brillante en la penumbra rojiza, y la blandió en un arco. Crier se tensó, preparándose para recibir el ataque.

Pero el arma de Kinok no se lanzó hacia Crier.

Sino hacia Ayla.

La punta de la espada descansaba en su garganta. La sangre aún no comenzaba a correr.

—¡No! —exclamó Crier. Su voz sonaba extraña en sus propios oídos, plana y sin vida. No podía dejar de mirar la punta del frío metal en la delicada piel de la chica que respiraba superficialmente, con el cuerpo inmóvil como el de un automa—. Estoy dispuesta a hacer un trato contigo, scyre.

—Es patético lo fácil que fue —dijo Kinok, mirando a Ayla con los ojos entrecerrados. Horriblemente tranquilo—. Patético, de verdad. Esto es lo que pasa cuando te... relacionas con humanos. Te volviste demasiado débil, lady Crier. Ni un quinto pilar podría hacerte tan blanda.

—Sé que eso es mentira. Sé que falsificaste los planos para chantajearme.

—Pero el resultado fue el mismo. Eres *débil*.

Sangre en el aire. Un corte en la piel. Superficial. Solo unas gotas de sangre, roja y humana.

—¿Sabes qué? —dijo Kinok en voz baja, casi para sí mismo—. Creo que le voy a sacar el corazón.

—¡No! —gritó Crier, jalando sus cadenas—. No. Tómame a mí. Puedes... usarme contra el rey. Mi padre. Puedes usarme contra mi padre.

—Crier, no v… —Ayla apenas moviendo los labios.

Kinok ni siquiera la miró.

—¿Crees que tu padre arriesgaría algo, lo que fuera, por salvarte? Lo hiciste quedar como estúpido.

—Pero... sigo siendo su hija.

—Ah. No, no realmente. Ya está en proceso de reemplazarte. En este mismo momento se están diseñando los planos para lady Yarrow. No esperó ni un día. Ni un solo día después de que te fuiste, lady Crier. Llamó a las Comadronas de inmediato. —Recorrió la clavícula de Ayla con la punta de su espada y le dio unos golpecitos en el esternón. Jugaba con ella. Disfrutaba su miedo—. Al rey Hesod nunca le importaste, lady Crier. Y por supuesto que nunca te amó. Te crearon para cumplir un propósito, y fallaste. ¿Para qué le servirías ahora? ¿Cómo podría usarte contra él?

Eso le dolió. Crier creyó haber arrancado a Hesod de su ser, que había renunciado por completo a su padre. Sin embargo, una parte de ella siempre sería la niña que iba tras él a todas partes, siguiéndolo por los pasillos de mármol blanco y oro, preguntándole cosas, pidiéndole pergamino y tinta, haciéndole preguntas sobre el Consejo Rojo, sentada en su estudio con una pila de libros, ansiosa de que llegara la hora de las caminatas por los jardines de flores y los huertos de manzanas rojas. Una parte de ella nunca dejó de anhelar la aprobación de su padre, su confianza, su respeto. Esa parte no desaparecería tan fácilmente.

—No vales nada. Eres blanda, estás podrida y no vales nada. Le voy a sacar el corazón a la criada frente a tus ojos.

—¡No! —gritó Crier con voz entrecortada. Se echó hacia adelante con todo el peso de su cuerpo, con todo lo que tenía, intentando liberarse de las cadenas. Kinok tenía la espada lista para atacar. Pero eso no pasaría. No podía pasar. Crier no lo permitiría. Su mente se

enfocó en un solo objetivo: arrancar las cadenas de la pared. Las jaló con todas sus fuerzas y sintió como si fueran a dislocarse los brazos y a arrancarse del cuerpo. Y siguió jalando. Kinok sonreía. Estaba a punto de sacarle el corazón a Ayla, y sonreía.

Crier escuchó el crujido de la piedra. Diminutas fisuras que iban creciendo...

De pronto, cien veces más fuerte. Era el sonido ensordecedor de una alarma.

Crier y Kinok se petrificaron. La alarma sonaba tan fuerte que Crier ahogó un grito deseando poder cubrirse los oídos, pues el timbre reverberaba en su cabeza. Era un sonido agudo y horroroso, como uñas sobre una pizarra, tan fuerte que parecía que las paredes estaban temblando. Luego... pasos en el corredor. ¿Cuántos? ¿Una docena? Se movían a una velocidad de pánico.

La puerta de la celda se abrió abruptamente causando un chirrido metálico sobre la piedra. Un Vigilante apareció en el umbral.

—Pero qué demonios —soltó Kinok. Su expresión era un rictus de rabia fría e incrédula.

—Hubo una fuga, scyre —anunció el Vigilante, temeroso de la furia de Kinok—. Los prisioneros se están escapando. El Corazón está en peligro.

17

—¿Qué? —gruñó Kinok. Ayla apretó los labios para que no se le escapara ningún sonido cuando él movió la mano y la punta de la espada se deslizó por su clavícula—. ¿Cómo que una fuga?

—En el sector oeste. Liberaron a los prisioneros humanos desde el exterior. Y... les dieron armas.

—¿Quién?

¿Dinara había hecho algo? Ayla nunca había visto a Kinok así. Estaba perdiendo la compostura, con los ojos desorbitados, la boca apretada y la voz áspera y furiosa. El científico frío y calculador se había convertido en un niño haciendo berrinche.

—No estamos seguros, scyre —dijo el Vigilante—. Atacaron a los Vigilantes del sector oeste y se robaron un Compás de Hierro. Para cuando nos dimos cuenta ya estaban en el laberinto. Estamos intentando rastrearlos...

—Cállate —ordenó Kinok, irguiéndose. Miró a Ayla por un segundo. Dudaba si matarla en ese mismo momento o esperar a poder hacerlo lentamentamente para que Crier viera paso a paso la

horrible vivisección. «¿Eficiencia... o control?».

Ayla intuía su decisión.

Y Kinok retiró la espada.

—Una vez más me veo obligado a arreglar sus desastres —dijo al Vigilante—. Vencidos por una docena de humanos. Son una vergüenza para nuestra especie. —Salió de la habitación, con el Vigilante detrás, y la gruesa puerta de hierro se cerró detrás de ellos.

Ayla y Crier estaban solas otra vez.

—Estás... —dijo Crier con la voz irritada de tanto haber gritado—. Estás sangrando.

Ayla asintió y se llevó dos dedos a la clavícula. No era una herida muy profunda, ni siquiera le dolía mucho. Era apenas un dolorcillo sordo. Se miró los dedos manchados de rojo oscuro, casi negro en la penumbra. Los rebeldes habían escapado y estaban en el laberinto buscando la salida. No sabían que Ayla y Crier también estaban atrapadas en el Corazón.

Nadie lo sabía.

Nadie iría a rescatarlas.

El aire olía a humo y sangre. Estaban atrapadas en una celda estrecha y oscura, y nadie iría a rescatarlas.

Ayla notó su propia respiración acelerada cuando Crier la llamó, pero su nombre sonaba como saliendo de un ancho cuerpo de agua o de una niebla densa.

Se tapó los oídos y cerró los ojos intentando calmarse. Sentía su cabeza en otra parte, como un trozo de papel que volaba con el viento. Volaba y volaba hasta llegar al pasado.

Aquel día. Aquel día.

«En la letrina pequeña y oscura. El olor a humo y sangre y mierda humana. Orina vieja, agria. Esperaba el regreso de Storme. Gritaba desde allá abajo, entre el sonido de una aldea en llamas, el rugir del

fuego y el ensordecedor crujido de los techos desplomándose. Esperaba el regreso de Storme. Acababa de ver los cadáveres de sus padres, pero aún no lo creía, porque ¿cómo podían estar muertos? ¿Cómo podían estar realmente muertos, para siempre?

Esperaba que Storme fuera por ella. Esperaba y esperaba hasta que aceptó que no llegaría jamás. Que nadie iría por ella.

Comenzó a salir de aquel agujero, se resbaló y cayó sobre el asqueroso suelo mojado...»

«Ayla», dijo alguien. «Ayla». ¿Era una voz del pasado o del presente? ¿Importaba?

El resultado sería el mismo.

Pero esta vez no podría escapar. Y no estaba sola. Ambas morirían allí.

«No quiero que te mueras», pensó entre la confusión de su mente. «No quiero... no quiero que te mueras, Crier. Quiero que vivas».

—¡Ayla!

Abrió los ojos bruscamente. Se sentía mareada, todo le daba vueltas. La oscuridad en sus ojos parecían llamas devorando un trozo de papel. «Storme no ha venido».

—Ayla, necesito que te tranquilices —dijo una voz conocida—. Tienes que respirar.

«No puedo», intentó decir, pero no pudo. Tenía la cara mojada. ¿De sangre? No, los labios le sabían a sal. Lloraba, y eso le parecía humillante. No podía respirar ni hablar; algo le aplastaba el pecho. Como si hubieran quebrado sus costillas y unos dedos fríos oprimieran sus pulmones.

—Ayla, Ayla, por favor, intenta respirar. Creo que va a volver. Escucho pasos. Tienes que tranquilizarte. —La voz de Crier se escuchaba lejana y tensa, como si hablara entre dientes—. Vamos a salir de aquí, Ayla, te lo juro, pero necesito que te tranquilices. Solo

intenta respirar. Inhala y exhala lentamente.

«Respira». Su cabeza temblaba. Aún seguía allá, «seguía allá», escondida en la letrina. Se quedó encerrada en esa horrible ataúd.

Nunca salió de allí. No realmente.

Nadie fue por ella.

Crier ahogó un grito y se escuchó el chirrido del metal sobre la piedra.

Una figura apareció en la celda. Había algo conocido en el ancho de esos hombros, en toda esa silueta. Ayla entrecerró los ojos intentando distinguir entre la oscuridad y la bruma de sus lágrimas.

La figura avanzó otro paso y la luz que se colaba por la ventana estrecha le dio en la cara.

Por un momento, Ayla pensó que estaba alucinando, o que se había desmayado y aquello era un sueño. Frente a ella estaba Storme. Era un hombre, pero bajo la tenue luz la chica tuvo la impresión de ver también a un niño, como dos personas superpuestas con un halo fantasmal. Un niño de apenas nueve años. Ayla parpadeó y el niño desapareció, pero el Storme adulto seguía ahí.

—Viniste —susurró.

Storme soltó un sonido extraño, como una ligera risa mustia.

—Vine. Perdón por tardarme tanto.

Ayla lo miró, era su hermano, su gemelo. Se veía peor que antes, con el cabello lleno de lodo o sangre y una fea cortada en la mejilla. Pero estaba entero y vivo, y estaba allí. Fue por ella.

—No, llegaste... justo a tiempo, creo —dijo sin fuerzas—. Pero ¿cómo?

—Luego te explico.

—Tú... —dijo Crier, y Ayla al fin dejó de mirar a su hermano—. Tú... eras el consejero de la reina Junn. —Su voz tenía un dejo de

incredulidad.

—Todavía lo soy, de hecho —aclaró acuclillándose frente a ellas—. Hola de nuevo, lady Crier. Qué terrible lugar para un reencuentro. Tenemos que salir de aquí antes de que vengan los Vigilantes.

—Estoy encadenada a una pared —señaló Ayla.

—Sí, sabía que eso podría pasar. Espera. —Buscó algo en un saquito que llevaba en la cadera. Crier miró a Ayla con un gesto tan desconcertado que en otras circunstancias le habría dado risa.

—¿Se conocen? —preguntó Crier, alternando la mirada entre Ayla y Storme.

—Algo así —respondió Ayla—. Es mi gemelo.

La expresión de Crier se llenó aún más de sorpresa, con los ojos exageradamente abiertos.

—¿Tu...? ¿Y está vivo?

—Hasta ahora —dijo Storme mientra espolvoreada un polvillo blanco en las esposas de Ayla. Luego sacó un yesquero.

—¿Tu plan brillante es arrancarme las manos con un explosivo? —gritó Ayla.

Storme hizo una expresión de fastidio, poniendo los ojos en blanco.

—No te voy a arrancar las manos. ¿Te puedes quedar quieta? Los Vigilantes llegarán en cualquier momento. La distracción en el sector oeste solo los detendrá por un tiempo.

—Por todos los cielos —masculló Ayla—. Bueno. De acuerdo. Pero, por el amor de todos los dioses y unos cuanto más, por favor, con cuidado.

—Tu gemelo muerto está vivo y además es consejero de la reina de Varn —dijo Crier sin poder creerlo.

—Es una larga historia —comentó Ayla—. Te la cuento luego, lo prometo.

—Cállense las dos, dejen de distraerme —ordenó Storme—. Ya casi... ah. Prepárate, Ayla.

Ayla cerró los ojos, llena de pánico. Hubo un olor extraño, como humo ácido; luego un sonido como el siseo simultáneo de una docena de serpientes. Después, un calor súbito y doloroso en la parte interna de sus muñecas. Las esposas se abrieron como ostras, lanzando una voluta de humo y cayeron con un sonido metálico justo cuando Ayla se atrevió a abrir los ojos.

—Oh —exclamó Ayla—. Bueno. Estuvo bien.

Storme soltó un resoplido burlón y repitió el mismo proceso en Crier.

—Vámonos de aquí —ordenó.

Ayla se puso de pie, frotándose las muñecas adoloridas. Crier aún estaba acuclillada; casi parecía estar en shock. Ayla se agachó y estiró una mano hacia ella.

—Levántate, Crier. Es hora de irnos.

Crier la miró, puso su mano sobre la de Ayla y esta la levantó de un tirón. Hubo un momento en el que Crier quedó frente a ella, muy cerca, con Ayla mirando hacia arriba, a los ojos de Crier. Estaban tomadas de las manos.

—Si no es mucha *molestia* —susurró Storme en voz alta desde la puerta.

Lo siguieron tomadas de las manos hacia el oscuro pasillo de piedra.

Fueron por las vetas del Corazón. Era claro que Storme tenía algo planeado. A lo lejos seguían oyéndose explosiones.

—Debe ser la distracción —comentó Storme mientras corrían—: La reina Junn y yo llevamos años vigilando estas montañas. Espiando a los Vigilantes, rastreando los cargamentos de piedra de corazón, intentando encontrar el Corazón mismo y la forma de entrar a él.

Pero no solo espiábamos a los Vigilantes. Junn sabía que Kinok era más peligroso de lo que todos pensaban. Desde que dejó su puesto como Vigilante del Corazón, ella lo supo. «Nadie hace algo así a menos que tenga otro plan. Algo mucho más grande».

Atravesaron un corredor tan estrecho que tuvieron que avanzar de lado, con la espalda pegada a la pared.

—Es un atajo, perdón. Como les decía, por eso fuimos de «gira diplomática» en el palacio del rey. Para observar a Kinok. Quizá eso lo sabías, lady Crier.

A Ayla se le revolvió el estómago: al salir del atajo había gente esperándolos del otro lado. Estaban vestido del verde esmeralda de la reina, con el escudo del fénix en el cuello. Tres humanos y dos automas; todos sucios y los humanos jadeando y ensangrentados.

—Consejero Storme —dijo un automa—. Los prisioneros humanos ya están a salvo. Solo perdimos a dos de los nuestros. Volvimos por usted.

—Espera —soltó Ayla—. ¿Cuáles prisioneros humanos?

El automa la miró con extrañeza.

—Creo que los capturaron hoy en el pasaje entre las montañas.

Ayla y Crier se miraron.

—Hay más —dijo Ayla—. No todos están vivos, pero... Hay una habitación en un pasillo al salir de la fragua, con una puerta redonda, como una escotilla. Adentro hay humanos. Los están torturando, todos están muy malheridos, necesitan ayuda. Por favor. —Se volvió hacia Storme—. Por favor. Iré sola si es necesario.

—Iremos solas —aclaró Crier.

Storme negó con la cabeza.

—Encuentren la puerta redonda —les ordenó a los automas—. Rescaten a quien siga vivo. Los esperaremos en la Piedra de Mar.

—Sí, señor —dijeron al unísono, y fueron silenciosos como

sombras.

Otra explosión sacudió el pasillo, ahora más cerca. Ayla apretó la mano de Crier por instinto e intentó mantener una expresión neutral cuando Crier le devolvió el apretón.

—Es hora de irnos, pero ya —dijo Storme—. No estamos lejos. Yo las guío. Bell, Rina, flanqueen a las chicas. Neven, tú ve atrás.

—Sí, consejero Storme —dijeron los humanos.

Apenas habían avanzado unos pasos cuando el mundo estalló.

El suelo se sacudió bajo sus pies y todos cayeron. Una ola de calor se fue expandiendo a toda velocidad detrás de ellos. En la confusión, Ayla no comprendió lo que estaba pasando hasta que Storme gritó «No somos nosotros. *No somos nosotros*».

Boom.

Esta vez, las paredes se sacudieron y cayó una lluvia de piedras. Se expandió otra ola de calor tan intensa que Ayla pensó que su ropa se prendería en llamas. Se puso de pie como pudo y escupió un poco de sangre porque se había mordido la lengua. La explosión le lastimó los tímpanos, así que ahora lo escuchaba todo ahogado.

—Si no son ustedes, entonces ¿quién? —gritó.

—Kinok —dijo Crier con los ojos desorbitados—. Lo está cumpliendo.

—¿Qué está cumpliendo? —preguntó Storme tosiendo.

—Destruir el Corazón de Hierro.

Boom. Ayla se mantuvo de pie gracias a que Crier la sostenía de la mano. Tosió para expulsar el aire enrarecido de polvo de roca.

—¡Corre! —gritó Crier—. ¡Corre!

Era una locura. Corrieron cegadas por las nubes de polvo y la piel ardiente por cada nueva ola de calor. Ayla perdió la noción del tiempo y el espacio, solo seguía la voz de Storme. El calor le quemaba la garganta y los pulmones. De pronto, escuchó cómo el

túnel colapsó detrás de ellas. Intentó voltear a ver qué tan cerca estaba, pero Crier la jaló para que siguiera avanzando.

Al fin salieron. La entrada era casi invisible en la piedra manchada de liquen del costado de la montaña. Ayla no sabía exactamente cuánto tiempo había pasado desde que entraron al Corazón ni cuánto tiempo estuvieron inconscientes en la celda, pero ya pasaba de la media noche, las negruzcas y azuladas horas liminales antes del amanecer. Las montañas estaban hundidas en el silencio de la noche. Los únicos sonidos eran el canto de insectos y las aves a lo lejos, donde la montaña tenía verdor en las rocas. Y, de pronto... Boom. El rugido del fuego y el grito de la tierra. Ayla vio parvadas enteras de pájaros, aterrados, huyendo hacia el cielo nocturno.

—¡Mira! —dijo Crier, señalando.

En el pico de la montaña se veía una torre de humo subiendo hacia el cielo. Una columna infinita. Ayla enmudeció. Parecía que el corazón escaparía de su pecho y sentía el retumbe de latidos en sus oídos ensordecidos. Por donde la luz del sol se filtraba hacia el Corazón de Hierro, por esa pequeña abertura en la enorme montaña, ahora salía humo.

—Lo hizo —exclamó Crier con los ojos vidriosos—. Las explosiones. El humo. No puedo creer que lo haya hecho. Lo destruyó. Dioses. —Miró a Ayla, buscando una respuesta—. Dioses, y ¿ahora qué?

«¿Ahora qué? ¿Qué sigue después de esto?».

—No lo sé —susurró Ayla—. No lo sé.

—¿Sabemos en cuál veta fue? —preguntó Storme a Rina una hora después, mientras su grupo se alejaba de la ladera y del humo que seguía saliendo. Rina tenía un mapa e intentaba leerlo alumbrada por la luna. Un mapa del Corazón de Hierro, pensó Ayla, y le dieron ganas de reír. Ella y Benjy pasaron tanto tiempo obsesionados con

un objeto como ese en el palacio del rey, convencidos de que era la clave para la Revolución. La clave para todo. Y ahora, allí estaba. Obsoleto.

—Hey —murmuró Crier.

Seguían tomadas de la mano. Había sudor, mugre y probablemente sangre atrapados entre aquellas manos pero no querían perder el contacto. El calor y el cobijo en medio de algo tan enorme y aterrador. Los mecanismos de la guerra. Kinok contra la reina Jun, contra... ¿el rey? ¿La rebelión humana? ¿Ambos?

Ayla levantó los ojos hacia Crier, que la estaba mirando.

—Hey.

—Me alegra que hayamos salido vivas —dijo Crier.

—No creas que se me olvidó lo que hiciste —comentó Ayla en voz baja—. Que ofreciste tu vida por mí. No te la vas a acabar más adelante, cuando haya dormido bien.

—No esperaría menos. —Su boca se curvó dibujando una ligera sonrisa, y la chica sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho.

Crier movió la mano para que los dedos de ambas quedaran entrelazados.

—Pude haberme encargado de ese bastardo. Fue una suerte para él que la alarma se activara en ese momento. Estaba a dos segundos de mostrar mis avanzadas técnicas de combate.

—Sí. Qué decepción que me perdí la oportunidad de ver tu famoso movimiento, «la chiripiorca agresiva».

Ayla no pudo contener la risa. Se veía cansada pero sus carcajadas eran abiertas y sinceras. Crier la miraba y, de pronto, se puso tensa y retorció la mano que sujetaba la de ella.

—Consejero Storme —dijo—. Alguien viene.

Storme dejó de ver el mapa, pero no parecía preocupado.

—Lo sé —respondió—. La estoy esperando.

«¿La?».

«No, no puede ser, no aquí...».

Una figura a caballo se dibujó entre las sombras, y Ayla supo exactamente quién era.

A diferencia del resto, la reina Junn se veía inmaculada. Parecía sentada en su trono y no en el lomo de un despelucado pony de montaña en medio de las montañas Aderos. Llevaba una capa de seda plateada; parecía que iba envuelta con la luz de la luna. Su cabello trenzado formaba una brillante corona negra alrededor de su cabeza y traía unos aretes de perlas.

—Criada Ayla —dijo la reina Junn con voz tranquila, como si continuara una conversación.

—Solo Ayla, gracias. Ya me cansé de que todos me digan así, hace siglos que no soy criada—. Storme tosió escandalosamente y Ayla le respondió con un gesto de fastidio—. Hola, su majestad.

—Un gusto verte, Ayla —dijo Junn—. Y también a ti... lady Crier. Esperaba volver a encontrarte.

—Simplemente Crier, por favor —le pidió esta.

—Sí, claro. La fugitiva. Me alegra que tus lealtades no hayan vacilado. Vámonos. Quiero llegar a la Piedra de Mar antes del alba.

—Espere —dijo Ayla—. Espere... ¿Qué... qué está pasando? ¿Adónde vamos?

Junn ya había hecho girar a su caballo.

—Claro, supongo que te perdiste de mucho en los últimos días. Es demasiado como para explicarlo ahora, así que tendré que contarte la versión corta. Tomé el control del palacio del rey de Rabu. El mismo rey es mi prisionero. En este mismo momento, el encantador Benjy está a cargo. Vámonos —dijo, agitando una mano en ese gesto característico de las reinas—. Vamos para allá. Debemos

apresurarnos.



Los susurros se volvieron gritos.

Los rumores son reales, amiga mía.

Destruyeron el Corazón de Hierro. Ya comienza a agotarse el abasto de piedra de corazón en las tiendas. Ya comenzamos a acaparar. A robar. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que los robos se vuelvan asesinatos?

Un nuevo miedo sale a la luz: la consejera Parademen tenía razón. El scyre Kinok es la única esperanza de nuestra especie.

DE UNA CARTA INTERCEPTADA POR LA REINA JUNN DE VARN, DE LA MANO ROJA MAR A LA MANO ROJA ILLYAN, DEL CONSEJO ROJO DEL ESTADO SOBERANO DE RABU.

18

Los tres días de viaje a caballo fueron agotadores para todos. Era mejor que viajar a pie, pero los refuerzos de la reina solo tenían dos caravanas que utilizaron para transportar a los prisioneros liberados del Corazón de Hierro. Estaban débiles y apenas podían caminar; hubiera sido imposible que se mantuvieran erguidos sobre un caballo durante doce horas. Iban acostados en catres, vigilados día y noche por los médicos de la reina. Crier vio a Ayla visitándolos un par de veces por las tardes, cuando el resto del grupo estaba ocupado montando el campamento para pasar la noche.

Crier no podía hacer lo mismo.

No tenía el valor para verlos.

No después de lo que sabía. O lo que creía saber. Cada vez que cerraba los ojos, veía esa habitación con aterrador detalle: la luz roja sangre, los contenedores de piedra negra, los delgados tubos plateados. Los dos humanos muertos. Crier nunca antes había estado tan cerca de un cadáver. Fue estremecedor: la ausencia de sonido. Estaba tan acostumbrada a escuchar el latido de los

corazones humanos, la suave marea de su respiración, que normalmente los ignoraba, dejando que se perdieran como ruido de fondo, como tantos otros sonidos mundanos. Cuando se acercó a los cuerpos, le tomó un momento entender por qué todo le parecía tan extraño. Era como caminar por un bosque de pájaros enmudecidos y preguntarse cuánto tiempo llevaban sin cantar y qué terror los dejó en completo silencio. En aquel momento, ante los cuerpos, Crier se sobresaltó y sacudió la cabeza para aclarar su mente. Un instinto ingenuo. Pero sentía como si tuviera la cabeza llena de algodón. Un silencio pesado, físico.

Entonces se dio cuenta de qué era lo que faltaba.

La primera noche se reunieron con los guardias de la reina Junn en la Piedra de Mar, que resultó ser una enorme roca verdosa y estos les ofrecieron sus propios ponys de montaña. Los soldados de la reina volvieron con Dinara y el resto de los rebeldes humanos, a quienes encontraron encerrados en una de las cámaras del Corazón, y los prisioneros del cuarto de la sangre. Terminaron el largo y arduo camino por las montañas, que les tomó el resto de la noche y casi toda la mañana. Se encontraron con el resto del grupo de la reina en la base de la montaña, cambiaron los caballos por otros que estaban descansados y siguieron cabalgando hacia un campamento a unas leguas de allí, al cual llegaron en el ocaso. Después de todo eso Crier no pudo soportarlo más. Sabía que era una locura, pero no le importaba. Fue hacia la tienda de la reina, bien protegida por sus guardias, y habló tan fuerte que no había forma de que Junn no la escuchara.

—Su alteza. Quisiera hablar con usted.

Esperaba que la echaran, pero un momento después la puerta de tela se levantó y Junn salió de la tienda: una pequeña figura vestida de azul profundo que se mezclaba con la oscuridad. Llevaba el

cabello suelto sobre los hombros. De inmediato reacomodó la puerta de tela con mucho cuidado, para que Crier no pudiera ver su interior, ni siquiera por una mínima rendija. La joven recordó aquella noche en el palacio de su padre, cuando escuchó el cuchicheo de dos voces en la habitación de Junn. La reina y su consejero. En aquel momento Crier pensó que era escandaloso tener un amante humano. Ahora sabía que ese amante era el gemelo perdido de Ayla. ¿Era eso lo que la reina ocultaba en su tienda?

—Ven, Crier —Junn hizo una seña a los guardias para que se quedaran en su lugar—. Si quieres hablar, hablaremos.

Encontraron un saliente de roca a la orilla del campamento, lo suficientemente privado como para que ni los oídos de un automa pudieran escucharlas. Junn se trepó a la piedra más grande, un pedrusco iluminado por la luna en forma de caparazón, y le indicó a Crier que se acercara. Un poco confundida, fue a sentarse junto a la reina. Ambas miraron las colinas oscuras. Arriba, la luna menguaba su parte luminosa y parecía una sonrisa dentada.

—Habla —ordenó Junn.

La valentía de Crier vaciló. Estaba furiosa. Por Reyka. Quería confrontar a Junn, exigirle respuestas. Pasó semanas preparándose para ese momento, bosquejando discursos llenos de rabia en su cabeza, pensando desesperadamente en la justicia y el arrepentimiento y en Junn suplicando perdón, pero ahora que el momento había llegado y estaban cara a cara, se quedó sin palabras.

—Quiero respuestas —soltó al fin—. Usted me dijo que eran aliadas, me pidió ayuda, me dijo que debíamos trabajar juntas. Yo le... le di nombres, Laone, Shasta y Foer, y los mató. Está bien, debí saberlo, eran demasiado cercanos a Kinok, pero... entre todos los nombres... nunca le di el de ella.

—¿El de quién?

—¡El de Reyka! —gritó Crier—. La gallina roja desaparecida, Reyka, la consejera Reyka. ¡Usted la mató sin razón!

—Hice lo que era necesario —dijo Junn.

—No era necesario matarla. —Crier sabía que estaba siendo irrespetuosa, y si no se cuidaba, sería la próxima víctima. Pero el dolor de la muerte de Reyka y, quizá aún más fuerte, el dolor de la traición, seguían frescos—. Estaba de nuestro lado. Llevaba años trabajando en secreto contra Kinok. Ella era nuestra aliada y usted la mató. ¿Por qué?

—Era descuidada —dijo con horrible calma. Su semblante era un lago con la superficie perfectamente quieta, suave como un cristal—. Kinok ya sospechaba de ella. Estaba siguiendo sus movimientos, y estoy segura de que había identificado a varios de sus contactos. Hasta el rey había comenzado a darse cuenta, pese a que siempre estaba cegado por su propia arrogancia. Vaya tonto. Estaba tan convencido de su autoridad que ignoraba hasta las señales más obvias de resistencia. Pero supongo que eso ya lo sabías.

Crier permaneció callada.

—Esto es una guerra, Crier. Tu única aliada real eres tú misma. En el momento en que Reyka comenzó a confiar en las personas equivocadas, o a confiar demasiado en las correctas, se convirtió en una amenaza. Porque ni las personas correctas dejan de ser personas. Todas, todas tienen una debilidad. Kinok es especialmente bueno para encontrarlas. La debilidad de Reyka era una persona, alguien más vital que ella misma. Esa persona debía ser protegida.

Dinara. Seguramente se refería a la hija de Reyka. El recuerdo parpadeó en la mente de Crier como una vela agitada por el viento. Pero no era la imagen de Dinara, sino la espada en la garganta de Ayla. El hilillo de sangre. «Estoy dispuesta a hacer un trato contigo, scyre».

Sí. Todos tienen una debilidad.

Se sintió... avergonzada de si misma. Se había doblegado tan fácilmente. Bastó una amenaza a Ayla para hacerlo. Y comprendió que, si la chica estuviera nuevamente en peligro, su reacción sería la misma.

—Reyka era una amenaza y la eliminé. No sentí placer, pero tampoco dudé en dar la orden. Esto no es un juego. Una filtración, una palabra fuera de lugar podría acarrear muchas muertes. —Junn cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. La luz de la luna suavizó sus facciones. Con los ojos cerrados, se veía de su edad. Diecisiete, quizá dieciocho—. Siempre he estado dispuesta a cambiar una vida por cientos. Soy la reina Loca. Soy Junn la Comehuesos. Es gracioso, ¿no?, considerando que yo no soy la gobernante que prende fuego a las aldeas hasta convertirlas en ceniza. No soy la gobernante que asesina humanos solo por diversión. ¿Qué es lo que dicen de mí? Que me baño en sangre humana... ¿ese rumor sigue circulando? Me gusta.

—¿Cómo comenzaron los rumores? —Crier no pudo evitar la pregunta, pues la curiosidad le ganó a la rabia. Nunca había pensado en el origen de esos rumores, pero siempre sospechó que eran, cuando menos, exagerados.

—Ah, yo los inicié —dijo Junn.

—¿Qué?

—Me hice reina cuando tenía dieciséis años, Crier. Pocos días después del asesinato de mi padre. El país estaba hecho un caos, los consejeros de mi padre me veían como una niña tonta, y la gente me consideraba débil e ingenua. Tampoco ayudó que mi padre siempre me mantuvo oculta al público para salvar su secreto. —Sonrió sin ganas—. Claro que él no sabía que yo llevaba años saliendo a escondidas del palacio. Pero ese es otro tema.

—Entonces... ¿usted creó los rumores para que la gente la respetara como líder?

—Para que me respetara, no. Para que me temiera. Me pareció que sería mucho más útil a largo plazo.

—Ya veo —dijo Crier en voz baja. Comprendía la palabras de Junn, pero aun así, pensó: «Esa no es la clase de líder que yo quisiera ser». Luego reflexionó lo que Junn acababa de confesarle—. ¿Su padre la tenía escondida para... mantener a salvo su secreto? ¿Qué secreto?

En vez de responderle, Junn buscó algo en su bata y sacó un cuchillo.

Crier se tensó, pero ella no hizo ningún movimiento de ataque. Solo levantó el cuchillo y lo observó. La luna hacía brillar el metal como plata fundida. Luego se lo llevó al brazo. Antes de que Crier pudiera reaccionar, Junn se cortó la piel.

—Su majestad... —se alarmó Crier, pero Junn parecía tranquila. Limpió el cuchillo con su bata azul oscuro y lo guardó nuevamente. Luego elevó el brazo hacia la luz.

De la herida emanaba sangre roja.

«Sangre roja».

Crier la miró sin comprender.

—Todos ven solo lo que quieren ver. Humanos, automas, da lo mismo. En ese sentido, todos somos iguales.

—No es posible —comentó Crier, aunque tenía la evidencia brillando como rubíes ante sus ojos—. No hay forma de que pudiera esconder ese secreto. Durante tantos años. Toda su vida.

—Pero lo hice. —Junn levantó el brazo y se lamió el hilillo de sangre roja, de sangre humana—. Pero no fue un secreto para todos. Mis guardias personales lo saben. Ciertos consejeros y sabios de la corte de mi padre. Mi Storme.

—Pero... sus latidos. Sus ojos...

Junn sonrió.

—Cuando visité tu palacio, ¿escuchaste mi respiración? ¿Viste el brillo dorado en mis ojos?

No, no lo hizo.

El oído de Crier era lo suficientemente agudo como para captar el más leve latido, así que había aprendido a ignorarlos, porque la distraían. Eran información innecesaria. No le ponía atención a todos los latidos que la rodeaban, a menos que tuviera una razón. Los conejos en su madriguera. Los ciervos en el bosque. Ayla, siempre.

¿Crier se fijó en los ojos de Junn? Solo porque los quería puestos sobre ella. Quería que Junn la mirara, que le hablara. Pero ¿buscó su brillo dorado a la luz de las velas durante la cena? No, ¿por qué lo haría? Junn era automa, no había razón para sospechar lo contrario, para buscar señales de engaño.

—Bebió piedra de corazón —dijo Crier.

—Me acostumbré al sabor, aunque me provoca unos sueños de lo más extraños.

—¿Su padre también era humano?

—No. Mi padre era automa. Pero amaba a los humanos. No como tu padre dice que nos ama, sino como tú lo haces. Como yo. Por todo lo que somos, lo que no somos y lo que podemos llegar a ser. —Inclinó la cabeza hacia atrás—. Por nuestro amor. Por nuestra furia. Por lo que Creamos: historias y ciudades, y hasta el último dios. Por nuestros fantasmas. Por las canciones que cantamos cuando bebemos. Porque... por cada humano que hace algo monstruoso, mil se levantarán contra él. Siempre nos hemos matado y salvado entre nosotros. Nos hemos protegido. Hemos luchado por mundos futuros aunque no viviremos para verlos. Mi padre amaba a los humanos, Crier. Cuando estaba recién construido, conoció a una niña humana,

hija de una de las Comadronas. Siguieron siendo amigos por años, aunque ella no era nadie y él estaba destinado a ser rey. Cuando ella se embarazó de un hombre al que nunca quiso nombrar, mi padre le dio cofres de oro. Cuando abandonó a la recién nacida con el médico y huyó durante la noche, él la crio como si fuera suya. —Tenía los ojos cerrados y su cabello caía como una cascada dorada sobre su espalda—. Me mantuvo en secreto, excepto para unos cuantos consejeros, hasta que fui mayor. Hasta que aprendí a esconderme de la vista de todos.

—Sin embargo, usted salía a escondidas del palacio.

—Claro que sí. Estaba sola, ¿sabes? En mi habitación, con mis libros. Quería conocer a los de mi especie.

—¿Y los conoció?

—Sí. —Junn volvió a abrir sus ojos cafés como hojas secas—. A muchos. Usaba un nombre falso y recorría la ciudad bebiendo mucho vino. No tardé mucho en conocer a un chico. Le conté que me sentía sola y él me dijo que sabía mucho sobre la soledad. Dijo que encontraría la forma de hacerme compañía, y lo hizo. —Tenía los labios manchados de sangre y miraba hacia arriba como sonriendo a la luna —. Me escribió cartas.

«Cartas de amor». Crier pensó en las muchas cartas que le escribió a Ayla y nunca se las envió. Pensó en el amor, en sus infinitas formas; se maravilló de que su especie hubiera querido acabar con él, y reemplazar algo ardiente y real por vínculos fríos, vacíos de sentimientos. Tal como en el Corazón de Hierro extraían sangre humana para transmutarla en cristal, prensarlo y beberlo como asqueroso vino. Crier no había ingerido nada de piedra de corazón desde que supo la verdad, y en ese momento, bajo las estrellas y junto a una reina humana, joven e implacable, juró que nunca volvería a hacerlo. Encontraría la Turmalina y sobreviviría, o

simplemente moriría. Prefería que se marchitara su cuerpo a perder su alma.

—¿Aún se siente sola? —preguntó Crier, casi sin querer—. ¿Después de todo? ¿Aunque ahora puede salir del palacio?

—Siempre estoy sola. Mi corazón, si es que tengo, es una casa vacía. Mis pensamientos y mis pasos hacen eco. Pero, a veces, otros pasos se acercan a mí, y con eso basta. En estos días, disfruto mi soledad. Recorro mi casa vacía cantando desnuda. —No había dejado de sonreír—. Lo que realmente quería era una razón para quedarme. Y la conseguí.

Crier frunció el ceño.

—Quedarse... ¿en el palacio?

—Mmm. En cualquier parte. ¿Qué es lo que tú quieres, Crier? Ya escapaste de tu jaula de oro. Puedes comerte el mundo. ¿Qué sigue?

«¿Qué sigue?».

¿Cómo podría responder si no tenía idea de qué pasaría al día siguiente? Se escapó de su jaula una vez, pero ahora volaba de regreso a ella. Directo al rey Hesod.

—No lo sé —dijo al fin. A la reina Junn, a la luna, a su propio corazón—. No lo sé.

Solo había pasado un par de semanas desde que Crier se escapó del palacio, y la parte de ella que suponía que nunca volvería esperaba verlo completamente distinto. Esperaba que hubiese crecido y cambiado tanto como ella. Y en parte fue lo que ocurrió. El grupo de rebeldes llegó a la cima de una colina y Crier vio frente a ella las tierras del rey y el palacio: esa perla en los peñascos negros del mar Steorran con sus cuatro picos de mármol blanco brillante bajo el sol. Vio las habitaciones de la servidumbre y las construcciones de alrededor, los huertos, los jardines de flores, los campos amarillos y, más allá, el mar... Era como mirar su rostro en un espejo y no

reconocerlo. Crier creció en ese palacio. Era su hogar. Conocía hasta el último rincón de los pasillos; cada tapiz y escultura, cada flor del jardín, cada libro de la biblioteca. Pero también fue una prisión. Su jaula de oro. ¿Cómo es posible tanta ambigüedad? Aun en ese momento, Crier se sentía confusa.

Sin embargo, no era exactamente el mismo lugar que dejó. El patio principal y la mitad de los campos estaban cubiertos por tiendas blancas: la guardia real y los aliados de la reina. Unas delgadas columnas de humo salían de docenas de fogatas y los soldados iban y venían como insectos; según Junn, eran miles de combatientes.

Llegaron al patio principal en una hora. Recorrer el campamento militar improvisado fue aún más extraño que verlo desde lejos. Los médicos y las Comadronas entraban y salían de una enorme tienda montada en las puertas del palacio. El aire olía a humo, carbón y carne asada. Cientos de soldados hablaban y gritaban. Por todas partes había gente preparándose para una batalla.

Kinok estaba cerca. Había destruido el Corazón y se convirtió en la única esperanza de sobrevivir. Solo él podría encontrar la Turmalina. Crier sabía cuál sería su próximo paso: tomar el trono de Rabu. Declararse rey. Y ordenarle al mundo entero que se arrodillara ante él.

Los jinetes de Varn seguían a su ejército; sus adeptos, el Movimiento Antidependencia, eran un mar de cintas negras que avanzaba por las montañas Aderos hacia el este, muy cerca del grupo de la reina Junn. Muy cerca de Crier.

Iba por ella.

—Su alteza —dijo Crier cuando entraron en la recepción principal del palacio. Junn había pedido pan, cerveza y piedra de corazón. Crier se paró junto a ella, sintiendo la mirada intrigada de Ayla a sus espaldas—. Su alteza, tengo una petición.

—Tú y tus peticiones —Junn hizo una seña al sirviente para que se retirara. Había llevado una tetera con forma de cráneo, con piedra de corazón líquida—. Ya sé. Quieres una audiencia con tu querido padre, ¿verdad?

—Ya no es mi querido —aclaró molesta—. Pero... sí, es lo que quiero.

—Ven conmigo. —Miró a Ayla—. Pero tú sola.

Crier asintió. No quería que Ayla estuviera cerca del rey.

—Está bien.

Crier siguió a Junn, flanqueada por los guardias hacia los largos y ornamentados pasillos que llevaban al ala oeste y luego escaleras abajo, hacia las habitaciones subterráneas que solía ocupar Kinok. Junn la llevó hasta una sobria puerta. Daba la impresión de que detrás de ella no podría estar el rey, salvo por la presencia de más guardias... Se detuvo frente a ella.

—Aquí —anunció Junn—. Los guardias te esperarán afuera de la habitación.

Crier casi pregunta por qué... «¿Porque cree que intentará hacerme daño? ¿Porque cree que yo intentaré ayudarlo a escapar?»... pero no lo hizo. Ninguna respuesta la haría sentir bien, así que solo asintió. Entró a la habitación, cerró la puerta y oyó deslizarse el pestillo.

La oscuridad era más intensa que en el pasillo. Claro, no había ventanas. Solo una lámpara y dos candiles en la pared que arrojaban una luz azul verdosa. Los únicos muebles eran una tosca mesa de madera con una silla en cada lado. La lámpara estaba sobre la mesa. Meses atrás, el espacio era una bodega para productos secos y sábanas extra. Ahora albergaba al rey de Rabu.

Hesod estaba sentado frente a la puerta, con actitud digna y postura impecable, segura. La vieja silla de madera parecía su trono de mármol blanco en el salón del viejo palacio. No estaba sucio,

como los prisioneros rescatados del Corazón de Hierro. Claramente no lo habían privado de piedra de corazón. Se veía saludable, con la piel encendida. La única diferencia entre este y el Hesod del pasado era su ropa: prendas de lana sencillas en vez de vestimentas elegantes, llenas de brocados y joyas que le gustaba usar.

Crier sintió rabia y alivio a la vez. Había imaginado a su padre con aspecto famélico, esquelético, pálido, medio muerto. La falta de piedra de corazón es terrible, y no le deseaba esa clase de sufrimiento, aunque se lo mereciera. Se quedó mirándolo petrificada en el umbral de la puerta.

—Hija. Ven a sentarte.

Ella se movió para acercarse pero de pronto se detuvo.

—No. Me quedaré de pie.

—Te has vuelto muy rebelde. —Sonaba jocoso—. Solías ser tan obediente. Pero está bien, haz lo que quieras. ¿A qué viniste? ¿Me equivoco o uniste fuerzas con la reina Niña?

—No, no lo hice. Al menos no del todo.

—¿No del todo? Esto no es un debate filosófico, niña. No puedes ponerte de un lado, luego del otro solo por diversión. —La lámpara se reflejó en sus ojos, creando dos llamas gemelas. Inclinó la cabeza y en ese ángulo el iris adquirió una tonalidad dorada—. Al menos acércate a la luz, ¿quieres? No he visto tu rostro en semanas.

Crier lo dudó, pero... solo eran unos pasos. Avanzó hasta el círculo iluminado por la lámpara.

—No estoy del lado de la reina Junn ni del tuyo. Solo estoy de mi lado. Quiero ponerle fin a esta guerra antes de que inicie. Quiero que Kinok sea enjuiciado por sus crímenes. Quiero... —Tomó valor—. Quiero que me digas la verdad.

—Eso es muy vago —Lo dijo con tono de regaño—. Que te diga la verdad ¿sobre qué? ¿Mi comida humana favorita? Tarta de manzana

roja.

—Que me digas la verdad sobre la piedra de corazón —Le temblaban las manos pensando en lo que había visto en las entrañas del Corazón de Hierro—. Dime... dime que realmente es solo una gema roja. Que los Vigilantes extraen el mineral de la piedra de corazón de las profundidades de la tierra. Que el Corazón de Hierro realmente es una mina.

—Eso no sería la verdad —reconoció Hesod.

—Dioses —Se cubrió la boca con la mano. La invadió un horror raudo y gélido, como si se hubiera lanzado a las aguas heladas del mar Steorran—. Dioses, no puedes... Padre. Por favor. Por favor. Dime que la piedra de corazón no está hecha de sangre humana.

—No sería la verdad —repitió él.

Crier retrocedió con pasos lentos y chocó de espaldas con la pared.

—¿Cuántas... cuántas muertes ha causado eso? —Cincuenta años desde la Guerra de las Especies, cincuenta años desde la creación del Corazón de Hierro. Cincuenta años de muertes—. ¿Cuántos han muerto para que nosotros podamos vivir? —No solo murieron. No habría podido imaginarse cosas peores que lo que vio en aquella habitación. Humanos encadenados a un catre, débiles y delirantes por la pérdida de sangre y el consumo de alguna especie de somnífero. No había más que oscuridad y más cuerpos sufrientes a su alrededor y el constante goteo de la sangre en los contenedores negros—. ¿Cuántas?

—Una gota de sangre humana puede producir diez barriles de polvo de piedra de corazón —dijo Hesod como si nada—. El proceso se ha refinado mucho. Al principio, nuestra especie consumía sangre fresca, y entre más vivíamos, más sangre se necesitaba. Era poco práctico. Insostenible. Los creadores encontraron una manera de transmutar la sangre en piedra, de infundir magia en un mineral

cualquiera. Con eso salvaron incontables vidas humanas. Estás siendo melodramática, Crier.

—Tú lo sabías. —acusó desconcertada—. En todos tus años de rey, siempre supiste lo que estaba pasando. Y dejaste que continuara.

—Sí, lo hice.

—¿Cómo pudiste? —dijo afligida, con la voz entrecortada—. ¿Cómo pudiste simplemente... esto, y todo lo demás? Los ataques.... destruiste aldeas enteras, familias enteras, como si fuera cualquier cosa. Como si no significaran nada para ti. Como si solo fueran... piezas de ajedrez. —No podía dejar de mirar a quien durante dieciséis años había sido su padre. El hombre que recorría con ella los jardines de flores; la dejaba estar en su estudio y le enseñó sobre política y economía. El que nunca la tomó en serio y la reemplazó por otra hija cuando ella lo desafió. El que tenía las manos demasiado manchadas de sangre—. Eres todo lo que está mal en este mundo. Realmente eres un monstruo.

Hesod la miró. Su rostro no decía nada; no había rastro de vergüenza ni rabia, ni nada. Quizá apenas un dejo de lástima.

—Espero que estés consciente de que este berrinche es resultado de tu inmadurez, hija. Los monstruos no existen. Soy automa. Soy exactamente lo mismo que tú. La única diferencia entre nosotros son nuestras creencias. Nuestras elecciones.

—No eres para nada como yo.

—¿Segura? Si un scyre nos abriera por la mitad y extrajera nuestras entrañas, sería indistinguible cuáles son tuyas y cuáles mías. Estamos hechos de lo mismo, fuimos creados iguales. No hay nada dentro de ti que no esté también dentro de mí. —Notó la expresión en la mirada de Crier—. Sí, estoy enterado del pequeño engaño del scyre Kinok. El sabotaje de una Comadrona, ¿no? ¿Que alguien tomó tus planos y no sé qué tontería sobre un quinto pilar?

Cuéntame, hija, ¿te hizo feliz pensar que eras especial?

—No. Me sentí aterrada. Porque pensé que mi padre se avergonzaría de mí. —Una lágrima solitaria recorrió su mejilla—. Pero ya no sufro ese temor. Solo tengo una pregunta más para ti, rey. —Esta duda le carcomía por dentro desde que conoció la historia de Ayla—. ¿Estuviste en... en el ataque a la aldea llamada Delan?

La vela chisporroteó dentro del farol. Hesod apartó la mirada y Crier sintió como si le hubieran quitado un peso de encima. Las cuerdas invisibles que la tenían prisionera se cortaron. Hesod retiró la vela consumida mientras la llama bailoteaba aferrada al último trocito de pabilo. La cera derretida despedía un humo negro y aceitoso.

Hundió la cera y llevó su dedo a la luz para observar cómo la sustancia transparente adquiría dureza y tomaba un color blanco fantasmal.

—He estado en muchos lugares —dijo—. Sería imposible que los recordara todos.

—Mentiroso —escupió Crier—. Nuestra especie lo recuerda todo. Delan, al norte. Siete años atrás lo invadieron y lo quemaron hasta destruirlo por completo. ¿Estabas ahí?

Él suspiró y frotó la cera entre el índice y el pulgar.

—Sí, estaba ahí. ¿Y qué con eso? Los aldeanos estaban acumulando cereales. Les ofrecí un trato generoso: podrían quedarse con su tierra a cambio de darme una parte de su cosecha cada año. Pero obviamente se volvieron avaros. Descubrí que falsificaban las cantidades y me daban una porción de dos tercios de la cosecha real. Sabían que era una traición, y de todos modos lo hicieron. ¿Acaso debí ignorarlo?

—Y por eso destruiste toda la aldea.

—Creo en la imparcialidad y la justicia, hija. Tierra a cambio de

cosecha. Si una de las partes rompe la promesa, también la rompe la otra.

La luz de la vela estaba por apagarse y la oscuridad iba creciendo. Crier ya no podía soportarlo más. Necesitaba verle la cara y el vacío en sus ojos, para olvidarlo. Se sentó en la mesa frente a él. ¿Cuántas comidas habían tenido así, frente a frente, a cada lado de la mesa? Pero en el comedor del salón principal, en la cavernosa habitación que podría albergar a más de veinte pero en la que solo comían dos. Tres, cuando Kinok llegó al palacio.

—Pasé mucho tiempo creyendo que era Defectuosa —dijo Crier, acercándose a la luz. Sabía que él vería los rastros de lágrimas y pensaría que eran señal de su debilidad—. No solo cuando Kinok me engañó. Desde antes. Porque sentía cosas. Porque deseaba cosas. Creí que tenía una semilla venenosa en mi interior que crecía día con día y acabaría matándome. —Su voz sonaba densa, pero firme y había dejado de temblar—. Pero no era yo quien estaba envenenada ni quien tenía el Defecto.

Se escucharon unos pasos apresurados afuera de la habitación. Seguramente Junn había enviado a alguien por Crier. El ruido la sorprendió, pues había olvidado que existía un mundo afuera de esa habitación, que ella iba a salir de allí y Hesod se quedaría.

—Claro que no estás Defectuosa —dijo Hesod con dulzura. Casi cantarín—. Claro que no. Eres joven e ingenua, me frustras, pero sigues siendo mi mejor Creación. Mi hija. Te diseñé para que fueras mi sucesora. Para que lideraras al Consejo Rojo, para que lideraras esta nación, para que ocuparas mi trono. Por eso soy tan duro contigo, niña. Es importante que aceptes la realidad de este mundo. Si no lo haces, 298

jamás podrás controlarlo.

«Controlarlo». Eso era lo único que el liderazgo significaba para él.

¿Cómo es que ella nunca lo había visto?

—Mientes. Jamás me ibas a dejar tu sitio. Elegiste a Kinok para el consejo y no a mí.

—Porque el mundo no está listo para tus ideas, Crier. Intentaba protegerte. —Se estiró hacia ella sobre la mesa y Crier se echó para atrás, asqueada ante la idea del contacto. Si hubiera estado un poco más lejos, ni siquiera habría notado el chispazo de molestia en los ojos de Hesod—. Necesitas un par de años más para crecer. ¿Qué clase de padre sería si te lanzara al consejo sin estar lista? Te sacarían de allí a punta de burlas con todo y tus ensayitos. No puedo permitir que eso ocurra. Te conozco mejor que nadie, Crier, y sé que necesitas más tiempo. Lo único que quería era dártelo.

Como siempre, una parte de ella quería desesperadamente creer en su padre. Pero...

—Aunque fuera cierto, eso no cambia todo lo demás que has hecho. Las vidas arrebatadas con tus propias manos o bajo tus órdenes. No tengo nada más que decirte, Hesod. Cuando esto termine y seas juzgados por tus crímenes, te deseo toda la imparcialidad y la justicia que les diste a los aldeanos de Delan.

Crier arrastró su silla para atrás haciendo chirriar la madera y se puso de pie. El movimiento sacudió la mesa y la llama de la vela al fin terminó por apagarse. Solo quedó la fría luz azul de los candiles que provocó en Crier la sensación de estarse hundiendo en el agua. De estar ahogándose.

—No entiendes lo que te estoy ofreciendo, hija mía —dijo Hesod, como una silueta negra en la acuosa oscuridad, una sombra envuelta en tinieblas—. Siempre has querido ser reina. Sé que eso no ha cambiado. Si te alías conmigo, te perdonaré por haber huido. Te perdonaré por traicionarme y romper tu promesa con scyre. Te perdonaré por hacerlo enfurecer y ponerlo en nuestra contra.

Conmigo podrías convertirte en una gobernante gloriosa. Quiero estar a tu lado. ¿Me lo permitirías, hija? Te perdonaré por las decisiones que has tomado. ¿Perdonarías tú las mías?

Crier estaba a punto de abrir la puerta y se detuvo. Volteó a ver a Hesod y observó en la penumbra las líneas de su rostro por última vez.

—No sé si alguno de los dos pueda ser perdonado —dijo, y salió de la habitación.

Crier se dirigió primero a su habitación. A su escritorio. Eones atrás, en los días previos a su boda, cuando su padre le entregó una llave dorada. Era la llave de lo que él llamaba «salón de trofeos»: una habitación donde guardaba todos los artefactos humanos que fue coleccionando durante años. Objetos sagrados, libros antiguos, reliquias de la Guerra de las Especies. Con solo pensarlo Crier sentía repulsión, así que guardó la llave en el cajón de su escritorio. Ahora estaba lista para usarla.

Atravesó un pasillo serpenteante y luego otro. Allí estaba la puerta. La llave en la cerradura. Un clic y la puerta se abrió sin hacer ruido. Entró en el salón de trofeos. El silencio del lugar era una presencia física. Como si tuviera algodón metido en los oídos. La puerta se cerró detrás y Crier se quedó sola.

Y llena de furia.

Nunca había sentido tanta furia. Ni siquiera cuando se percató del chantaje de Kinok y su padre le dio el lugar en el consejo. Ni cuando huyó del palacio. Ni cuando vio los cuerpos humanos en el Corazón de Hierro y la sangre correr lentamente hacia los contenedores de piedra negra, y ella comprendió lo que ocurría. Ni siquiera cuando Kinok apuntó su espada al cuello de Ayla. Tantas veces la emoción dominante en ella había sido el miedo: «Estoy Defectuosa». «Kinok planea algo» «Nunca tendré voz en el futuro de mi nación». «Reyka

está desaparecida y a nadie parece importarle». «El Movimiento Antidependencia se está volviendo peligroso». «No me quiero casar con Kinok». «Ayla quería hacerme daño». «Nunca le importé a mi padre». «No sé cómo salvar a nadie». «No sé cómo salvarme a mí misma».

Miedo y miedo y miedo. Hielo en las venas y el corazón helado. El cuerpo era una prisión. La boca sellada, piernas y brazos inmóviles. Lo más valiente que había hecho fue huir, incluso lo hizo aterrada. Lo dudó, sintió culpa, se preguntó si estaba exagerando, si debió quedarse y ser la hija obediente y perfecta. «Ingrata», le susurraba su mente. «Ingenua. Ignorante. Inútil. Eres lady Crier, la hija del rey; para eso fuiste creada y nunca serás nada más. ¿Cómo te atreves a desafiar tu propósito?».

—No —dijo en voz alta, mirándose en un espejo de mano ubicado en una de las repisas. Tenía los ojos desorbitados y rojos—. No. Te equivocas.

Observó cada detalle de la habitación, los cientos de objetos en las estanterías. Dagas viejas y oxidadas, adornos de cristal y juguetes de niños, una máscara de cuero pintado, gordos libros amarillentos, un joyero de madera decorado con gemas de varios colores, una serie de animalitos de porcelana, un reloj de bolsillo. Flautas de pan, una muñeca de trapo, incontables cuchillos y puntas de lanza, una corona de flores secas, un vestido blanco hecho jirones. Una colección de objetos robados. Con el corazón retronando en su cabeza fue guardando todos aquellos objetos en la memoria. Una colección de fantasmas. De los crímenes de su padre. Los siguió observando, llena de furia. Y de dolor.

De pronto, se echó a llorar.

Se tiró en un sillón, hundió la cara entre sus manos y lloró como nunca lo había hecho. Con los sollozos ensordecedores e

incontrolables de un niño. Un niño humano. Ni siquiera un automa recién construido llora de esa manera. A ellos se les enseña desde el principio lo que es correcto. Y esto era inaceptable. Las lágrimas corrían por su rostro, tibias y ásperas. Sentía la sal en los labios, como si un océano en su interior se estuviera desbordando.

Después de un rato, que a ella le parecieron horas, los sollozos se redujeron a unas respiraciones temblorosas y entrecortadas. Crier sorbió con la nariz fuertemente y levantó la cabeza. Se sentía plena y vacía al mismo tiempo. Se limpió la cara, la nariz y parpadeó para sacudirse las últimas lágrimas.

Luego frunció el ceño.

En una de las repisas más bajas, casi escondido detrás de la manga del vestido blanco, se veía la la silueta de algo azul oscuro. Crier se acuclilló, estiró una mano y lo rodeó con los dedos. Era una piedra del tamaño de una manzana y más pesada de lo que parecía. A primera vista, tenía la superficie perfectamente lisa. Pero al observarla en detalle podía apreciarse el grabado de unas letras diminutas.

Había visto esa piedra antes. Nunca en la vida real, solo en la memoria. La primera vez que activó el relicario de Ayla y pudo ver los recuerdos de un hombre que vivió muchos años antes de que ella fuera diseñada.

Tenía en sus manos el corazón de Yora.

19

Ayla estaba en una esquina del gran salón, que habían convertido en una especie de armería. Unas doscientas personas estaban preparándose para la batalla. Las fuerzas de Kinok iban directo al palacio. La guardia de la reina Junn y sus aliados, automas y humanos de todas partes de Zulla, estaban allí reunidos. Los rabunianos y varnianos eran fácilmente reconocibles. Se veían humanos por doquier, seguramente provenientes de Tarreen: tenían la misma piel morena y el cabello oscuro que Ayla y vestían ropas hechas para el calor húmedo de la jungla y no para el frío del norte. Telas ligeras en colores tierra, ocre, café, verde y rojo arcilla. Todos llevaban unos círculos azules entrelazados, bordados o estampados en su ropa o pintados en la piel. Lucían collares, pulseras y aretes hechos de piedra azul. La misteriosa piedra azul de Dinara que había sido descubierta precisamente en Tarreen. Al parecer era tan sagrada para los tarreenianos como la piedra de corazón para el automa o el oro y la plata para los humanos de Rabu y Varn.

«Con razón se mantuvieron escondidos todo este tiempo», pensó

Ayla, mirando disimuladamente a un par de mujeres tarreenianas entre la gente. Los tarreenianos no se escondían por miedo al rey, sino que tenían algo que ocultar. Cuevas llenas de cristales azules con el poder suficiente para destruir a una nación entera. Si Hesod se hubiera enterado habría enviado a sus ejércitos a Tarreen, sin importarle el conflicto en las fronteras con Varn.

El verdadero milagro era que Kinok no se le hubiera adelantado.

—Oye, eres Ayla, ¿verdad?

La voz la tomó por sorpresa y dejó de mirar a las mujeres de Tarreen. Era el prisionero de cabello dorado del Corazón de Hierro. La última vez que lo había visto estaba semiinconsciente en la caravana con los demás prisioneros, con un médico untándoles una cataplasma sobre las heridas. Ahora se veía mucho mejor. Para empezar, estaba de pie, pero algo más que eso... había luz en sus enormes ojos café y su rostro ya no se veía grisáceo y tieso. Tenía el cabello voluminoso y limpio, y no con rizos mugrientos y sudorosos, aplastados contra el cuero cabelludo.

Ayla asintió.

—Sí, soy yo.

—Me dijeron que te diera esto — Le entregó una especie de armadura que usaban los humanos: camisa y pantalones de lana gruesa y una placa de pecho confeccionada en cuero.

—Oh. Gracias.

—Cortesía de la reina —Hizo un gesto, como si la palabra *reina* tuviera un sabor desagradable.

Ayla arqueó una ceja.

—¿No eres muy adepto?

Él resopló haciendo volar un rizo que le caía sobre los ojos.

—Pues le debo mi vida y quiero muerto al scyre de Rabu, así que por lo pronto lucharé bajo su bandera. Pero no apruebo a los

monarcas.

—¿Cómo me dijiste que te llamas?

—Erren.

—Creo que nos vamos a llevar bien, Erren. —Tomó la armadura; a falta de asiento se acomodó en el suelo y comenzó a desamarrarse las botas—. ¿Te molestaría ayudarme con esto? Debo confesar que nunca usé un armazón como este.

—Sí, claro. —Se arrodilló y comenzó a desamarrarle las cintas. Ahora que había recuperado la fuerza y el color, a Ayla le pareció que el muchacho tenía menos edad de lo que supuso cuando lo vio la primera vez. Quizá solo era uno o dos años mayor que ella.

—¿Cómo terminaste en ese lugar? —preguntó en voz baja, en medio del bullicio—. En el Corazón, en esa habitación. ¿Qué pasó? —Al notar la tensión en la quijada de Erren, agregó—: No me lo tienes que contar.

—No, está bien —dijo él, sacándole la bota de un tirón—. Ahora ponte los pantalones y la camisa arriba de la ropa que traes puesta, no importa. —Le ayudó a levantarse y le pasó los pesados pantalones de lana—. Iba viajando con un grupo de... *rebeldes* no es el término adecuado. Rebeldes por accidente, quizá. La mayoría éramos muy jóvenes, fugitivos, huérfanos y esas cosas. Solo intentábamos sobrevivir. Hacíamos algunos trabajos para conseguir dinero. Llevábamos mensajes, vigilábamos mercancía, cosas sencillas como esas. —Tenía la mirada perdida como si sus pensamientos estuvieran en otra parte—. Estábamos en el sur cuando la Solanácea empezó a correr por la región. No sabíamos lo que estaba pasando... creímos que era una enfermedad, una especie de virus. No sabíamos si solo afectaba a los parásitos o si los humanos también estábamos en peligro... Yo quería ir a investigar. Nuestro líder dijo que era demasiado peligroso, así que... me fui solo. Me escapé de

madrugada. Fui al lugar donde los habíamos visto por última vez para inspeccionarlos más de cerca. Lo último que recuerdo es que escuché unos pasos detrás de mí; me di la vuelta y me topé con un Vigilante. Después todo se hizo una nebulosa en mi memoria.

Ayla parecía sorprendida.

—¿Te atacó?

—Sí. Me golpeó en la cabeza, creo. Como sea, terminé en ese... cuarto. A veces despertaba, pero no recuerdo exactamente lo que pasaba. —Tensó los labios—. Estoy seguro de que aquellos fugitivos con los que viajaba me dan por muerto.

—Lo siento. Quizá... ahora que eres libre, ¿quizá puedas encontrarlos?

—Quizá. Sin duda lo voy a intentar. Aunque sea para decirle a Hook que tenía razón.

Alya soltó un resoplido burlón.

—Supongo que es el líder... —Sus palabras quedaron atoradas en la garganta cuando vio a Benjy abriéndose paso entre la multitud, media cabeza más alto que el resto de los humanos, incluso que algunos automa.

Ayla se echó a correr hacia él. Al verla, el chico también avanzó de prisa con su manera habitual de sacudir los brazos y las piernas como un ciervo. Se encontraron a la mitad del trayecto y sus cuerpos chocaron. El aroma familiar de Benjy: su piel, su cabello, su ropa emocionaron a la chica y le dieron ganas de llorar. Él la levantó entre sus brazos y le dio vueltas, y ella ni siquiera protestó.

—Benjy. Estás aquí —dijo en cuanto él la soltó. Ella inclinó la cabeza para ver su rostro como lo hacía desde que él tenía 10 años.

—Claro que sí —respondió, sonriendo. La última vez que se vieron habían discutido, pero ¿a quién le importaba? ¿*A quién le importaba*? —. Ya sabes cómo soy. No me puedo mantener al margen de una

buena pelea.

—Imprudente —dijo ella. Dio un paso atrás y notó por primera vez que Benjy llevaba el uniforme de guardia de la reina Junn, con todo y la espada envainada junto a su cadera y una placa brillante en el pecho. Se veía mayor, más firme y fuerte. Ya no era el eternamente inofensivo niño rebelde. Ahora era Benjy el guerrero—. Veo que seguiste con tu entrenamiento.

—Resulta que no solo soy un luchón. Soy bastante bueno con la espada.

—Nunca pensé que te vería con los colores de la reina —dijo ella sin ironía.

—Ah. —Benjy desvió la mirada—. Yo... Pues... Verás. Es una larga historia. Resulta que la reina lleva años intentando acabar con Kinok y con el rey. Al principio no me gustaba, pero... ella y tu hermano han hecho un buen trabajo. Sabes que siempre quise ser parte de la Revolución. Y ahora lo soy.

En el pasado las palabras de Benjy le hubieran molestado, después de lo mucho que la había criticado por el asunto de Crier. La verdad, aún le molestaba un poco. Pero…

—Ya me contarás todo después —Las palabras de la chica eran sinceras—. Pero debo decir que es difícil imaginarte con una espada.

—Eso me recuerda... —Sacó una daga de una funda pequeña que tenía en el cinturón, junto a la espada, y se la dio a Ayla. La daga brilló con la luz de las lámparas—. Esta es para ti. No sabía si traerías un arma o no. —Su rostro se ensombreció—. Los jinetes de la reina ya vieron a Kinok y sus fuerzas. Vienen por nosotros y vienen a toda velocidad. Llegarán al palacio antes de la media noche.

Ella tomó la daga sopesándola con una mano cerrada y probando su equilibrio.

—Pero no lo vamos a permitir, ¿verdad, Benjy?

Benjy asintió.

—Recuerda. Ve directo al corazón.

Se despidió de Benjy, quien tenía que ir a reportarse con su capitán. Salió del gran salón y se quedó un momento en el pasillo, pensativa. Necesitaba encontrar urgentemente a Crier; no tenía tiempo para andar recorriendo el palacio. Si ella fuera Crier, ¿dónde estaría? ¿En su antigua habitación, quizá? ¿En la biblioteca?

No. Ya supo dónde.

Avanzó por el pasillo. Moverse con la tosca y pesada armadura era como caminar con fango hasta la cintura. Llegó al otro lado de la punta este sin aliento; siguió como pudo por el pasillo oscuro, contando las puertas que iba pasando. Allí. La puerta tallada de instrumentos musicales. El salón de música. El santuario de Crier. Aún recordaba el momento en que Crier le lanzó la llave de la habitación como una ofrenda, un regalo, un secreto, una promesa. Todo a la vez. Privacidad, silencio, un escondite que le ofreció sin esperar nada a cambio. ¿Fue ese el motivo por el que comenzó a confiar en Crier? ¿Tan pronto?

La puerta estaba sin seguro, pues el pomo giró sin problemas. Abrió y allí estaba Crier, sentada junto a la enorme arpa dorada. Todo estaba igual a como Ayla lo vio meses atrás, incluso el polvo seguía en su sitio. Crier parecía perdida en sus pensamientos, pues no se percató de la presencia de Ayla. Ni siquiera levantó la mirada con el ruido de la puerta ni con el clic del pestillo al trabarse.

En apariencia, podría ser la misma Crier de meses atrás, salvo por la ropa sencilla que llevaba en lugar de un elegante vestido de seda. Su cabello caía sobre su espalda como agua negra. Sin joyas. Sin ojos ni labios pintados. Ayla conocía su sonrisa como los pescadores conocen la marea. Conocía cómo la boca de Crier se torcía ligeramente. También conocía la forma de sus dedos y cómo se

sentía su mano entrelazada con la suya. Crier era la respuesta de muchas preguntas, pero ninguna de ellas era «¿Cómo puedo lastimarlo?». Sabía que era valiente y brillante, obstinada en los peores momentos, divertida de un modo tan sutil que invitaba a descubrirlo. Sabía que no era un libro que pudiera leerse una vez y conocerlo todo. Nada finito como eso. En ella no había principio ni fin; no había parámetros; su cuerpo no era su verdad. Ella misma era algo amplio e infinito como los campos de hielo, el mar negro o el cielo del anochecer.

«Me gusta saber que hay ciertas leyes en el universo», dijo Hesod una vez, hacía mucho tiempo, antes de que empezara todo. «No puedes confiar en la permanencia de las cosas. Pero siempre hay una especie de fuerza haciendo lo que le toca. Incluso más allá del cielo, en la distancia inimaginable, las cosas funcionan del mismo modo. Tu madre lo hubiera explicado mejor. Todo son solo cuerpos en movimiento, cuerpos en órbita, igual que aquí. Impulsando o jalando. ¿Sabes cómo se le llama a esa clase de fuerza? La ley de la caída».

Crier levantó la mirada.

—Oh —dijo, sorprendida. La luz de la tarde se colaba por las ventanas, haciendo que todo se viera polvoso y dorado. Esa ventana... el escape de Ayla, Benjy y otros cuatro sirvientes la noche en que intentó matarla. La noche en que falló—. Oh. Ni siquiera... ¿Pasa algo allá afuera?

—Aún no. —Ayla no se movió. Parecía hecha de madera, como si fuera uno más de los instrumentos que decoraban la habitación.

—Tengo algo para ti —Ayla notó que tenía en el regazo un pequeño bulto envuelto en una tela.

Se sentó junto a Crier en el espacio que quedaba en la banca. El cuero inflexible de la placa de pecho le estorbaba y si encorvaba un

poco la espalda se le enterraba en la cadera. Observó el bulto de tela que Crier acunaba en las manos como a un frágil parajito recién nacido.

—¿Para mí? —susurró Ayla—. ¿Qué es?

Crier levantó el bulto y la tela se cayó, dejándolo al descubierto. La chica se quedó sin aliento.

Era una piedra azul oscuro del tamaño de un puño, con la superficie suave y pulida. Había visto esa piedra antes. No en la vida real, sino en el recuerdo de Siena. Ella lo tenía en la mano como un trozo de cielo nocturno. Ayla miraba la piedra, enmudecida. Turmalina. Turmalina real. No en su forma burda como la que se utilizaba para fabricar bombas de humo azul, sino la Turmalina alquimizada. La Turmalina de los creadores. El corazón de Yora.

Tenía unos símbolos diminutos grabados en la superficie. Círculos concéntricos: los cuatro elementos más oro. Esto se repetía en toda la superficie de la piedra, excepto en un punto.

—¿Cómo...?

—Estaba en el salón de trofeos de mi padre junto a otros objetos de guerra, entremezclada con una colección de joyas humanas. Estaba cubierta de tierra. Al parecer llevaba años allí. Quizá desde el ataque a tu aldea. Estoy segura de que pensó que solo era una gema cualquiera. Un cachivache más.

Ayla seguía callada sin quitarle la mirada de encima a la piedra. ¿Algo se movía en el centro del corazón? Un pequeñísimo latido de tenue brillo azulado. A pesar de tantos años sin habitar un cuerpo y abandonada en el polvo. ¿El corazón de Yora seguía latiendo?

—Era de tu abuela —susurró Crier—. Y ahora es tuyo. Es tu herencia, Ayla. Tómalo y haz con él lo que quieras.

«Es una bomba», pensó Ayla, mirándolo. «Podría ser una bomba». Si quería, podría convertirlo en la bomba más mortal de la historia;

acabar con un batallón entero y matar a cientos de parásitos en un instante. «Por mi aldea, por mis padres». Podría destruir medio palacio con Hesod adentro si lo quisiera.

Crier hizo un gesto de dolor y se llevó una mano a la frente. Notó que Ayla la miraba con curiosidad.

—Yo... No he ingerido piedra de corazón. Desde el Corazón de Hierro. Empiezo... a sentir los efectos.

Estaba sin piedra de corazón desde... Ayla tragó saliva. Eso no era nada bueno. Kinok estaba cerca y Crier era su objetivo principal. Si se enfrentaban y ella quedaba expuesta aunque fuera por un instante sin haber consumido piedra de corazón en días... No sanaría. Estaría tan débil y vulnerable como un humano muerto de hambre. Estaría en peligro.

Ayla podría usar el corazón de Yora para destruir la mitad del palacio.

O…

—Crier. ¿Confías en mí?

—Sí.

—¿Quieres que esta guerra termine?

Crier frunció el ceño.

—Sí. Claro.

—De acuerdo. —Suspiró y miró a Crier tan de cerca que pudo ver los destellos dorados de su ojos y la suavidad sobrehumana de su piel. Esa persona a la que había llegado a conocer tan bien. Por la que daría la vida y en la que confiaba con todo su ser. A la que seguiría por un laberinto oscuro o en un campo de batalla. «¿Cómo no lo supe?», se preguntó, observando su rostro. «Si la ira es una bomba de humo, esto es el fuego de una chimenea. Esto es...».

—Tengo una idea —anunció Ayla, con voz ahogada. ¿Se había acercado más a Crier? ¿O Crier a ella? Porque sus narices estaban a

punto de rozarse. Podía sentir el aliento de Crier y respirar su aroma a lavanda de sal y mar—. Es peligroso. Podría no funcionar.

—Cuenta conmigo —dijo Crier.

—Ay, ya —dijo Ayla, y la besó.

El primer encuentro entre ellas había sido una experiencia salvaje. Caliente y caótica y desesperada. El tirón de ropa y los cabellos enredándose. Se aferraban con tanta fuerza a sus bocas que los besos dolían. Los cuerpos apretujados. La espalda de Ayla contra la pared y las uñas de la amante hundidas en la suave piel de sus orejas. Ambas jadeantes por el sobresalto o el dolor o la ira y otros cien sentimientos encendidos que desaparecieron de pronto en cuanto la realidad les cayó encima. Luego de aquel encuentro Ayla quedó ensimismada y se odiaba a sí misma; su mente repetía la escena una y otra y otra vez y se odiaba también por eso. Intentó con todas sus fuerzas olvidar los dedos de Crier en su cabello, el sabor de Crier como una gota de miel en su lengua, el sonido hueco del roce de sus dientes y el deseo de pegarse a ella aún más. Intentó olvidar con todas sus fuerzas, pero lo único que había logrado fue descubrir que olvidar era imposible.

Pero, eso.

Eso, allí, en ese momento.

Si el primer beso fue inolvidable, las palabras para describir esta nueva expriencia aún no se habían inventado.

Ayla se enfocó en memorizar los detalles que dejó pasar la primera vez. La forma de la boca y la sensación carnosa sobre la suya. La manera en que Crier tomaba aire lentamente por la nariz intentando controlarse. Su inmovilidad repentina, como temiendo que cualquier movimiento le hiciera recuperar la razón, como si no fuera la mejor decisión que Ayla hubiera tomado en toda su maldita vida, como si eso fuera un absoluto sinsentido. Por un momento, ambas se

mantuvieron quietas. Un beso suave, un rozar de labios, un sutil respirar. De pronto, Ayla se alejó apenas lo suficiente para tomar aire y besarla nuevamente con más fuerza, como si hallara la respuesta a una pregunta o una confirmación, o todo a la vez. Los labios de la automa se separaron como una afirmación muda. La chica sintió algo caliente y vibrante que le hizo curvar los dedos de los pies dentro de las botas. Comenzó a acariciar con manos temblorosas el cabello de Crier. Giró para quedar montada sobre la banca con el ángulo perfecto frente a ella. Sintió los brazos de Crier empujándola hacia ella un poco más y se fundieron en embriagantes y ardientes besos. Ayla la besaba una y otra vez como si se hubiera hecho adicta al sabor, el aroma y el calor de la joven. Al final, fue Crier quien se separó, temblorosa. Abrumada. Tenía la boca hinchada y los besos amantes aún brillaban en su labio inferior. Tragó saliva y Ayla siguió el movimiento de su garganta.

—Oh —dijo Crier.

La chica soltó una carcajada. Había una guerra en su puerta y ella reía a carcajadas recargada en el hombro de Crier.

—Oh —repitió riendo, y acomodó la cabeza más cerca del cuello de Crier. Podía sentir las tibias manos aún sobre su espalda y a pesar de la gruesa armadura de cuero—. Vaya que oh.

—Cállate —dijo Crier, apenada—. No creo que vaya a poder formar oraciones completas por una semana.

—Esto fue una oración.

—¡Cállate!

—No sé si seré buena en esto —susurró Ayla. Se irguió para señalar de una a la otra, para que no quedara lugar a dudas. «Esto. Esto, esto, esto»—. Pero... si sobrevivimos hoy. Si salimos con vida. Quiero... intentarlo. Contigo. —Se aclaró la garganta—. Si... si tú quieres, claro. Conmigo.

—Sí, quiero —Descansó su frente en la de Ayla. Se miraron fijamente, con el ceño fruncido. Aún tenía la boca húmeda e hinchada por los besos, lo cual despertaba el deseo de Ayla de... poseerla, simplemente poseerla—. Hace tanto que deseaba esto.

—Okey —susurró—. Entonces...

En algún punto a las afueras de los muros del palacio, se escuchó un cuerno de guerra.

Las jóvenes se separaron, sobresaltadas.

—¡Carajo! —Ayla se dio la vuelta para ver por las ventanas, pero obviamente no alcanzó a distinguir más que el cielo y el huerto—. Pensé que no llegarían hasta que cayera la noche.

—Kinok vive para desafiar las expectativas —dijo Crier con voz tensa—. La idea que mencionaste. ¿Qué era?

Ayla se cepilló el cabello con los dedos, intentando aclarar su mente. Tenía que concentrarse.

—Los seguidores de Kinok... están convencidos de que puede encontrar una alternativa a la piedra de corazón, ¿verdad? No saben que está hecha con sangre humana, pero siempre han sabido que el Corazón de Hierro es vulnerable. Es el punto más débil de la especie automa, y si los humanos lo sabotearan o algo así, morirían de hambre. Así es como los convenció sobre la Turmalina y los engañó para que se envenenaran con la Solanácea. Y Kinok ya destruyó el Corazón. Sus seguidores tienen que quedarse con él, porque es el único que puede salvarlos. El único que tiene respuestas, que está buscando la Turmalina. O eso creen ellos. ¿Cierto?

—Cierto —dijo Crier.

—Entonces... ¿qué pasaría si alguien les demostrara que Kinok no tiene la respuesta? ¿Si alguien les demostrara que nosotros encontramos la Turmalina y somos los únicos que sabemos cómo usarla?

Crier frunció el ceño.

—Pero no sabemos cómo usarla.

—Esta es la parte peligrosa —advirtió Ayla. Tomó la mano de Crier y entrelazó sus dedos—. Yo sí sé cómo usarla. Cómo activarla. Puedo demostrar que funciona, que tu especie puede usarla como una nueva fuente de vida. Sé que puedo. Es peligroso, pero tampoco puedes enfrentar a Kinok en estas condiciones. Estás débil; podrías morir. Por favor, si no volverás a consumir piedra de corazón, déjame salvarte con esto. Te juro que no te haré daño y vas a estar bien. ¿Confías en mí?

—Sí —dijo Crier sin dudarlo.

—Bien. Pero no lo puedo hacer sola. Vamos a necesitar a alguien con experiencia.

—¿Qué clase de experiencia?

Ayla la miró a los ojos.

—Vamos a necesitar una Comadrona.

Fue como una recreación que vio en el recuerdo del relicario.

«Luz de fuego, amarilla y viva. Manojos de hierbas secas colgaban de unos travesaños proyectando extrañas sombras sobre la pared, parecían manos queriendo tocar el suelo. Ayla estaba sentada en la orilla de una chimenea, con el calor del fuego a sus espaldas. No estaba sola. Había dos figuras en medio de la habitación. No podía ver sus rostros, pero sabía que una de ellas debía ser Siena. La otra iba vestida completamente de blanco. Una Comadrona».

Ahora Ayla estaba en el lugar de Siena.

No había una mesa de operaciones y Crier estaba tendida en el suelo con Ayla y una Comadrona arrodilladas en cada lado. La chica había ido a buscar a la mujer en la tienda de los médicos y se presentó como Jezen: «Un gusto verte de nuevo, lady Crier, aunque sea en un momento así». Cuando Ayla le explicó lo que harían, Jezen

negó enfáticamente con la cabeza.

—No. Eso no... no tiene precedentes. No tenemos idea de cómo afectaría a su cuerpo. Podría morir.

—Sí tiene precedentes —aclaró Ayla, aunque las palabras «podría morir» le daban vueltas en la cabeza—. Ya se hizo una vez. Yo lo vi.

—¿Cómo...?

—No tenemos tiempo. Se lo explicaré después.

Jezen asintió con un gesto lúgubre.

Crier estaba en silencio y con los ojos muy abiertos. Ayla de cuclillas junto a ella se obligó a que sus manos dejaran de temblar. Tenía que ser firme. Un mínimo error, un instante de torpeza, y...

«No pienses en eso».

Cortaron la blusa por delante, apenas lo suficiente para liberar la clavícula y la parte superior del pecho. Sería terrible para Crier estar despierta durante el proceso, pero Jezen aseguró que abrir la puertecilla de su pecho no sería doloroso; estaba diseñada sin terminaciones nerviosas. Lo peligroso serían los breves momentos en que estaría sin corazón.

—¿Estás lista? —le preguntó Jezen a Crier.

—Sí —susurró ella.

Jezen miró a Ayla.

—¿Y tú?

—¿Importa?

—Es cierto.

Como lo hizo la Comadrona de los recuerdos, Jezen llevó la navaja al pecho de Crier. No era un instrumento médico delicado como el que Ayla vio en el recuerdo, sino una daga pequeña. Pero estaba bien afilada y con eso bastaba. Jezen deslizó la navaja sobre la piel de Crier, encontrando la misma veta casi imperceptible, y la piel se separó sin problemas. Sin sangre. Con la punta de la navaja abrió esa

pequeña sección en el pecho de Crier. La puerta de su corazón. Crier cerró los ojos en el momento que la navaja tocó su piel, y aún los tenía cerrados. Ayla le acarició la frente.

—Está bien —murmuró—. Pronto habremos terminado.

—Confío en ti —susurró Crier.

«Y yo confiaré en mí», pensó Ayla. «Debo hacerlo».

A diferencia de la chica automa en el recuerdo de Siena, el corazón de Crier latía. Podía escucharlo, como un reloj, y ver la suave vibración de cada latido. Vio el lugar donde se conectaban las delicadas venas de oro y cobre. Ese era el reto: colocar el nuevo corazón en el lugar exacto, volviendo a conectar las venas y los vasos. Revivió el sonido que escuchó en el recuerdo, como un pestillo al acomodarse en su sitio.

El corazón azul estaba sobre un trozo de tela, junto a ella. Miró a Jezen. La Comadrona tenía los ojos de un verde muy inusual, como trozos de esmeralda.

Era hora.

Con mucho cuidado y deslizando el cuchillo en fracciones de milímetros, comenzó a separar el corazón de Crier del resto de su cuerpo. Ayla observó, sin parpadear, cómo iba cortando las venas una por una, desconectándolas limpiamente del corazón. Se movían de forma independiente unas de otras, como hierbas metálicas de la delgadez de un cabello meciéndose en un viento inexistente.

Jezen cortó la última vena. El rostro de la automa se suavizó y su cuerpo se relajó de inmediato. Ayla tragó saliva, intentando no entrar en pánico. Era el cadáver de Crier.

Pero sería solo por un momento. Ayla tomó el corazón de Turmalina y lo sostuvo con ambas manos mientras Jezen retiraba el viejo corazón del pecho. Ahí estaba el hueco que vio en los recuerdos. Ayla dejó de lado el pánico, tomó aire y el instinto y la

memoria tomaron el control. Giró el corazón azul, buscando el ángulo exacto que visualizó en la mente de Siena. Recordó la posición de los símbolos alquímicos: fuego, agua, tierra, aire, oro. «Aquí, así». Sin dudarlo, depositó el corazón de Turmalina en el pecho de Crier y lo presionó para que se acomodara. Sintió los mecanismos internos de la automa vibrar con la presión, doblarse y reacomodarse para adaptarse al nuevo dispositivo. «Hierro del Creador», como dijeron los bandidos cerca del río Merra. «Pura magia negra. Ese hierro se mueve y respira». Jezen le entregó el cuchillo y Ayla deslizó la punta, guiando las venas adonde debían estar. Los grabados en la superficie del corazón no eran solo letras. Eran un mapa. Las puntas de las venas encajaron a la perfección con cada letra y allí resposaron, quietas.

Retiró el cuchillo. Se escuchó un sonido bajo, casi inaudible. Como un pestillo.

No pasó nada.

Se quedó de cuclillas esperando a que los ojos de Crier se abrieran y su pecho volviera a moverse.

Nada.

—Ayla —dijo Jezen.

—No —gritó Ayla. «Piensa, piensa». ¿Por qué no funcionó? ¿Qué había sido distinto? ¿Qué se necesitaba para darle vida a ese corazón?

Además del recuerdo de Siena, la única vez que vio que la Turmalina cobrara vida fue en las manos de un muchacho fabricando una bomba. Recordaba los símbolos que trazó en la superficie de la bomba, lista para activarse con una gota de sangre. Fuego, salitre, azufre. Argamasa. Sal. Y recordó lo que lady Dear le dijo aquella vez en el palacio de Thalen.

«¿Has escuchado sobre el lenguaje de las flores?

Las rosas blancas, para los secretos. Las adelfas son una advertencia. Si combinas distintos tipos de flores, puedes construir mensajes enteros. Lo mismo sucede con el lenguaje de los creadores».

—Ayla —repitió Jezen, pero la chica no la escuchó. Tomó el cuchillo nuevamente y se acercó al cuerpo sin vida de la automa. Se mordió el labio con tanta fuerza que sintió su sangre.

Fuego, salitre y azufre para hacer una bomba. Allí comenzaría. Necesitaba energía, pero no de forma abrupta; fuego lento sin explosión. Sostuvo la piedra azul con una mano, cuidando de no tocar las venas, y con la punta del cuchillo comenzó a tallar el primer círculo en la superficie del corazón de Yora, de Crier.

Luna y agua para la transformación. Tierra para contener el fuego y evitar que la energía se salga de control. Fósforo para invocar la luz, magnesio para que siguiera ardiendo. Sal y cobre para la vida y la sangre. Ayla talló los ocho símbolos formando un círculo. Luego los conectó en el centro con una estrella de ocho puntas. Sentía los ojos de Jezen puestos en ella, pero no despegó la mirada del corazón. Pasó el filo del cuchillo por la yema del pulgar, esperó a que brotara una gota de sangre y presionó el dedo sobre la estrella de ocho puntas.

No pasó nada. «Dioses, dioses». Ayla estaba a punto de alejarse, en pánico, cuando...

La Turmalina comenzó a brillar.

Emanó una ligera luz azul, como si la piedra fuera una lámpara que se acababa de encender. La luz se reflejaba bajo el mentón de Crier e iluminaba el rostro de Jezen desde abajo. Pero...

—Oh —exclamó Ayla, casi como un susurro.

Pero no solo el corazón se encendía. Por los brazos, las piernas y la parte abierta del pecho, comenzaron a formarse unas pequeñas

grietas. No, grietas no. Símbolos. Seguramente habían estado allí, invisibles al ojo: símbolos alquímicos tallados en la piel creada. Mientras el poder de la Turmalina iba llenando el cuerpo de la automa, los símbolos brillaban de luz blanca y se encendían aún más con cada latido del corazón.

—Funcionó —dijo Jezen con reverencia—. No puedo creer que funcionó. Un corazón nuevo.

Una de las ventanas del salón estalló.

No tuvieron tiempo de reaccionar cuando alguien atravesó la abertura y cayó al suelo aplastando los cristales rotos con sus botas. Iba vestido completamente de negro, con el rostro cubierto por una máscara de metal plateado. ¿Un Vigilante?

—Vine por la hija del rey —anunció con su voz ronca ahogada por la máscara—. Entréguenmela viva. Si se resisten, morirán.

—Elijo resistirme —dijo Ayla.

—Entonces morirás.

En menos de un instante el Vigilante alcanzó a Ayla y ella se lanzó sobre el cuerpo de Crier asestando a ciegas el cuchillo. Sorpresivamente había hecho contacto con el automa y la sangre violeta salpicó el suelo, aunque solo fue un rasguño. Escalofriantemente callado, con el silencio automa, la tomó del cabello con un puño y la levantó de un jalón. Ayla alcanzó a ver sus ojos por las ranuras de la máscara. Luchó lanzando cuchilladas a todo lo que estaba a su alcance, con la esperanza de ganar tiempo para Jezen y Crier.

—Eres la criada —dijo el Vigilante. Ayla lo tenía a una distancia corta pero no podía alcanzarlo y el cuchillo en su mano era ya un arma inútil.

—Y qué si lo soy.

—Es una pena para ti. El scyre Kinok solo quiere viva a la hija del

rey. Todos los demás pueden morir. Y la criada debe morir de una forma dolorosa.

La aventó hacia un lado, la cabeza dio contra la pared y quedó tumbada en el suelo. Estaba mareada, casi sin aire y con la garganta llena de hiel. Solo vio un par de botas negras acercándose a ella y de un jalón la puso de pie y le torció la cabeza hacia atrás. La chica atinó a moderle la muñeca y el brazo, pues con la caída su cuchillo salió disparando sobre los adoquines. Pero ni el humano más fuerte podía competir con un automa; menos una chica, por más ágil y lista que fuera.

El Vigilante la dejó luchar inútilmente por un par de segundos y nuevamente la lanzó al piso. Soltó un chillido y se hizo bolita protegiéndose la cabeza con los brazos esperando el golpe o la puñalada, pero eso no pasó. El Vigilante dijo que sería doloroso, lento, y no le mentía. En vez de ir directo al cráneo le dio una patada en la espinilla.

El dolor era indescriptible. Como si alguien hubiera detonado una bomba en su pierna, pero en vez de hacerse pedazos seguía explotando. Escuchó la fractura de sus huesos bajo la bota del Vigilante y sintió fuego en su pierna. Sin duda se había abierto y estaba ensangrentada y maltrecha. Lanzó un grito desde de lo más profundo de su garganta, desesperado y animal. El dolor se iba extendiendo por todo el cuerpo, en oleadas; en su mente se encendían destellos blancos y volvió a gritar. Sentía que si el dolor continuaba acabaría por enloquecer. ¿Por qué el automa no acababa con ella de una vez?

Jadeaba e intentaba no vomitar. Abrió un ojo. El Vigilante... ¿ya no estaba?

No.

Crier había despertado. Estaba de pie y se veía gloriosa, pese al

dolor. Las runas seguían brillando en sus brazos, en su pecho, en sus mejillas y en su frente. Jezen le había obturado el pecho, pero aún podía verse el brillo azul latiendo bajo su piel. Y sus ojos... de plata fundida. Igual que los de Yora. Ese era el poder de la Turmalina. No tomaba energía de la sangre, del sufrimiento y la muerte, sino de los elementos, la magia y las entrañas de la Tierra.

Estaba desarmada, pero eso no importaba. Dio un paso al frente y el Vigilante retrocedió. Sacudía la daga de un lado a otro por el temblor de la mano.

Temía a Crier.

Le tenía terror.

Se lanzó para atacarlo pero él retrocedió torpemente y escapó por la ventana rota. La habitación quedó en silencio y solo se escuchaban los jadeos desesperados de Ayla.

—Ayla —dijo y corrió junto a ella que no podía moverse, y apenas si lograba mantener los ojos abiertos. Crier tocó su cuerpo y su pierna con el rostro horrorizado—. Comadrona Jezen —dijo, con tono serio y controlado. Ay no, eso era malo. La única vez que Ayla escuchó ese tono fue cuando Kinok tenía una espada en su cuello—. Comadrona Jezen, necesitamos un médico. Ya.

Afuera se escuchaban los cuernos de guerra como bramidos de animales. El tiempo se estaba acabando.

—Despierta, Ayla, abre los ojos, por favor. —Ayla vio una figura vestida de blanco, como un fantasma, como el vestido de Luna en el mercado mil años atrás, antes de todo. Jezen hablaba. Su voz tenía un tono aún más agudo que el de Crier, como una campana. Alcanzó a comprender algunas palabras. «Hueso roto». «Pérdida de sangre». «Matar».

«La va a matar».

—Vaya por un médico. Por favor, vaya por un médico, no hay

tiempo. Yo me quedo con ella...

No.

No, ese no era el plan.

—Crier —susurró Ayla, y su visión se llenó de puntos negros—. Crier... vete, tienes que irte. Yo estaré bien, lo prometo. Solo vete.

—No —dijo, al borde de las lágrimas—. No, no te voy a dejar. Solo necesitamos un médico. Esto está muy mal, Ayla, esto está...

—Puedo salvarla, si actúo rápido —interrumpió la Comadrona Jezen y Crier la miró con los ojos brillantes como estrellas. Ayla seguía mirando a Crier. Sentía la cabeza pesada, su visión se iba volviendo cada vez más borrosa, y no pensaba ver nada más que a Crier—. Pero si los asesinos de Kinok ya se enteraron de que estás aquí, todas corremos peligro. Tú eres su objetivo. Kinok te quiere a ti. Lo mejor que puedes hacer por Ayla en este momento es alejarte de ella. Vete, lady Crier. Lo que sea que tengas que hacer, hazlo ahora. Ve a detenerlo.

—Pero...

—¡Vete...!

Ayla sentía una tibia presión sobre su piel helada. La silueta de Crier era poco más que una sombra, y luego desapareció. Sin más qué mirar, cerró los ojos, se hundió en la bruma, en el agua oscura, y sintió alivio cuando esta la cubrió completamente.



20

El corazón dentro de su pecho no era suyo.

Crier podía sentir sus latidos. Podía sentirlos por todo su cuerpo, más fuertes de lo normal; con cada pulsación, los símbolos de los creadores sobre su piel cintilaban como estrellas. Se examinó las marcas en el brazo que antes eran invisibles. La magia grabada en su piel. Había llevado esos símbolos durante toda la vida. Pero hasta entonces se le revelaron, como si el corazón de Yora le hubiera dado un nuevo poder. Unas palabras revolotearon en su cabeza: las frases iniciales del primer libro que leyó en su vida. *El manual del Creador.*

«Todas las cosas poseen cierta prima materia, una sustancia pura e intangible, más vieja que el Universo mismo.

Si la humanidad está formada de un material así: órganos, huesos, carne y hasta un Alma intangible, sin duda el Creador puede transmutar la vida humana».

Siempre había sido fuerte.

Pero, por primera vez, Crier se sentía realmente viva.

Intentaba analizar y categorizar cada nueva sensación; dar sentido

a sus sentimientos nebulosos. Pero ¿cómo? Consumir piedra de corazón era nada comparado con esta vitalidad renovada. Siempre lo sintió como salir de una sombra fría a un espacio soleado. Un calor reconfortante, una pequeña recarga de energía. En cambio, esto era... como beberse la luna. Sentía su cuerpo ingrávido y liviano. Si fuera a los riscos en ese momento, la marea correría hacia ella. Si se pinchara un dedo, de su sangre saldría plata diluida.

Se dejó guiar por los conocidos pasillos del palacio. Al acercarse a la entrada principal, escuchó un clamor de voces humanas y automas que venía del salón central. El ejército de la reina Junn. Los tarreenianos. Y humanos sirvientes y rebeldes por igual. ¿Existía alguna diferencia entre ambos? Quizá no. Probablemente Ayla así lo creería. Ella diría: «Tan solo existir en este mundo es un acto de rebelión. Simplemente Crier».

Ayla.

«Sigue adelante», se ordenó Crier. Confiaba en la Comadrona Jezen. Más que eso, confiaba en Ayla. Si le dijo que estaría bien, así sería. Era tan sencillo como eso. Cumpliría su parte del trato y ella con el suyo.

No vio a nadie hasta que llegó a la entrada principal. Ocho miembros de la Guardia Verde estaban plantados junto a las enormes puertas de madera, con rostros inexpresivos y las armas listas en las manos. Cuando se acercó, sintió placer de ver cómo por un instante abrieron los ojos de par en par, llenos de sorpresa. Crier sonrió. Con los ojos plateados y la piel cubierta de runas encendidas, probablemente se veía como una criatura de los viejos cuentos. Una de las mujeres-pez que viven en las profundidades del mar, entre las rocas submarinas, y usan sus largas y luminosas lenguas para atraer a sus presas. O una bruja-vela de las montañas del oeste: un monstruo que adopta la forma de una hermosa mujer y arrastra a

sus enamorados a las profundidades de las montañas por kilómetros y kilómetros entre las nieves, hasta que las pobres almas mueren de frío y ella se los devora enteros.

«Voy por ti, Kinok», pensó Crier.

—Déjenme pasar —dijo a la Guardia Verde.

—No es seguro afuera del palacio, lady Crier —respondió uno—. Ya llegó el batallón del scyre.

—Lo entiendo. Déjenme pasar.

Cuales fueran las órdenes que cumplieran, no eran las de Crier, pero se movieron como un solo cuerpo, hicieron una reverencia y la dejaron pasar. Abrió una de las pesadas puertas de madera apenas lo suficiente para poder salir. La tarde había comenzado a dar paso a la noche, y el azul claro del cielo se tornaba del color de un moretón incipiente. Sintió el aire frío en su piel. Tomó aire y se echó a andar. Afuera había más guardias, pero no intentaron detenerla; seguramente escucharon la conversación que se dio en el interior del palacio.

El patio principal, el ala de sirvientes, los huertos y los jardines, habían sido adaptados para la batalla. Había una docena de tiendas sobre el pasto, caballos atados en el perímetro y automas y humanos corriendo de aquí para allá. Todos estaban vestidos para la batalla. Algunos traían, como Ayla, lana rellena o lo que parecían atuendos de cuero. Algunos estaban armados con cotas de malla o placas de metal en el pecho y espadas en la cadera. Muchos de los automas portaban las máscaras blancas de Varn. Era una imagen escalofriante ver aquellos rostros ocultos, vacíos, con los ojos apenas asomados en la abertura ocular de la cubierta. Parecían estatuas que cobraron vida.

Mientras Crier recorría el patio, todos se detenían a mirarla. Algunos humanos se escondían, asustados. Ella quería decirles que

no había nada que temer, pero eso sería después. Por lo pronto, tenía una misión y no podía distraerse.

Solo dos personas no le rehuyeron. Storme y Benjy, que platicaban junto a una fogata. Tenían las cabezas juntas y la mano de Storme descansaba sobre el hombro del chico. Ambos la miraron con sopresa cuando ella se acercó.

—¿Qué...? —comenzó a decir Benjy.

—Tú —lo interrumpió Crier—. Vete al salón de música. Ayla te necesita.

—¿Qué? ¿Qué pasa con Ayla? ¿Está herida? —preguntó Storme. Benjy solo asintió, le dio una palmada en el hombro como despedida y se echó a correr hacia el palacio.

—Tú —le dijo a Storme—. Ve con la reina. Dile que me dé media hora con el scyre Kinok. Solo media hora.

—Te volviste loca. No, claro que no. Ayla me empalaría si te dejara ir a que te maten.

—Consejero Storme. Por favor.

Lo miró con firmeza, esperando que decidiera.

—De acuerdo. Se lo diré.

—Gracias. Después, ve al salón de música. Ayla te necesita también a ti.

Era fácil ver al ejército de Kinok. El palacio del rey estaba ubicado en el punto donde las suaves colinas bajan para encontrarse con los riscos del Steorran, y Crier alcanzaba a verlos desde el patio: un borrón amarillo al oeste del horizonte, en la cima de una colina, acercándose cada vez más. El fuego de las antorchas. Distinguió las banderas de guerra más altas que flotaban sobre la luz. La mayoría eran negras, como la capa del scyre y el brazalete que llevaban las personas durante su fiesta de compromiso con Crier. Negra como la Solanácea. Algunos de los seguidores de Kinok llevaban colores

propios. Crier vio más de un escudo familiar de algún miembro del Consejo Rojo. Shen, Yaanik, Parademd. Un golpe más de traición. No solo se pusieron en contra del rey sino en contra de Rabu mismo.

Entrecerró los ojos para ver mejor. Definitivamente se estaban moviendo. A ese ritmo, llegarían a las orillas de las tierras del rey al caer la noche.

Con suerte, no pasarían de allí.

Se detuvo a medio patio para sopesar las posibilidades, ignorando las miradas y los susurros de la gente. ¿Debería esperar a que llegaran? ¿Debería toparlos a medio camino?

—¡Crier!

Algo se encendió en su cabeza. ¿De dónde conocía esa voz? Se dio la vuelta, estudiando a la multitud de humanos y automas reunidos en círculos que la observaban con una mezcla de miedo, desconfianza y curiosidad y, solo en algunos, fascinación.

—¡Crier! —Ahora sí lo vio abriéndose paso entre la gente a tropezones.

«Hook». El muchacho que la salvó de las Sombras, el líder rebelde con su grupo de niños perdidos. Se quedó boquiabierta. La última vez que se vieron fue en la Caleta de la reina... y creyó que sus caminos nunca volverían a cruzarse. Se veía un poco más acabado aunque vivaz. Tenía la oreja izquierda vendada, el ojo del mismo lado bastante hinchado, y dibujaba esa sonrisa amplia que ella recordaba tan bien.

—Todos ustedes, dejen de mirarla con cara de tontos y denle espacio —ordenó haciendo un gesto para alejar a la gente. Se acercó a Crier y no parecía preocuparle la luz plateada que latía en su piel —. Hola de nuevo —Hizo un animado saludo militar—. Esperaba encontrarte aquí, aunque no me imaginaba que te vería así de brillante.

—Tú... —No sabía cómo completar la idea. «¿Lo lograste? ¿Me alegra que estés vivo? ¿Me alegra volver a verte? ¿Pensé que no querías saber de mí?»—. ¿Esperabas... esperabas encontrarme?

—Sí. —Su sonrisa desapareció—. Yo... Lamento haberte dejado allí. Lo siento.

Crier asintió.

—Te perdono. Tenías que proteger a los tuyos. Lo entendí en ese momento y lo entiendo ahora. —Era la cosa más humana del mundo —. Al final, los dos terminamos aquí, ¿no?

—Eso sí. Por cierto, creo que vale la pena repetirlo: estás, eh, ¿brillando?

Se acercó a él sabiendo que todas las miradas y los oídos estaban puestos en ellos.

—Encontré la Turmalina —dijo con un susurro casi inaudible—. La encontré, Hook.

Los ojos del muchacho se llenaron de asombro y entreabrió la boca para hablar pero quedó pasmado.

Crier esperó unos segundos, pero seguía sin hablar.

—¿Hook? —repitió, tentada a sacudir la mano para espabilarlo. ¿Realmente estaba tan impresionado por la Turmalina?

Entonces comprendió que no era *a ella a quien miraba*. Sus ojos estaban fijos en un punto detrás de su hombro, y seguía petrificado. Casi ni respiraba.

Crier se dio la vuelta y vio entre la multitud a un humano con cabello dorado. Era alto y elegante. La última vez que lo vio fue tendido en la caravana médica con aspecto cadavérico, enjuto, con los ojos sumidos y los antebrazos vendados.

Tenía la misma expresión de azoro que Hook.

Y entonces...

—Te voy a matar... —soltó Hook. Se echó a correr y se lanzó sobre

él. Lo tomó con ambas manos por la camisa y quedó enfrentado a su rostro—. Te voy a matar —repitió, encimando las palabras mientras lo sacudía. Luego hundió su cara en el pecho del hombre—. Te voy a matar, Erren, maldito imbécil, desgraciado, hijo de perra. Juro por diez mil dioses que te voy a matar, tienes idea... tienes la más mínima idea...

Erren.

«Erren fue uno de miles… Por encontrarlo, por salvarlo, me arriesgaría a caer en una trampa. Me arriesgaría a lo que fuera», le había dicho Hook a Crier.

«Entiendo a qué te refieres», le respondió ella.

—Lo siento. —Erren sonaba aturdido. Ni siquiera intentaba defenderse—. Lo siento. Lo sé, lo siento.

—No lo sabes —gritó Hook.

—Tienes razón. No lo sé. Lo siento.

—Esta debe ser la primera vez que reconoces que alguien más tiene razón. Te odio. Jamás te perdonaré: en esta vida ni en la siguiente. —Se puso de puntillas y pegó su frente a la de Erren, luego sus bocas.

Crier se dio la vuelta para no ver y al hacerlo se encontró con otro rostro conocido.

—Hola, lady Crier —dijo Faye.

—Estás viva. —Quedó impactada. La última vez que la vio, Faye estaba rodeada de guardias reales y deseaba que no la hubieran castigado a muerte por ayudarla a escapar, pero el rey no era famoso por su misericordia. Crier había temido lo peor. Pero allí estaba, frente a ella, con un vestido amarillo (en vez del uniforme de criada), que Crier reconoció como suyo.

Y seguían llegando como polillas atraídas por la luz. Bree se abrió paso entre la multitud y miró a Hook y Erren, que habían dejado de

besarse y estaban fusionados en un abrazo. Soltó una larga retahíla de insultos en idiomas que Crier ni siquiera conocía y arrancó a Erren de los brazos de Hook para atraparlo en los suyos. Faye dijo «Tú», Crier se dio la vuelta y se topó con Dinara. Sabía que la habían rescatado con los demás rebeldes del Corazón de Hierro, pero no había tenido oportunidad de intercambiar palabras con ella durante el viaje.

Crier miró a Faye y a Dinara, confundida.

—¿Ustedes se conocen?

Dinara negó con la cabeza, pero Faye asintió.

—En tinta e hilo —dijo, pero no ofreció más explicación.

—Crier. —Dinara se acercó a ella—. ¿Qué haces?

—Tengo la misma pregunta —agregó Hook, y fue hacia ellas de la mano de Erren. Bree los siguió, aunque no dejaba de verla con desconfianza. Crier quedó frente a los cinco: Hook, Faye, Dinara, Bree y Erren, que la miraban expectantes.

—Voy a enfrentar a Kinok —dijo al fin, con la voz más firme que pudo. Deseó que Ayla estuviera allí. Las cosas eran más fáciles con la chica cerca—. Voy a detenerlo.

—¿Cómo? ¿Tú sola? —preguntó Hook—. Te matarán.

—Kinok no me matará. No todavía. —Miró a los ojos a cada uno —. Pondré fin a esto —Intentó sonar más valiente y convencida de lo que estaba—. Soy la única que puede hacerlo. La única con posibilidades de hacer que sus seguidores cambien de parecer.

—¿Estás loca? —soltó Bree. Evidentemente seguía siendo la misma —. ¿Qué? ¿Vas a ir con su ejército como si nada a decirles «Por favor, llévenme con Kinok»?

Crier lo pensó por un instante.

—Sí.

—Hay que tener en cuenta que está brillando —masculló Hook.

—Es una estupidez —dijo Dinara—. Aunque no te maten a la primera, ¿quién dice que no te dejarán inconsciente para llevarte encadenada con Kinok?

—Sé cómo hacer que me escuchen —aseguró Crier y rezó en silencio para que fuera verdad—. Por favor, confíen en mí. Tengo que hacerlo, y tengo que hacerlo sola.

—No es cierto —dijo Erren, que hablaba por primera vez.

Hook lo detuvo.

—Ni se te ocurra, Erren.

—No tienes que hacerlo sola —continuó Erren—. No intentaré convencerte de que no lo hagas. Yo haría lo mismo si estuviera en tu lugar; haría lo que fuera necesario. Pero te equivocas. No tienes que ir sola. —Erren notó la expresión de Crier y soltó un resoplido de molestia—. Mira, no te conozco, y tu padre no me agrada en lo más mínimo, pero tú me salvaste la vida. Sé que tú y Ayla pidieron al guardia de Junn que volvieran por nosotros. Si no hubiera sido por ti, estaría muerto. O, peor aún, seguiría vivo. Allí. En esa habitación. Así que... voy contigo.

Crier negó con la cabeza.

—No puedo permitir...

—Voy contigo —repitió Erren con expresión sombría—. Por lo menos concédeme el placer de ver la caída de Kinok en primera fila. Me debe sangre.

—Pero...

—Yo también voy —dijo Hook—. No intentes convencerme de lo contrario. Primero que nada, nunca en mi vida volveré a perder de vista a este idiota —señaló a Erren y este frunció el ceño—. Y, segundo, me encantan las aventuras.

—Esto no es una aventura, es una misión suicida —soltó Bree—. Maldita sea. Supongo que yo también voy.

—Y yo también —dijo Dinara—. Iré solo para ver la expresión del scyre.

—Yo... —dijo Crier débilmente—. No puedo pedirles que...

—Señora mía —dijo Faye—. ¿No lo sabe? Usted no es la única que quiere que esto termine. Antes de que haya más muertes.

El corazón de Crier, que en realidad no era suyo, se agitó dentro de su pecho y sentía ganas de llorar. Quería seguir discutiendo con esas personas y a la vez decirles «gracias, gracias, no quiero estar sola en esto, jamás he querido estar sola». Pero ya había perdido demasiado tiempo. El ejército de Kinok estaba cada vez más cerca, incluso alcanzaban a verse los detalles de los escudos en las banderas de guerra. Un búho, una serpiente, una espada y un escudo; un cristal rojo en forma de lágrima. Crier los conocía todos.

Cerró los ojos por un momento.

En el salón de música del palacio había alguien por quien valía la pena morir. O vivir.

Abrió los ojos.

—Manténganse cerca —ordenó, mirando a los cinco, uno por uno —. Kinok me quiere viva. Pero solo a mí.

—No te preocupes. Estaremos a tu lado —respondió Hook, y sonrió ligeramente. Crier recordó las colinas doradas, el lago Thea devorando el horizonte, el pasto amarillo meciéndose con el viento. «¿Eres mi amigo?», se preguntó en aquel momento mirando a Hook. Quizá esta era la respuesta.

Había una historia que Crier releyó unas mil veces. Podía imaginarse cada página y repasar en su cabeza hasta la última palabra.

Mientras avanzaba para encontrarse con el ejército de Kinok, pensó en la historia de Hana e Invierno. Recreó la historia en su interior. Pensó en Hana e Invierno y en huesos viejos, campos de hielo, corazones encendidos como las estrellas. Su corazón, que no

era suyo, continuó latiendo rítmicamente y los símbolos en su piel seguían emanando su extraño brillo plateado.

El crepúsculo fue cayendo a su alrededor. No era problema. Crier podía ver en la oscuridad el ejército de Kinok, de unas doscientas personas, mucho más pequeño de lo que esperaba. Podía ver las banderas de guerra y las antorchas y linternas y los rostros iluminados. Podía ver a trece miembros del Consejo Rojo al frente y, detrás de ellos, un mar de caras conocidas: nobles, terratenientes y otras de la élite automa que había visto en fiestas, bodas y reuniones políticas, y visitaban el palacio cada año como gesto de buena fe hacia el rey. La verdad, Crier no podía culparlos por desertar y rebelarse contra el rey. Ella había hecho lo mismo.

Pero sí los culpaba por llevar esas banderas negras.

Por haber elegido a Kinok como su nuevo rey.

Y allí estaba él.

El héroe de guerra, el Vigilante del Corazón, el scyre, el cazador, el científico, el niño enojado jugando a la guerra. Llevaba una capa roja en lugar de la clásica negra. Su ejército era una masa silenciosa detrás de él. Habían dejado de marchar. La distancia entre Kinok y Crier se había reducido al tamaño de un patio en el lugar donde las tierras del rey se unían con las colinas bajas. Repasó un mapa en su cabeza: menos de un kilómetro al norte, el camino que conduce a Yanna. El río Daedus. Estaba cara a cara con Kinok frente a un terreno cubierto de hierba ennegrecida por la creciente oscuridad. Por todas partes había parches de florecitas blancas. Flores estrella.

—Prepárense —masculló Bree—. En cualquier momento, comenzarán a disparar sus flechas.

—No lo harán —dijo Crier—. No si se quedan detrás de mí. Ya les dije. Me quiere viva.

Siguió avanzando y los cinco la siguieron. Comparados con el

ejército frente a ellos, no eran nada. Seis contra doscientos. Las probabilidades no eran muy buenas.

Pero... al final, ¿no eran seis contra uno?

Crier se detuvo cuando alcanzó a ver nítidamente los ojos de Kinok. Los separaban unos cincuenta pasos. Ocurría algo extraño: conforme ella avanzaba el ejército de Kinok retrocedía. Nadie daba las órdenes. Los consejeros que iban al frente simplemente rompían filas echándose atrás con una torpeza que ella nunca había visto en la especie automa. Al principio, no entendía por qué retrocedían. Por qué la *miraban* así.

—Tienen miedo —dijo Hook, como si pudiera escuchar sus pensamientos—. Te tienen miedo, Crier.

«Oh».

Una voz rompió el silencio.

—¡Mantengan sus puestos! —ordenó Kinok, y la atención de Crier volvió a posarse en él. Se veía furioso—. ¡Dije que mantengan sus puestos!

El ejército se paralizó. El miedo en sus rostros, ese miedo frío, automa, que les hacía abrir un poco más los ojos y tensar la quijada, seguía allí. Kinok no podía ordenarles que se deshicieran del temor.

No podía controlarlo.

Ni siquiera podía controlar el miedo en su propio rostro.

Crier se irguió como lo hacía Ayla, con la frente en alto.

—Kinok —dijo, sin molestarse en levantar demasiado la voz. Eran automas. La escucharían. Extendió los brazos con las palmas hacia arriba, dejando a la vista de todos las runas brillantes—. Adivina qué encontré.

—No. No la encontraste.

—Claro que sí. El corazón de Yora. La Turmalina. La tengo, y sé cómo fabricarla y cómo activarla. Sé cómo convertir la Turmalina en

fuente de vida. Nuestra próxima fuente de vida. —Se dirigió a los seguidores—. Soy la prueba viviente de que Kinok no puede darles lo que buscan. Ni siquiera puede mantenerlos con vida. ¡Fue él quien destruyó el Corazón de Hierro!

Eso capturó la atención de los automas. Más de una cabeza se volteó a ver a Kinok.

—Se acabaron los días de la piedra de corazón —continuó Crier—. ¿Qué les puede ofrecer el scyre? ¿Solanácea? ¿El polvo negro que los volverá locos, que se comerá su cuerpo y su mente sin siquiera dejarlos morir? ¿El polvo negro que ha estado utilizando para envenenar a sus seguidores más leales? —Tomó aire. Temblaba pensando en Rosi y tantos otros que murieron de la forma más horrible, consumidos por la Solanácea—. El scyre Kinok es un traidor y un asesino. Los está engañando. A él no le importa la Antidependencia, no le importa nada más que el poder. Quiere matar a mi padre y tomar su trono, y ustedes no son más que peones en su juego. Los mataría a todos sin dudarlo.

—Les ruego que no escuchen a esa niñita tonta —dijo Kinok con tono despreocupado; el miedo en su rostro se había transfigurado en arrogancia—. Recordarán a lady Crier: una niña ingenua sin nada mejor qué hacer que inventar historias. Cada palabra que sale de su boca es una mentira, como ocurre con su padre. Mírenla, ¡miren en lo que se ha convertido! —La señaló con un dedo como si todos los ojos no estuvieran puestos en ella—. ¡Es una simpatizante de los humanos, débil y sin razón! ¡Es una traidora de su especie!

—Y la única que puede mantener con vida a nuestra especie —agregó Crier. Se quitó el broche de la blusa y mostró el corte en su pecho, donde latía el corazón de Yora. Su nuevo centro. El corazón se transparentaba en su piel y el lado izquierdo del pecho brillaba de azul en cada latido—. Véanlo ustedes mismos —dijo, dirigiéndose al

ejército—. El poder de la Turmalina.

Los murmullos fueron en aumento. Más y más cabezas volteaban a ver a Kinok con indignación. Crier advertía la desconfianza y las crecientes señales de oposición en sus rostros. Eso la animó a seguir.

—Se acabó, Kinok. El ejército de la reina Junn te espera en el palacio. Es más grande que el tuyo. Se acabó. Fallaste en tu intento de encontrar el corazón de Yora, transmutar la Turmalina y crear una nueva fuente de vida. Esta es tu última oportunidad de hacer algo bien. ¿Seguirás adelante hacia tu muerte segura? ¿O te rendirás y conservarás la vida? —Levantó la voz—. Cada uno de ustedes debe elegir. ¿Rendirse o morir?

—Y ¿qué pasa si nos rendimos? —preguntó Kinok con voz aguda y enfurecida—. ¿Nos harán prisioneros? ¿Nos ejecutarán en público? Eso no es una elección, niña estúpida. —Luego, se dirigió a sus seguidores—. Con el tiempo podré transmutar la Turmalina. Les prometo vida eterna. Poder eterno. Ciudades libres de la basura humana. Recuerden por qué están luchando conmigo, por qué me eligieron. Porque el Tradicionalismo... la doctrina de su padre... no los deja prosperar. Podemos lograrlo, podemos fundar una nueva sociedad. Todos podemos ser reyes.

—No serías capaz de compartir el trono —dijo Crier.

—Cállate, infeliz...

—Scyre. —Era la consejera Paradem—. Si tan solo la mitad de lo que ella dice es verdad, usted ya rompió sus promesas.

—¡No es verdad! —gritó Kinok—. Son tan estúpidos como ella. Son tan débiles, tan fáciles de engañar; debí saber que se pondrían en mi contra. Se supone que son la especie superior, pero no son mejores que los humanos. Están hechos de pura porquería y miedo. —Volvió a darles la espalda y avanzó hacia Crier, primero con pasos ligeros, y luego corriendo. Se detuvo a diez pasos de ella y sacó su

espada. La luz de la luna se reflejó en el filo. Crier notó que era la misma espada con la que tres días atrás hirió a Ayla.

—Kinok —dijo Crier con los latidos acelerados—. Aún estás a tiempo de rendirte.

—¡Cállate! Ya has dicho suficiente. ¿No me darás el corazón de la Turmalina? Está bien. Te lo sacaré yo mismo del pecho, después de cortar tu lengua mentirosa.

Crier escuchó que Hook y los otros habían empezado a moverse, preparando sus armas. Listos para defenderla. Se aterró ante la idea de que Kinok los atacara solo para que no le estorbaran, pero nunca despegó sus ojos de ella. Extrañamente, ni siquiera pareció registrar a los que estaban detrás de ella. «Porque son humanos», pensó Crier.

—Ríndete, Kinok —le pidió de nuevo. Una última vez, una última oportunidad—. Aún no es demasiado tarde.

—Para ti sí lo es. —Elevó su espada y se lanzó hacia ella.

Crier retrocedió agitando los brazos en un intento inútil de protegerse porque no podía esquivarlo. Si lo hacía, la espada podría alcanzar a los que estaban detrás y no podía arriesgarse... pero el ataque nunca llegó. La espada, el golpe frío del acero, nunca llegó. Crier abrió los ojos, ¿en qué momento los cerró?, y quedó paralizada.

El ataque no llegó porque Kinok estaba... estaba... La escena era incomprensible. Crier recibía trozos de información: asombro en los ojos de Kinok. Su espada en el suelo. Una mancha oscura en su camisa. Luego Kinok soltó un quejido, se llevó una mano al pecho y pasó los dedos sobre la mancha que se extendía como una rosa negra abriendo sus pétalos. Una mancha de tinta.

Faye estaba de pie frente a él. Levantó su daga nuevamente. Una y otra vez el metal hundiéndose en su corazón. Dio un paso atrás, arqueando el brazo. Por un momento, Crier pensó que lo estaba abofeteando. Faye bajó el brazo, la daga resbaló de sus dedos y cayó

silenciosa en el pasto. Entonces vio lo que realmente había hecho. La línea negra que dibujó en la garganta de Kinok.

El scyre cayó de rodillas. Crier quería mirar hacia otro lado, pero no pudo. O quizá sintió que no debía hacerlo, que era el precio que había que pagar: ser testigo de aquello. Kinok hizo otro sonido. Húmedo, rasposo y terrible. Crier pensó entre la bruma de su mente: «Ese sonido me atormentará por el resto de mi vida».

Faye retrocedió unos cuantos pasos. Su rostro empapado de lágrimas brillaba bajo el resplandor de la luna.

—Eso fue por mi hermana —le dijo a Kinok—. Por Luna.

Se dio la vuelta y se marchó.

Crier se quedó inmóvil, allí, en la pradera, en el mar de flores estrellas, en la oscuridad. Cuando era una frágil niña apenas construida recorrió esos campos con las piernas temblorosas como un cervatillo recién nacido. Acariciaba con sus manos recién hechas las diminutas flores blancas, maravillada de que algo pudiera ser tan pequeño, delicado y fácil de destruir. Ahora ese campo albergaba el cadáver de su enemigo, que en algún momento fue su prometido, y la sangre violeta empapaba la tierra. «Naciste de la luz y a la luz volverás». ¿Eso era cierto aun para él? ¿Crier quería que lo fuera?

¿Era terrible que no lo quisiera?

En ese momento comprendió que mucho de su vida había sido un sueño, un baño de oro sobre la podredumbre. Fue una ingenuidad aceptar las enseñanzas de su padre sin cuestionarlas y permanecer ajena al sufrimiento de los demás. De Faye o de Luna, o de Ayla.

Pero el sueño de cambiar al mundo seguía intacto en su nuevo y poderoso corazón. Hacerlo un lugar mejor, poco a poco, semilla a semilla. Luchar por quienes vendrían después de ella, por un futuro mejor, aunque no viviría para verlo.

Una parte de esa lucha había terminado de forma abrupta y

sangrienta, pero aún quedaba mucho por hacer. Por fin reaccionó y se dio la vuelta, ignorando el azoro y la confusión de los Manos Rojas. Se puso en marcha junto a Hook y los demás de regreso a casa, donde estaba Ayla, el faro, la verdadera estrella guía.

«Podría pararme en cualquier lugar de este mundo y te juro, Ayla, que mis ojos terminarían puestos sobre ti. Te juro que te encontraría a pesar de la oscuridad», escribió alguna vez.

Aún quedaba mucho por hacer. Por suerte, no estaba sola.



¡PAZ Y FRONTERAS ABIERTAS
ENTRE RABU, VARN Y TARREEN!

¡El scyre fue derrotado!
¡La reina Loca tiene la victoria!
¡El pueblo ha hablado!

SOBRE LA FORMACIÓN DEL CONSEJO
HUMANO-AUTOMA PARA
LAS TRES NACIONES

Fundado por su majestad, la reina Junn, de Varn; lady Crier, de Rabu; Storme, consejero principal de la reina Junn; Benjy, de Rabu; Ayla, de Rabu y aprendiz de la Comadrona Jezen, de Rabu; Brielle, alquimista de Tarreen y Elan, líder popular de Tarreen.

Siguiendo con el espíritu de paz y las fronteras recientemente abiertas entre el Estado soberano de Rabu, el reinado de Varn y los territorios unidos de Tarreen, determinados elementos de la política y la ciencia de cada una de las tres naciones de Zulla han formado una Alianza para abogar

por los Derechos de toda la Humanidad en Zulla...

EL TRATADO DE THALEN

entre

EL ESTADO SOBERANO DE RABU,
EL REINADO DE VARN Y LOS TERRITORIOS UNIDOS DE TARREEN

El Protocolo anexo, el Acuerdo sobre la operación de las minas de Turmalina en los territorios unidos de Tarreen, que entregará ciertas cantidades de Turmalina en su estado primigenio, especificadas en el mismo Acuerdo, al Estado soberano de Rabu y al reinado de Varn, con el propósito de la trasmutación alquímica para convertirlas en Corazones de Turmalina durante CINCO AÑOS; comenzando con el alba del Equinoccio de Primavera del Año Cuarenta y Ocho de la Era automa y extendiéndose hasta el ocaso del Equinoccio de Primavera del Año Cincuenta y Tres de la Era automa, o hasta que se haya sintetizado exitosamente una Fuente de Vida Artificial, respetando

LA CONTINUACIÓN DE LA EXISTENCIA
DE LA ESPECIE AUTOMA
EN PAZ Y ARMONÍA CON LA HUMANIDAD

Firmado en el palacio de la reina en Thalen, Equinoccio de Primavera, Año Cuarenta y

Ocho de la Era automa.

PANFLETOS DISTRIBUIDOS EN TODO ZULLA
POR EL CONSEJO HUMANO-AUTOMA PARA
LAS TRES NACIONES, AÑO 48 EA

El tradicionalismo dice que podemos aprender de los humanos de hace cien, quinientos y mil años.

¿Por qué no podríamos aprender de los humanos de hoy?

DEL NEOTRADICIONALISMO Y LA LIBERACIÓN
DE LA HUMANIDAD,
POR CRIER, DE LA ESTIRPE HESOD,
9648880130, AÑO 46 EA

VERANO

AÑO 48 EA

EPÍLOGO

Era verano y el aire en Yanna olía a sal.

El cielo estaba azul delfinio y el sol parecía una moneda blanca en lo alto.

Ayla contenía una sonrisa mientras subía a medio correr por los escalones de mármol blanco de la Biblioteca de la Gente. Venía de visitar a Storme para despedirse de él antes de partir a Thalen. Las calles de la capital de Rabu estaban flanqueadas por cuerdas con faroles de papel. La noche siguiente, Yanna celebraría el solsticio de verano y la ciudad estaba lista. La emoción podía sentirse en el aire, y la música se elevaba como vapor o aves marinas.

Abrió las pesadas puertas de madera de la biblioteca. Como siempre, el silencio desplegaba un aura densa y ahogada, como si los libros devoraran cualquier sonido. Y, como siempre, fue directamente a la escalera en espiral. La mitad del segundo piso contenía varias filas de sillones de lectura y mesas de estudio. Sabía que allí estaría ella.

Crier.

No podía contener la risa.

Crier estaba agazapada sobre una mesa con su cabeza oscura inclinada sobre un enorme libro. No levantó la vista ni reaccionó cuando Ayla se acomodó de un salto en la mesa y balanceó sus piernas colgantes. En esa posición, los pantalones de lana se encogieron hasta los tobillos, dejando al descubierto una pierna humana y otra creada.

Esto ocurre cuando un automa golpea con tal fuerza que destroza el hueso y una Comadrona procede a la cura.

Aquella noche, en el salón de música, Ayla fue atacada por un Vigilante y la Comadrona Jezen no tuvo otra opción.

—Tienes que decidir —Su manos frías le acariciaban suavemente la pierna.

No recordaba lo que ocurrió después. Su mente solo retuvo aquellas palabras: «Tienes que decidir. Puedo salvarte, pero debes decirme que sí».

—¿Qué pasa si digo que no? —masculló Ayla, con los ojos casi cerrados.

—Morirás. El hueso está destrozado, atravesó la piel, hay médula ósea en el torrente sanguíneo que obstruirá las venas y te matará. Si te llevo ahora mismo a la tienda de las Comadronas, ahora mismo, Ayla, puedo salvarte la vida, pero puede que no te guste cómo lo haré. Tienes que decidir.

—Sálvame la vida, carajo.

Luego la chica se desmayó y Jezen le salvó la vida.

Por eso la parte inferior de su pierna derecha era creada.

El prototipo, producto del pánico y de la urgencia, era un aparato sencillo aunque horrible que permitía volver a conectar las venas y evitar que desangrara. Posteriormente, mientras la chica comenzaba a sanar lentamente, Jezen se dedicó a mejorar el diseño. Consiguió algo complejo y perfectamente calibrado para sostener su peso y conectado al organismo con tanta precisión, que nacía con naturalidad del cuerpo. Incluso Jezen propuso cubrir el miembro con piel creada, de manera que fuera imposible distinguirlo del resto del cuerpo. Ayla dijo que no. Sería como esconder la marca de la guerra, como fingir que nada pasó. Y ella no quería fingir. Así que parte de su pierna se veía como la de un automa. Una extremidad hecha de

hierro del Creador, metálica y brillante, casi irrompible.

Ahora, su brillo dorado se acentuaba por la luz del sol que se colaba por los altos ventanales. Durante el último mes, las visitas de Ayla a Jezen habían convertido en algo así como... clases. Como Siena, quiso saber más y más sobre Creación. Conforme fue sintiéndose más segura con su nueva pierna, comenzó a preguntarse: ¿Qué pueden aportar a la especie humana la tecnología automa, la ciencia y la magia de los creadores? Y Jezen le dijo: «Vamos a averiguarlo».

Con la ayuda de Crier, averiguaron más sobre la misteriosa H., cuyo trabajo robara Thomas Wren, su nombre pasó al olvido y quedó perdida en la historia. Pero Crier creía que podrían encontrarla.

—Hey —dijo Ayla—. Hola, Crier.

Crier hizo un sonidito a manera de saludo y no levantó la vista del libro.

Ayla soltó un suspiro melancólico.

—¿Te acuerdas de los viejos tiempos cuando te quedabas viéndome? No podías quitarme los ojos de encima, y yo intentaba con todas mis fuerzas no mirarte. De haber sabido que tu atención iba a ser tan efímera. —Se recostó en su antebrazo con un gesto de dramatismo—. No puedo creer que me hayas cambiado por los libros. Bueno... quizá sí puedo.

Crier curvó ligeramente la comisura de los labios y se mantuvo sin levantar la vista.

—En una ocasión te dije que yo no era como un libro que pudieras leer. Retiro lo dicho. Sí soy un libro. Léeme.

Crier la miró.

—Estamos en la biblioteca.

—Entonces léeme una historia.

Crier entrecerró los ojos. La expresión en su rostro era encantadora. A la chica le dieron ganas de decirle muchas cosas tiernas. Más que nada, estaba agradecida de que sus ojos volvieran a ser cafés. Tomó muchísimo tiempo para que el brillo plateado, como niebla disolviéndose bajo el sol de la mañana, desapareciera por completo. El corazón de Yora resultó ser mucho más potente de lo que habían imaginado; Siena lo diseñó para una criatura que requería mucha más energía que el automa promedio. Además, la magia que no se basa en sacrificios humanos es más pura, pues no está diluida por la maldad. Como Kinok lo sospechaba, podría mantener con vida a un cuerpo automa por mucho más tiempo que la piedra de corazón, pero tendría su precio. El brillo, el ardor, los ojos plateados. Las Comadronas predijeron que el cuerpo permanecería vivo, pero solo a cambio del dolor de un alma en llamas. Los scyres y las Comadronas, tanto de Rabu como de Varn, además de los alquimistas humanos de Tarreen, trabajaron juntos para fabricar una Turmalina más funcional: un corazón azul profundo que alimenta a los automas como la piedra de corazón, pero sin necesidad de sangre. Sin el peso del sufrimiento humano. Sin la descarga eléctrica de un rayo que infundía demasiada fuerza y poder. La Turmalina se extraía de las cuevas de Tarreen, de acuerdo con el tratado, pero los creadores buscaban obtenerla de manera artificial. Una fuente infinita.

Con el tiempo, Crier obtuvo un nuevo corazón, como el resto de su especie.

—Tu tercer corazón —le había dicho Ayla.

—El cuarto —Y lanzó una mirada cargada de significado. Ayla vociferó, salió de la habitación y entró nuevamente. Tomó el rostro de Crier y la besó; luego salió corriendo con las mejillas encendidas.

Pero ahora era verano y el aire en Yanna olía a Sal y el color café

de los ojos era buena señal.

—Ándale —insistió Ayla—. Una historia.

—¿Por qué no buscas una y la lees tú misma?

—Que pueda leer no significa que quiera hacerlo todo el tiempo. Además, ¿no te lo había dicho? Me gusta tu forma de contar historias.

—Sí lo mencionaste.

—Pues te lo repito.

—Cuidado. No me vayas a hacer pensar que te gusto.

Ayla le hizo caras.

—No queremos eso.

—No, jamás. —Crier sonrió con un gesto cálido que aún ponía nerviosa a Ayla. En su experiencia las cosas cálidas no duran, solo arden. Pero lo seguía intentando—. ¿Qué te parece si en vez de leerte una historia vieja, te cuento una nueva?

Ayla enarcó una ceja, intrigada.

—¿Inventarías una historia?

—Podría. —dijo apenada—. Lo he estado... intentando. En mi cabeza.

—Cuéntame tu historia —Ayla se incorporó—. Espera, casi se me olvida. Hook y Erren quieren despedirse porque se van de la ciudad. Nos vamos a ver con ellos en el Zorro Bailarín. Hook dijo que lleváramos armas, por si Bree insiste en estafar a gente inocente para sacarles dinero.

—De acuerdo. Historia, Zorro Bailarín, ¿y luego a casa?

—Luego a casa. —El plan era salir de la ciudad al atardecer y llegar al palacio cuando cayera la noche. El palacio. Su hogar. No era su hogar, no para siempre, pero aún quedaba mucho por hacer. Después del juicio, el subsecuente encarcelamiento de Hesod y la confirmación de que no habría otro rey, Crier se propuso convertir el

palacio en una especie de centro científico. El ala este era un hospital y hacia el oeste había una serie de laboratorios. Ayla pasaba allí mucho tiempo investigando sobre los automas, su recuperación casi inmediata, la agudeza de su visión, propiedades que podrían beneficiar a los humanos. Su pierna había sido el punto de inicio. La Comadrona Jezen trabajaba en esa ala y ella acostumbraba visitarla.

Los miembros del nuevo consejo se reunían habitualmente en el ala norte, así que Ayla solía ver a Storme y Benjy. Ambos ocupaban puestos en la corte de la reina Junn. Su hermano seguía siendo el leal consejero y su amigo representante de Rabu. Ayla y Storme seguían aprendiendo mutuamente del otro, recuperando los años perdidos y cada día se sentían más cercanos. Con Benjy era distinto. Había un ligero pero notable distanciamiento entre los amigos. Aunque también tenían cosas que aprender uno del otro y se negaban a que las diferencias entre ellos fueran insalvables. Ayla no quería perderlo y Benjy no quería soltarla. Ambos eran tan obstinados que seguramente lo lograrían.

—A casa —murmuró Crier.

La chica sintió que algo crecía en su interior. Algo verde echaba raíces. Era una sensación conocida. Echó la cabeza hacia atrás y observó el techo abovedado de la biblioteca. Estaba cubierto de pinturas que sobrevivieron a la Guerra de las Especies ocurrida hacía cincuenta años. Los colores estaban pálidos y desteñidos por el sol, pero aún visibles: el azul profundo de la noche, el verde del mar y los matices de rojos atardeceres, que iban del bermellón al suave encarnado del corazón humano. Ella no reconocía a ninguno de los dioses de las pinturas, pero Crier sí. Probablemente conocía sus historias y símbolos, y los sacrificios que debían hacerse en su nombre. «Algún día se lo preguntaré», pensó Ayla. Algún día. La próxima semana o mes o año, cuando hubiera tiempo y seguramente

Crier la miraría y sonreiría.

—Ahora —dijo Ayla, tomando la mano de Crier—. ¿Me cuentas tu historia?

Crier la miró y sonrió con una sonrisa enorme y encendida como el cielo mismo.

AGRADECIMIENTOS

¡Al fin! ¡Aquí estamos! ¡Lo logramos!

Vamos directo a lo que sigue. Lo siento, Kieryn, esta vez la familia va primero. No me mates.

Mamá y papá: gracias, gracias, gracias, por apoyarme y amarme y creer en mí desde lejos. Los extraño, los quiero y en serio espero que para cuando lean esto, la maldita pandemia haya terminado y esté en un avión, camino a casa. Sé lo afortunada que soy de tener padres como ustedes y no lo olvido nunca. Estoy inmensamente agradecida por tenerlos, hoy y todos los días.

Piera, gracias por tener un cerebro que es mi favorito. Gracias de nuevo por amar las cosas feas sin intentar embellecerlas. Tony, eres el más *cool* del mundo, siempre. Te extraño y te amo. Fiona, eres una de las personas más fuertes que conozco; me inspiras. Paul, gracias por confiar en mis capacidades más que yo.

Kieryn, fuiste la estrella de los agradecimientos en el primer libro, y no voy a repetirlo otra vez. Sabes quién eres y lo que significas. Gracias por salvarme todo el tiempo.

Gracias a Yes Homo por las risas, el amor y el apoyo incondicional; por estar allí; por ser ustedes y estar dispuestos a todo: una sesión de quejas, una noche de Zoom, una protesta; cualquier tipo de aventura. Gracias a Amy por las *playlists*, por el entusiasmo, por tomarme de la mano y por los atardeceres en la playa. Eres una estrella y te amo.

Gracias al LP: C, E, I, J, K, P, R, W. Son oro puro de la cabeza a los

pies. Hacen que los tiempos difíciles sean mucho más llevaderos. Gracias a Ivy por las horas mágicas, por tu cerebro de galaxia, por sentirte cerca aunque estés lejos. No puedo poner emojis aquí, pero ya sabes en cuáles estoy pensando.

Gracias a Patrice, salvadora y bichota máxima, por ser brillante, invencible y en general la mejor. Siento que podría preguntarte el significado de la vida y adónde vamos al morir y no solo tendrías las respuestas, sino que ya estarían escritas y comentadas. Posiblemente en alguna hoja de cálculo. Moriría en un campo de batalla por ti.

Gracias como siempre a Lexa y el equipo de Glasstown, al actual y a los anteriores, por creer en esta historia y darle vida en mi cabeza y en las páginas. Lexa, estuviste aquí desde «Érase una vez» y ahora estamos en el «Fin». Ha sido todo un viaje, y me alegra haberlo hecho. Es un honor que hayan confiado en mí para esta historia, que me hayan confiado a estas chicas. Creo que les hicimos justicia. Gracias.

Gracias, Brandie Coonis, por tu apoyo; Maha Hussain, por todo tu trabajo y tu creatividad, y Megan Gendell, por hacer que este libro se pudiera leer. Una vez más, me disculpo por todas las comas. Gracias a los amigos de Inkwell por su compromiso y sus comentarios desde el principio hasta el final.

Gracias, Karen Chaplin, por tu ojo de águila; Rosemary Brosnan y a todos en Harper por querer a esta historia tanto como yo la quiero, por tomar mi borrador y darle forma hasta convertirlo en algo que tuviera sentido. Gracias a David Curtis. No puedo creer lo hermosa que es la portada. No sé cómo lograste superar la de *Crier*, pero lo hiciste. Gracias al equipo de marketing y publicidad por impulsar este libro sobre chicas *queer*, de verdad se los agradezco.

Y, claro, gracias a los lectores. Considero que lo mejor de la historia es lo que cada lector crea cuando termina el libro. Si a alguien le

importa la historia lo suficiente como para empezar a contar sus propias historias al respecto, en cualquier forma, no hay nada mejor que eso. Es lo que muchos hicieron con *La guerra de Crier*, y estoy eternamente agradecida. Sí, estoy hablando de sus memes. Y su increíble arte y *fanfiction* (no la puedo leer, pero sé que existe), y los adorables hilos de «Lectura en proceso», los nuevos cánones, las teorías de *Corazón de Hierro* y todo lo demás. Yo escribí la historia de Crier y Ayla, pero ahora es de ustedes, y están haciendo cosas maravillosas con ella. Gracias por leer, gracias por su cariño. Espero que este final sea lo que necesitaban. Espero que les dé esperanza. A los lectores *queer*: espero que se sientan amados. En este mundo y en todos los mundos. Son amados por mí, por Crier y por Ayla y por todo el maldito universo.

Yo los amo a todos. Gracias por apoyar a Crier, Ayla y el resto desde el principio hasta... bueno, no es el final. Desde el principio hasta el segundo principio, digamos. El principio más feliz.

Gracias, gracias, gracias por amar a estas chicas tanto como yo las amo y más. Terminaré diciendo lo mismo que dije la última vez porque hoy es más importante que nunca: Te conté mi historia. Gracias por leerla. Si has estado esperando una señal para contar la tuya, esta es. Finge que estamos alrededor de una fogata, me voy a mover para hacerte un espacio. Te entrego un bombón asado y te digo: ¡Hola! ¡Te hemos estado esperando! Sea lo que sea que tengas que decir, sea lo que sea que vive en tu corazón y en los rincones de tu mente, el mundo está listo para escucharlo. ¡Cuéntanoslo!

Acerca del autor

NINA VARELA. Escritora de guiones y ficción corta premiada a nivel nacional. Nació en Nueva Orleans y se crió en una comuna hippie en Durham, Carolina del Norte.

Actualmente vive en Los Ángeles con su compañero de escritura y su pequeño perro mal educado. Tiende a escribir historias sobre jóvenes que derriban la monarquía/patriarcado/lo que sea-arquía. En una nota relacionada, ella es *queer*. *Crier's War* es su primera novela. Puede encontrar a Nina en cualquier cafetería del área metropolitana de Los Ángeles o en www.ninavarela.com.

Título original: *Iron Heart*

Nina Varela

© 2020, Glasstown Entertainment

Traducción: Graciela Romero Saldaña

Diseño de colección: Planeta Arte & Diseño
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Anxelica Alarcón
Ilustración de portada: Anxelica Alarcón
Fotografía de la autora: garage26

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9003-4

Primera edición en formato epub: agosto de 2022
ISBN: 978-607-07-9004-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE